BERGMANN-DUTSCHKE
LEFEVRE-RABEHL

LA REBELION DE LOS ESTUDIANTES

ariel

LA REBELIÓN DE LOS ESTUDIANTES

ariel quincenal

UWE BERGMANN
RUDI DUTSCHKE
WOLFGANG LEFÈVRE
BERND RABEHL

LA REBELIÓN DE LOS ESTUDIANTES

Traducción castellana de
MANUEL SACRISTÁN

EDITORIAL ARIEL
Esplugues de Llobregat
BARCELONA

Título del original alemán:
REBELLION DER STUDENTEN
ODER DIE NEUE OPPOSITION

Cubierta: Alberto Corazón

© 1968: Rowohlt Taschenbuch Verlag GmbH, Reinbek bei Hamburg
© 1976 de la traducción castellana para España y América:
Editorial Ariel, S. A., Esplugues de Llobregat (Barcelona)

Depósito legal: B. 2.783-1976
ISBN: 84 344 0776 0

Impreso en España

1976. — I. G. Seix y Barral Hnos., S. A.
Av. J. Antonio, 134, Esplugues de Llobregat (Barcelona)

RELACIÓN DE SIGLAS

AMS	Administración militar soviética
AStA	Allgemeiner Studentenauschuss [Comisión Estudiantil General]
BZ	*Bild-Zeitung,* un periódico de Axel Springer
CDU	Christlich-Demokratische Union [Unión Cristiano-Demócrata]
DGB	Deutscher Gewerkschaftsbund [Liga Sindical Alemana]
FDJ	Freie Deutsche Jugend [Juventud Alemana Libre (las juventudes comunistas)]
FDP	Frei-Demokratische Partei Deutschland [Partido Liberal-Democrático de Alemania]
FU	Freie Universität [Universidad Libre de Berlín-oeste]
HSU	Humanistische Studentenunion [Unión de Estudiantes Humanistas]
IG Metall	Industrie-Gewerkschaft Metall [el sindicato metalúrgico]
KPD	Kommunistische Partei Deutschland [Partido Comunista de Alemania]
LSD	Liberaler Studentenbund Deutschland [Liga de Estudiantes Liberales de Alemania]
RCDS	Ring Cristlich-Demokratischer Studenten [Círculo estudiantil cristiano-demócrata]
RDA	República Democrática Alemana
RFA	República Federal de Alemania
SDS	Sozialistischer Deutscher Studentenbund [Liga Estudiantil Socialista Alemana]
SED	Sozialistische Einheitspartei Deutschland [Partido Socialista Unificado de Alemania]

SHB	Sozialdemokratischer Hochschulbund [Liga de Estudiantes Socialdemócratas]
SPD	Sozialdemokratische Partei Deutschland [Partido Socialdemócrata de Alemania]
TU	Technische Universität [Universidad Técnica]
VDS	Verband Deutscher Studentenschaften [Asociación de Estudiantes de Alemania (reunión de todos los AStA)]
ZOS	Zona de ocupación soviética

UWE BERGMANN

HISTORIA DEL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL

Introducción

Con este capítulo se pretende dar una visión de conjunto de la historia de la FU * de Berlín y de los más recientes acontecimientos ocurridos en ella. No es un tratado que pueda satisfacer las exigencias del gremio historiador. Tiene que servir ante todo para ofrecer al lector la posibilidad de una orientación en el sucederse de los acontecimientos: al leer los capítulos siguientes, en los cuales los hechos se exponen más de una vez al margen de la cronología, desde el punto de vista de la problemática sistemática, el lector podrá retrotraerse a este capítulo para fechar los datos. Pues la sucesión temporal y la conexión política de los acontecimientos históricos no son cosas idénticas. Por eso, y a pesar de estar constreñido a una cronología esquemática, este capítulo, a través, sobre todo, de la selección impuesta por la brevedad, intenta exponer los acontecimientos y su sucesión de tal modo que se presenten en la concreta lucha de los estudiantes de la FU los problemas principales de los que se ocupan los capítulos siguientes sistemáticamente y con la intención de elaborar y explicitar las perspectivas político-sociales de la rebelión de los estudiantes.

* FU: Freie Universität [Universidad Libre]. (Las notas introducidas por asterisco pertenecen al traductor.)

La fundación de la FU de Berlín

El 29 de enero de 1946 la administración militar soviética (AMS) y la administración central alemana de la educación popular reinauguraron la universidad de Berlín en los edificios de la vieja universidad de Federico-Guillermo, en el sector soviético de la ciudad. Los tres aliados occidentales parecieron desinteresarse relativamente del proyecto.

Aunque no se podía hablar aún de autoadministración universitaria en aquella época, de todos modos los profesores y los estudiantes podían ya dar por supuesto que, tras un breve período de transición, la universidad de Berlín conseguiría el estatuto de una corporación de derecho público. En 1945 había habido ya conatos de autoadministración estudiantil, al formarse la Comisión Central de los Estudiantes de Berlín, que poco tiempo más tarde se disolvió en el marco de la alministración cultural de la zona de ocupación soviética (ZOS). El Grupo de Trabajo Estudiantil que se constituyó muy poco después, y fue la única organización estudiantil autorizada en la universidad de Berlín, se concibió a sí mismo como precedente directo de una representación estudiantil que había que elegir. A partir de 1946 se eligió en esta universidad un consejo estudiantil, con muy alta participación en el voto: 75 por ciento. La gran participación que se tuvo también en los semestres sucesivos * se explica probablemente por el número relativamente reducido de estudiantes, los cuales constituían una unidad fácil de dominar con la mirada y en la cual fueron muy pronto conocidos los pocos estudiantes políticamente activos. Aunque las posibilidades de influencia

* Durante el año, la universidad alemana desarrolla tradicionalmente dos cursos («semestres»), uno de invierno, que dura poco menos de seis meses, y otro de verano que dura tres meses.

del consejo estudiantil eran escasas y, además, no estaban fijadas estatutariamente de ningún modo, el organismo intentó intensamente y con algún éxito influir por lo menos en asuntos de becas y admisión en la universidad.

Con objeto de evitar que el estudiantado se compusiera, como había ocurrido hasta entonces, de hijos de familias burguesas en su mayor parte, la universidad de Berlín prefirió en muchos casos las solicitudes de jóvenes de familias obreras y campesinas, así como de familias con un pasado antifascista. Como las plazas eran limitadas, este procedimiento produjo numerosos casos difíciles que suscitaron la crítica de los representantes estudiantiles. Además, en todas las universidades de la ZOS, también en Berlín, se ordenó la práctica de cursos obligatorios de tema político-social, al principio bien acogidos por el estudiantado porque representaban un elemento cualitativamente nuevo en la universidad alemana. Pero cuando el SED * fue poniendo la fidelidad de los docentes al partido por encima de su calificación científica, los estudiantes reaccionaron con desinterés y con disgusto a aquellos cursos. Esta crítica encontró su portavoz en la revista estudiantil *Colloquium*, fundada en 1947 con licencia americana y que por esos años publicó constantemente informes críticos acerca de la situación en las universidades y escuelas superiores de la ZOS.

Los conflictos así iniciados estallaron abiertamente el 18 de abril de 1948, cuando el presidente de la Oficina de Educación Popular, Paul Wandel, comunicó a los directores de *Colloquium*, Otto Hess (SPD) y Joachim Schwarz (CDU),** así como al colaborador

* SED: Sozialistische Einheitspartei Deutschland [Partido Socialista Unificado de Alemania].

** SPD: Sozialdemokratische Partei Deutschland [Partido Socialdemócrata de Alemania]; CDU: Christlich-Demokratische Union [Unión Cristiano-Demócrata].

Otto Stolz (SPD), que quedaban tachados de la lista de los estudiantes «por haber lesionado con su actividad publicística la decencia y la dignidad de la universidad». El consejo estudiantil protestó contra esa expulsión sin procedimiento disciplinario, pero no encontró prácticamente apoyo entre los miembros del cuerpo docente. Varios profesores llegaron incluso a aprobar explícitamente la medida contra los estudiantes, porque entendían como grave falta de disciplina lo que había sido el pretexto de la expulsión, a saber, una nota de *Colloquium* sobre el atuendo y el comportamiento de funcionarios durante una solemnidad académica.

Como consecuencia de esos hechos, el 23 de abril de 1948 se reunieron en el Hotel Esplanade, sector oeste de la ciudad, más de 1.000 estudiantes y exigieron una universidad nueva y libre. En esa asamblea el jurista profesor Landsberg aseguró a los estudiantes que intervendría en favor de sus reivindicaciones ante la asamblea municipal. Ya hacía tiempo que el SPD quería fundar una universidad sustraída al ámbito de influencia del SED y de la AMS. La comisión de política cultural de la fracción parlamentaria del SPD negociaba desde 1947 con las autoridades de ocupación británicas la ampliación de la TU.* En el acta de una de aquellas reuniones se lee que «la situación actualmente producida por la expulsión de los tres estudiantes se tiene que aprovechar de todos los modos imaginables para realizar la exigencia de una universidad independiente en Berlín».

El 11 de mayo la asamblea municipal decidió por 83 votos a favor, 17 en contra y 5 abstenciones la construcción de una universidad en Berlín-oeste. Aunque la AMS vetó la resolución, el SPD particularmente siguió negociando con los británicos y los americanos

* TU: Technische Universität [Universidad Técnica].

acerca de la posibilidad de una nueva universidad. Como las autoridades americanas preparaban planes análogos ya desde 1946, pudieron prometer en seguida a los negociadores edificios de la antigua Sociedad Kaiser Guillermo, situados en Berlín-Dahlem, y un apoyo financiero de 1.900.000 marcos procedentes de periódicos con licencia americana.

Una asamblea, presidida por el alcalde Reuter y el posterior rector de la FU Redslob, eligió el 19 de junio una comisión preparatoria que se enfrentara con los problemas prácticos de la fundación de la universidad. Un mes más tarde esta comisión dirigía a la opinión pública un llamamiento para que apoyara el proyecto.

Hasta aquel momento las autoridades americanas habían sido bastante reservadas, con la esperanza de mantener abierta una posibilidad de acuerdo con la comandancia soviética, pero el bloqueo realizado por los soviéticos les permitió poner finalmente en práctica sus planes de creación de instituciones propias pro-occidentales. El general Lucius D. Clay se puso entonces abiertamente en favor de la fundación de la FU.

La nueva magistratura de Berlín-oeste, constituida en septiembre de 1948, tras la división de la ciudad, por el SPD, la CDU y el FDP* aprobó el 4 de noviembre de 1948 los estatutos de la FU. El 15 de septiembre se recibieron las primeras solicitudes de admisión, y una semana más tarde se decidían las primeras admisiones. La inauguración solemne se celebró el 4 de diciembre en el Titania-Palast; la FU empezó sus cursos el semestre de invierno de 1948-1949 con 2.140 estudiantes matriculados.

Los estudiantes de Berlín occidental, al igual que la población, tenían una consciencia política precisamente antitotalitaria, pero su expresión política era me-

* FDP: Frei-Demokratische Partei Deutschland [Partido Liberal-Democrático de Alemania].

ramente anticomunista. En la amenazadora situación del bloqueo, antitotalitarismo y anticomunismo parecían lo mismo, y toda diferenciación resultaba superflua. Del mismo modo que el estudiantado de la FU resultaba solidario, con independencia del tipo de compromiso político de cada cual, cuando se trataba de admitir privilegiadamente en su centro a estudiantes rechazados por la universidad de Berlín, así también se unieron contra la amenaza «común» las instituciones políticas y públicas, incluidos los sindicatos. A este respecto se lee en las actas del V Congreso local del SPD, celebrado en 1948: «El informe de la presidencia presentado por Kurt Mattick trató de la *orientación* y el *principio* de la táctica para Berlín. Mientras que en Alemania occidental aparece en primer término la pugna política de clase, ésta queda recubierta en Berlín por la necesidad de una lucha *común* por la libertad».

No sólo de Berlín-este llegó crítica al espíritu anticomunista de la FU. En el periódico de la universidad de Gotinga escribía Horst Ehmke en 1949: «No nos ocultemos que la cruzada anticomunista del oeste —en la cual la FU de Berlín ha asumido la función de estandarte académico— se debe en gran parte a la inseguridad y la perplejidad de occidente». El profesor Peters, diputado demócrata-cristiano en el parlamento municipal de Berlín-este y decano de la Facultad de Derecho de la universidad de Berlín-este, calificó a la FU de «universidad de guerra» cuya misión consiste en destruir la universidad que se encuentra en el otro sector de la ciudad. Y Ernst Tillich advirtió en el *Telegraph*: «La fundación de una universidad no puede deberse sólo a la voluntad de defensa política. La contraposición al comunismo es tan insuficiente como lo fue en su tiempo el antifascismo».

El «modelo berlinés»

La función de las universidades alemanas durante el dominio fascista y las propias experiencias de los fundadores de la FU con el stalinismo condujeron a la exigencia de una reforma, ya más que oportuna, de la universidad y de los estudios. La salida de la universidad de Berlín y el experimento que era la FU representaron para gran parte de los estudiantes la realización de una universidad democrática en la que poder estudiar y actuar con libertad en la ciencia y la política, sabiendo que no es posible el trabajo científico sin una reflexión libre acerca de las condiciones políticas del mismo, acerca de la determinación de la función de la universidad en la sociedad. Uno de los estudiantes fundadores, Klaus Heinrich, se expresó al respecto del modo siguiente en un discurso radiado:

> La nueva universidad se llama libre porque ha sido fundada contra la coacción; jamás se cansará de repetir esto aquel que haya contribuido a fundarla o que haya asistido a su fundación. Coacción era para nosotros entonces la quintaesencia del período nazi, era la coacción inmediata, la que aplasta físicamente, y la mediata, la que escinde la lengua y funciona sin ruido. Y ahora la coacción y la constricción se nos presentan en el centro de la nueva y vieja universidad, en el centro de la ciudad arrasada [...] Aquí, pensamos entonces, en esta FU de esta ciudad de Berlín, vamos a poner el comienzo de la gran reforma general de la universidad. La desconfianza que nos manifestaban los demás nos enorgullecía. Veíamos nacer lo que no surgía en ningún otro lugar de Alemania; no, desde luego, en las universidades de las tres zonas que intentaban renovar la vieja comunidad, la comunidad restauradora de las viejas corporaciones estudiantiles, pero sin admitir derechos de intervención algunos de los estudiantes en su corporación; ni tampoco en las universidades de

> la otra zona en la que ya nos estaba prohibido entrar y que tenían sus propias formas de una restauración de la coacción [...] Nos considerábamos vanguardia de las universidades alemanas.[1]

Conatos de una nueva idea se manifestaban en la autoconsciencia de la FU. «Comunidad de docentes y discentes» tenía que significar que todos los miembros de la universidad, los docentes, los ayudantes, los estudiantes, son colegas y colaboradores con los mismos derechos en la producción universitaria de la ciencia. Los estudiantes estaban representados con voz y voto en todos los gremios decisorios de aquella universidad aún pequeña. Las opiniones divergentes no se eliminaban al principio mediante votación formal, sino que se clarificaban en discusión colectiva. La universidad estaba dispuesta a entender como cosa propia la iniciativa y las ideas de los estudiantes. Las corporaciones estudiantiles tradicionales, restablecidas como elemento de restauración político-social en las zonas occidentales, estaban estatutariamente prohibidas en la FU y no podían actuar en ella.[2] Además del reproche de ser una «universidad de guerra» y del intento, incomprensible para muchos catedráticos, de reconocer a los estudiantes un derecho de voto institucionalizado, la recusación de aquellas ligas estudiantiles «tradicionales» fue una de las objeciones capitales presentadas por las universidades del oeste alemán contra el experimento berlinés. Como la FU creció muy deprisa y se vio, por lo tanto, necesitada de la afluencia de catedráticos del oeste, y como por miedo de quedar aislada aspiraba al recono-

1. «Erinnerungen an das Problem einer freien Universität» [Recuerdos a propósito del problema de una universidad libre], en *Das Argument,* IX, n.os 2-3 (julio 1967).

2. En 1963 los estudiantes de la FU confirmaron que no estaban dispuestos a tener como presidente del AStA (Allgemeiner Studentenauschuss [Comisión Estudiantil General], la representación sindical de los estudiantes, reconocida por el estado) un estudiante de corporación. Una asamblea general lo depuso.

cimiento por las universidades de Alemania occidental, muy pronto las decisiones y los nombramientos no se atuvieron a las ideas de reforma presentes en los comienzos de la FU, sino que se movieron en el sentido de una adaptación a las universidades alemanas de la restauración en el oeste. En este proceso de adaptación que se insertaba en la integración política y social, cada vez más intensa, de la ciudad en la República Federal de Alemania (RFA), las reformas ya conseguidas en la FU resultaron, por el contrario, incómodos obstáculos. Particularmente la Facultad de Derecho sufría una grave falta de catedráticos, pues ninguno de los de la universidad de Berlín había acudido a la FU, y los juristas de la Alemania occidental no mostraron durante largo tiempo tendencia alguna a enseñar en aquella universidad. La Facultad de Derecho fue la primera en eliminar el derecho de voto de los estudiantes en los llamamientos.* En 1952 la comisión jurídica y constitucional se componía ya sólo de tres catedráticos, pese a que en 1950 —fecha en la cual constaba de dos catedráticos y un estudiante— se le había atribuido una función decisiva en la reforma en curso de la universidad. En realidad, esta comisión contribuyó decisivamente a integrar la FU en el derecho universitario de la tradición alemana, el cual entiende la libertad de la ciencia meramente como poder decisorio intrauniversitario de los catedráticos numerarios. Sobre esto dijo Ulf Kadritzke en una conferencia dada durante las jornadas universitarias de 1967:

> Con este equipo jurídico-universitario, la FU, como todas las universidades de la Alemania occidental, entró en una fase de desarrollo sin concepto que se realizó inevitablemente como compromiso constante entre la arbitrariedad fiscal de una administración estatal sin el

* Llamamiento de una universidad a un docente para confiarle (bajo contrato) una enseñanza. Es el sistema de provisión alemán.

menor interés por las inversiones en la educación, que son a largo plazo, y las necesidades de formación de un número creciente de bachilleres.

Una de las consecuencias negativas de ese desarrollo expansivo fue la proliferación de una burocracia universitaria que tomó en sus manos los asuntos tradicionalmente estudiantiles, sustrayéndolos así a todo control externo. Las posibilidades de influencia estudiantil tenían que disminuir decisivamente por el hecho de que los derechos de codecisión de los estudiantes en la FU se habían limitado desde el principio a los planos superiores de la administración universitaria, a causa del encallamiento de la reforma general de la universidad.

Los verdaderos problemas cuya solución o cuyo dilatorio arrastrarse afectaban decisivamente a los estudiantes en su formación no se discutían ya en el senado académico, sino en las facultades, y muy particularmente en las diversas especialidades y en los institutos. Y en estos planos se sustraen a todo control público universitario. «Las cuestiones en las cuales el catedrático numerario no consigue la universal coincidencia de todos sus subordinados se quedan sin resolver o se resuelven saltándose la autoadministración.»[3] Resultado visible es que lo que Becker y Kluge han llamado «autocontrol vacante de la ciencia», causado por la falta de una reforma de la universidad, perjudica ante todo a los estudiantes en cuanto interesados en su propia formación. Pues los estudiantes van cayendo en una situación de creciente dependencia respecto de decisiones que toman a la antigua usanza los catedráticos numerarios para cada sector de especialidad, sin percibir siquiera los intereses de los miembros subprivilegiados de la comunidad, ya que la distancia entre los docentes y los estudiantes en una empresa universitaria en expansión ha dificultado cada vez más la comunicación.

Había fracasado el intento de crear una universidad con contenidos nuevamente determinados. La preten-

3. Nitsch y otros, *Hochschule in der Demokratie* [La universidad en la democracia], Neuwied, 1965, p. 53.

sión de la FU de constituir una comunidad libre de ciudadanos universitarios, capaz de reflejar la propia responsabilidad política colectiva, con la participación de todos, y con responsabilidad igual, en el trabajo científico y su organización, se mantuvo, sin embargo, en la institucionalización que se suele llamar «modelo berlinés» (cf. pp. 324-325), aunque por de pronto la FU no la utilizó en absoluto en el sentido de los fundadores. Más tarde, esos conatos institucionalizados de universidad democrática resultaron ser, cuando los estudiantes criticaron de nuevo la universidad restaurada, presupuestos necesarios para poder dar a los conflictos intrauniversitarios la dimensión en la cual se manifiestan las contradicciones de la universidad burguesa, innegables desde el fascismo.

Discusiones acerca de la actividad política en la universidad, 1958-1964

La declarada intención de muchos estudiantes fundadores y de posteriores representantes estudiantiles era arrancar a los estudiantes de su letargo político, y condujo en el año 1958 a los primeros conflictos cuando, al debilitarse la tensión de la guerra fría, las manifestaciones políticas de los representantes del estudiantado dejaron de coincidir automáticamente con la política oficial de la ciudad de Berlín.

En los primeros años de la FU las declaraciones políticas de la representación estudiantil confirmaban realmente la tesis de que la FU había enarbolado el «estandarte académico» en la cruzada anticomunista. Los comunicados y las resoluciones de esta época representan un consentimiento integral con la política oficial de la Alemania occidental y, por lo tanto, una recusación indiferenciada de la República Democrática Alemana (RDA). La primera convención estudiantil de la FU re-

dactó en 1950 una resolución en la cual se decía: «[...] la representación estudiantil de la FU ha seguido atentamente el camino tomado hasta ahora por el gobierno federal y cree poderse adherir a la actitud del gobierno federal». En 1951 el delegado estudiantil Lorenz proponía (según acta literalmente citada) que «la representación estudiantil no se pierda en cosas formales; además de las pequeñeces de cada día hay que intentar enfrentarse con los grandes problemas que hoy interesan a toda la opinión pública. Cuestiones así son hoy en el marco del estudiantado la de la aportación alemana a la defensa de la Europa occidental y otras semejantes». El 17 de junio de 1953 los estudiantes llegaron a criticar la actitud de los políticos, en su opinión indecisa: «[hemos] expresado ante representantes de la prensa nuestra decepción por la reacción de Occidente [...] Las asociaciones juveniles de Berlín occidental han enviado además escritos comunes de protesta a los altos comisarios». Los estudiantes lamentaban el que los aliados occidentales hubieran prohibido una manifestación estudiantil con ocasión de los incidentes del 17 de junio. He aquí unas palabras al respecto de un delegado estudiantil: «Es triste que estuviera tan llena la sala en la sesión de la Convención del 17 de junio [...] Un día así, un estudiante no tiene nada que hacer en aulas ni en seminarios».

Pero al final de la guerra fría, cuando ya fue imposible absorber completamente mediante la crítica del stalinismo las energías críticas de la joven intelectualidad, los estudiantes de la FU empezaron a atender críticamente a la situación de su propia sociedad. Los conflictos que así surgieron se explican —entre otras cosas, pero no en último lugar— por el hecho de que la opinión pública berlinesa, para la cual la FU era una cuidada pieza de exhibición precisamente por su anticomunismo, reaccionó excitada e irritada contra el nuevo inconformismo. La administración de la universidad

tuvo un fundado miedo de esa reacción de la ciudad e intentó yugular el compromiso político inconformista del estudiantado.

El 25 de junio de 1958 la Convención universitaria decidió llevar a cabo una encuesta entre los estudiantes acerca del armamento atómico del ejército federal; la decisión se obtuvo al final de una dura discusión y con sólo un voto de mayoría. El senado vetó esta resolución y propuso por su parte un referéndum acerca de la disolución de la Convención o Parlamento Estudiantil. Intervinieron los representantes del rector —entonces ausente—, preocupados por la paz universitaria, y la Convención renunció a la encuesta «para mantener la paz académica y en consideración de lo reducido de su mayoría».

Muy poco después se produjo un choque directo entre el AStA y el rectorado con ocasión de una ceremonia en celebración del décimo aniversario de la fundación de la FU. El rector consideró polémico el discurso del presidente del AStA, que le había sido presentado previamente, y prohibió que se pronunciara en aquella forma. Los representantes estudiantiles habían de limitarse a una salutación o no asistir al acto. Como el AStA no se sometió a esa decisión, el rectorado cedió y el presidente del AStA habló acerca de contactos con el este, promoción del estudio, asambleas, corporaciones, el levantamiento húngaro.

A principios de febrero de 1959 la representación estudiantil consideró la posibilidad de una recogida de firmas entre los estudiantes para formular dos peticiones a la dieta federal [parlamento] contra la presencia de jueces, fiscales y médicos nacionalsocialistas en los servicios del estado. El rector vetó la discusión de este asunto en la Convención y aprovechó la ocasión para discutir de un modo general la cuestión de si y en qué medida los gremios de la autoadministración universitaria pueden votar resoluciones políticas. Se insti-

tuyeron comisiones del senado universitario para estudiar el problema de las manifestaciones de opinión política de los gremios académicos y para la educación política en general. A pesar de una encarnizada resistencia, la Convención aceptó esas comisiones por una escasa mayoría. Pero luego no se constituyó más que la comisión de educación política, y, en vez de formar también la otra comisión, el rector pidió a la comisión jurídica del senado académico, a la que no pertenecía ningún estudiante, un informe acerca de «los límites de la manifestación de opiniones políticas de la FU y de sus órganos». La comisión jurídica no reconocía en su informe más derechos a los gremios estudiantiles que el de formular opiniones políticas en cuanto preparación de la formación de la opinión y la voluntad relativas a los problemas discutidos en los gremios académicos (senado y facultades); eso significaba para la Convención que no podía deliberar sino acerca de aquellas cuestiones también discutidas en el senado académico o en las facultades, o sea —teniendo en cuenta la concepción corriente entre los catedráticos numerarios— sólo acerca de cuestiones situadas «dentro del marco de las tareas especiales de la universidad, a saber, la investigación, la enseñanza y la formación profesional».

En febrero de 1962 pudieron apreciar los estudiantes el real aspecto de esos límites de la expresión de opinión en la práctica. Mientras que en 1958 el senado había celebrado por razones de principio una colecta en beneficio de los refugiados argelinos, el rector rechazó ahora la cuestación de solidaridad con los refugiados y los estudiantes argelinos, votada por la Convención estudiantil el 9 de diciembre, apelando al citado informe de la comisión jurídica. La cuestación representa un acto político para el cual no está autorizada la representación estudiantil. Además, dada la situación de Berlín, hay que comportarse con particular circunspección. Y el apoyo a los refugiados argelinos es una

toma de actitud política contraria al gobierno francés, el cual es una de las cuatro potencias protectoras de Berlín, por lo que no es posible jugarse su benevolencia política. El presidente del AStA declaró como respuesta a una carta que entre las tareas de la representación estudiantil se encuentra también «la de defender activamente la libertad del estudio para todos los estudiantes, en el marco de una solidaridad internacional del estudiantado, siempre que aquella libertad se ve amenazada y coartada». Pero el rector se limitó a remitir de nuevo al informe de la comisión jurídica. Por lo demás, las ulteriores protestas de la representación estudiantil fracasaron precisamente por el veto de los portavoces estudiantiles en el senado.

Algunos meses después se mostró lo rápidamente que el rectorado podía cambiar de actitud respecto de las manifestaciones de opinión política de la Convención estudiantil en cuanto que le parecía políticamente oportuno. El 6 de junio de 1962 la Convención decidía llevar a cabo una cuestación de solidaridad en favor de colegas de la RDA. El rector aprobó la colecta y rechazó la crítica de que con ello había entrado en contradicción con su decisión de febrero. Y como fundamento de su actitud adujo las íntimas relaciones personales y materiales de la FU con las personas a las que se trataba de ayudar mediante la cuestación. Así se puso de manifiesto que el rectorado no rechazaba las tomas de posición políticas de los estudiantes en general, sino que sólo quería permitir una determinada tendencia. Mientras que en el caso de la cuestación pro-Argelia procedía según el «principio de neutralidad» y en el caso de la RDA según el de oportunidad, el rectorado volvió a la «neutralidad» política cuando en el verano de 1963 prohibió una recogida de firmas contra el trato dado en Hong Kong a los fugitivos chinos.

El semestre de verano de 1965 y los asuntos Kuby y Krippendorff

Para conmemorar el 20.º aniversario de la victoria sobre el fascismo alemán, el AStA anunció una discusión de mesa redonda con la participación del profesor von Friedeburg, el periodista Krämer-Badoni y el escritor Erich Kuby sobre el tema «Restauración o nuevo comienzo: la República Federal de Alemania veinte años después». Aunque el rector había facilitado ya el auditorium maximum, decidió anular la autorización indicando que Erich Kuby había «difamado» la FU, razón por la cual le estaba prohibido desde 1960 tomar la palabra en ella. Kuby había dicho lo siguiente (en 1958):

> Dentro de Berlín, en esta sala, volvemos a encontrarnos en un lugar especial, a saber, en la FU. Permítanme recordarles, y hacer observar a aquel que no lo haya notado todavía, que ese nombre expresa en realidad una extrema medida de ilibertad. Sólo nuestra situación básica, tan polémica, consigue disimular el hecho de que la expresión «universidad libre» cristaliza una relación antitética con la otra universidad berlinesa, la que no es libre, la que se encuentra más allá de la Puerta de Brandenburgo; y en mi opinión una tal vinculación antitética es absolutamente incompatible con las tareas científicas y pedagógicas de una universidad. Las universidades de la Edad Media eran sin duda lugares de extrema ilibertad desde el punto de vista del liberalismo, pero su constricción, su vinculación teológica, tenía una dignidad y una grandeza naturales de las que carecen la vinculación y la constricción que se expresan en el polémico nombre de universidad libre, contrafigura hermana de la cual es la universidad Humboldt.*

* La universidad Humboldt está situada en Berlín-este.

A causa de la prohibición rectoral, el AStA celebró finalmente el acto en la residencia estudiantil de la TU, pero, a diferencia de lo que había ocurrido en anteriores choques con el rector, esta vez la medida provocó ante todo una violenta protesta de los estudiantes. Hay que decir que también la conducta del rector en este caso era insólita y hasta nueva; antes el rector había tratado las manifestaciones políticas de la representación estudiantil de acuerdo con la oportunidad o según su deseo de neutralidad, argumentando, pues, por el contenido; pero en este caso apelaba a un concepto administrativista y formal, el derecho del rector como autoridad titular de los locales universitarios, que se convertía en fuente de un derecho de censura.

Los iniciadores de la protesta contra esa censura política, que se manifestó públicamente en el campus, fueron los representantes estudiantiles de la Facultad de Filosofía y los grupos políticos estudiantiles (LSD, SHB, SDS, GS, ES, DIS, HSU * y el Club Argument). Los días 5 y 6 de mayo los iniciadores convocaron mediante octavillas a una reunión de protesta. Una delegación de esta asamblea presentó al rector la reivindicación de poder «oír a cualquier persona, acerca de cualquier tema y en cualquier momento, y discutir con ella». El rector rechazó la reivindicación. A raíz de esto las acciones de protesta de las semanas siguientes fueron ya obra de una gran parte de los estudiantes. Una semana después de la asamblea de protesta habían firmado la reivindicación más de 3.000 estudiantes, y estu-

* LSD: Liberaler Studentenbund Deutschland [Liga de Estudiantes Liberales de Alemania]; SHB: Sozialdemokratischer Hochschulbund [Liga Universitaria Socialdemócrata], este nombre tomó la asociación al desprenderse del partido socialdemócrata, el SPD; SDS: Sozialistischer Deutscher Studentenbund [Liga Estudiantil Socialista Alemana]; GS: Gewerkschaftliche Studentengemeinschaft [Comunidad Estudiantil Sindical]; ES: Evangelische Studentengemeinde [Comunidad Estudiantil Evangélica]; DIS: Deutsch-Israelische Studentengemeinschaft [Comunidad Estudiantil Germano-Israelita]; HSU: Humanistische Studentenunion [Unión de Estudiantes Humanistas].

diantes no organizados llevaban ya pancartas ante los edificios de la administración académica e informaban a la prensa. En otras octavillas de los grupos políticos universitarios se leía, entre otras cosas: «¿En qué consiste la comunidad de maestros y discípulos cuando la autoridad del rector sobre los edificios universitarios se utiliza contra el estudiantado y el derecho de éste a libre información y a crítica?» (Octavilla de nueve grupos estudiantiles). «¿De qué nos sirven las convicciones políticas si no podemos ponerlas en discusión precisamente donde las producimos, o sea, en la ocupación con la ciencia?» (Octavilla de los estudiantes americanos de la FU). El rector, en una toma de posición dada a la prensa, la radio y la televisión el 12 de mayo de 1965, declaró que la reivindicación de los estudiantes era «completamente irreal», y condenó todo intento de hacerle renunciar a sus derechos estatutarios por «medios pseudosindicales». Luego subrayó que él era el único responsable del orden en la universidad. El AStA y el Parlamento Estudiantil, o Convención, no intervinieron en la discusión pública sino después de estas declaraciones del rector. Tras una entrevista sin resultado del AStA con el rector, la Convención votó la resolución siguiente:

> La universidad proclama en sus estatutos la comunidad de docentes y discentes en la libertad y en la independencia; como ciudadanos universitarios dentro de esta comunidad, los estudiantes y, por lo tanto, también sus representantes elegidos (la representación estudiantil), son *responsables de sí mismos.* Y eso quiere decir que la representación estudiantil decide libremente acerca de cómo contribuir al cumplimiento de su tarea estatutaria, la formación general, la cual incluye también la política. La Convención da mandato al AStA [...] para que consiga la confirmación de nuestro derecho a oír a cualquier persona, en cualquier momento y acerca de cualquier tema en nuestra FU.

El rector confirmó el principio del derecho de autoadministración de la representación estudiantil, pero volvió a rechazar, y también esta vez apelando a su autoridad sobre los locales, la concreta reivindicación de la Convención. Inmediatamente los estudiantes del Instituto Otto Suhr organizaron el 18 de mayo una huelga de clases seguida casi en un cien por ciento. La crítica pública, a la que se adhirieron algunos profesores, obligó al rector a hacer una nueva declaración en la que volvió a apelar al informe jurídico de 1960. El presidente del AStA contestaba por escrito el 24 de mayo de 1965:

> Si el rector, apelando al aducido artículo 6 de los estatutos de la universidad en relación con el artículo 28 del reglamento universitario, entiende su derecho a representar la universidad hacia fuera y hacia dentro de tal modo que se considera responsable de todo lo que ocurre en esta universidad, entonces es que se ha abandonado inapelablemente la concepción de la universidad que hasta ahora se gustaba de describir con la fórmula «*comunidad* de docentes y discentes». Ésta me parece ser la significación de su escrito. Por vez primera pretende un órgano de esta universidad decidir, con independencia de todos los demás órganos, lo que ha de ocurrir o dejar de ocurrir en ella [...] El temor de que la reivindicación del estudiantado pueda favorecer a tendencias anticonstitucionales es también preocupación nuestra, en cuanto cura por los fundamentos de nuestra sociedad. Pero he de añadir que la idea de que el espíritu democrático no se puede proteger más que mediante el autoritario poder del derecho rectoral sobre los locales universitarios denota una desconfianza respecto de los órganos democráticos de control, desconfianza que el estudiantado condena. Profesores y estudiantes reconocieron juntos al fundarse la FU el principio del autocontrol democrático. Subrayo una vez más que el estudiantado no reivindica un desplazamiento de los derechos de los diver-

sos órganos de la universidad, sino sólo la confirmación de su derecho al autocontrol democrático.

La representación estudiantil precisó su reivindicación general hasta hacer de ella una reivindicación política, una reivindicación realizable, a través de esa carta y de una resolución previa de la Convención en la que también se destacaban el control democrático y los preceptos jurídicos generales como protección suficiente contra el abuso de la libertad ilimitada de información y discusión.

A pesar de las contraposiciones ya manifiestas, la parte académica intentó mantener la ficción de la celebrada comunidad en la solemnidad de la apertura de matrícula, ocurrida poco después. Pero cuando el presidente del AStA indicó en su discurso los límites del «modelo berlinés» y tomó una actitud crítica respecto de los recientes incidentes, tres profesores miembros del senado y el rector mismo le impidieron que siguiera hablando. Los representantes de los estudiantes abandonaron el auditorium maximum en señal de protesta, y el AStA declaró en una comunicación a la prensa:

> Este incidente carece de precedentes en la historia de la FU. Nadie había puesto en duda hasta ahora el derecho de la representación estudiantil a tomar posición públicamente respecto de todos los problemas de la universidad. El AStA comprueba con preocupación que, tras la prohibición dictada contra un crítico extrauniversitario, ahora se limita también la libertad de palabra de los representantes elegidos del estudiantado. Esto es incompatible con la historia y la pretensión de la FU.

Otro «caso» más motivó la continuación de la discusión pública en la FU acerca de los métodos de la administración universitaria en la represión de las opiniones políticas incómodas para ella. Mientras que contra Kuby se había aplicado el derecho rectoral sobre

los locales universitarios y el presidente del AStA se había visto físicamente impedido de ejercer su crítica durante una solemnidad universitaria, esta tercera vez el rector procedió con todos los medios de poder del superior administrativo contra un miembro del cuerpo intermedio académico.* Un ayudante del Instituto Otto Suhr, llamado Krippendorff, había publicado en el periódico *Spandauer Volksblatt* del 14 de mayo de 1965 una información aparentemente equivocada según la cual el rector se había negado a invitar a Karl Jaspers para el 8 de mayo en la FU. Aunque Krippendorff se corrigió el 18 de mayo y se disculpó ante el rector, éste le comunicó que su contrato, que expiraba a finales de septiembre, no se renovaría, lo cual equivalía a una expulsión. El rector violó todas las costumbres observadas en estos asuntos, pues no consultó ni al director en funciones del Instituto ni al catedrático numerario correspondiente a las materias de Krippendorff, el profesor Ziebura. Éste protestó en un memorándum contra la conducta del rector. Además de una grave «violación de la relación de lealtad corriente en la universidad entre el rector y los colegas», Ziebura veía también que «se trata de un precedente que puede tener importantes consecuencias para el futuro de la FU de Berlín», y que se podía temer que «el rector ha querido sentar un ejemplo con el caso Krippendorff, dirigido básicamente contra los profesores no-numerarios que se expongan políticamente».

En una asamblea plenaria de los estudiantes de todas las facultades se expresó —con la exigencia de dimisión del rector— la diferencia entre una «universidad democrática» en la que todos los gremios y todos los funcionarios sean democráticamente controlados por cuantos trabajan en ella, y la existente universidad de

* Cuerpo intermedio es el conjunto de los profesores no-numerarios.

los catedráticos, la cual cubre antidemocráticamente las decisiones del rector mediante la voluntad corporativa de los gremios académicos. Aunque las personas directamente afectadas por el asunto Krippendorff se mostraron dispuestas a aceptar un compromiso (Krippendorff recibió una beca para su habilitación profesoral), no por ello quedó superada la crisis de la FU.

Gran parte de los estudiantes se había dado necesariamente cuenta de lo muy dispuesta que estaba la administración académica a impedir las actitudes políticas del estudiantado y de sus representantes que no le resultaran agradables. Y los representantes estudiantiles se dieron cuenta por vez primera de lo importante que era para el resultado de su trabajo el contar con el apoyo concreto de los estudiantes. Durante las últimas pugnas habían recuperado el contacto con el estudiantado, antes perdido por culpa de una política de gabinete y negociación con el rector, carente de publicidad y de discusión abierta. Las protestas de los estudiantes obligaron a la burocracia universitaria a salir a la luz pública con sus argumentos, lo cual era importante, aunque aquella burocracia reforzara de nuevo su posición tradicional. Una vez expuestos en público, fuera de las sesiones secretas del senado, los argumentos de la administración universitaria revelaron a la mayoría de los estudiantes su naturaleza irracional y antidemocrática. De este modo percibieron claramente los estudiantes que sus representantes en los gremios académicos iban de derrota en derrota no por falta de argumentos, sino por su situación de impotencia institucional. Se ponía de manifiesto la discrepancia entre pretensión racional y poder institucional. También resultó claro que una gran parte de la prensa considerada democrática rechazaba las democráticas reivindicaciones de los estudiantes y se ponía inequívocamente del lado de «la calma y el orden».

El «semestre del Vietnam» (semestre de invierno, 1965-1966)

No hay acontecimiento político que haya tenido en las discusiones y en la politización de los estudiantes una función tan importante como la de la guerra del Vietnam. La ocupación con esa guerra iba a producir el primer choque masivo con el poder del orden extrauniversitario. Ya antes, ciertamente, había habido fuera de la FU acciones y actos estudiantiles con motivo de temas políticos. (En 1958 diversos grupos estudiantiles pacifistas y de orientación izquierdista habían organizado en Berlín un «Congreso atómico» contra el armamento nuclear, y en diciembre de 1964 estudiantes alemanes y africanos se manifestaron contra la visita de Moisés Chombé, así como contra la semana de África del Sur, en marzo de 1965.) Pero la discusión de los crímenes de un país de pretensiones democráticas, los crímenes de los Estados Unidos en el Vietnam, fue un motor decisivo del movimiento estudiantil. Desde el semestre de verano de 1964 el SDS particularmente había desarrollado una intensa campaña de explicación e información acerca del Vietnam. Películas, mesas redondas y, particularmente, exámenes de la prensa, actos en los cuales se comparaban las informaciones de periódicos extranjeros con las de los de Alemania occidental, contribuyeron a que la discusión sobre la guerra del Vietnam tuviera mucho espacio y mucha base en el estudiantado. El rectorado no fue el único en intentar impedir esos actos, exigiendo, por ejemplo, al SDS la satisfacción de cada vez más requisitos formales; sino que también la ciudad de Berlín y su prensa lanzaron una campaña contra aquel compromiso político; la campaña culminó provisionalmente en un atentado el 28 de enero de 1966: una bomba estalló en la residencia de la TU donde se celebraba una discusión sobre el Viet-

nam. La prensa de Berlín quitó importancia a la bomba y aprovechó en cambio la ocasión para polemizar contra el contenido del acto, y eso convenció ya a muchos estudiantes de la necesidad de sacar su compromiso político del círculo de los seminarios y llevarlo a la ciudad misma. Confirmados en sus convicciones por la cínica acción de la Campana de la Libertad de los editores de periódicos berlineses (navidades de 1965) y por la afirmación oficial, constantemente repetida, pero no por ello más convincente, de que los norteamericanos defienden en Vietnam la libertad de Berlín, varias agrupaciones estudiantiles decidieron organizar una manifestación contra la guerra del Vietnam el 5 de febrero de 1966 y en la misma *city* berlinesa. Durante la noche fueron detenidos cuatro estudiantes del SDS mientras pegaban carteles en las paredes. Los carteles decían que los gobiernos de Alemania occidental y de Berlín-oeste apoyan el genocidio del Vietnam, y que evidentemente ese crimen resulta perfectamente compatible con el sistema democrático de esos estados. Todavía estaban detenidos los cuatro estudiantes cuando se disolvió la gran manifestación y unos cuantos centenares de manifestantes se dirigieron a la Casa Americana para organizar ante ella una sentada. Unidades de la policía intentaron dispersarlos por la fuerza. Hubo manifestantes heridos. Seis huevos fueron lanzados por la muchedumbre contra la fachada de la Casa Americana.

La prensa de Berlín había hablado de la bomba lanzada contra los estudiantes poco tiempo antes como si se tratara de una bengala de Nochevieja; pero aquellos seis huevos lanzados contra un mero edificio desencadenaron el pánico del Berlín oficial y se convirtieron en tema de titulares y artículos de fondo. El alcalde y el rector de la FU escribieron devotas cartas de disculpa al comandante americano de la ciudad y se colocaron así abiertamente al lado de la política genocida del gobierno norteamericano. Tres días más tarde se celebró una

contrademostración organizada por la CDU ante la Casa Americana. Intervinieron en ella unas 150 personas, y el acto permitió apreciar hasta qué punto están ya fascistizadas partes de la población de Berlín, por la prensa y por las palabras de los políticos, particularmente las del representante del gobierno federal, Ernst Lemmer. Personas que criticaban la manifestación fueron golpeadas por manifestantes de la CDU, empujadas hasta la estación del metro y obligadas a comprar billete «para el otro lado»; al final las arrastraron de los cabellos por el andén. Por primera vez experimentaron los estudiantes en su propio cuerpo qué significa la «particular situación» de Berlín, con la cual ya antes se les había amenazado. Los estudiantes tuvieron que darse cuenta de que en Berlín no es posible manifestarse más que por un aspecto de la libertad y contra una sola forma de la ilibertad, y notaron también que la «idea fundacional» de la FU se ha interpretado en un sentido que ellos, precisamente, no están dispuestos a aceptar, a saber, en el sentido de que la FU, nacida como universidad de lucha anticomunista, no tiene más libertad que la que deriva de la ilibertad de la universidad Humboldt.

La administración universitaria intentó aplastar definitivamente el incipiente proceso de politización de sus estudiantes. El 16 de febrero de 1966 el senado académico decidió no autorizar ningún acto político más en los locales de la universidad. Con ello violó el reglamento universitario, el cual pone explícitamente a disposición de las agrupaciones estudiantiles locales para su trabajo de formación política. El AStA dimitió en protesta contra esa resolución y apeló ante el senador titular de los asuntos científicos y artistas de la ciudad. También criticó al senado el profesor Sontheimer, responsable del senado mismo para las cuestiones de formación política universitaria. Y al ofrecer su dimisión, la autoridad académica lo destituyó.

El semestre de la exmatriculación forzosa * (semestre de verano de 1966)

La presión sobre los estudiantes fue aumentando a continuación por todas partes; las campañas contra ellos y las restricciones políticas se reforzaron mediante una medida universitaria interna que afectaba a la situación de trabajo de los estudiantes. Las Facultades de Derecho y de Medicina decidieron en la primavera de 1966 intensificar la exmatriculación forzosa o introducirla en la facultad en que aún no existía. Esta «reforma de los estudios» significaba para los estudiantes la necesidad de terminar más deprisa un estudio cuyas deficiencias de contenido y de organización seguían, en cambio, sin reformar. De no acelerar su estudio, se encontrarían en peligro de tener que interrumpir, sin terminarla, la formación académica. Las reivindicaciones estudiantiles de reforma de los estudios, que querían transformar precisamente la estructura material y organizativa de los planes y las materias de estudio, recibían así de la autoridad académica la respuesta de una tremenda presión sobre los resultados administrativos del trabajo. El rector prohibió con una argumentación jurídico-formal el medio democrático, aunque meramente declamatorio, que se quiso esgrimir contra aquella restricción intolerable, a saber, una votación plebiscitaria en asamblea general de los estudiantes. La pugna se agudizó al reprochar el rector, durante la fiesta de apertura de matrícula, a las palabras del presidente del AStA «semiverdades y falsedades»; la representación estudiantil, apoyada por los estudiantes presentes, abandonó la sala en señal de pro-

* Abandono obligado de los estudios tras un determinado número de semestres sin presentarse a examen final (equivalente a licenciatura en países latinos). Medida que rompe con la tradición liberal humboldtiana de la universidad alemana, en la cual el estudiante podía componer libremente (dentro de ciertos límites) su *curriculum*.

testa. Los profesores miembros del senado universitario habían decidido ya, en una sesión celebrada sin convocar a los representantes universitarios, no asistir a la solemnidad; los miembros estudiantiles del senado universitario dimitieron entonces en protesta contra ese comportamiento.

El AStA se dirigió directamente al estudiantado, el cual discutió en asambleas generales el modo de dar respuesta a aquella medida coactiva. Durante la tarde del 22 de junio de 1966 se reunieron más de 3.000 estudiantes bajo las ventanas de la sala del senado académico. Como los miembros estudiantiles del senado habían roto el secreto de la sesión publicando el (también secreto) orden del día, los reunidos pudieron discutir públicamente en su asamblea los mismos problemas que estaba discutiendo secretamente el senado. Delegaciones elegidas por la asamblea invitaron al rector y a los senadores universitarios a que participaran en la discusión pública, para discutir sus resoluciones ante los afectados y con ellos. Los profesores se negaron a ello, y los estudiantes penetraron en el edificio y comenzaron una sentada. La discusión, que continuó dentro, se interrumpió al aparecer el rector para aludir a una conversación futura con representantes estudiantiles y pasar luego a exhortar a los estudiantes a que se marcharan a sus casas. Pero la asamblea decidió seguir sus discusiones. Se organizó con varios profesores y ayudantes un *teach-in* que duró hasta medianoche. Hacia las 22 los portavoces estudiantiles en el senado académico comunicaron que éste había retirado en toda regla su resolución de no autorizar más actos políticos en los locales de la FU. Lo que no habían conseguido la táctica ni las negociaciones secretas de los representantes estudiantiles había sido obra de una sola manifestación masiva de los ciudadanos estudiantes. La sentada terminó con la exigencia de unas comisiones paritarias para la reforma de los estudios y con la resolución siguiente:

Resolución del 22 de junio de 1966, votada por los estudiantes de la FU de Berlín reunidos para la sentada de esta fecha.

No luchamos sólo por el derecho a estudiar más tiempo y por el de poder manifestar más intensamente nuestra opinión. Eso es sólo una parte de la cuestión. Se trata además de que las decisiones que afectan a los estudiantes se tomen democráticamente y con intervención de ellos.

Lo que está ocurriendo aquí en Berlín, al igual que en la sociedad, es un conflicto cuyo objeto central no es ni un estudio más largo ni más vacaciones, sino la anulación del dominio oligárquico y la realización de la libertad democrática en todos los ámbitos sociales.

Nos oponemos a todos los que desprecian el espíritu de la constitución por modos diversos, incluso cuando fingen encontrarse en el terreno de la constitución misma.

Se trata de ver la cuestión de la libertad en la universidad como un problema que rebasa el marco universitario. Por esta razón el estudiantado comprende la necesidad de colaborar con todas las organizaciones democráticas de la sociedad para imponer sus reivindicaciones.

La Convención se adhirió a las reivindicaciones del *sit-in* en un memorándum; el rector y el senado académico aceptaron la formación de comisiones para la reforma de los estudios, pero se negaron a constituir sobre base paritaria la comisión central a nivel de universidad. Aunque la representación estudiantil veía claramente que seguiría subsistiendo el peligro de una constante situación minoritaria de los estudiantes, a causa de la intensa dependencia de los ayudantes respecto de los catedráticos, acabó por adherirse a la concesión senatorial de comisiones formadas por representantes de los estudiantes, del cuerpo intermedio y de los catedráticos.

Extensión del conflicto a la ciudad en el semestre de invierno, 1966-1967

Hasta el semestre de invierno 1965-1966, las protestas de los estudiantes se habían limitado a la defensa de derechos democráticos formales; esas protestas se habían encendido con ocasión de «casos» sueltos o individuales, terminados los cuales los estudiantes protestatarios habían vuelto de nuevo a dedicarse a su estudio especializado. La prohibición general de todos los actos políticos —prohibición cuyo unilateral sentido contra los actos sobre el Vietnam organizados por determinados grupos estudiantiles estaba claro para la mayoría de los estudiantes— hizo por fin que muchos estudiantes se interesaran por los contenidos de aquellos actos y que llegaran así a tomar actitud contra la administración universitaria, que les negaba mayoría de edad, y a comprometerse con las cuestiones políticas mismas, particularmente la del Vietnam. A todo eso se añadía como acontecimiento universitario central la cuestión de la exmatriculación forzosa, la cual amenazaba materialmente a los estudiantes en su anticipada existencia profesional; los estudiantes se vieron obligados a defenderse dentro de la universidad misma contra las medidas de la universidad. En la sentada del 22 de junio se dieron cuenta de cuál era su única posibilidad en el intento de proceder, aunque con éxito sólo relativo, contra aquella amenaza: tomar consecuentemente en sus propias manos sus intereses, puesto que en el curso de los años había quedado de manifiesto la inutilidad de dejar que sus representantes, con la delegación de todos sus problemas, lucharan solos contra la burocracia universitaria.

Esta nueva autónoma actividad de los estudiantes acarreó un nuevo «escándalo» el 26 de noviembre de 1966. En una concesión muy tardía a cierta reivindicación de la anterior sentada, el rector entró en discusión

con estudiantes acerca de problemas de la universidad y la enseñanza superior. Luego de contestar el rector, equívocamente y rehuyendo las cuestiones, a concretas preguntas e intervenciones polémicas, declarándose a veces incompetente, o repitiendo que estaba discutiendo como ciudadano, y no como rector, cuando iban más de dos horas de sesión, algunos estudiantes distribuyeron una octavilla cuyo pronóstico —«nada podemos esperar de esta conversación»— se había cumplido ya en aquel momento. El rector y el presidente del AStA abandonaron la sala cuando los que repartían las octavillas utilizaron el micrófono para leerlas:

> Nada podemos esperar de esta conversación.
>
> La miseria de la universidad es la miseria de los que tienen que estudiar en ella.
>
> La situación de la FU es insoportable para nosotros, los estudiantes.
>
> Hemos de ir tirando en malas condiciones de trabajo, con míseras lecciones magistrales, con seminarios estúpidos y con absurdas normas de examen. Si nos negamos a que unos profesorales idiotas especializados hagan de nosotros más idiotas especializados, pagamos el atrevimiento con el peligro de tener que dejar los estudios sin concluirlos.
>
> La administración y el senado declaran que la miseria de la universidad es miseria del estudiante *individual,* no para liberar a los estudiantes, sino para librarse de ellos. Responden a la exigencia social de más *out-put* de especialistas adaptables mediante la reglamentación del estudio, agravada por la amenaza de la exmatriculación forzosa. El que en esta situación invoca la autonomía de la universidad no lo hace sino para confundir. La regimentación del estudiantado aniquila, junto con los restos del estudio liberal, la ilusión de autorrealizarse. En la fábrica «universidad» el estudiante ha de conseguir sus papeletas, y durante el fin de semana podrá entregarse como hombre privado al aprendido humanismo.

El que no se contente con ello verá convertirse en certeza la exclusión de la universidad, pues este proceso de conformación es agresivo, y la regimentación no respeta las reservas tradicionales.

Hace cinco meses nos cansamos de la ciega arrogancia con la cual la administración y el senado pasan por alto nuestras dificultades. *Hace cinco meses pareció también claro que el estudiantado no puede esperar ya la solución de sus problemas más que de sí mismo.* Pero luego nos quedamos por detrás de nuestras reivindicaciones. La acción de protesta se convirtió en sesión solemne y aún esperábamos seriamente que la representación estudiantil de la Convención, en realidad ya integrada, fuera capaz de representar enérgicamente nuestras exigencias y de resolver prácticamente nuestros problemas.

La representación estudiantil no puede actuar más que en el marco que le ha sido concedido por la autoridad. En el cuerpo a cuerpo con las autoridades hace concesiones a costa de nuestras reivindicaciones. Y ahora, al cabo de cinco meses de colaboración, el AStA nos convoca a esta conversación con el rector, durante la cual el hombre atiende lleno de comprensión al público mientras que el funcionario espera avergonzado en el rincón.

Nada podemos esperar de esta conversación.

Nada cambiará en nuestra situación mientras no *se organicen*

aquellos a los que realmente afecta
aquellos que dejan la universidad o son eliminados de ella
aquellos que ya no aguantan esta FU
aquellos que no quieren ya compromisos con ella
aquellos que se niegan conscientemente.

Comité provisional preparatorio de
una autoorganización estudiantil.

26 de noviembre de 1966.

El AStA no se hizo responsable del tipo de la protesta, la cual, según él, había impedido «que la discusión con el rector mostrara una vez más a la opinión pública la incapacidad de la universidad para emprender una autorreforma desde su estructura actual»; pero explicó aquella acción por la justificada decepción de los estudiantes «ante la incapacidad de la universidad para la resolución de los problemas de la reforma de los estudios».

Como los periodistas habían identificado entre los que repartían las octavillas a varios miembros del SDS que, además, llevaban en la solapa la insignia de los guardias rojos de Mao Tse-tung, toda la prensa de Berlín coincidió en la interpretación del incidente: «Los discípulos de Mao impiden la discusión en la FU» (*Morgenpost*); «El motor de la revolución» se encuentra en «una comuna con amor libre y escuela de partido» (*Der Abend*). El rector exigió entonces al SDS los nombres de los que habían intervenido; el SDS se negó para no convertirse en denunciante en favor de un derecho disciplinario que recusaba por principio.

En aquella fase la anterior teoría que atribuía el movimiento estudiantil a la infiltración comunista desde la RDA tuvo que ceder su lugar a otra según la cual los estudiantes «izquierdistas» de la FU estaban dirigidos por miembros de la embajada china en Berlín-este. (Esta teoría alcanzó el punto culminante de su absurdo durante la acción contra el vicepresidente norteamericano Humphrey.)

También durante una discusión con el embajador de Vietnam del Sur se esgrimió el fantasma de los «guardias rojos» de la FU para desdibujar la evidente incapacidad del embajador y el carácter antidemocrático de los actos oficiales. El 6 de diciembre de 1966 se celebraron dos actos simultáneos en la FU sobre el tema del Vietnam; en el auditorium maximum el SDS pasó ante 600 espectadores películas acerca de la guerra, pro-

cedentes de los Estados Unidos y del Frente Nacional de Liberación de Vietnam del Sur, mientras que en un aula vecina discutía el embajador del Vietnam del Sur, invitado oficial, con algo menos de 100 estudiantes. Se rechazó una invitación del SDS a unir los dos actos, pero el embajador comunicó que después invitaría a los espectadores de al lado a una discusión. Esta discusión tuvo ratos tumultuosos, porque el embajador no contestaba por el contenido ni una sola pregunta y porque el director oficial de la discusión impedía por la fuerza que hablaran los que planteaban preguntas incómodas. Aunque el rectorado había enviado al acto tres observadores oficiales, tomó sin más la versión de la prensa, según la cual los estudiantes no estaban interesados en ninguna discusión, sino sólo en armar un tumulto, y así se sumó a la campaña de difamación contra los estudiantes críticos.

Cuatro días más tarde, el 10 de diciembre de 1966, la campaña por el desarme organizó una manifestación contra la guerra del Vietnam. El jefe superior de policía —de acuerdo con democrática tradición y con un decreto de febrero de 1966 que cerraba la *city* para actos públicos— aprobó un itinerario trazado por una vía de circunvalación siempre vacía, con objeto de no perturbar la circulación en el casco urbano (y acaso también, según una frase del posterior alcalde Albertz, para «poder operar sin estorbos»). A pesar de ello una gran parte de los más de 2.000 manifestantes intentó llegar al Kurfürstendamm; unidades reforzadas de la policía los rechazaron a golpes de porra hasta la vía prescrita. Luego de la manifestación, que transcurrió «reglamentariamente», unos centenares de manifestantes se reunieron ante el café Kranzler, revistieron un árbol de navidad con la bandera de los Estados Unidos, le colgaron la inscripción «Pequeños burgueses de todos los países, uníos», e intentaron quemar unas cabezas de cartón-piedra de Johnson y Ulbricht. Sin que se oyera

ninguna conminación previa, la policía atacó con las porras, apaleó a los manifestantes, rompió las pancartas y detuvo a más de 80 personas.

El AStA protestó en la carta de felicitación a Heinrich Albertz por su nombramiento de alcalde. Algunos manifestantes lesionados emprendieron el 17 de diciembre una «manifestación-paseo» por el Kurfürstendamm; querían poner a prueba nuevas formas de protesta que impidieran a la policía proceder tan agresivamente como hasta entonces contra los manifestantes. La provocación consistía en que los estudiantes se dispersaban cada vez que aparecían los guardias y organizaban pocos minutos después una nueva «concentración», con lo que la policía atacaba siempre al vacío. Como «a veces era difícil distinguir entre transeúntes inocentes y manifestantes del SDS» (*Tagesspiegel*), más de la mitad de los detenidos aquella tarde eran transeúntes, incluso mujeres y niños, además de dos periodistas.

El esfuerzo del senado berlinés por quebrar con la violencia policíaca el compromiso político de los estudiantes se complementó con la coacción económica. Todos los estudiantes de Berlín se enteraron el 10 de enero de 1967 de que a partir del semestre de verano tendrían que pagar una matrícula global de 160 DM (la media anterior en la FU era de 135 DM). Esta medida afectaba sobre todo a los estudiantes de la Escuela Superior de Pedagogía, que no habían pagado hasta entonces derechos de matrícula. Por eso hubo tres días de huelga en aquel centro y se discutió la posibilidad de un boicot a la caja. Ya antes había intentado el senador de hacienda de la ciudad impedir un aumento del presupuesto del AStA de la FU. En enero, la administración de la ciudad volvió a interesarse por el bolsillo del estudiantado. El 18 de enero de 1967 el Curatorio de la FU, bajo la presidencia del alcalde, bloqueó el pago de una partida destinada a la autoadministración estudiantil, que importaba 160.500 DM. El alcalde Albertz

había dicho poco antes, comentando una nota del periódico universitario *FU-Spiegel* en la que se criticaban sus métodos policíacos, que «les vamos a cerrar el grifo de dinero del estado con el cual chapuceaban su periódico tabernario».[4] El AStA protestó contra ese intento de coaccionar políticamente a los estudiantes. Aquel mismo día la VDS,* sección Berlín, había presentado solicitud para una manifestación contra la subida del precio de las matrículas, y el jefe superior de policía la rechazó basándose en los «excesos» del pasado. La VDS celebró entonces su acto de protesta en la mayor aula de la TU. La asamblea estaba deliberando acerca de si pasar o no a una manifestación cuando unos estudiantes llegaron con la información de que seis colegas habían sido detenidos en la *city* por protestar con pancartas contra el hecho de que el canciller federal Kiesinger se permitiera depositar una corona ante el monumento a las víctimas del fascismo.** Pero la asamblea no se decidió a contestar a la prohibición anticonstitucional de la manifestación y a las detenciones ilegales con acciones correspondientes.

El 26 de enero de 1967, 15 funcionarios de la policía política registraron las oficinas del SDS. El pretexto era una querella (por injurias) de cuatro profesores de la FU contra la octavilla del 26 de noviembre de 1966 (que contenía la expresión «idiotas especializados»). El mandamiento judicial de registro estaba firmado 12 días antes. Evidentemente la policía había esperado que el SDS «soliviantara» a los participantes en la reunión de la VDS del día anterior en la TU para que violaran la prohibición de manifestarse. Esto les

4. *Bild,* Berlín (13 enero 1967).

* VDS: Verband Deutscher Studentenschaften [Asociación de Estudiantes de Alemania], la organización federal techo de los entes sindicales estudiantiles locales.

** El canciller federal alemán Kurt Georg Kiesinger fue miembro del partido nazi y funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores durante la época fascista.

habría permitido utilizar sin limitación alguna el mandamiento de registro. Pero como el SDS no satisfizo su expectativa, la policía tuvo que realizar su *razzia* en una situación políticamente desfavorable. El mandamiento judicial decía que los funcionarios tenían que estudiar las máquinas de escribir y demás matrices para averiguar el origen de la «octavilla de los idiotas especializados». Pero no prestaron atención, sino muy superficialmente, a nada de eso: lo que les interesaba era el fichero de miembros, y lo confiscaron efectivamente; la explícita protesta del abogado del SDS consiguió que antes se sellara el fichero. A la mañana siguiente se concentraban espontáneamente más de 3.000 estudiantes en la FU para manifestarse contra la acción policíaca. Entre los oradores que exigieron la devolución inmediata del fichero y una investigación del incidente se encontraban también algunos profesores. La asamblea decidió manifestarse al día siguiente por la mañana —inauguración de un nuevo instituto— y por la tarde en el casco urbano. La prensa de Berlín fue esta vez reservada, pues el *BZ* * había propuesto poco antes que no se aplicara «el martillo pilón» contra estudiantes indisciplinados, sino que se expulsara simplemente a un par de «rebeldes». El alcalde Albertz tuvo que someterse a las incómodas preguntas de algunos periodistas americanos que habían llegado a Berlín, junto con importantes personajes de la Ford-Foundation, para la inauguración del John F. Kennedy Institut. Y así ocurrió que en la inauguración misma no hubo más que unos pocos policías de la circulación para los 1.000 manifestantes. Más tarde se reunieron el alcalde y el AStA en una conversación en el curso de la cual Albertz declaró que la confiscación del fichero del SDS y las denuncias de los profesores habían

* *Bild-Zeitung*, el periódico más vendido del magnate de la prensa alemana Axel Springer, contra cuya manipulación de la opinión se han manifestado repetidamente los estudiantes alemanes.

sido actos lamentables e impropios. Autorizó además para aquella tarde una manifestación en el Kurfürstendamm, en la que participaron más de 3.000 estudiantes. Además de algunos escritores, habló en la manifestación un representante del IG Metall,* que se solidarizó con los estudiantes. Con esa manifestación el poder político anulaba, sin duda, la prohibición de manifestarse en el centro, pero no lo hacía por una nueva visión democrática, sino para evitar, por razones tácticas, molestas materias conflictivas.

La cooperación entre la administración de la ciudad y la universitaria, primavera de 1967

El 6 de abril llegó a Berlín el vicepresidente de los Estados Unidos Humphrey. El AStA convocó mediante una octavilla a tributar «las ovaciones que se merece el representante del poder que de modo tan impresionante y eficaz defiende la libertad de Berlín en Vietnam y en otros países». La víspera de la visita de Humphrey fueron detenidos en una casa de Berlín varios miembros del SDS mientras preparaban bombas de humo y bolsas de plástico llenas de harina y flan. El servicio de prensa de la policía comunicó aquella misma tarde que la comunidad estudiantil conocida por el nombre de «Comuna» se había «reunido en circunstancias conspirativas» para preparar «atentados contra la vida o contra la salud del vicepresidente norteamericano Hubert H. Humphrey por medio de bombas». Aunque los materiales de la «conspiración» estaban a la vista y la policía confesó que hacía ya varios días que estaba informada de las intenciones de aquel grupo, lanzó al mundo la falsa noticia del «atentado», y la prensa la recogió gustosamente: «Se

* IG Metall: Industrie-Gewerkschaft Metall [el sindicato metalúrgico].

planeaba un atentado con bombas contra el vicepresidente de los EE.UU.» (*Bild,* Berlín); «Los estudiantes preparaban un atentado contra Humphrey» (*Bild-Zeitung*); «La brigada criminal evita un atentado contra Humphrey» (*Morgenpost*); «La embajada de Mao en Berlín-este suministró las bombas para el atentado contra el vicepresidente Humphrey» (*Der Abend*).

Es imposible considerar casuales la falsa noticia y su rápida difusión por la prensa. Se trataba, teniendo en cuenta las manifestaciones estudiantiles sin duda inminentes, de manipular a la población para que aclamara más intensamente al político norteamericano, y, por otra parte, de facilitar a la prensa la tarea de difamar y calificar de terrorista toda manifestación contra la guerra del Vietnam con ocasión de la visita de Humphrey. Pero como las manifestaciones contra Humphrey discurrieron, casi sin excepción, por cauces legales y los conspiradores del «atentado» tuvieron que ser puestos en libertad muy pronto, con lo que, «desgraciadamente», no hubo pretexto alguno para intervenir con la violencia del estado, la prensa y los partidos exhortaron a la autoridad académica a proceder con su derecho disciplinario contra los perturbadores del orden y a volver a examinar definitivamente si el SDS era realmente digno de promoción.* El alcalde solicitó del AStA que se distanciara de las acciones de la Comuna; el AStA contestó con una condena de la acción de la Comuna contra Humphrey, pero, al mismo tiempo, con una enérgica protesta contra la policía que había aprovechado la ocasión «para mover a la opinión pública contra la minoría de oposición por medio de falsedades conscientemente manipuladas». Seguía diciendo el AStA: «Las acciones de protesta son suma-

* Según la legislación universitaria alemana, aprobada a raíz de la derrota del nazismo, las asociaciones políticas estudiantiles tienen reconocida por el estado una función de educación política, y son estatalmente promovidas con medios económicos. Todas las asociaciones de este tipo están incluidas bajo esa norma, incluso las de los partidos políticos.

mente necesarias cuando el alcalde, en nombre de la población de Berlín y basándose en afirmaciones históricamente falsas para hablar de "agresión comunista", aprueba explícitamente la guerra intervencionista de los Estados Unidos en el Vietnam, condenada por otras potencias protectoras de Berlín». Esa declaración provocó una crítica muy violenta, porque se interpretó como una manifestación de simpatía por el «atentado». El alcalde, para contribuir a la «depuración» de la FU, entregó al rector, durante una sesión del Curatorio, una lista de nombres de estudiantes vistos en las manifestaciones, para que pudiera «ponerse en marcha la jurisdicción disciplinaria de la universidad». En aquella misma sesión el Curatorio retiró del presupuesto del estudiantado una subvención de 47.700 DM, por «la difícil situación financiera general». Esa explicación era inverosímil porque ese dinero se imputaba a un fondo de reserva de la administración universitaria. El AStA protestó sin resultado.

Durante la sesión del senado académico del 19 de abril de 1967 el AStA organizó en el mismo edificio una sesión informativa en la cual los estudiantes discutieron puntos del orden del día del senado, más el problema de la concentración de la prensa de Berlín y de su modo de informar, así como la acción contra Humphrey. Se incluyeron además en el orden del día de la reunión estudiantil la cuestión de la disminución del presupuesto del estudiantado, la entrega de «listas negras» al rector, el cual, al aceptarlas, se convertía en instrumento de las fuerzas que querían restablecer la calma y el orden con medios cualesquiera —y eso representaba la renuncia a la autonomía universitaria, tantas veces proclamada por él mismo—, el examen de la promocionabilidad del SDS por el senado académico, la jurisdicción disciplinaria, la cuestión de la reinscripción, que había producido una pugna entre el AStA y el rectorado, pues éste, sin avisar siquiera, había aumentado la penalidad por el retraso en ese requisito administrativo de 5 a 20 DM, y el incidente,

que se preveía, de la prohibición de una reseña de un seminario. Desde febrero de 1966, en efecto, aparecían en el *FU-Spiegel* reseñas de clases magistrales y de otros actos docentes, en los cuales los estudiantes examinaban críticamente los contenidos y los métodos de la enseñanza. Se reseñó, entre otras cosas, un seminario del catedrático de derecho político Fraenkel; se envió a éste una copia de la reseña. Fraenkel interpuso entonces una moción dirigida al senado académico, el cual la incluyó en el orden del día bajo el rótulo de «Moción de un miembro del cuerpo docente para conseguir protección contra los ataques de las publicaciones estudiantiles». El profesor Fraenkel declaraba que su seminario era un seminario de investigación, y que la reseña era consiguientemente una intromisión en la libertad de la investigación. El AStA no aceptó la oferta de compromiso del profesor Fraenkel —no publicar la reseña y retirar él su moción— porque estaba interesado en que se produjera una decisión del senado, en que se publicara la reseña y en que se organizara una discusión pública al respecto.

La reunión empezó con varios informes y ponencias de discusión. Hacia las 21 se supo que el senado académico había prohibido que se reseñaran «seminarios de investigación». Durante una pausa de la discusión los estudiantes se dirigieron al atrio del edificio Henry Ford; el senado comunicó entonces al primer presidente del AStA que los estudiantes tenían que volver inmediatamente al auditorium maximum bajo pena de procedimiento disciplinario contra él. El presidente del AStA dio por terminada la sesión oficial; los estudiantes reunidos eligieron entonces —y ahora ya como asamblea autónoma de protesta— una nueva mesa para dirigir la discusión y empezaron la segunda sentada de la historia de la FU. Hacia las 23.30 apareció el rector, con algunos senadores, ante la asamblea, y amenazó con llamar a la policía para disolverla. Se le pidió que se

quedara para participar en la discusión, pero no contestó. Poco antes de medianoche penetraron unos 50 policías en el edificio y conminaron a los estudiantes a que abandonaran el atrio; los estudiantes se negaron y los policías empezaron a acarrearlos fuera uno por uno. Como los estudiantes opusieron una resistencia pasiva, la policía interrumpió su acción a los pocos minutos. La asamblea se disolvió media hora más tarde, tras haber limpiado el atrio. Al día siguiente el rector canceló el contrato de los dos presidentes del AStA y el presidente de la Convención como auxiliares estudiantiles, y comunicó a la opinión pública que se iniciaban expedientes disciplinarios contra esos tres y otro representante estudiantil más, así como contra un miembro del SDS, por su participación en el *sit-in*.

La administración había aferrado, como es habitual en ella, unos pocos estudiantes conocidos para aislarlos y castigarlos ejemplarmente como «cabecillas». El rector estaba dispuesto a dar pasos mucho más graves para terminar con la agitación de los estudiantes; estaba dispuesto a proceder a expulsiones en masa, a cerrar la universidad y a admitir el nombramiento de un comisario estatal. El estudiantado se opuso a esa reglamentación y violación de su autoadministración pronunciando un voto de confianza en favor del AStA y de su política en una asamblea general. El rector intentó influir en la formación de la opinión de los estudiantes. Personalmente realizó un «viaje electoral» por las aulas llamando a los estudiantes a votar contra el AStA. En esa operación llegó a prometer que anularía los expedientes disciplinarios contra los representantes estudiantiles si los estudiantes votaban contra ellos. Este inequívoco abuso del derecho disciplinario para el sucio cambalache político probó una vez más la falta de sentido de aquel derecho, el cual, evidentemente, no sirve más que para penar a los estudiantes que no se sometan acríticamente a su universidad.

Otro participante en la sentada, que no era estudiante, se vio penalizado por medio de la ley sobre extranjeros. El jefe de policía comunicó al escritor Reinhard Lettau, ciudadano norteamericano que había sostenido una aguda polémica contra la policía y la prensa de Berlín, que su permiso de residencia quedaba reducido por haber excitado contra la policía. Pero la protesta en masa de científicos y artistas consiguió que se retirara la orden de expulsión.

El 26 de mayo de 1967 la representación estudiantil oficial, en la forma de una resolución de la Convención, tomó por vez primera posición ante la guerra del Vietnam. Por 31 votos a favor y 17 en contra la Convención condenó «al gobierno de los Estados Unidos y a los gobiernos dependientes de él por crímenes contra el pueblo del Vietnam y contra sus propios pueblos», exigió la suspensión incondicional de los bombardeos de Vietnam del Norte y la inmediata evacuación de Vietnam del Sur por las tropas norteamericanas, viendo «en el FNL del Vietnam del Sur al representante hoy más fidedigno de los intereses del pueblo vietnamita al sur de la línea de demarcación [...]».

A principios de mayo la Comuna había distribuido varias octavillas firmadas SDS que contenían insultos muy materiales dirigidos contra los gremios académicos. La prensa les prestó un eco histérico, particularmente a una octavilla que llamaba satíricamente a incendiar supermercados para facilitar a los berlineses «la sensación del Vietnam». Aunque la presidencia del SDS suspendió a los miembros de la Comuna —y los expulsó más tarde— por su conducta arbitraria, no discutida en la Liga, el senado académico nombró finalmente su comisión para examinar de nuevo la promocionabilidad del SDS; a raíz del informe de esta comisión, el senado académico abrió el 31 de mayo de 1967 el procedimiento de anulación de la promocionabilidad del SDS, pues, según opinaba la comisión, las negativas acciones per-

turbadoras del SDS pesan más que su aportación positiva a la formación política de los estudiantes. La Convención protestó y convocó una acción de protesta para el 3 de junio. El senador responsable del arte y la ciencia revocó esa resolución, basándose en que existía el peligro de que se perturbaran el acto de apertura de matrícula y la sesión del senado que se celebrarían aquel día. Aunque el presidente de la Convención consiguió que el tribunal administrativo anulara la prohibición, no llegó a celebrarse la asamblea de protesta.

El 2 de junio de 1967

La tarde del 1.° de junio de 1967 el AStA y la asociación «Amigos de la publicística» celebraron una sesión informativa sobre Persia para posibilitar a los estudiantes una discusión de la inminente visita del shah. Al final de la sesión los estudiantes se manifestaron ante la misión militar checoslovaca para protestar contra la amistosa recepción del dictador persa en Praga.

El 2 de junio al mediodía se reunieron ante el ayuntamiento manifestantes y curiosos para saludar al shah. Un grupo de persas adictos al shah procedió con porras y largos palos contra los estudiantes. La policía asistió durante un rato inactiva a esos ataques, y luego hizo retroceder a los persas del shah y procedió a detener a manifestantes contrarios al shah. Por la noche se manifestaron ante la Ópera de Berlín varios miles de estudiantes contra el shah. Entonces se produjeron los conocidos incidentes en el curso de los cuales, y aplicando el «principio de la longaniza» del jefe superior de policía, los guardias cortaron a los manifestantes toda retirada, tras de lo cual centenares de policías apalearon a los manifestantes. Funcionarios vestidos de paisano perseguían a los manifestantes que huían; uno de éstos, el estudiante Benno Ohnesorg, fue muerto a tiros por el

policía Kurras en un aparcadero. Kurras fue más tarde declarado inocente del homicidio preterintencional de que se le acusaba, a pesar de que, o acaso porque, ni el tribunal ni la comisión parlamentaria de investigación pudieron o quisieron aclarar cómo había ocurrido el hecho.* En cambio, otro manifestante, Fritz Teufel, pasó más de seis meses en prisión preventiva sobre la base de las dudosas y contradictorias declaraciones —luego, como era de prever, destruidas— de dos policías.

El hecho increíble de la muerte a tiros de un manifestante y el modo cómo las instancias estatales y universitarias se sustrajeron a su responsabilidad, el cinismo con el cual el alcalde imputó la muerte del estudiante Ohnesorg a sus compañeros, todo eso provocó en muchos estudiantes una conmoción sin precedentes, además de un sentimiento de impotencia. Los estudiantes tuvieron que comprender que en las investigaciones que seguirían no se trataría de juzgar la operación paramilitar de la policía, manifiesta para cualquier espectador y cuidadosamente planeada contra una minoría de manifestantes, sino que serían juzgados «excesos individuales» de ambas partes. En la prensa y en las declaraciones de los políticos los estudiantes, que habían protestado con medios no violentos, se convertían en terroristas y agresores culpables de los choques. Los estudiantes se dieron cuenta de que la administración académica y el rector no estaban dispuestos a defenderles de otras brutalidades futuras. Cuando el 3 de junio por la mañana varios centenares de estudiantes se reunieron ante el edificio Henry Ford, encontraron cerrada la FU. Formaron una procesión fúnebre y se dirigieron al centro de la ciudad. Unidades de la policía los rodearon y tras amenazarles con la violencia, apelando a una prohibición general de manifestaciones y reuniones, les obli-

* El autor entiende que en esas condiciones el tribunal podía favorecer al homicida a lo sumo con una absolución por insuficiencia de pruebas.

garon a disolverse. También la tarde de aquel día, cuando más de 6.000 estudiantes se reunieron en el campus de la FU, acudieron nutridas fuerzas de policía cuyos oficiales amenazaron con disolver violentamente la concentración. El decano de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales abrió su edificio a los estudiantes, dándoles así la posibilidad de discutir la situación en condiciones de relativa seguridad. La Convención recogió en una resolución el resultado de los debates:

> La Convención apela a la universidad:
>
> 1. El funcionamiento regular de la enseñanza se sustituye durante al menos una semana, por los profesores y los alumnos, por discusiones acerca de los temas siguientes:
>
> *a*) los acontecimientos de los últimos días;
>
> *b*) la ocultación de los hechos por los políticos, la policía y la prensa, y la importancia de esta manipulación de la consciencia pública;
>
> *c*) el estado de excepción que existe de hecho en Berlín, las tendencias a suprimir burocráticamente la democracia y el terror ejercido por los órganos legales del poder ejecutivo;
>
> *d*) las posibilidades que tiene la universidad, como lugar de una ciencia que se entiende políticamente, de intervenir de un modo políticamente activo para restablecer, defender y desarrollar la democracia en Berlín.

Durante una semana estudiantes de la FU tomaron en sus manos el funcionamiento de casi todas las facultades, probando que eran capaces y estaban deseosos de hacer ciencia crítica, de discutir racionalmente los problemas, y que no entendían su estudio en el sentido que impone la estructura universitaria, en el sentido de una acumulación de saber factual. De las discusiones de aquella semana surgió el plan de una reforma de los estudios que la universidad no había sido capaz de inten-

tar ella misma y bajo su propia responsabilidad. Los estudiantes fundaron una libre organización de los estudios, la universidad crítica, cuyas tareas capitales fueron indicadas por los fundadores mediante tres breves formulaciones:

> 1. Crítica permanente de la enseñanza superior y reforma práctica de los estudios.
> 2. Difusión e intensificación de la praxis política, ya en centros espontáneos de acción, ya en grupos políticos universitarios, ya en la representación estudiantil, con la ayuda del análisis y la crítica científicos.
> 3. Preparación de los estudiantes para la praxis de la política científica y social en sus futuras profesiones, y apoyo a la intelectualidad crítica que actúa en esos campos profesionales.

A comienzos del semestre de invierno de 1967-1968 la universidad crítica inauguró sus trabajos con más de 30 círculos; más tarde el estudiantado de la FU aprobó explícitamente, por voto de asamblea general, la institución de esa organización.

Como la muerte de un estudiante atrajo mucho la atención sobre Berlín, el senado de la ciudad y la policía no pudieron seguir permitiéndose, por el momento al menos, los métodos abiertamente brutales aplicados contra la minoría de oposición. Tuvieron que autorizar manifestaciones y limitaron el uso de las porras. Pero los tribunales berlineses siguieron procediendo contra los manifestantes, lejos de toda publicidad. Se inició una serie de procesos contra estudiantes en los cuales el mero hecho de la detención bastó muchas veces como prueba de la acusación. Contra otros estudiantes que habían repartido octavillas en forma de una parodia de orden de detención contra el fiscal general, la autoridad no se tomó siquiera la molestia de iniciar un proceso: se les penó administrativamente con tres meses de prisión sin fianza. En cambio, los persas al servicio del

shah fueron absueltos en su mayoría: sólo dos fueron condenados por delito de lesiones, y no se dio curso a la denuncia contra ellos por desórdenes públicos, presentada por la Unión Humanista.

El nuevo gobierno de Berlín, destinado tal vez a representar para la galería una vuelta a las costumbres democráticas, resultó ser de la misma calidad que el anterior por lo que hace a la represión y la difamación de los estudiantes; con lo que quedó claro que el anterior senado no tuvo que dimitir por su comportamiento inauditamente antidemocrático, sino a causa de luchas internas entre grupos del partido socialdemócrata.

RUDI DUTSCHKE

LOS ESTUDIANTES ANTIAUTORITARIOS Y LAS CONTRADICCIONES DEL CAPITALISMO TARDÍO

Las contradicciones del capitalismo tardío, los estudiantes autoritarios y sus relaciones con el Tercer Mundo

Observación previa: Ningún estudio profundo de la realidad histórico-social del presente puede ni debe hacer abstracción de los resultados anteriores de la teoría revolucionaria. Lo que significa que sigue en pie la tarea de una recepción y una ampliación críticas de la teoría de Marx y de sus posteriores desarrollos en los diversos períodos habidos desde su origen. Estamos contra toda dogmatización del marxismo, pues el marxismo es una ciencia creadora que, sobre la base del método crítico de la dialéctica, tiene que enfrentarse con toda realidad nueva y obtener de ella las categorías nuevas necesarias para la comprensión de cada presente concreto.

La creación de nuevas necesidades, rebasando la satisfacción inmediata por la «producción espontánea de la naturaleza», obliga a los hombres a introducir un modo de producción industrial basado en la división del trabajo. Con la división del trabajo aparecen la propiedad privada y la contraposición de clases, la contradicción entre los intereses de las clases y el interés social de todos los individuos. La historia de la sociedad humana como sociedad de clases empieza con la organización de la vida material según el principio de la división del trabajo. La separación entre las «condiciones de la producción» y los productores inmediatos constituye la contradicción fundamental entre el capital y el trabajo asalariado, contradicción que cobra formas particulares en las varias fases

históricas específicas. La relación del capital, propia de la sociedad burguesa, exacerba la alienación del hombre respecto de los productos por él producidos, la cual alienación surge ya de la división del trabajo; y constituye la relación de clase entre la burguesía y el proletariado.

La contradicción característica de toda producción capitalista consiste en que, por una parte, el modo de producción tiene carácter social, o sea, inserta a todos los productores en una conexión de división del trabajo que es tendencialmente universal y es lo que posibilita el desarrollo y el despliegue de las fuerzas productivas y de la riqueza social; y, por otra parte, domina el modo privado de apropiación, el trabajo se presenta a los productores como trabajo privado en el cual no se reconocen, para quedar finalmente excluidos de la abundancia de la riqueza social.

La lucha entre los productores y la clase capitalista determina todo el período de formación de la sociedad burguesa-capitalista. El cambio de las formas de las clases se explica por el desarrollo histórico del trabajo. En la sociedad burguesa-capitalista no domina ya un trabajo determinado, sino el trabajo general-abstracto. La capacidad humana de trabajo se convierte en la mercancía fuerza de trabajo, en el trabajador asalariado doblemente libre, libre de medios de producción y libre para la venta de su particular capacidad de producir riqueza social. En la sociedad productora de mercancías el trabajo humano, que originariamente era una capacidad individual específicamente caracterizadora del hombre respecto de la satisfacción inmediata de sus necesidades, se transforma en un trabajo social productor de mercancías. El producto del trabajo individual-social se hace mercancía y el trabajo humano vivo, creador de riqueza, no interesa ya más que como tiempo de trabajo explotable: «El tiempo lo es todo, el hombre no es nada» (Marx). Los contactos sociales entre los diversos productores se interrumpen porque éstos se convierten en portadores impersonales de los

productos de su trabajo. Las relaciones humanas subyacentes al trabajo social que mediante su división produce esas mercancías se convierten en relaciones entre cosas y entre mercancías. Marx ha caracterizado esa apariencia, que tiene *fundamentum in re,* con una metáfora inspirada por la «nebulosa región del mundo religioso»: como carácter fetichista del mundo de las mercancías.

Pues al igual que en el mundo de la mercancía los productos de las manos humanas, así también en el mundo religioso los productos del espíritu parecen figuras independientes dotadas de vida propia y puestas en relaciones entre ellas y con los hombres.

El desarrollo de la sociedad productora de mercancías coincide totalmente con una despersonalización creciente de la situación y las relaciones humanas. Los individuos concretos se convierten, durante el proceso de producción y concentración del capital, en máscaras características económicas, en personificaciones de relaciones económicas. Aumenta constantemente el poder del capital, y el capitalista, personificación de las condiciones sociales de la producción, se hace cada vez más poderoso frente al productor inmediato, y llega a ser poder extrañado, independizado, el cual, como dominio sobre la «muerta materia» puesta en manos de la clase capitalista, se enfrenta con la sociedad entera: «El mundo hechizado, invertido, con los pies por alto, en el cual celebran su fantasmal aquelarre Monsieur le Capital y Madame la Terre como personajes sociales y al mismo tiempo, e inmediatamente, como cosas meras».[1]

La cosificación del hombre se consuma mediante la falsedad de su consciencia. El principal rasgo característico de la sociedad capitalista, desde el punto de vista de un análisis que considere esa realidad respecto de su mutabilidad revolucionaria, consiste en que los hombres no pueden reconocer adecuadamente en su seno la realidad

1. Karl Marx, *Das Kapital,* vol. 3, Berlín, 1961, p. 884.

social. En vez de las reales relaciones económicas como totalidad de relaciones interhumanas se refleja en la consciencia de los productores sólo la apariencia cosificada de esas relaciones. Esta mistificación de la consciencia respecto de la realidad histórico-social se hace cada vez más completa por las diversas metamorfosis del capital en la producción y la circulación. Cuando se llega, por último, a la forma dinero, no queda ya nada de la forma originaria del capital; la mistificación de la relación capitalista se ha totalizado, pero se dibuja ya la transición a una nueva forma de producción:

> El que el crédito aparezca en el comercio como palanca principal de la superproducción y la ultraespeculación se debe exclusivamente a que el proceso de reproducción, elástico por naturaleza, se fuerza ahora hasta el extremo límite, y ello porque una gran parte del capital social es utilizado por individuos no propietarios del mismo y que, por ello, proceden de manera muy distinta de la del propietario, el cual, cuando opera personalmente, sopesa temerosamente los límites de su capital. Con ello se pone simplemente de manifiesto que la utilización del capital basada en el carácter objetivo de la producción capitalista no permite sino hasta cierto punto el desarrollo real y libre, y es de hecho el freno y la limitación inmanente de la producción, rota constantemente por la organización del crédito. Por eso acelera ésta el desarrollo material de las fuerzas productivas y la constitución del mercado mundial, la constitución de todo lo cual como fundamento material de la nueva forma de producción y hasta cierto grado de desarrollo es la tarea histórica del modo de producción capitalista. Al mismo tiempo el crédito acelera las explosiones violentas de esa contradicción, las crisis, y, con ello, los elementos de disolución del viejo modo de producción.[2]

Y, respecto del período de transformación:

2. Ibid., p. 483.

> Por último, no hay ninguna duda de que el sistema del crédito servirá como poderosa palanca durante la transición del modo de producción capitalista al modo de producción del trabajo asociado, pero sólo como un elemento más, en conexión con otras grandes transformaciones orgánicas del modo de producción mismo. En cambio, las ilusiones acerca de una milagrosa eficacia, en sentido socialista, del sistema del crédito y la banca arraigan en un desconocimiento completo del modo de producción capitalista y del sistema del crédito en cuanto forma suya. En cuanto que los medios de producción dejen de transformarse en capital (cosa que implica la supresión de la propiedad privada), el crédito como tal deja de tener sentido [...] [3]

La burguesía ha desempeñado «una función revolucionaria» (Marx) durante todo un período de la historia de la sociedad humana, durante el período de la «necesidad transitoria» del capitalismo: ha acumulado capital, ha destruido las relaciones precapitalistas de producción del feudalismo, ha sentado las condiciones para un ulterior despliegue de las fuerzas productivas.

> El descubrimiento de América, la circumnavegación del África facilitaron un nuevo terreno a la burguesía ascendente. El mercado de las Indias Orientales y la China, la colonización de América, el tráfico con las colonias, el aumento de los medios de cambio y de las mercancías en general imprimieron al comercio, a la navegación y a la industria un impulso antes desconocido, y dieron así vertiginoso desarrollo al elemento revolucionario presente en la sociedad feudal en descomposición.[4]

Las nuevas necesidades que surgían no se podían satisfacer más que mediante nuevos modos de producción.

3. Ibid., pp. 655-656.
4. Karl Marx, *Kommunistisches Manifest*, en Marx-Engels, *Werke* [en adelante *MEW*], vol. 4, Berlín, 1964, pp. 463 s.

La manufactura y luego, sobre la base de un mercado sin saturar, la «gran industria» profundizaron el sistema de la división del trabajo, aumentaron la productividad de éste y el poder y el dominio del capital.

Las clases precapitalistas se caracterizaban por el rasgo de ver en la conservación de su modo de producción tradicional la condición primera de su vida. No así la burguesía. La burguesía tiene que revolucionar sin pausa sus relaciones de producción y sus fuerzas productivas. La burguesía es la contradicción viva entre la tendencia, inmanente al capital, a desarrollar sin límites las fuerzas productivas (pero por la mediación de la concurrencia en el mercado) y las permanentes barreras opuestas a ese desarrollo por la limitada finalidad de la aplicación del capital. La lucha entre esas dos tendencias contrapuestas determina el destino histórico del capitalismo.

La necesidad de más mercados nuevos «lanza a la burguesía por todo el globo. En todas partes tiene que establecerse, sembrar, enlazar relaciones».[5] Así se construye el mercado mundial, el cual pone en interdependencia a las diversas naciones y «mediante el rápido perfeccionamiento de todos los instrumentos de producción y mediante la facilitación infinita de las comunicaciones proyecta violentamente todas las naciones, incluso las bárbaras, en la civilización. La burguesía obliga a todas las naciones a apropiarse el modo de producción de la burguesía si no quieren perecer [...], dicho brevemente: se crea un mundo a su imagen y semejanza».[6] Y también:

> Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía ha dado una configuración cosmopolita a la producción y el consumo de todos los países. Con gran dolor de los reaccionarios, ha sustraído a la industria el suelo nacional en que se asentaba [...] al introducir nuevas industrias cuya posesión se convierte en una

5. Ibid., pp. 465 s.
6. Ibid., pp. 466 s.

> cuestión vital para todas las naciones civilizadas, pero que son industrias que no trasforman *materias primas* locales, sino materias primas procedentes de lejanísimas regiones, mientras que sus productos no se consumen sólo en el propio país, sino en todos los continentes por igual.[7]

Marx supone aquí más o menos la constitución de la totalidad concreta del mercado mundial capitalista, la percapitalización universal. Lo cual, desde luego, no era un hecho en la época de Marx. La percapitalización de la sociedad, del mundo, es, en efecto, un proceso histórico. Esto es: para reconocer la totalidad histórica de la sociedad real tenemos que estudiar la relación entre la sociedad capitalista y la sociedad no-capitalista, así como el proceso de percapitalización. Este punto de vista esencial para el ulterior desarrollo de la teoría marxiana es el que problematizó Rosa Luxemburg, particularmente en su libro *Die Akkumulation des Kapitals.* Marx había esperado una capitalización rápida, por rápida industrialización, en la India y en China, por obra del capitalismo inglés. Y sin duda el capitalismo inglés destruyó en esas regiones importantes elementos del viejo modo de producción, pero sin introducir realmente en ellas el modo nuevo, el capitalista. Más bien se formó ya entonces una división represiva del trabajo, de la que el mismo Marx tomó ya nota: «Por lo que hace a las clases trabajadoras [...] es muy discutible la cuestión de si su situación ha mejorado [...] Pero es posible que al hablar de mejoras los economistas quisieran referirse a los millones de trabajadores que tuvieron que perecer en la India para que el millón y medio de obreros que trabajan en la misma industria en Inglaterra tuvieran cada diez años tres de prosperidad».[8] En ese apunte se revela ya el me-

7. Ibid., pp. 466 s.
8. Karl Marx, *Misère de la philosophie* [Miseria de la filosofía] *MEW,* vol. 4, Berlín, 1964, pp. 123-124.

canismo de explotación que se continuó luego a escala ampliada en el «imperialismo clásico» a partir del cambio de siglo. Y así quedó claro que el modo de producción capitalista no es una mercancía de exportación de la que se pueda disponer en cualquier caso. La teoría del imperialismo formuló ese hecho histórico. ¿Qué había ocurrido en realidad? La concentración de la producción y la acumulación creciente del capital, que se impusieron en la dialéctica de la concurrencia y el monopolio, acarrearon la formación de asociaciones monopolísticas que forzaron sustancialmente la expansión colonial. Para frenar la disminución de la tasa de beneficio —según la interpretación de R. Hilferding—, el capital industrial y el bancario se fundieron en un capital financiero que permite llevar a cabo una exportación sistemática y planificada, dirigida por los bancos, de capital a los países no-capitalistas o poco capitalizados. El fundamento material de la crecida exportación de mercancías, y particularmente de la exportación de capitales, es el superbeneficio obtenido en las colonias y en el «comercio exterior», la superproducción en los países industriales, en los cuales las mercancías y el capital buscaban en vano posibilidades favorables de salida e inversión. La fuerza constrictiva militar del estado se puso al servicio de las necesidades económicas. La fase proteccionista del imperialismo, subsiguiente a la librecambista, se caracterizó por el hecho de que la ampliación de las dimensiones del territorio económico se convirtió en necesidad absoluta para todo país desarrollado. Los territorios económicos menores se convirtieron en tributarios de los grandes. Se declaró una guerra económica estatal permanente, lo cual condujo inevitablemente a pugnas militares. En este contexto hay que considerar la formación de una gigantesca industria de armamento. Y a todo ello se añade que, en el modo de producción capitalista, el nivel de vida de un pueblo se queda siempre por detrás de las posibilidades técnicas del aumento de la producción. El despliegue de la indus-

tria civil tiene como limitación el insuficiente consumo de las masas. El capital aumenta mucho más rápidamente que las posibilidades de su aplicación. El fondo de acumulación del capital, gigantescamente hinchado, tiene, pues, que buscar campos de actuación que sean en lo esencial independientes de la capacidad de consumo de su propio pueblo: la industria de guerra. La primera guerra mundial fue el intento del imperialismo alemán de poner otra vez en discusión, por procedimientos militares, el reparto ya resuelto del mundo en determinadas zonas de dominio y de influencia. En estas condiciones, la propuesta de todos los radicales de izquierda, desde Lenin hasta Rosa Luxemburg, fue la transformación de la guerra revolucionaria en guerra civil. Pero sólo las masas rusas consiguieron liberarse del imperialismo y plantearse la construcción de un orden social socialista.

Con la guerra de 1914-1918 terminó la época de la «necesidad transitoria» del capitalismo y empezó la de la decadencia de éste y la posibilidad de la revolución.

La teoría marxiana de la revolución pareció verificarse históricamente:

> 1. En el desarrollo de las fuerzas productivas se llega a un estadio en el cual se producen fuerzas de producción y medios de tráfico que en la situación existente no pueden producir sino males, y que no son ya en ella fuerzas de producción, sino fuerzas de destrucción (maquinaria y dinero); y, cuestión relacionada con ello, surge una clase que ha de soportar todas las cargas de la sociedad sin gozar de sus beneficios, se ve expulsada de la sociedad y forzada a situarse en resuelta contraposición con todas las demás clases, una clase que constituye la mayoría de todos los miembros de la sociedad, una clase de la que parte la consciencia de la necesidad de una revolución radical, la consciencia comunista, consciencia que, desde luego, se puede constituir también en las demás clases mediante la consideración de la posición de esa otra clase.

2. Que las condiciones en las cuales se pueden aplicar determinadas fuerzas de producción son las condiciones del dominio de una determinada clase de la sociedad, cuyo poder social, que se deriva de su posesión, tiene su expresión *práctico*-idealista en cada forma de estado, por lo cual cada lucha revolucionaria se orienta contra una clase que ha dominado hasta entonces.

3. Que en todas las anteriores revoluciones ha quedado siempre intacta la naturaleza de la actividad y se ha tratado sólo de otra distribución de esta actividad, de una nueva distribución del trabajo entre otras personas, mientras que la revolución comunista se dirige contra la actual *naturaleza* de la actividad, suprime el *trabajo* y supera el dominio de todas las clases junto con las clases mismas, porque actúa a través de la clase que ya en la sociedad no se considera como una clase, no es reconocida como clase, sino que es *expresión* de la disolución de todas las clases, de todas las nacionalidades, etc., dentro de la sociedad actual.

4. Que tanto para la producción masiva de esta consciencia comunista cuanto para la imposición de la cosa misma hace falta una transformación masiva de los hombres, la cual no puede ocurrir sino en un movimiento práctico, en una *revolución*; que, por lo tanto, la revolución no sólo es necesaria porque la *clase dominante* no puede ser derribada de ningún otro modo, sino también porque la *clase que la derriba* no puede liberarse sino por una revolución de toda la vieja miseria que lleva sobre los hombros, ni capacitarse para una nueva fundamentación de la sociedad.[9]

La primera guerra mundial había transformado todo el mundo capitalista —que por entonces no fundaba aún una conexión de interdependencia realmente mundial— en un único taller de producción de armas, municiones y víveres para los ejércitos en lucha de los estados capitalistas. La fabricación de medios de destruc-

9. Karl Marx, *Deutsche Ideologie* [Ideología alemana], *MEW*, vol. 3, Berlín, 1962, pp. 59-60 s.

ción masivos por el modo de producción capitalista, que era para Marx el criterio de la objetiva «madurez de la revolución», resultó, empero, muy escasamente enlazada con la formación de una consciencia de la clase explotada acerca de la necesidad y la posibilidad de una revolución «total» contra las relaciones capitalistas de producción, inhibidoras del desarrollo humano. Para entender esta aparente contradicción es necesario discutir una vez más las implicaciones del concepto marxiano de clase. La realidad social que se encuentra ante todo en el centro de las investigaciones económicas y materiales del proceso de producción por Marx son los hombres, no como individuos aislados, sino como clases. En la economía no se trata de cosas, sino de relaciones y situaciones humanas. Pero como esas relaciones se adhieren a cosas y estas cosas son producidas por los productores en forma alienada —puesto que están excluidos de la posesión y el control de los medios de producción—, las relaciones humanas aparecen en la consciencia de los productores y de los capitalistas como dominio de las cosas sobre los hombres. Por detrás de esas «cosificadas relaciones de producción» se encuentran las relaciones humanas en forma de relaciones entre las clases. Pero ¿qué es lo que, según Marx, hace de la clase una clase?

En el *18 Brumario de Luis Bonaparte* la respuesta es:

> Millones y millones de familias constituyen una clase en la medida en que tienen que vivir en situaciones económicas reales que separan su modo de vida, sus intereses y su formación de los de otras clases, y que las hacen enemigos respecto de ellas. En la medida, por ejemplo, en que las únicas relaciones entre los campesinos pequeños propietarios son relaciones locales y la comunidad de sus intereses no produce entre ellos unidad, vinculación natural y organización política, esos campesinos no constituyen ninguna clase.[10]

10. *MEW*, vol. 8, Berlín, 1960, p. 198.

Y en la *Miseria de la filosofía*:

> Las relaciones económicas han transformado a la masa de la población en trabajadores. El dominio del capital ha producido para las masas una situación común e intereses comunes. De este modo esta masa es ya una clase frente al capital, pero todavía no para sí misma. En la lucha [...] se concentra esta masa, se constituye en clase para sí. Los intereses que defiende se convierten en intereses de clase. Pero la lucha de clase contra clase es lucha política.[11]

Para que esté completa la realidad de la clase hace falta no sólo que los individuos de la clase tengan intereses comunes, pues en este caso la clase está determinada sólo económicamente, sólo objetivamente por su posición en el proceso de la producción, sino que la realidad históricamente relevante de la clase se consigue cuando los hombres llegan a consciencia de su clase, a la consciencia de clase. El marxismo, en cuanto teoría revolucionaria contra todas las situaciones y relaciones bajo las cuales el hombre se encuentra abandonado, solitario y explotado, se sostiene o se hunde según que haya o no haya una comprensión adecuada de la consciencia de clase. La lucha de la clase hace que la realidad objetiva, económica y científica de la clase sea también subjetiva, política y práctico-crítica. El concepto de clase no se tiene que entender estáticamente, como dado para toda la eternidad, sino dinámicamente, como realidad histórica que sólo se configura plenamente en la *lucha*. La formación de las masas asalariadas hasta ser clase revolucionaria es *el objetivo y la tendencia* del proceso revolucionario, no el punto de partida. Es verdad, por cierto, que el punto de partida de las reflexiones tácticas para la lucha de clase es siempre la situación económico-científica de la clase proletaria. Toda práctica revolucionaria va reduciendo la diferencia entre

11. *MEW*, vol. 4, Berlín, 1964, p. 181.

el ser pasivo-económico y el hacer activo-revolucionario, la consciencia práctico-crítica de clase. El carácter constrictivo, espontáneo y ciego, de las leyes económicas, que parece darles el carácter de una «legalidad natural» suprahistórica, se quiebra mediante la acción consciente de la consciencia práctico-crítica de clase. En la lucha de clases del proletariado se supera tendencialmente el dualismo histórico de la teoría y la práctica. No se puede contraponer la teoría a la acción práctica, pues «sólo por la teoría se convierte en poder material, en cuanto aferra a las masas».[12] Aquí se encuentra la función prácticamente eficaz de la consciencia en la historia, incluida, como más tarde había de comprobarse, la de la falsa consciencia.

Dicho en el lenguaje de la teoría del conocimiento, todo eso significa lo siguiente: el conocimiento social es transformación social. El conocimiento de la situación social tiene un carácter como activo, porque la acción es, con identidad dialéctica, el conocimiento. Con eso se plantea el problema de la consciencia de clase. Esta autoconsciencia histórica del proletariado no se produce más que en la consciente lucha de clases, en la cual hay que incluir también, como elementos, la teoría y su desarrollo. La consciencia de clase no se *puede* formar más que en un proceso largo y doloroso, pues las clases dominantes intentan por todos los medios impedir ese proceso de toma de consciencia de las masas asalariadas. En las *Enthüllungen über den Kommunistenprozess in Köln* [Revelaciones acerca del proceso de Colonia contra los comunistas] escribía Marx contra la fracción Willich-Schapper:

> En vez de las relaciones reales, para vosotros el motor de la revolución es *la voluntad mera*. Mientras

12. Karl Marx, *Zur Kritik der Hegelschen Rechtsphilosophie* [Contribución a la crítica de la filosofía hegeliana del derecho], *MEW*, vol. 1, Berlín, 1964, p. 385.

> que nosotros decimos a los trabajadores «Tenéis que atravesar 15, 20, 50 años de guerras civiles y guerras nacionales no sólo para alterar la situación, sino también *para cambiaros a vosotros mismos* [cursiva de Dutschke] y ser capaces de poder político», vosotros, por el contrario, les decís «O nos hacemos inmediatamente con el poder o ya podemos echarnos a dormir...». Del mismo modo que los demócratas hicieron un ídolo de la palabra «pueblo», así lo hacéis vosotros con la palabra «proletariado».[13]

El carácter procesual de la formación de la clase revolucionaria del proletariado y de su consciencia de clase determina también la problemática básica del marxismo revolucionario, la unidad de la teoría y la práctica. Esta unidad, que pone a su vez en unidad dialéctica la filosofía marxista de la sociedad y de la historia con la política revolucionaria de la lucha de clases, constituyendo una filosofía de la práctica, no es una unidad que esté ya lista *a priori,* como tampoco lo es la de la clase, sino que sólo se puede entender como producto de procesos históricos contradictorios.

La totalidad de la producción material —fundamento condicionador de todos los procesos de pugna social en el período de formación capitalista— no es, en última instancia, sino una parte de la totalidad social. Las clases, los sujetos de la producción, no intervienen sólo en la producción y el cambio. También luchan entre ellos por el poder y por conservar o transformar revolucionariamente la estructura social de cada caso. En ciertas condiciones el proceso de producción muta en lucha de clases, en pugna política, y ambas cosas se interpenetran sin cesar. De este modo el proletariado ya consciente influye en la producción también por su acción política: «De todos los instrumentos de produc-

13. *MEW,* vol. 8, Berlín, 1960, pp. 412 s.

ción, la mayor fuerza productiva es la clase revolucionaria misma».[14]

Mas, ¿cuáles son para Marx las condiciones necesarias para que la clase revolucionaria pueda desarrollarse hasta ser la mayor fuerza productiva? El curso «normal» del modo de producción capitalista produce una clase trabajadora «integrada»:

> En el proceso de la producción capitalista se desarrolla una clase trabajadora que por educación, tradición y costumbre reconoce las exigencias de ese modo de producción como evidentes leyes de la naturaleza. La organización del proceso plenamente capitalista de producción aplasta toda resistencia, la constante producción de una superpoblación relativa mantiene la vigencia de la ley de oferta y demanda de trabajo y, por lo tanto, el salario, en un plano que corresponde a las necesidades de aplicación del capital, y la muda violencia de las relaciones económicas sella el dominio del capitalista sobre el obrero. Sin duda se sigue utilizando la violencia extraeconómica inmediata, pero sólo excepcionalmente. Por lo que hace al curso habitual de las cosas, se puede confiar el obrero a las «*leyes naturales de la producción*», o sea, a su propia dependencia del capital, originada, garantizada y eternizada por las condiciones mismas de la producción.[15]

Pero en la crisis económica profunda, crisis de la sociedad en su conjunto, la violencia económica de la relación capitalista, interiorizada y más o menos aceptada, puede ser problematizada por el productor, y sólo entonces se tiene la posibilidad objetiva de la constitución de una consciencia revolucionaria de clase, sobre la base de la lucha de clases política entre el trabajo asalariado y el capital.

Ya según el pensamiento de Marx, y aún más según

14. *Misère de la philosophie, MEW*, vol. 4, Berlín, 1964, p. 181.
15. Karl Marx, *Das Kapital*, I, Berlín, 1960, pp. 776-777 s.

el de Lenin, la lucha de clases política es dirigida por los partidos obreros, entre los cuales, y según las palabras de Marx, los comunistas «no se distinguen de los demás partidos obreros más que por defender y expresar en las diversas luchas nacionales de los proletarios los intereses comunes de todo el proletariado, independientes de la nacionalidad, y por representar siempre el interés de todo el movimiento a través de los diversos estadios que atraviesa la lucha entre el proletariado y la burguesía».[16] Los comunistas no se proponen modelar el movimiento proletario mediante determinados principios, ni se distinguen sus intereses de los del movimiento global. Esta idea de un frente unido de todas las masas asalariadas contra los mecanismos de dominio político y económico de la burguesía no se ha realizado hasta ahora en la práctica histórica del movimiento obrero.

Cuando, tras la primera guerra mundial, se hizo virulenta la primera crisis mundial del sistema capitalista, todos los partidos revolucionarios existentes dentro del sistema mundial del capitalismo de la época —aunque tampoco esta totalidad concreta del mercado mundial era aún realmente mundial— tenían que poner en acto la posibilidad histórica de subvertir el estado capitalista y el modo de producción que lo condiciona y conseguir un mundo socialista sin monopolios maximalizadores del beneficio, sin explotación del hombre por el hombre y sin guerra.

Es verdad que en Alemania, por ejemplo, y también en otros países, se constituyeron formas espontáneas de organización del pueblo trabajador y armado, consejos de obreros y soldados, y que en enero de 1919 hubo en Berlín manifestaciones de masas, de cientos de miles de trabajadores; pero esta oleada revolucionaria pasó muy deprisa, y los consejos de obreros y soldados desa-

16. *Kommunistisches Manifest, MEW,* vol. 4, Berlín, 1964, pp. 474 s.

parecieron en seguida sin dejar ninguna huella duradera en las masas. No expropiaron a las grandes familias que habían huido ni eliminaron el viejo sistema de pequeños estados alemanes, absurdo tras la huida de las dinastías, dejaron intactas las grandes posesiones y los privilegios locales discriminatorios disfrutados por los *Junker,* no destruyeron la «continuidad del mando militar», no socializaron la industria pesada, esencialmente corresponsable de la guerra, ni crearon un ejército popular para consolidar y continuar la revolución.

Fue determinante de ese fracaso histórico el que el movimiento obrero alemán, representante y portador de la revolución democrática y socialista, no comprendiera que en las modernas condiciones de un aparato industrial, administrativo, militar y jurídico muy complicado, no es posible quebrar el poder de la clase dominante más que por una rápida y completa ocupación y democratización de todos esos aparatos. Faltó la fuerza política organizativa que pudiera hacerse con los controles conscientes del estado y de la economía, no se llegó a desplegar la autonomía activa de las masas contra las fuerzas del capital y de la propiedad de la tierra, que en aquel momento estaban en retirada temporal, y no se pudo emprender la transformación *posible* de los fundamentos sociales. A todo eso hay que añadir un factor muy decisivo: en 1918 no existían ya el movimiento socialdemócrata ni el movimiento sindical en cuanto movimientos revolucionarios anticapitalistas. La política social reformista, que había tenido elementos acertados en el período de rápido ascenso del capitalismo alemán, se convirtió en un peligro político para todo el movimiento obrero por el hecho de que daba pie a la ilusión de poder sostener en todas las fases del capitalismo aquella «política de reformas sociales» sin crear garantías y seguridades revolucionarias, en la organización y en la consciencia, que permitieran conservar las conquistadas «posiciones de reforma». El sueño

de «desembocar» en el socialismo desembocó realmente en la victoria de la contrarrevolución. El reformismo, desarmando con una ideología falsa al movimiento obrero, negando el hecho de la lucha de clases para afirmar una ficticia comunidad nacional y renunciando a toda disposición revolucionaria, transformó «la mayor organización obrera del mundo» en una máquina de manipulaciones electorales.

El joven partido comunista alemán, que ya durante el primer año de su existencia perdió a manos de traidores asesinos contrarrevolucionarios sus tres dirigentes principales (Rosa Luxemburg, la principal teorizadora, Karl Liebknecht, destacado agitador, y Leo Jogiches-Tyszko, su mejor organizador), no podía aún cumplir las gigantescas tareas. Muy pronto (1921, tras el III Congreso del Comintern) se produjo una situación de dependencia, ya nunca más puesta en tela de juicio, respecto de la Internacional Comunista, la cual a su vez estaba dominada por el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) y se «interpretó» según las necesidades propias de éste.

La decisiva discusión política y teórica acerca de la revolución en Centroeuropa se realizó durante el III Congreso de la Internacional Comunista. Esa discusión es hoy de la mayor actualidad para nosotros, pues en ella se trataba —aunque en otras condiciones históricas— de la relación entre la economía y la ideología en el período de la crisis actual del sistema capitalista, la cuestión, esto es, de las relaciones organizativas, teoréticas y tácticas entre la vanguardia y las masas. Lukács escribía, formulando la cuestión: «*La relación entre el partido y la masa, ¿es siempre la misma durante todo el proceso revolucionario, o bien es esa relación misma un proceso obligado a vivir también él activamente las transformaciones y mutaciones del proceso global?*».[17]

17. *Internationale* (mayo 1921).

Esta cuestión nos remite al problema de la relación entre la ideología y la economía. El proceso económico-social de descomposición del modo de producción capitalista puso en movimiento grandes acciones de masas contra el sistema capitalista. En la concepción «clásica» de la relación entre la economía y la ideología, la acción espontánea de masas es el aspecto subjetivo del proceso económico objetivo. Ello determina la tarea y la función del partido en el proceso revolucionario: el partido puede acelerar el proceso, ser motor del movimiento, pero nunca aparte del movimiento de las masas, el cual se impone en última instancia con independencia del partido, lo quiera o no éste. Según esta concepción, el partido no debe realizar ninguna iniciativa por su cuenta, con independencia de las acciones de masas; para la concepción «clásica» eso sería puro blanquismo o *putschismo*. Esta concepción parte del carácter de «ley natural» de los procesos económicos y de los políticos e ideológicos. En la teoría activista de Marx, orientada a la práctica, esa relación no puede ser la verdadera más que durante el período de la transitoria necesidad del capitalismo, o sea, para el período durante el cual el capitalismo tenía un carácter históricamente progresivo. Según Marx, las «leyes naturales» de la vida social se basan precisamente en la «inconsciencia de los afectados», y conducen la sociedad a la crisis del sistema, pero no garantizan en modo alguno una resolución socialista-revolucionaria de la crisis. Las proposiciones de Marx acerca del carácter histórico de las proposiciones de las ciencias sociales, incluida la economía, se caracterizan precisamente por el hecho de ser «ciencia revolucionaria», autoconocimiento de cada estadio social particular, por lo que no se pueden entender en modo alguno, a la manera del marxismo vulgar, como leyes atemporalmente válidas de la sociedad humana. El problema consiste en si dadas las condiciones del «salto del reino de la necesidad al reino de la libertad» (Engels), el

cual se tiene que entender como proceso de transformación del capitalismo, siguen valiendo los procesos «según leyes naturales». Lukács ha precisado esta cuestión:

> *¿Cuándo, dónde y en qué circunstancias y medida empieza ese «salto al reino de la libertad»?* La respuesta a esa cuestión que, como casi todos los problemas de importancia teorética decisiva, no se ha planteado, desgraciadamente, casi nunca, es de la máxima importancia *práctica* para la determinación de la táctica de los partidos comunistas. Pues caso de que el *comienzo* de ese proceso se sitúe en el período de la última crisis del capitalismo, esa decisión teorética impondrá consecuencias tácticas de gran alcance.[18]

En este punto consigue conexión y fundamento materialistas la teoría subjetiva, activista y voluntarista de la revolución: sólo la «acción consciente» del proletariado revolucionario puede trasponer la crisis objetiva del sistema capitalista en transformación revolucionaria del sistema. Como alternativa en caso de fracaso del proletariado, la teoría marxiana y la práctica histórica ven la «muerte de las clases en lucha» o, con una palabra de Rosa Luxemburg, «la barbarie».

El fracaso del movimiento obrero en la profunda crisis que siguió a la primera guerra mundial mostró muy visiblemente que el gran obstáculo con que chocó la revolución no fue tanto la fuerza inmediata de la burguesía cuanto la inesperada debilidad y la falta de objetivos del proletariado mismo. En ningún caso se vio una «ideología revolucionaria» del proletariado como consecuencia de las «leyes naturales» del capital que habían provocado una profunda crisis económica. Anteriormente hemos explicado la falta de «*voluntad revolucionaria*» en el proletariado por la teoría y la práctica reformistas

18. Ibid., p. 211.

de la socialdemocracia. La interpretación por Lenin parte de la cuestión siguiente: «¿Hay alguna relación entre el imperialismo y esa monstruosa, repugnante victoria conseguida en Europa por el oportunismo (en la forma del *chauvinismo*) sobre el movimiento obrero? Ésta es la cuestión fundamental del socialismo moderno». Tras una caracterización del sistema del capitalismo, ya mutado en imperialismo por la «acumulación monstruosa de capital-dinero en unos pocos países», se encuentra la exposición decisiva para la explicación del oportunismo y la fundamentación de la revolución anticolonial: «[...] *la explotación de las colonias por un puñado de grandes potencias* transforma progresivamente el mundo civilizado en un parásito que vive del cuerpo compuesto por los cientos de miles de hombres incivilizados [...] *la capa privilegiada del proletariado de las grandes potencias imperialistas vive en parte a costa de los cientos de millones de hombres de los pueblos no civilizados*».[19] La exposición de los hechos económicos es acertada y consecuente desde el punto de vista de la economía. Pero a pesar de ello la «teoría» de la aristocracia obrera nos parece inequívocamente marxista-vulgar, y nos recuerda inevitablemente la explicación de la Reforma por Kautsky como «expresión ideológica de profundas transformaciones que ocurrían en el mercado lanero europeo de la época».

Lenin explicitó en 1902, en *¿Qué hacer?,* las primeras consecuencias positivas del comportamiento histórico observado hasta entonces por la clase obrera: los trabajadores, formados por las relaciones de producción capitalistas, no se pueden organizar revolucionariamente más que «desde fuera», por medio del partido como vanguardia de la clase. Esta teoría de la organización, que sólo con mucha dificultad podía apelar al funda-

19. Wladimir I. Lenin, *Gegen den Strom* [Contra la corriente], Hamburgo, 1921, p. 512.

mental sentido de la idea marxista de emancipación —«la liberación de la clase obrera no puede ser obra sino de los obreros»— tenía por fuerza que fracasar en las muy diversas condiciones de la Europa central, con una clase obrera altamente cualificada y que había asimilado íntimamente las normas y los modos de comportamiento de la sociedad obrera a causa de la «coacción muda» de las relaciones capitalistas mismas.

La teoría marxista parecía chocar con verdaderos límites, y hasta el final de los años veinte no se tuvo una explicación realmente materialista de las inhibiciones ideológicas del proletariado. En Pannekoek se encuentran pobres conatos de una explicación descriptiva:

> Harán falta decenios para superar en los viejos países capitalistas la influencia pestífera y paralizadora de la cultura burguesa en el proletariado [...] No se estima esta revolución mundial en toda su importancia universal cuando se la contempla sólo desde el punto de vista europeo-occidental [...] La causa de Asia es la causa auténtica de la humanidad [...], más de la mitad de la población de la tierra [...] decadencia de Europa [...] por eso los movimientos nacionales de liberación de los pueblos asiáticos, sobre el firme suelo material de una lucha de clases de los trabajadores y los campesinos contra la bárbara opresión por el capital mundial, asumirán, y acaso antes de lo que por la apariencia externa puede esperarse, un mundo ideal comunista y un programa comunista.[20]

Ante ese texto presentimos ya algo de la necesidad de una duradera revolución cultural precisamente en los países desarrollados de Centroeuropa, como condición de la posibilidad de una transformación revolucionaria de toda la sociedad. La estimación de Asia tiene un carácter «profético», pero era noción muy corriente

20. *Weltrevolution und kommunistische Taktik* [La revolución mundial y la táctica comunista], Viena, 1920, p. 44.

en el movimiento comunista internacional durante los años veinte. También en los textos de Lenin encontramos esa enfática estimación de la revolución colonial, mientras que en vano buscaremos en ellos una respuesta a la cuestión, tan esencial, del desarrollo y la transformación de la estructura de la consciencia del proletariado europeo. En un curioso artículo escrito en el décimo aniversario de *Pravda* (5 mayo 1922) expone Lenin:

> La causa principal de esta enorme aceleración del desarrollo internacional se encuentra en el hecho de que han sido incluidos en ella centenares y centenares de millones de hombres. La vieja Europa burguesa e imperialista, acostumbrada a considerarse el ombligo del mundo, está podrida y ha estallado como un absceso maloliente en la primera carnicería imperialista [...] Esta decadencia de la vieja Europa no es, sin embargo, más que un episodio de la historia de la decadencia de la burguesía, empachada por su festín en la explotación y la opresión imperialistas de la mayoría de la población de la tierra. Ahora la mayoría se ha despertado y se ha puesto en un movimiento tan intenso que ni siquiera las potencias más fuertes y «poderosas» son capaces de detenerlo [...] hierven la China y la India. Se trata de más de 700 millones de hombres. Se trata de más de la mitad de la población de la tierra, si contamos junto con la India y la China los demás países asiáticos limítrofes de ellas y en situación análoga. En esos países se está acercando cada vez más deprisa, y sin que pueda ser detenido, su 1905, con la diferencia, esencial y gigantesca, de que en 1905 la revolución (al principio al menos) pudo quedar aislada en Rusia, sin penetrar inmediatamente en otros países. Mas la revolución que madura en China y en India se introducirá, porque lo está ya, en la lucha revolucionaria, en el movimiento revolucionario, en la revolución internacional.
>
> El décimo aniversario del diario legal bolchevique, *Pravda,* nos permite ver claramente un hito en el camino de esa aceleración enorme de la gran revolución

[...] Cuando se fundó la vieja *Iskra* el año 1900 no trabajaban en ella más que una docena escasa de revolucionarios. Cuando surgió el bolchevismo trabajaban en el periódico, y asistieron al congreso ilegal de Bruselas y Londres de 1903 unos cuarenta revolucionarios [...] en noviembre de 1917 la *mayoría* del proletariado y del campesinado políticamente consciente estaba con los bolcheviques, bajo la forma de mayoría de los delegados al II Congreso Pan-ruso de los Soviets, y en la de la mayoría de los hombres más activos y más conscientes del pueblo trabajador, el ejército de doce millones existente en la época [...] en estos veinte años la revolución ha empezado y ha llegado a ser una fuerza invencible en países cuya población suma más de mil millones de hombres (todo el Asia, pero sin olvidar, por ejemplo, el África del Sur, que ha presentado hace poco su pretensión de ser *hombre* y no esclavo [...]).

Y si algunos discípulos de Spengler infieren de ello [...] que la cuenta que acabamos de hacer no incluye entre las fuerzas revolucionarias al proletariado de Europa y América, contestamos: Esos dirigentes «supergeniales» argumentan siempre como si del hecho de que nueve meses tras la concepción se puede esperar el nacimiento del niño resultara inferible también la hora y el minuto del nacimiento y el grado exacto de los dolores y de los peligros superados por el niño y por la madre. «¡Gentes supergeniales!» No pueden entender que, desde el punto de vista del desarrollo de la revolución internacional, el paso del cartismo al servidor de la burguesía Henderson, o de Varlin a Renaudel, o de Wilhelm Liebknecht y Bebel a Südekum, Scheidemann y Noske no es sino el paso de un automóvil desde una calzada lisa y llana de cientos de kilómetros de longitud hasta un charco pequeño, sucio y maloliente, un charco pequeño, de pocos metros.

Los hombres mismos hacen su historia [...] Esta burguesía que ha hecho todo lo que ha podido por dificultar el nacimiento, por decuplicar los peligros y los sufrimientos del poder proletario en Rusia, es todavía

capaz de condenar a la tortura y a la muerte a millones y millones de hombres, por medio de guerras civiles y de guerras imperialistas. No debemos olvidarlo. Hemos de poner hábilmente de acuerdo nuestra táctica con esta particularidad de la actual situación. Por el momento, la burguesía puede seguir impunemente martirizando, torturando y asesinando. Pero no puede detener la victoria definitiva del proletariado revolucionario, inevitable y nada lejana desde el punto de vista de la historia universal.[21]

La extensa cita muestra con insólita claridad la grandeza y la limitación del pensamiento de Lenin, el espléndido análisis tendencial del proceso de emancipación del actual «tercer mundo», encuadrado en el marco de la historia universal, y, al mismo tiempo, su impotencia e incapacidad, casi indisimuladas, ante la tarea de llevar a concepto la problemática del proletariado centroeuropeo y de su revolución. Sólo por eso se resuelve a reconocer aún iniciativa histórica a la burguesía. Y por eso era natural que Lenin combatiera políticamente, por «desviación izquierdista», la estrategia «ofensiva» de las izquierdas del Comintern (desde G. Lukács hasta A. Thalheimer y P. Frölich). Esa concepción partía de los «límites de la espontaneidad» de las acciones de masas, tal como esos límites se habían manifestado prácticamente después de la primera guerra mundial. Partiendo de ese reconocimiento determinaban de un modo nuevo la función y el papel de la vanguardia organizada en el proceso revolucionario: como las leyes naturales de la producción capitalista no rompen por sí mismas en la consciencia de la clase obrera, por el solo efecto de la crisis, el poder íntimo de las relaciones de producción capitalistas, ni se supera, por lo tanto, automáticamente el íntimo menchevismo del proletariado, el partido, como «configuración histórica de la consciencia proletaria de clase» (G. Lukács), tiene que romper, mediante

21. Wladimir I. Lenin, *Werke,* vol. 33, pp. 335 ss.

la explicación y las acciones, la «letargia del proletariado». Mediante acciones parciales realizadas por el partido, pero dirigidas al proletariado entero, se agudizará la consciencia de clase, y la acción será un medio de la actividad práctico-crítica del partido que se prepara a luchar por el poder. La influencia de la explicación y de las acciones en la consciencia del proletariado han de preparar a éste para la lucha por el poder. «*Y ofensiva significa*: despertar a las *masas* proletarias *de su letargia* mediante la *acción autónoma* del partido iniciada en el momento adecuado y con consignas adecuadas, separar a las masas proletarias de su *dirección menchevique* mediante la acción (o sea, organizativamente, *y no sólo intelectualmente*), *cortar el nudo de la crisis ideológica del proletariado* con la espada de la acción.» [22]

Esta teoría, tan incapaz como las demás de indicar las profundas causas histórico-materialistas del «aburguesamiento» del proletariado, había entendido en todo caso una decisiva verdad del marxismo: «La coincidencia de la transformación de las circunstancias y la transformación de la actividad humana, o autotransformación, no se puede captar ni entender racionalmente más que como práctica *revolucionaria*».[23] Esa teoría entendió, por ejemplo, lo que en las actuales condiciones no ha entendido algún «marxista ortodoxo», a saber, que «mayoría» y «minoría» no han de entenderse de un modo estático, sino procesual, como mutables y realizables por la actividad humana, o sea, histórico-dialécticamente.

La catástrofe de la Acción de Marzo en la Alemania central, acción «preparada» de una manera completamente propia de aficionados por el KPD * contra la en-

22. Lukács, *Internationale* (mayo 1921), p. 215.
23. Karl Marx, *Thesen über Feuerbach* [Tesis sobre Feuerbach], 3, *MEW*, vol. 3, Berlín, 1962, p. 6.
* KPD: Kommunistische Partei Deutschland [Partido Comunista de Alemania].

trada de las unidades Hörsing del ejército en la «Turingia roja», y la subsiguiente pugna con Paul Levi dentro del partido y del Comintern, terminaron muy pronto con las «teorías de la ofensiva». El III Congreso de la Internacional partía en 1921 de una estimación distinta de la situación mundial: el capitalismo se ha consolidado transitoriamente. A ello se añadieron los hechos de Kronstadt, la sublevación revolucionaria de los soldados obreros y campesinos por la democracia de los consejos y contra el dominio del aparato burocrático, la introducción de la Nueva Política Económica, inseparable de esos hechos, la consiguiente recapitalización parcial de la economía y la prohibición de las fracciones en el X Congreso,* prohibición entendida primero como medida transitoria, pero que se convirtió pronto en un instrumento permanente de represión y opresión de la democracia interna del partido.

El marxismo que era «teoría del conocimiento de la voluntad revolucionaria», tal como se desarrollaba sobre todo en las *Tesis sobre Feuerbach,* se convirtió en la Unión Soviética, todavía en tiempos de Lenin, en un mito para la conservación del estado. Lenin había recibido de Marx la acentuación de los momentos dirección y orientación. Los «nuevos funcionarios» tenían que cumplir órdenes, pero con iniciativa: «Y una vez que la práctica de la revolución ha llegado a este punto, ambas cosas, teoría y mito, se convierten en un dogma que las condiciones cambiantes no pueden ya alterar. Y en una *ideología* (heteronomía de los fines) utilizable y utilizada para cualquier objetivo inmediato. Lectura de la vulgata = herejía; interpretaciones cambiantes = ortodoxia».[24]

Para llegar a una explicación materialista del «abur-

* X Congreso del Partido soviético.

24. Karl Korsch, *Buch der Abschaffungen* [El libro de las supresiones], Instituto de Historia Social, Amsterdam, manuscrito de 1945, p. 9.

guesamiento» (integración) del proletariado en los países capitalistas industrializados de la Europa central hay que analizar en lo esencial dos esferas:

a) La teoría del desarrollo de la sociedad capitalista según Marx, y su recepción abreviada por los teóricos y los prácticos del movimiento obrero revolucionario. Metamorfosis del capitalismo.

b) ¿Qué factores presentes en los individuos de la clase proletaria inhiben la formación de una consciencia de clase militante y activista?

Excurso ad a)

Según Marx, la producción capitalista se caracteriza por tres hechos principales:

> 1. Concentración de los medios de producción en pocas manos, con lo cual dejan de aparecer como propiedad del trabajador inmediato y se transforman por el contrario en potencias sociales de la producción. Aunque al principio como propiedad privada de los capitalistas. Éstos son los *trustees* de la sociedad burguesa, pero recogen los frutos de esa actividad de confianza.
> 2. Organización del *trabajo* mismo, en cuanto social, por cooperación, división del trabajo y vinculación del trabajo con la ciencia de la naturaleza.
>
> El modo de producción capitalista supera por los dos lados, aunque en formas contrapuestas, la propiedad privada y el trabajo privado.
>
> 3. Constitución del mercado mundial.
>
> La fuerza productiva, gigantesca respecto de la población, que se desarrolla dentro del modo de producción capitalista, y, aunque no en la misma medida, el aumento de los valores de capital (y no sólo de su sustrato material), los cuales crecen mucho más deprisa que la población, entran en contradicción con la base, pequeña respecto de la creciente riqueza, para la cual actúa esa gigantesca fuerza productiva, así

como con las condiciones de aplicación de ese creciente capital. De ahí las crisis.[25]

Con la organización del crédito (cf. supra) se constituyen empresas por acciones que tienden a separar cada vez más de la posesión del capital el trabajo de gestión de los «dirigentes» (Marx) mercantiles e industriales, o sea, el trabajo de gestión en cuanto función.

> Mas como al mero propietario del capital, al capitalista del dinero, se enfrenta el capitalista en funciones, y como con el desarrollo del crédito hasta el mismo capital-dinero asume un carácter social, se concentra en bancos y es prestado por éstos, no por sus propietarios inmediatos, y como, por otra parte, el *mero dirigente* [cursiva de Dutschke], que no posee el capital por título alguno, ni en parte ni de ningún otro modo, realiza todas las funciones reales propias del capitalista en funciones como tal, *queda sólo el funcionario, y el capitalista desaparece,* por superfluo, del proceso de producción.[26]

Las sociedades por acciones determinan una «gigantesca ampliación de la escala de la producción». Esto no había sido posible para los capitales individuales del pasado. En las sociedades por acciones el capital toma la forma de «capital social» (capital de individuos directamente asociados), «en contraposición con el capital privado, y sus empresas surgen como empresas sociales, en contraposición con las privadas. Esto es la superación del capital como propiedad privada dentro de los límites del modo de producción capitalista mismo».[27] Del mismo modo que «el capitalista realmente en funciones» queda sustituido por el «mero dirigente», el «administrador de capital ajeno», así también el antiguo

25. *Das Kapital,* vol. 3, pp. 295-296.
26. Ibid., p. 424.
27. Ibid., p. 477.

propietario de capitales se convierte en «mero propietario», en «mero capitalista de dinero»:

> Aunque los dividendos que perciben incluyan el interés más el beneficio de la empresa, o sea, el beneficio total (pues la remuneración de los dirigentes es o debe ser mero salario para un cierto trabajo de tipo calificado, cuyo precio se regula en el mercado de trabajo, como el de cualquier otro trabajo), ese beneficio total se percibe, sin embargo, sólo bajo forma de interés, o sea, como mera gratificación de la propiedad del capital, la cual queda, pues, tan totalmente separada de la función en el proceso real de reproducción como pueda estarlo esta función, en la persona del dirigente, respecto de la propiedad del capital. El beneficio se presenta así [...] como mera apropiación de plustrabajo ajeno, que nace de la transformación de los medios de producción en capital, esto es, de su alienación respecto de los productores reales, de su contraposición, como propiedad ajena, a todos los individuos realmente activos en la producción, desde el dirigente hasta el último jornalero. En las sociedades por acciones la función se ha separado de la propiedad del capital, y, por lo tanto, también se ha separado completamente el trabajo de la propiedad de los medios de producción y del plustrabajo.[28]

Este proceso es para Marx resultado histórico del despliegue sumo del modo de producción capitalista y, por otra parte,

> necesario punto de transición para la retransformación del capital en propiedad de los productores [...] como propiedad de ellos en cuanto asociados, como propiedad social inmediata. Y es, por otra parte, un punto de transición hacia la transformación de todas las funciones hasta ahora vinculadas con la propiedad del capital en el proceso de reproducción en meras

28. Ibid., pp. 477-478.

> funciones de los productores asociados, en funciones sociales.[29]

Marx ve, efectivamente, en las sociedades por acciones «la superación del modo de producción capitalista dentro del modo de producción capitalista mismo»,[30] y las entiende como «mero punto de transición» hacia una nueva forma social de la producción. Esta «contradicción que se supera a sí misma» provoca en determinadas esferas el «monopolio»,

> y exige por lo tanto la *intervención* del estado.
>
> Esta contradicción reproduce una aristocracia financiera, una nueva especie de parásitos, en las figuras de los proyectistas, fundadores, directores meramente nominales, y todo un sistema de estafa y engaño respecto a fundaciones, entrega de títulos y tráfico con ellos. Es una producción privada sin los controles de la propiedad privada.[31]

Lukács, que, junto con Lenin, ha sido el autor que más ha luchado en los años veinte por una recepción radical de Marx, recoge en *Geschichte und Klassenbewusstsein* [Historia y consciencia de clase] [32] la exposición de la sociedad por acciones como «superación del modo de producción capitalista dentro del modo de producción capitalista mismo», pero no se la toma muy en serio, ni ve transformaciones de importancia en el proceso material de producción y reproducción de la sociedad capitalista. Ni Lenin ni Lukács atienden al problema de la intervención del estado en el proceso económico-social. Mas precisamente esos dos fenómenos nuevos recogidos sólo fragmentaria o alusivamente en la obra de Marx habrían tenido que ser los puntos de inserción de la ciencia revo-

29. Ibid., p. 478.
30. Ibid., p. 479.
31. Ibid., pp. 479-480.
32. Berlín, 1923.

lucionaria, problematizando las alteraciones sociológico-clasistas dimanantes de las modificaciones ocurridas y en curso en la producción material. Sólo así habría sido posible una teoría histórico-materialista de la transformación revolucionaria adecuada para la época de la crisis posterior a la primera guerra mundial. El acrítico atenerse a las «fórmulas comprobadas» de los clásicos degradó la lucha revolucionaria, rebajándola al nivel de la práctica sin conceptos o del activismo ciego.

Excurso: Las metamorfosis del capitalismo

La contradicción fundamental del período capitalista de formación analizado por Marx (cf. supra) consistía en que el modo de producción, socialmente mediado, implicaba una apropiación no social, sino privada y basada en la separación del capital y el trabajo asalariado. Organización y planificación en la empresa individual, anarquía en el conjunto de la sociedad.

Esta contradicción cobra formas múltiples en el proceso de desarrollo contradictorio e irregular del capital. La tendencia al despliegue ilimitado de las fuerzas productivas y a una limitación de las necesidades de aplicación del capital constituyen la tendencia básica de la contradicción capitalista fundamental en una forma específica de cada caso.

El capitalismo se adapta (1.º) al crecimiento cuantitativo y cualitativo, siempre históricamente determinado, de las fuerzas productivas, y (2.º) al nivel en cada caso alcanzado por la pugna social.

El rápido desarrollo del capitalismo por la aceleración del proceso técnico y la ampliación del espacio capitalista produjo una intensificación enorme de la productividad social. Surgieron enteras ramas industriales nuevas, que crearon nuevas necesidades, etc. El mismo proceso industrial de producción queda sometido, desde

Taylor y Ford, a alteraciones cualitativas (análisis del trabajo, planteamiento científico de la disminución de costes, normalización, standardización, control del mercado, estadística social, etc.). En lugar de la concurrencia entre los capitalistas privados aparecen los acuerdos de los propietarios de las sociedades para repartirse el mercado. Por detrás de todo eso se encuentra en el capitalismo la tendencia a la socialización, y también se expresa en ello una forma más consciente de la conexión social entre los productores. Tipos crecientes de plustrabajo y un aumento absoluto de la población activa provocan el aumento de la masa de la plusvalía: productividad creciente del trabajo, dicho de otra manera. Esta masa de plusvalía queda disponible para el proceso de acumulación. La acumulación tiene como barreras concretas la *capacidad de producción* y la *proporcionalidad.* El capital dispuesto para la acumulación entra en contradicción con esas condiciones; entonces intenta superar las barreras mediante el progreso técnico, mediante necesidades artificialmente producidas, mediante la exportación de capital, la penetración en nuevos territorios, etc. El hambre permanente de posibilidades de aplicación es el motor del desarrollo capitalista. En la medida en que se hace cada vez más difícil la ampliación del campo exterior de la producción capitalista —pues ya se ha terminado el reparto del mundo—, el *progreso técnico* se convierte progresivamente en *motor decisivo de la acumulación.* Pero también en este punto hay, desde luego, límites inmanentes. Cada vez son menos las ramas de la producción que no están completamente industrializadas (agricultura).

En cierto sentido se puede decir que son *industrias nuevas* enteras las que van convirtiéndose sucesivamente en portadoras determinantes del proceso de acumulación.

Frente a estas nuevas industrias se encuentran, en número creciente, otras ya saturadas de capital, incapaces de ulterior acumulación. La parte, generalmente grande, del capital fijo en estas industrias las hace nece-

sitadas de apoyo durante el período de desmantelamiento. El impulso en el sentido de la intervención de medidas estatales procede precisamente de esas ramas de la producción que se encuentran en peligro. Las ramas de la economía que son ya incapaces de acumulación expresan los pesos muertos de la sociedad capitalista, indican las limitaciones objetivas de la acumulación, y obstaculizan, por otra parte, el desarrollo total «liso». El despliegue de una productividad creciente del trabajo sobre la base del progreso técnico produce un aumento constante del fondo de acumulación. Las limitadas posibilidades de aplicación del capital y las limitaciones, cada vez más difícilmente superables, de la acumulación tienen por consecuencia necesaria las más varias formas de destrucción de capital. El aumento de la destrucción de capital física (desmantelamientos, destrucción de reservas y depósitos, guerras) y funcional (toda aplicación de capital para fines improductivos, el aumento de los gastos públicos improductivos, etc.) indica la «ultramadurez» del sistema. El enorme aumento de los *faux frais,* los costes perdidos de la producción capitalista, expresa la totalidad de la destrucción de capital. La diferencia entre el despliegue tecnológicamente posible de las fuerzas productivas sociales, o gigantesco aumento de la productividad del trabajo, y su real incremento es cada vez mayor. Con eso se aumenta también la tensión entre el nivel de vida que sería posible con una supresión completa de las cadenas capitalistas y el nivel de vida existente de hecho. «El fundamento último de todas las crisis reales es siempre la pobreza y la limitación del consumo de las masas, frente al impulso de la producción capitalista a desarrollar las fuerzas productivas como si su único límite fuera la capacidad absoluta de consumo de la sociedad.»[33] Esta «crisis real» se impuso realmente entre 1929 y 1934 en forma

33. *Das Kapital,* vol. 3, p. 528.

de crisis económica mundial. En ella fracasó el estado parlamentario, aquella gran «bolsa de intereses» (Sering) en la cual las diversas clases pugnaban por compromisos. Esa negociación política tuvo siempre carácter de resultante. Por la mediación del estado la distribución del producto social no procedía ya de un modo directo según la fuerza económica de los varios grupos. La distribución se politizó según principios de dominio político; los grupos recibían una «gratificación» concorde con su peso político-social. Pero en la crisis disminuyó la capacidad de acción de todas las clases en la medida en que retrocedía la producción. Aumentó muy de prisa el paro, signo estructural del capitalismo en la época de las capacidades sin utilizar; aumentó también la extrañación humana entre los «con trabajo» y los «parados». De ello sufrió mucho la solidaridad de intereses de los proletarios. Se perdió la unidad de la clase obrera, antes de entonces visible materialmente en el destino de sus diversas capas. De la creciente mecanización del proceso de producción se sigue en la lógica del capital una reducción del número de trabajadores ocupados en la producción: en vez de suprimir el trabajo, el capitalismo suprime trabajadores. Los que estaban parados mucho tiempo llegaron a distinguirse de los con trabajo en su consciencia y en su vida. Trabajo y miseria formaban antes una unidad en el concepto y en la realidad del proletariado que consideró Marx. Tras la primera guerra mundial no se volvió a dar en la Europa central esa unidad subversiva y explosiva. Ya en la Acción de Marzo antes citada se manifestó la «lucha fratricida» entre parados y obreros con trabajo, la cual se agudizaría mucho más en la segunda mitad de la década del veinte. Infierno era ya no la vida de los «productivos», sino la de los sin trabajo. Éstos eran los que más urgentemente necesitaban la subversión del sistema. Pero no tenían la formación ni la capacidad de organización características del proletariado alemán ante-

rior a la primera guerra mundial. La falta de comprensión de la teoría se pudo sustituir transitoriamente mediante «concepciones del mundo». Y este «dúplice» modo de existencia histórica del proletariado alemán se expresó en los años veinte, entre otras cosas, por la existencia de dos partidos obreros. Su lucha recíproca, que culminó con la fórmula de «socialfascismo de la socialdemocracia», acuñada por los comunistas, consumó la impotencia del movimiento obrero alemán. La victoria del fascismo no tenía ningún momento de necesidad, pero fue perfectamente posible porque el movimiento obrero resultó incapaz de orientar de un modo socialista revolucionario la prolongada crisis. Fue, por el contrario, el movimiento obrero el que se convirtió en objeto de la crisis, y con ello quedó expedito el camino para el fascismo.

La «teoría» de los partidos comunista y socialdemócrata no recogió tampoco en la estrategia socialista las alteraciones sociológico-clasistas manifiestas por las «metamorfosis del capitalismo», sino que siguió confiando en los viejos esquemas.

Los *obreros en paro estructural,* junto con las *clases pasivas,* eran capas completamente afuncionales que expresaban la creciente proporción de «improductivos» en la población. Por esta vía discurría ya desde hacía tiempo una parte considerable de la destrucción funcional de capitales. Aún más intensamente aumentaron el aparato administrativo y el militar, con la constitución de artificiales capas de *funcionarios* que destruyeron la creciente masa fiscal reunida por el estado. Los funcionarios y los militares son grupos improductivos y parasitarios que, como organizaciones de la violencia de la clase dominante, han de ser rápidamente disueltos y derrotados en la transformación revolucionaria.

A la nueva estratificación de la clase obrera misma se añade el que, a consecuencia de la mecanización del proceso de trabajo, va a disminuir inevitablemente, como

ya se ha indicado, la proporción e intervención de los trabajadores calificados. Pero aumenta en cambio la imprescindibilidad de la capa, relativamente estrecha, de la *intelectualidad de la producción,* de la intelectualidad técnica y económica, en el proceso social de reproducción. Una estrategia revolucionaria para los países capitalistas muy desarrollados no puede hacer abstracción de esa capa, pues en ella tienen que formarse los *especialistas revolucionarios* que entiendan prácticamente la dirección central de la economía y el despliegue de la iniciativa de las masas no como una contraposición de términos excluyentes, sino como la unidad dialéctica del proceso socialista de transformación.

Durante la crisis económica mundial muchos países se encontraron de nuevo al borde de la revolución. Entonces quedó claro que el capitalismo no dominaba la situación con los normales medios para la superación de crisis económicas. Por primera vez se introdujo sistemática e internacionalmente el intervencionismo estatal como arma decisiva para la superación de la crisis. Se trata de un saneamiento sobre la base de las relaciones de propiedad dadas. Las ramas de la producción que son concurrenciales en las condiciones dominantes pueden luchar por ampliar su campo de explotación. Este constante fenómeno concomitante del capitalismo cobra, empero, una novedad cualitativa por el hecho de que ahora *predomina* la aplicación de métodos políticos para sostener relaciones y situaciones de propiedad y de producción que están históricamente superadas desde el mismo punto de vista de un cálculo capitalista racional. La explicación de este fenómeno se encuentra en la circunstancia de que *partes social y políticamente decisivas* del capitalismo no pueden ya mantener por vías progresivas su posición económico-social y se han hecho, por lo tanto, reaccionarias. Las ramas de la producción que todavía son capaces de acumulación no tienen ni la fuerza ni los medios necesarios para imponerse

políticamente contra el aparato socio-estatal y contra las ramas de la producción que dependen de su ayuda. Desde luego que los «pesos muertos económicos» (Sering) de las industrias incapaces de acumulación son plomo en las alas de las industrias aún capaces de ella. Pero éstas no tienen más remedio que recorrer también el *camino estatista* que ha emprendido el estado. Llamaremos *estatismo* a la totalidad de las regulaciones estatales de la economía. La finalidad del estatismo no es la estatificación de los medios de producción, sino la *dirección estatal del capitalismo privado.*

El análisis abstracto tiene como tarea el identificar la *orientación básica general* del capitalismo internacional *en cuanto tal y en general.* Pero esa abstracción no nos puede decir nada acerca del momento preciso o el ritmo de elaboración del estatismo, ni tampoco nada acerca de su realizabilidad en circunstancias históricas concretas. De todos modos, los límites de ese proceso son bastante estrechos en la realidad social. La relación de capital va cayendo en contradicción con las fuerzas productivas en un número cada vez mayor de terrenos, y aquellas fuerzas no se pueden ya desarrollar más que al precio de su autodestrucción. La mutación de las fuerzas productivas que han de liberar al hombre de innecesario trabajo en unas fuerzas destructivas que amenazan al hombre como especie era y es condición de la posibilidad de la intervención históricamente importante de las masas en la historia. Las leyes naturales de la producción capitalista analizadas por Marx no incluían aún la función dúplice sistemática del estado como regulador económico-político y como actividad directamente económica del «sector público». La organización social del capital crece de forma contradictoria.

La necesidad de la regulación social global, forzada por el constante crecimiento de la masa total de la actividad económica del estado, elimina en parte la anarquía de la producción capitalista. Las nuevas tendencias,

antes indicadas, de la dinámica de las clases se acentuaron aún más por la nueva determinación funcional del estado. El sujeto revolucionario del período capitalista de formación había sido corroído por el fracaso del movimiento obrero y por la práctica histórica del capital. Mas, ¿qué apareció en su lugar?

Excurso ad b)

El psicoanálisis, en cuanto doctrina de las consecuencias de la renuncia al instinto, desenmascaró la familia e indicó en ella el lugar de la pugna con el representante del dominio, con el padre en cuanto representante también del principio del rendimiento dominante en la sociedad. En compensación de la renuncia al instinto, se promete a los hijos, particularmente a los varones, la sucesión del padre, y el llegar a ser a su vez representantes de la estructura de rendimiento de la sociedad.

Ya en época precapitalista tuvo el individuo que hacerse violencia. Para poder soportar física y psíquicamente el proceso de la acumulación primitiva de capital, el individuo tuvo que imponerse conscientemente inhibiciones que antes, originariamente, procedían de fuera, de la naturaleza. La Reforma secularizó las normas religiosamente asimiladas, traspuso la instancia inhibidora de los instintos: de la Iglesia a la consciencia propia. La dialéctica de la utilidad y la razón caracteriza la situación de las masas oprimidas. La razón es en la sociedad de clases la razón de la clase dominante, que se orienta por el dominio y el beneficio y tiene que convencer a los oprimidos de que hay armonía entre el individuo y el todo. Pero los oprimidos quedaban excluidos de esa universalidad, y su renuncia al instinto se producía por la fuerza. Hoy siguen siendo seres sociales determinados y fabricados por la violencia, y siguen

constituyendo la base de la dictadura de minorías sobre las masas.

> La renovación religiosa puso al hombre en condiciones de subordinar su vida inmediata a fines lejanos. Las masas se han alejado de la infantil entrega al instante y se han educado en la consideración objetiva, la consecuencia tenaz y el entendimiento práctico. Con ello no sólo han robustecido al hombre en su resistencia al destino, sino que, además, le han hecho capaz de desprenderse a veces de la intrincación de su vida y levantarse, en la contemplación, por encima de su interés propio y de su utilidad. Pero esas pausas contemplativas no han alterado en nada el hecho de que los fines de lo existente arraigan con profundidad cada vez mayor.[34]

La «libre servidumbre» de los hombres, imprescindible para la formación y aún más para el modo de existencia de la sociedad burguesa, es en última instancia la forma de la autoconservación «adecuada a la realidad». Esta estructura básica autoritaria es aprovechable desde un punto de vista capitalista, pues de ella no puede esperarse una pugna revolucionaria contra las estructuras existentes.

En la transición del capitalismo concurrencial al monopolista, nutridas capas burguesas pierden la conexión armoniosa entre la vida individual y un orden general y dador de sentido. Expresión histórica de esta ruptura es la ciega entrega de las masas autoritariamente gobernadas a las irracionalidades más brutales. Con la formación de gigantescos monopolios que levantaron una «impenetrable selva virgen», junto con los gobiernos, entre ellos y los dominados se produjo la posibilidad de una planificación amplia, por un lado, y, por otro, la de guerras mundiales de aniquilación entre los monopolios a

34. Marx Horkheimer, *Vernunft und Selbsterhaltung* [Razón y autoconservación], 1942, pp. 32-33.

costa de las masas. En estas condiciones lo único que hace falta para mantener el *statu quo* social es una rígida disposición de la jerarquía social de arriba a abajo. Ahora ya coinciden más o menos plenamente la autoconservación de la sociedad burguesa con la «destrucción de lo humano».

Las grandes perspectivas doctrinales de la filosofía idealista acerca de la autonomía del individuo no pudieron sobrevivir al desarrollo industrial en forma capitalista. La decadencia de la razón, la totalización de la irracionalidad en la producción de las fuerzas destructivas y la disolución del individuo y de su despliegue autónomo son procesos paralelos. Bajo el dominio de los monopolios el individuo está siempre condenado a corto plazo. Siempre ha de estar vigilante y dispuesto, a punto de saltar, «sin escuchar la lengua más que como información, orientación o instrucciones, sin suelo y sin historia».[35] También se disipa la consciencia de la servidumbre. La impotencia del individuo por un lado y la gigantesca potencia del capital por otro dificultan mucho al hombre el reconocer siquiera el fundamento de su miseria. «La ideología se encuentra ya en la disposición de los mismos hombres, en su reducción espiritual, en su estar remitidos al grupo. No viven cosa alguna sino a la luz del convencional sistema de conceptos de la sociedad.»[36] La cosificación de los hombres no es tanta que carezcan totalmente de una roedora consciencia de la falsedad y la inhumanidad de la sociedad existente.

«Por mutilados que todos estén, pueden notar durante un instante que el mundo racionalizado bajo la constricción del dominio podría liberarlos de la autoconservación que hoy todavía contrapone unos a otros. El terror, ayudando a la razón, es al mismo tiempo el

35. Ibid., p. 40.
36. Ibid., p. 58.

último medio para detenerlos; tan cerca ha llegado la verdad.»[37]

El terror cínico y brutal del fascismo tenía que impedir a las masas asalariadas que destruyeran por fin la relación capitalista, superflua ya desde hacía tanto tiempo. Tras la derrota externa del fascismo internacional, particularmente del alemán, empezó, luego de la segunda guerra mundial, una reproducción de las antinomias de la sociedad burguesa, pero con experiencias fascistas.

> El rascacielos.
>
> Un corte longitudinal por la estructura social del presente tendrá que presentar más o menos lo que sigue:
>
> *a*) Los magnates de los *trusts,* combatiéndose según sus grupos;
>
> *b*) los pequeños magnates, los terratenientes, el equipo de los colaboradores principales;
>
> *c*) los miembros de profesiones liberales, los empleados, los agentes políticos, los militares y los catedráticos, los ingenieros, los jefes de oficina y las mecanógrafas;
>
> *d*) los restos de la existencia autónoma: artesanos, campesinos;
>
> *e*) el proletariado: la «aristocracia obrera», los no calificados, los que durante mucho tiempo no ganan nada, los pobres, los viejos, los enfermos, los que trabajan;
>
> *f*) *el verdadero fundamento de la miseria sobre el cual se levanta este edificio: los territorios coloniales y semicoloniales;*
>
> *g*) [...] el sufrimiento indescriptible, inimaginable, de los animales, el infierno de los animales en la sociedad humana.[38]

37. Ibid., p. 59.
38. Según Heinrich Regius, *Dämmerung. Notizen in Deutschland* [Ocaso. Apuntes en Alemania], Zurich, 1934, pp. 132-133.

Con la limitación tendencial de las posibilidades de compensar las barreras de la acumulación de capital mediante la capitalización de espacios no capitalizados —los actuales «países en desarrollo»—, con el consiguiente aumento de la aniquilación de capitales mediante el armamento, la creación y la hinchazón artificiales de gigantescos aparatos administrativos y burocráticos, con el paro estructural, las capacidades inutilizadas, la publicidad orientada a fines de dominio, etc., o sea, con el crecimiento de los «costes muertos» sociales, aparecieron en los estados capitalistas desarrollados, ya por los años treinta, nuevos fenómenos de la dinámica antagónica entre la burguesía y el proletariado (cf. supra).

El proceso de creciente aniquilación funcional de capital, orientado de modo primario por las necesidades de dominio, según se ha descrito antes (como sistema de subvenciones a las ramas industriales necesitadas de apoyo, regulación estatal de grandes partes de la producción y la distribución) contribuyó a sustituir la polarización de las dos clases principales de la sociedad, peligrosa para el sistema, por un dispositivo de concesiones de los dominantes a los dominados, y a consumar en lo esencial la integración de la clase obrera en el marco de la sociedad dominante.

Por eso no puede sorprender que durante los años cuarenta se produjera un desplazamiento importante del centro revolucionario del mundo.

Por los días de la toma fascista del poder en Alemania, los ejércitos de liberación de los campesinos chinos, organizados en *soviets,* intentaban hacer frente a la «Cuarta campaña de aniquilación» lanzada por Chang Kai-chek con nuevos métodos militares o, más precisamente, con un nuevo método de guerra: con la guerra popular revolucionaria, la duradera guerra de guerrillas de partes cada vez mayores de la población politizada y por politizar del país contra los invasores extranjeros o contra oligarquías indígenas.

Esta forma de lucha nacional de liberación, entendida como parte del movimiento internacional de liberación, no se puede separar del nivel alcanzado por el desarrollo mundial de las fuerzas productivas, del movimiento total del capital, ya incapaz de instalarse en donde quisiera y de convertir el mundo entero en un productor de plusvalía.

Con ello quedaba dada para los revolucionarios, para los pueblos, la posibilidad histórica de empezar la lucha emancipadora por la autodeterminación nacional, por la eliminación de la miseria de las masas, por la superación de la dependencia en sus más diversas formas, la posibilidad de no esperar ya más, sino *hacer* ya en esas condiciones, *consciente y voluntariamente,* su propia historia, convertirse en sujeto del acaecer histórico.

Del antisemitismo al anticomunismo

Fromm considera que el Yo reprimido por el Ello y por el Super-Yo, impotente y temeroso, es el presupuesto de la actitud ambivalente, sadomasoquista, de la personalidad autoritaria. Su represión acarrea mistificaciones constantemente renovadas de la realidad y conflictos neuróticos, se expresa como comportamiento rebelde o devoto respecto de los poderosos, como odio sádico a los débiles y en la falta de todo valor cívico. Para mantener acallados sus sentimientos de angustia y culpa y conseguir, al menos, una identidad temporal, el autoritario se identifica con el estado, con el caudillo, con la nación, etc. De este modo puede el pequeño burgués refrenar su terror y sentirse arropado y protegido en la autoridad.

En *The Authoritarian Personality,*[39] la investigación sociopsicológica de Adorno, Frenkel-Brunswik, Levin-

39. Nueva York, 1950.

son y Sanford, se esbozan los siguientes síntomas de la personalidad autoritaria:

> 1. Convencionalismo (rigidez de la actitud moral, etcétera). 2. Sumisión a las autoridades morales idealizadas del *in-group* (a pesar, o incluso a causa, de la profunda ambivalencia respecto de autoridades). 3. Hostilidad contra personas que choquen con los valores convencionales (las personas cargadas de prejuicios quieren contarse entre los «bienpensantes» y «justos»). 4. Recusación de lo subjetivo, lo imaginativo, lo blando. 5. Superstición y estereotipia. 6. Interés predominante por el aspecto de poder en las relaciones humanas, y acentuación de la «virilidad». 7. Proyectividad. Y 8. Acentuación de lo sexual.

Esta base psicológica del fascismo no quedó superada por la derrota externa del fascismo en Alemania, sino que se pudo conservar, sin alteración esencial, en el anticomunismo.

La destrucción de los viejos cuadros revolucionarios del movimiento obrero por el fascismo y el stalinismo explica que pudiera resultar tan fácil y rápida la integración de las masas asalariadas en el anticomunismo, la «ideología» del período de la «guerra fría». De nuevo había en las masas un estado de ánimo sordo —mediado por la guerra— anticapitalista (y antistalinista). Pero de nuevo también fracasaron los jefes socialistas revolucionarios, o en esta ocasión no los hubo. Así resultó fácil para los burócratas stalinistas, dirigidos desde fuera, y para las marionetas del capital y del dominio de la clase burguesa, teledirigidas por dentro, hacerse con las masas mediante concesiones, manipulaciones y represión directa. El socialismo revolucionario alemán desapareció históricamente de la escena política, para no volver a ser realidad histórica hasta unos veinte años después, en algunos sectores del estudiantado, en algunas fracciones

de los asalariados de la industria y la administración y en algunos reducidos grupos de estudiantes de enseñanza media. La teoría marxista se individualizó y perdió así su núcleo subversivo. La concepción de la organización como academia en la cual los revolucionarios universales se forman omnilateral y creadoramente y se encuentran en interacción permanente con la práctica revolucionaria se disipó en el reino de las nieblas utópicas.

En los acuerdos de Yalta y de Potsdam los aliados antifascistas se habían puesto de acuerdo a costa de los estados fascistas. El occidente democrático-capitalista y la Unión Soviética, de aspiración socialista, ampliaron sus esferas de influencia de mutuo acuerdo. Pero los intereses comunes a corto plazo dejaron muy pronto paso a las fundamentales diferencias estructurales. La «guerra fría» empezó ya en 1947, cuando la doctrina Truman del anticomunismo se convirtió en línea maestra de la política exterior norteamericana. La «política de contención» de la oligarquía americana del poder condujo también muy pronto a la formación de los sistemas militares OTAN, CENTO y SEATO. Cuando en agosto de 1953 se tuvo la explosión de la primera bomba de hidrógeno soviética, sólo un año después de la americana, la histeria anticomunista entendió el acontecimiento como un «sabotaje». Se reforzó el maccarthismo, la «caza de brujas» dirigida contra todos los que no colaboraran en el anticomunismo.

Al alcanzar el «empate atómico», la Unión Soviética no podía ya ser objeto del chantaje de la «gran bomba».

El «discurso secreto» de Jruschov en el XX Congreso del PCUS —Stalin había muerto en 1953— abre una nueva fase de la política internacional. El levantamiento anticapitalista y antistalinista de los húngaros no acarreó un choque militar de las grandes potencias. La URSS y los EE.UU. no podían ya enfrentarse militarmente, aunque sí controlarse recíprocamente. Es importante observar a este respecto que el anticomunismo

militante estaba muerto desde antes de nacer. Ni el 17 de junio de 1953 en Berlín-este y en la RDA ni en octubre de 1956 en Hungría se le autorizó a ser militante. Ni siquiera el 13 de agosto de 1961 cobró esta ideología un poco de contenido real; y eso es precisamente lo que hace de ella ideología plena.

Este período no dio perspectiva a los pocos socialistas organizados en el SPD o fuera de él, o en el SDS. Fue un período no comprendido, de mera frustración. No parecía dado aún un ámbito de movimiento para la propia práctica, más allá del capitalismo y del stalinismo. El proceso de reconstrucción del capitalismo en la Alemania occidental fue entonces interpretado por la mayoría de los socialistas como una cosa sorprendente, y por muchos como prueba definitiva de la organicidad a prueba de crisis del sistema del capitalismo tardío. De ahí nació la resignada teoría de la «sociedad cerrada», impenetrable en todos sus puntos y capaz de asimilarse a todo. Réplica a esa tesis fue característicamente la teoría que hacía de la RDA «la verdadera patria de los socialistas alemanes».

Durante todo este período comprendido entre 1945 y 1965 —que fue para la RFA un período entero de restauración sistemática, pero también una fase de desmistificación de las pequeñas fuerzas de pseudo-oposición de los partidos, las instituciones y las pugnas en el parlamento— se desarrollaron fuera de Europa, como lo había «anunciado» Lenin en su artículo sobre *Pravda,* acontecimientos de importancia extraordinaria para la transformación revolucionaria del mundo: «Al irse terminando la segunda guerra mundial, el principal problema político suelto era la cuestión colonial. Si el occidente hubiera intentado perpetuar el *statu quo* del colonialismo, habría habido inevitablemente revoluciones violentas, y una derrota también inevitable. La única política prometedora de éxito tenía que consistir en dar a los más progresados de entre esos 700 millones una in-

dependencia pacífica».[40] El ejemplo de las Filipinas puede ilustrar la solución: «El 4 de julio de 1946 los Estados Unidos nos van a hacer una jugada descomunal. Ese señalado día el Tío Sam, con sus maneras honradas y todo sinceridad, declarará libre e independiente a nuestro país, entre marchas militares, desfiles y discursos. Con este gran gesto los Estados Unidos de Norteamérica darán un ejemplo de fabuloso chantaje».[41] Poco después ocurrían cosas como ésta: «Unidades de la policía militar filipina dispararon hoy de 100 a 150 granadas de gran calibre, así como una gran cantidad de descargas de ametralladora, contra un terreno situado a unas doce millas en el cual se sospecha la existencia de campamentos de los huks rebeldes».[42] Miles de huks fueron asesinados durante los años siguientes para destruir el brazo guerrillero del frente de liberación. Durante algunos años fue así posible reprimir la lucha. Pero hoy, a los veinte años, la nueva generación huk domina de nuevo grandes zonas del país, se extiende la lucha y el títere gobernante exige a los Estados Unidos más apoyo militar, con objeto de evitar el Vietnam de los años setenta...

Pocos meses después de la declaración de la independencia filipina empezó en Madagascar una sublevación contra el colonialismo francés. Fue aplastado de un modo siniestramente sangriento. Unos 80.000 malgaches fueron muertos. Ni la Unión Soviética, ni la ONU ni la «opinión pública mundial» atendieron por entonces a aquellos hechos.

Durante los años cuarenta sólo las masas chinas consiguieron pasar del reino de la explotación imperialista al reino de la pobreza socialista, punto de partida de una real satisfacción de las necesidades de las masas en China.

40. A. Dulles, *War or Peace,* Nueva York, 1957, p. 76.
41. *The Philippine Press,* Manila (1 abril 1946).
42. AP, Manila (3 diciembre 1946).

La fórmula de la independencia de los territorios coloniales se llenó muy pronto con el inmutado contenido de la dependencia política y la explotación económica. El capitalismo, debilitado por la guerra, necesitaba grandes masas de capital para su reconstrucción: «Entre 1945 y 1951», ha escrito Paul Baran en *The Political Economy of Growth,* «las colonias inglesas se vieron obligadas, bajo innumerables pretextos, a acumular no menos de mil millones de libras esterlinas [...] esa suma constituyó la exportación de capital colonial a Inglaterra». Las colonias, o los nuevos países independientes del tercer mundo, que habrían necesitado esas sumas de miles de millones para la construcción rápida de una industria que satisficiera las necesidades de las masas, siguieron siendo explotados por las «leyes naturales» del mercado mundial, determinadas en parte sustancial por las *giant-corporations,* que hundieron los precios de la mayoría de las materias primas.

La situación de miseria, acentuada por el intenso aumento de la población y que el capitalismo, estancado o decadente, no podía ya superar, produjo convulsiones violentas cada vez más frecuentes: «Los EE.UU. están hoy inextricablemente mezclados en esas duras luchas —China, Corea, Japón, Malasia (Filipinas, Indonesia holandesa, Malaya británica, Indochina francesa), Siam, Birmania e India— y aún se hundirán más en ellas en un futuro próximo. No hay duda de que tomarán sus posiciones y desarrollarán su variante característica de esta nueva forma de imperialismo».[43] Lo peculiar de esta nueva forma de imperialismo consiste en que no ha de ser entendido de un modo primariamente económico. No hay duda de que las baratas materias primas siguen siendo hoy importantes y rentables, pero no son ya el centro del fenómeno imperialista. La nueva forma del imperialismo se caracteriza por el hecho de que se apoya

43. Karl Korsch, en *Alternative* (abril 1965), p. 88.

en «gobiernos amigos, títeres, *quislings* y colaboradores de todo tipo, incluidos algunos tipos de supuestos movimientos de resistencia».[44]

En el capitalismo decadente —lo que quiere decir, objetivamente, desde finales de la primera guerra mundial y, subjetivamente, desde la instauración de la dictadura del proletariado en la Unión Soviética bajo la forma de dictadura de la vanguardia— empieza a disminuir esencialmente la importancia de la *exportación de capitales*. La cosa no puede asombrar, porque en la época de las crisis políticas y económicas más graves no se puede prestar capital si no es con la mayor cautela. A eso se añade que los países que han aumentado ya los gastos de armamento hasta el máximo tienen cada vez menos posibilidades de utilizar para fines de exportación un exceso de capitales, pues esos sobrantes se consumen precisamente en la preparación de una guerra moderna. En el lugar de la exportación de capitales apareció ya durante los años veinte y treinta la comprensión de la necesidad de ampliar y explotar *fuentes de materias primas y de sustancias energéticas* (combustibles). La moderna industria de guerra consume reservas gigantescas de materias primas, y ese consumo aumenta aún en la medida en que se agudiza el peligro bélico.

Las fricciones entre los estados exigen «medidas estratégicas» y «dispositivos estratégicos» para anticiparse al enemigo potencial, para conseguir territorios nuevos, ocupar puntos de importancia estratégica que permitan tener una posición de partida favorable en caso de guerra. Impera la lógica de la máquina de guerra. La carrera de armamentos y los choques militares son «consecuencias plenamente normales» de ese desarrollo.

El período de decadencia del capitalismo es un período de *crisis permanente* del sistema capitalista; sólo la acción revolucionaria consciente de las masas que hayan

44. Ibid.

llegado a la mayoría de edad política puede impedir la crisis, la guerra potencial, etc. Al terminarse la segunda guerra mundial nos encontramos ya, pues, en el terreno de la crisis permanente del sistema, pero ésta no sólo estaba sin superar, sino que además no era aún perceptible.

Empezamos a estudiar todos estos conocimientos acerca de los mecanismos y los diversos estadios del imperialismo en la época en que el problema del Congo y el del Vietnam ofrecieron dos ejemplos perceptibles y hasta manifiestos de la práctica de la contrarrevolución internacional.

El estudio de cuestiones internacionales era resultado de nuestra contradictoria situación. Ninguno de nosotros apreciaba la muralla de Berlín, sólo unos pocos admitían que la RDA y el SED fueran realmente socialistas, pero casi todos odiábamos la hipócrita «república» adenaueriana, la duplicidad del SPD y la traición de la CDU a la reunificación alemana. Mas en nuestra propia realidad no veíamos posibilidad alguna de una práctica política con sentido. Los bienintencionados intentos de hacerse con un «suelo de izquierda» en el SPD o en los sindicatos fracasaron todos. Incluso los más de nosotros mismos estábamos presos en las ilusiones del «eterno milagro económico». La impotencia y la frecuente irritación por las frustraciones que sufrían eran probablemente las características determinantes de los pocos socialistas que había entonces, dentro y fuera del SDS. Miembros del SDS eran a comienzos de los años sesenta principalmente los estudiantes de sociología o de filosofía que al ambientarse así esperaban asimilar mejor el «marxismo de seminario» practicado entonces por el SDS y por el profesor Lieber en su cátedra. A eso se añadió el que en 1964 y 1965 se produjo una especie de división represiva del trabajo entre el SDS de Berlín-oeste y el Club Argument, teoría estetizante frente a artesanía sin conceptos.

Entre esos dos grupos y en colaboración con ellos se encontraba la sección berlinesa de la Acción Subversiva, que hasta la primavera de 1965 no se fusionó con el SDS.

De las filas de ese grupo, la Acción Subversiva, proceden probablemente las primeras afirmaciones acerca de la función revolucionaria del «mundo colonial»:

> «El principal factor de la desintegración del sistema capitalista es la disolución de los vínculos entre los estados imperialistas y sus numerosas colonias» (Bujarin en 1921). Si en tiempos de Bujarin era ya rudimentariamente visible ese hecho, hoy, para nosotros, resulta la evidencia misma. Las sublevaciones nacionales, los levantamientos anticolonialistas, en resolución, las guerras de liberación nacional obligaron en la mayoría de los casos a los antiguos señores coloniales a abandonar el dominio visible [...] queda todavía la fuerza económica disimulada, que sigue manteniendo en dependencia a los nuevos estados.[45]

Esas proposiciones eran puramente teoréticas, pues nacían en la «baja marea» revolucionaria que era el contexto berlinés; allí había que profundizar el análisis teórico de la presente *sociedad mundial*. La recepción subversiva de la política internacional en Berlín, particularmente la recepción de la problemática de los países del tercer mundo, fue posible por la comprensión del carácter mundial de la pugna entre el trabajo asalariado y el capital, aunque no se hubiera encontrado en el propio ambiente el lugar adecuado y efectivo para el trabajo político de emancipación. A ello se añadió la existencia de un círculo de trabajo internacional, en el cual estudiantes latinoamericanos, estudiantes y obreros alemanes de izquierdas, estudiaron juntos los «clásicos» y

45. *Anschlag* [Cartel], periódico de un grupo de estudiantes berlineses (julio 1964).

las publicaciones más recientes de la teoría crítica y del marxismo. En ese seminario oímos por vez primera, a fines de 1964, una ponencia acerca de Frantz Fanon, mucho antes de que apareciera extractado en el *Kursbuch,* n.° 2. Aquellos extraordinarios camaradas que hoy están luchando en América Latina por la emancipación de sus pueblos se encontraron también en cabeza de la primera manifestación masiva de la izquierda, fuera de los partidos, desde la segunda guerra mundial. El 18 de diciembre de 1964 el primer ministro congoleño Moisés Chombé, responsable del asesinato del revolucionario africano más destacado, Patricio Lumumba, visitó Berlín occidental. Ya había realizado lo que importaba, negociaciones sobre la participación de *trusts* alemanes occidentales en el negocio de Katanga, y ahora había que cumplir rápidamente con el ritual pangermánico, la visita relámpago al «Willy de Berlín» y a la muralla.

No nos habíamos preparado para la manifestación, ni desde el punto de vista de la organización ni desde el de la técnica. La habíamos anunciado «reglamentariamente», pero no teníamos entonces una comprensión de la manifestación como instrumento de lucha para la toma de consciencia —primariamente— de los que participan en ella. No deja de tener interés histórico el que con esa ocasión discutieran por vez primera conjuntamente acerca de una acción el SDS y la FDJ * de Berlín occidental. Estaban también presentes representantes de LSD y de la SHB. Las «comprensibles» reservas de los representantes LSD contra la FDJ impidieron la aparición de una octavilla común firmada por todos los grupos.

* FDJ: Freie Deutsche Jugend [Juventud Alemana Libre], las juventudes comunistas, que el gobierno de Alemania occidental no puede prohibir en Berlín-oeste, a causa del estatuto de ocupación.

Fue muy importante en la manifestación misma ante el aeropuerto y luego en las calles, de vuelta hacia el ayuntamiento, la predisposición de la mayoría de los manifestantes a un abandono de la legalidad de la manifestación, su disposición para emprender una acción común contra las fetichizadas reglas del juego de la democracia formal. Se produjeron cooperación o solidaridad espontáneas entre las más diversas fracciones de la izquierda, que por entonces eran aún de gesticulación muy sectaria. La militante aparición de manifestantes sorprendió a los «guardianes del orden y la paz». La agitación y la explicación como proceso de autoaclaración de los manifestantes fue de un carácter bastante sensible. La organización y la temporal dirección se constituyeron también en el curso de la acción misma.

La «larga marcha» desde el aeropuerto hasta el ayuntamiento de Schöneberg, evitando los bloqueos de la policía, supuso unos diez kilómetros. La verdad es que Duensing * habría debido dimitir ya entonces por incapacidad. Llegamos en grupo cerrado ante el ayuntamiento, aunque sin aprovechar en seguida para una «actividad guerrillera» las posibilidades que ofrecía el hecho de ser día de mercado. Fue un error. La policía consiguió reagruparse a tiempo; permitió una delegación de manifestantes, y así la manifestación cobró momentos ambivalentes. Volvió a ser subversiva hacia el final, cuando consiguió cubrir con un «terrorífico» bombardeo de tomates el automóvil de Chombé que ya arrancaba. En esta acción se inventaron espontáneamente formas de resistencia que hasta mucho más tarde no se convirtieron en método de nuestra lucha política.

Con la manifestación contra Chombé habíamos tomado por vez primera la iniciativa política en esta ciudad. La consideración *post festum* se puede entender

* Jefe de policía de Berlín que dimitió tras la muerte del estudiante Benno Ohnesorg causada por el agente Kurras.

como comienzo de nuestra *revolución cultural* en la cual se ponen en discusión tendencialmente todas las anteriores normas y todos los valores de lo establecido; los que intervienen en la acción se concentran primariamente sobre sí mismos y continúan en la acción misma su propia autoaclaración acerca del sentido y el objetivo de ella.

Los manifestantes no se reconocieron en absoluto en los comentarios de prensa de los días siguientes, y eso robusteció su desconfianza respecto del orden socioestatal. Se dieron cuenta de la división del trabajo practicada con la información, y percibieron con claridad todos los planos de la deformación y de la mentira. Así se pudo leer en el *Abend,* que ya entonces representaba óptimamente los «intereses objetivos» del senado de la ciudad y del capital:

> El *Neue Deutschland* * intenta esta mañana hinchar la manifestación. Bajo el titular «*Millares gritan en Berlín occidental: ¡Afuera el asesino Chombé!*» el periódico intenta producir la impresión de que en Berlín-oeste ha habido algo así como una revolución contra Chombé. El minucioso reportaje del *Neue Deutschland* traza, con formulaciones como «*resuenan a coro los gritos de afuera el asesino Chombé*», un cuadro totalmente deformado de la silenciosa manifestación.

La *Berliner Morgenpost* rotulaba mucho más clara e inequívocamente: «Manifestantes gritan "afuera Chombé" en el Mehringdamm. En vano intentaron los policías frenar a los estudiantes. Los funcionarios fueron desbordados».[46]

* *Neue Deutschland* [Nueva Alemania] es el órgano del SED, Berlín-este.

46. 19 diciembre 1964.

Las cartas de los lectores en los periódicos tocaban a rebato: la «población» deseaba que se nos aplicaran duras medidas. «Mandad esas hordas salvajes al este»: ésa era la fórmula estereotipada y más recurrente. La manipulación manipuladora se nos convirtió en caja de resonancia de nuestro «trabajo abierto». Aún menos que hoy hallábamos entonces el camino hacia las masas; pero nuestra voluntaria limitación a las capas de los estudiantes universitarios y de bachillerato, fáciles de movilizar, era acertada, pues por de pronto se trataba de consolidar y ampliar ante todo la base, todavía muy estrecha, que teníamos en la universidad misma.

Ni en el SDS ni en una asamblea plenaria en la universidad se hizo una verdadera autocrítica radical, de organización y de personas, respecto de la manifestación contra Chombé. Los procesos de aprendizaje en la calle no se completaron mediante una reflexión teorética con consecuencias práctico-organizativas. Pero a pesar de todo se había abierto una brecha. El 18 de diciembre de 1964 cobró vida por primera vez en Berlín el tercer mundo, en la actividad práctico-crítica de estudiantes y trabajadores. Pero también lo fue para la actividad y el proceso de aprendizaje de la policía. En la primavera de 1965 los norteamericanos intensificaron sus esfuerzos de guerra, sus agresiones contra el pueblo vietnamita. Fuertes unidades americanas de invasión tienen que salvar al gobierno de Vietnam del Sur, ya incapaz de defenderse y rechazado totalmente por el pueblo. Por esta época los camaradas Horlemann y Gilgemann empezaron en el SDS de Berlín occidental a trabajar materiales norteamericanos acerca del conflicto del Vietnam. Esa elaboración permitió una primera discusión pública con un representante de la misión estadounidense en Berlín. Fue una conferencia de prensa en la cual nuestros camaradas consiguieron probar que la actuación de los norteamericanos en Vietnam es una agresión, sin utilizar más que materiales norteamericanos. A finales de

abril una delegación del SDS de Berlín-oeste acudió a Moscú y Leningrado para discutir con las organizaciones estudiantiles acerca de problemas de la política socialista en la Europa central y en el tercer mundo. Se producen choques muy intensos a propósito del problema del stalinismo y acerca de la función de la Unión Soviética en el proceso de emancipación económico-social del tercer mundo. Los estudiantes soviéticos defienden con suma contundencia la teoría de la coexistencia pacífica. El argumento que fundamenta la política de coexistencia pacífica es la existencia de armas atómicas. Ellos parten de la convicción de que toda política se encuentra ante la alternativa «guerra mundial o coexistencia pacífica». Al mismo tiempo admiten que los movimientos de liberación nacional pueden seguir adelante en su lucha, incluso en las condiciones del equilibrio nuclear. Sin embargo, ese reconocimiento no afecta a la problemática del apoyo de la Unión Soviética a los movimientos de liberación nacional. La política soviética respecto del tercer mundo se caracteriza en ese momento, por ejemplo, por el hecho de no tener en cuenta los diversos movimientos de liberación nacional de América Latina. La Unión Soviética tiene relaciones comerciales con las varias burguesías de compradores * de los diversos países latinoamericanos, con completa independencia de la existencia de los correspondientes movimientos de liberación nacional. Una discusión con funcionarios acerca de la ayuda al Vietnam fue tremenda y sintomática. Estos funcionarios nos dijeron con toda precisión el número de botes de sangre para transfusiones y las sumas de cotizaciones de las varias fábricas y secciones y talleres realizadas en ayuda del Vietnam. Pero no estaban dispuestos a discutir con nosotros acerca de la función de los movimientos de liberación nacional dentro del proceso de la revolución mundial. Nos pa-

* En castellano, en el sentido técnico en que se ha hecho internacional esa palabra castellana.

rece que la ayuda al Vietnam y los numerosos comités de ayuda al Vietnam que existen en la Unión Soviética no son muy importantes para la situación de los productores soviéticos en sus lugares de trabajo y en la universidad. Pues no parecía que implicaran un mayor interés por las cuestiones internacionales, un interés creciente por apoyar el movimiento de liberación. Les parecía imposible interpretar la revolución vietnamita como un momento de su propia problemática. No eran ni son capaces de entender la extrañación entre partido y masas, la alienación en el lugar de trabajo, producida por la separación entre los productores y sus medios de producción; esa alienación no existe para ellos. Para ellos la estatificación de los medios de producción y de la tierra es sin más la supresión de la alienación en el lugar de trabajo. Hasta tiempos muy recientes no se ha planteado como problema teórico la cuestión de la alienación. Pero ese problema no aparece aún en absoluto en la discusión ni en la vida social de los productores directos. Éstos atienden sin consciencia a su trabajo, por lo cual la lucha nacional liberadora del tercer mundo no se convierte en una fuerza productiva adecuada para entender la alienación en su propio país y hallar los medios para superarla. Nosotros opinamos precisamente que la única posibilidad que tiene la Unión Soviética de emprender un camino socialista-revolucionario hacia el futuro consiste en integrarse cada vez más intensamente en el proceso económico-social de emancipación del tercer mundo y verse obligada, en el curso de esa integración, a explicar a sus propias masas lo que ocurre en los varios países del tercer mundo, los métodos con los cuales procede la emancipación económico-social, y luego obligada a explicar a sus propias masas por qué no se ha introducido ni realizado todavía en las fábricas soviéticas la democracia obrera en la forma del dominio inmediato de los productores sobre los productos, control de los productores inmediatos sobre los productos. Sólo así podría surgir de nuevo en la Unión

Soviética una consciencia internacionalista, una consciencia que partiera de la convicción de que no es posible resolver las contradicciones en un solo país, sino que sólo un proceso mundial de emancipación puede resolverlos.

La creciente agresión de los norteamericanos en el Vietnam desencadenó en Berlín-oeste una resolución más radical acerca del conflicto. «En realidad la guerra vietnamita es una guerra civil que, hasta la intervención de los Estados Unidos, fue casi exclusivamente una guerra entre los revolucionarios sudvietnamitas y el gobierno de Saigón. Según las estimaciones norteamericanas, más de tres cuartas partes de la población están a favor de los rebeldes.» El semestre de invierno 1965-1966 se convirtió en la universidad de Berlín en un semestre de explicación de los acontecimientos del Vietnam. A pesar de ello Wolfgang Lefèvre, del SDS, fue depuesto en el otoño de 1965 de su cargo de primer presidente del AStA por haber firmado una resolución de la Comisión Permanente para el Vietnam. La resolución, titulada «*Paz en Vietnam*», exigía la supresión de los bombardeos norteamericanos y la evacuación de las tropas yanquis. El senador responsable de los asuntos de ciencia y arte, profesor Dr. Werner Stein, dijo acerca de esto en una declaración de prensa: «Desde luego que el que apoye a esa Comisión tiene que saber, por varia experiencia, que con ello se sitúa muy cerca de la política del SED».[47]

En diciembre se tiene en la universidad un choque con el rector a propósito de una exposición sobre el Vietnam que quería instalar el SDS en el edificio Henry Ford. El rector apeló a reglamentos sobre los edificios con objeto de impedir la exposición. Con su actitud nos permite ver claramente que las pugnas del tercer mundo tienen sus idénticos dialécticos también entre nosotros, aunque sea en otras condiciones históricas. Ello quedó aún más de manifiesto por la acción de las campanas de la

47. 24 de agosto.

libertad, realizada por los diarios berlineses en homenaje a los soldados norteamericanos muertos en el Vietnam. Wolfgang Neuss, uno de los principales precursores del actual movimiento de oposición, organizó una contra-campaña con su *Neuss-Deutschland*.*

> ¡Lectores de periódicos! ¡Engañados! Bajo el desgastado tañido de la berlinesa Campana de la Libertad se concentra el rebaño de los diarios berlineses para un cínico avance publicitario. Organizan un metafísico regalo de Navidad para los deudos de los muertos americanos producidos por la guerra americana del Vietnam. Nosotros vamos a organizar un regalo humanista de Navidad para los trabajadores de las manufacturas de porcelana que tienen que fabricar las campanillas para los americanos en luto con los donativos de la población de Berlín occidental. *Neuss-Deutschland* va a completar el llamamiento de los diarios berlineses: pedimos donativos para los deudos de los soldados norteamericanos que cayeron en lucha contra la Alemania hitleriana.

En diciembre de 1965 se celebraron, fuera y dentro del SDS, discusiones acerca de cómo oponerse con alguna eficacia al renovado intento de los norteamericanos de intensificar sus agresiones en el Vietnam. Nos decidimos por una acción (nocturna) de carteles en Munich y en Berlín-oeste, que es donde existían condiciones políticas y de organización. La acción coordinada entre las dos ciudades se desarrolló la noche del 3 al 4 de febrero de 1966.

> Los pueblos de Asia, de África y de América latina luchan contra el hambre, la muerte y la deshumanización. Los antiguos esclavos quieren hacerse hom-

* El título es un juego de palabras que hace anticipadamente burla de la acusación dirigida a W. Neuss de estar al servicio de la RDA y el SED, cuyo órgano diario se llama *Neue Deutschland*.

bres. Cuba, el Congo, el Vietnam: la respuesta de los capitalistas es la guerra. Con la violencia de las armas se mantiene el antiguo dominio. La coyuntura se consolida mediante una economía de guerra. El este y el oeste se ponen siempre de acuerdo a costa de los países económicamente subdesarrollados. Ya no queda a los oprimidos más posibilidad que las armas. El futuro es para ellos revolución. Nos destinan a ayudar a los señores en el genocidio. Por eso invocan al fantasma del «peligro amarillo». ¿Hasta cuándo permitiremos que se asesine en nuestro nombre? ¡Yanquis, fuera del Vietnam! Frente Internacional de Liberación.

Fueron detenidos durante esta acción algunos miembros del SDS. Los enunciados teóricos de aquel llamamiento eran muy ambivalentes, por no decir falsos. Pero la importancia de la acción consiste en que mostró una dimensión completamente nueva de la acción política, dimensión que podía resultar muy importante para el SDS y para su trabajo. La nueva dimensión de acciones políticas que se reveló en aquella acción ilegal de los carteles desencadenó reacciones histéricas en el SDS. Había habido además, el 5 de febrero, una manifestación en el centro que terminó con un breve asedio de la Casa Americana (Berlín). En el curso de la acción se puso a media asta la bandera norteamericana. Ello constituyó el punto de partida de una gran campaña de calumnias realizada por la prensa, los partidos y el rectorado contra los estudiantes de izquierda, de un modo imponente y terrorista.

Nuestro rector no se consideró disminuido por enviar el 7 de febrero una carta de disculpa al comandante americano de la ciudad, Franklin. El rector Lieber expresaba en ella «su profundo sentimiento por el irresponsable comportamiento de algunos estudiantes». «Es incomprensible que esos estudiantes no puedan o no quieran entender que a la presencia, ante todo, de los Estados Unidos y de sus aliados en Berlín deben el poder estu-

diar aquí con libertad y el poder expresar siempre libremente su opinión.» Con esa actitud Lieber recoge en lo esencial las argumentaciones estereotipadas de los diversos periódicos de Springer, de los partidos y del senado. Las implicaciones de sus palabras son que en Vietnam se defiende Berlín occidental, como si no fueran precisamente los americanos los que, con su desmedida guerra vietnamita, han perdido toda justificación moral para poder hablar de defensa de la libertad en lugar alguno del mundo. El cínico reconocimiento de las posiciones norteamericanas por el rector y el alcalde tuvo por fuerza que dejar perplejos a los estudiantes que hasta entonces habían estado firmemente convencidos de la honradez y la sinceridad de los funcionarios universitarios y senatoriales. Se empezó a notar entre los estudiantes una creciente pérdida de autoridad de las instituciones oficiales y establecidas de nuestra sociedad. Ningún representante de los partidos, del parlamento ni del senado consideró necesario —u osó— acudir a la universidad para discutir con los estudiantes acerca del Vietnam o de otros problemas sociales. Los estudiantes no estaban tampoco dispuestos ya a aceptar irracionalmente como autoridades reales a autoridades sólo reconocidas administrativamente. A finales del semestre de invierno 1965-1966 las acciones en la calle, las prolongadas campañas de información y explicación dentro y fuera de la universidad acerca de la situación del tercer mundo en general y del Vietnam en particular habían contribuido ya a formar en miles de estudiantes una disposición psíquica antiautoritaria que se agudizó por los choques con la burocracia universitaria.

A ello se añadió que también en el seno de la población de Berlín-oeste existía una cierta comprensión abierta de la posición americana en el Vietnam. Excelente *test* a este respecto fue la manifestación de simpatía a la potencia de ocupación americana convocada por la CDU para el 8 de febrero. No más de unos 1.000 berlineses occidentales aparecieron ante la Casa Americana para

oír los discursos de Amrehn, Lemmer y Wohlrabe. «En esta ciudad no hay sitio para los enterradores de la libertad.» Lemmer pronunció esas palabras, añadiéndoles la exhortación al senado de que en adelante procediera más resueltamente contra «los intentos, inspirados por los comunistas, de los estudiantes radicales de izquierda». El autoritario espíritu de aquella reunión puede documentarse por el hecho de que los interpelantes fueron materialmente atacados por el público ante la mirada de la policía, arrastrados hasta la próxima estación del metro y apaleados allí, y luego obligados a comprar billete en dirección este. «La multitud esperó hasta que los alocados jóvenes pagaron sus billetes y desaparecieron por el andén. La policía detuvo provisionalmente, para protegerlos, a dos interpeladores.» [48] El acto mostró la situación espiritual desesperada de los que se solidarizan con los americanos en la cuestión del Vietnam. Tendría que ser de importancia sistemática para una estrategia social-revolucionaria el hecho de que el sistema del capitalismo tardío no puede contar con una base de masas activa y autónoma. Es verdad que el sistema tiene una base de masas, pero es una base pasiva, que soporta, incapaz de hacer frente por sí misma a provocaciones políticas y económicas. El fascismo actual no se manifiesta ya en un partido ni en una persona, sino que radica en la cotidiana educación de los hombres para ser personalidades autoritarias, o sea, en la educación. Dicho brevemente: se encuentra en el actual sistema institucional. Por eso este fascismo, a diferencia del de los años veinte y treinta, no puede producir la base activa de masas —por más que manipulada— con que contó su antecesor. El sistema del capitalismo tardío es más que nunca un dominio minoritario sostenido por la contradictoria unidad del aparato total compuesto por la burocracia socio-estatal y los representantes de los oligopolios. La cotidiana movilización de

48. *Bild-Zeitung* (9 febrero 1966).

toda la sociedad contra la idea de la liberación social respecto de un trabajo añadido y superfluo y de un dominio también innecesario tiene que reducir espiritual y biológicamente a los hombres al nivel de receptores de señales. En estas condiciones, mantener el concepto tradicional de masas, el de los años veinte, es ambivalente o, por mejor decir, estratégica y tácticamente falso. Los dominantes no pueden movilizar contra nosotros, de la noche a la mañana, cientos de miles de hombres. El contradictorio aparato global no puede siquiera permitirse hoy día movilizar las masas en su favor. Pues toda movilización de las masas contiene en las actuales circunstancias un momento de toma de consciencia respecto de los mecanismos existentes en la sociedad. Por eso los señores de arriba, los personajes dominantes, tienen que renunciar a la movilización de masas, que en última instancia podría orientarse contra el dominio ejercido por los burócratas y los monopolios.

Las discusiones acerca de la acción de los carteles empezaron en el SDS el 13 de febrero con un informe de Rudi Dutschke que, apelando a Frantz Fanon, intentaba precisar la relación entre el tercer mundo y los países muy industrializados:

> Pero «esta atmósfera de violencia y amenaza, la amenaza de los cohetes, no asusta ni turba a los colonizados. Los colonizados han llegado por vez primera a la consumación de sus tiempos. A veces sorprende que los colonizados, en vez de regalar un vestido a la mujer, se compren un transistor. Es que viven en una atmósfera de fin del mundo y creen que no tienen que perderse nada de lo que ocurra. El colonizado, el hombre subdesarrollado, es hoy un *zoon politikon* en el má amplio sentido de la palabra». ¿Caigo así en un escapismo que teoriza los movimientos del tercer mundo y no encuentra ya asidero alguno para la problemática de nuestra acción aquí? No. El materialista histórico *tiene* que ver la función constitutiva del tercer

mundo para la revolución mundial partiendo de la peculiar situación económico-social de esa totalidad de pobreza y deshumanización en el seno de la sociedad mundial. Aquí está operando la dialéctica de la «pobreza real», la cual tiene que completarse con una «dialéctica de la recta comprensión» en las metrópolis de los estados capitalistas desarrollados para imponer lo que Marx, en carta a Ruge, llamó la alianza de la humanidad que piensa y la humanidad que sufre. Las luchas de los vietcong en Vietnam o del MIR en el Perú son nuestras, y tienen que trasfuncionalizarse realmente entre nosotros en una comprensión consciente, a través de la discusión racional y de manifestaciones y acciones en principio ilegales. Es una tarea gigantesca, casi irresoluble.

En la discusión se trató también la cuestión de las nuevas condiciones de la práctica política en el capitalismo tardío. Por primera vez se intenta recoger para la práctica política de estos países la teoría de los focos de Che Guevara. La cuestión es: ¿cómo y en qué circunstancias puede intervenir el factor subjetivo como factor objetivo en el proceso histórico? La respuesta de Guevara para América latina era que los revolucionarios no tienen siempre que esperar la formación de las condiciones objetivas de la revolución, sino que a través del foco, de la vanguardia armada del pueblo, pueden crear las condiciones objetivas de la revolución mediante una actividad subjetiva. Este problema aparecía en última instancia también en el fondo de la acción de los carteles, y sigue estando hoy detrás de toda acción. ¿Hemos de partir en todas nuestras acciones de la impotencia permanente de nuestro trabajo político, o hemos llegado a un momento histórico en el cual la actividad creadora subjetiva de los individuos en cooperación decida de la realidad y de su mutabilidad? También esta discusión se quedó en el plano de la mera opinión, como las muchas que le siguieron, entre ellas las que acarrearon la escisión o disolución del

Club Argument y no tuvieron, como tantas veces ocurría, ninguna consecuencia práctica, organizativa, ni para los individuos ni para el SDS. Pero las discusiones eran momentos de aquel largo proceso de aprendizaje que era condición de la ampliación real del campo antiautoritario dentro y fuera de la universidad. Los dominantes empezaron por entonces a presentar como terror de una minoría política las pequeñas acciones semilegales e ilegales, como la de los carteles, el lanzamiento de tomates y huevos contra la Casa Americana. Aquellos que disponen de todos los medios de la violencia y del terror en esta sociedad, desde la policía, pasando por la gente de leyes y la burocracia, hasta las estaciones de la violencia del *trust* Springer, el cual domina diariamente, sistemática y funcionalmente las masas en la producción de inconsciencia y las violenta hasta que ellas rompan un día ese aparato...

> El elemento de irracionalidad contenido en el lanzamiento de huevos y tomates no es la irracionalidad de los fascistas, que aspira a la violencia como fin en sí, sino la materialización superrealista y provocadora de la irracionalidad de una sociedad que documenta la falta de importancia de la razón política y del lenguaje de la humanidad concediéndoles un rinconcillo de Hyde Park. Cuando además resulta que la caricatura de poder, expresiva de la real impotencia, manifiesta en la forma de lanzamiento de huevos y tomates, provoca al aparato del poder, que se finge tolerante, a poner a un lado las formas democráticas del estado de derecho para entrar sin afeites «en el fondo de la cuestión», aplicando la violencia a los hombres, entonces esa irracionalidad provocadora contribuye manifiestamente a la aclaración política mucho más que la mayoría de las discusiones de mesa redonda.[49]

49. *Von der Freien zur Kritischen Universität. Geschichte der Krise an der Freien Universität Berlin* [De la Universidad Libre a la Universidad Crítica. Historia de la crisis de la Universidad Libre de Berlín], editado por el AStA, ESG, FDP, HSU, SDS, SHB.

Las irresueltas antinomias entre el oportunismo y el putschismo, entre el exotismo y el provincialismo, constantemente encendidas en las discusiones del SDS, tenían que resolverse «analíticamente» en un gran círculo de trabajo acerca de la «sociedad formada».* Ese intento tenía que fracasar, porque nos portábamos como teóricos puros frente a la realidad, y ésta no se convertía en tarea práctico-crítica. En el fondo había una comprensión falsa de la teoría y la práctica, una comprensión según la cual la teoría elaborada posibilita la práctica.

A principios del semestre de verano de 1966 se implantó en las facultades de derecho y de medicina la matrícula temporalmente limitada, o sea, la exmatriculación forzosa. Esta decisión fue el punto de partida de la profunda pugna entre la burocracia universitaria y una gran parte de los estudiantes, no dispuestos ya a permitir que se decidiera acerca de ellos sin intervenir en la decisión misma. Precisamente en el semestre de verano de 1966 se articularon ya muy claramente en las asambleas plenarias del estudiantado las tres esferas distintas de la protesta universitaria, de la resistencia universitaria contra una sociedad represiva. El primer plano es la existencia de la guerra criminal de los Estados Unidos en Vietnam, que es lo que ha abierto los ojos por vez primera a muchos estudiantes cuya comprensión de la relación entre la ciencia y el humanismo hizo crisis precisamente por causa de esa guerra y se vio obligada a plantearse nuevas preguntas y buscar nuevas respuestas. Este plano de los intereses emancipatorios vitales por la paz, la justicia y la felicidad se complementó con la política restrictiva de la burocracia, muy claramente perceptible en la universidad y que aspiraba a producir más idiotas especializados en menos tiempo, y precisamente a costa del estudiantado. Esta experiencia sensible inmediata de los estudiantes, la

* «Sociedad formada» fue la fórmula arbitrada por el antiguo canciller Ludwig Erhard para difundir la tesis de que la actual sociedad capitalista ha conseguido un equilibrio orgánico definitivo.

experiencia de que la sociedad capitalista no es capaz de fundar condiciones en las cuales los hombres determinen ellos mismos su destino, se convirtió también en punto de partida de una comprensión del tercer plano, que es el del agotamiento de lo que se llamó milagro económico. Dicho más precisamente: el final del período de reconstrucción económica del capitalismo germano-occidental. Los intereses inmediatos de los productores inmediatos, que en este caso eran los estudiantes, se vieron directamente afectados por la exmatriculación forzosa. El nivel ya alcanzado de politización y de actitud antiautoritaria permitió entender aquella medida burocrática como fenómeno social general de una sociedad capitalista llegada al final de su período de prosperidad; permitió entender que una sociedad así y en un momento tal necesita un *output* mayor de especialistas de la universidad para introducir un nuevo grado de reproducción social total.

La conmoción subjetiva de una gran parte del estudiantado afectada por las polémicas sobre la exmatriculación forzosa durante el semestre de verano de 1966 resultó una nueva fuerza productiva en la recepción de los acontecimientos del tercer mundo, particularmente del Vietnam, y fundamento de la recepción radical de las teorías del tercer mundo. En esa época estábamos ya estudiando el libro de Frantz Fanon, nos reconocíamos en los artículos de Che Guevara sobre la guerra de guerrillas y el hombre y el socialismo en Cuba y estudiábamos los *Kursbücher* editados por Hans Magnus Enzensberger, particularmente el número 2, que tiene el artículo de Frantz Fanon sobre la violencia. También resultaron muy importantes los cuadernos de *Argument* editados por los camaradas de Marburg, acerca de una teoría de la emancipación económico-social del tercer mundo. El libro de Jürgen Horlemann y Peter Gäng sobre el Vietnam fue el cierre sistemático de esta incipiente reflexión acerca de los acontecimientos y las luchas del tercer mundo. Estas discusiones y reflexiones sobre las teorías del tercer mun-

do tuvieron expresión muy importante, pero acaso también ambigua, en las *Informationen,* n.º 1, editadas por el SDS de Berlín-oeste:

> El espíritu sinceramente democrático recobrará su peso cuando se dirija de una vez a quien tiene que dirigirse, cuando comprenda que ya no se puede discutir con el verdugo que ocupa la Casa Blanca. Evacuación de las tropas americanas, elecciones libres en el Vietnam, ésas son propuestas al vietcong para que consiga una paz justa, exigencias que no se detienen, impotentes, en la solidaridad con los oprimidos, que fue hasta hoy el llanto de un tímido movimiento alemán de protesta, sino que se hacen eficaces en la solidaridad con los vencedores, en cada avión americano derribado, en cada orden de movilización que se quema en los Estados Unidos. Hay que hacer finalmente lo que no se ha hecho hasta hoy: reconocernos en aquellos condenados que se defienden con éxito, en vez de entonar por ellos el canto de la desgracia. Motor de las hojas que siguen es nuestro interés bien entendido, el cual entiende que cada victoria de los vietcong es una victoria para nuestra democracia.

Aunque era acertado pronunciarse contra tímidos movimientos de protesta y declarar que una discusión permanente con el «verdugo» de la Casa Blanca no podía ser ya el sentido de nuestra protesta por el Vietnam, aquella hoja no veía aún las nuevas mediaciones que nos posibilitaban el hacer efectiva nuestra solidaridad con el Frente Nacional de Liberación de Vietnam del Sur. Volvió a haber profundos choques dentro del SDS de la RFA y de Berlín-oeste. El que en nuestra exposición hayamos hecho en general abstracción de las discusiones habidas en la RFA se debe exclusivamente a la necesidad de dar a conocer en su especificidad los acontecimientos de Berlín occidental, los cuales empezaron realmente en condiciones específicas. Pero no hay que pasar por alto que precisamente por lo que hace a la cuestión del Vietnam

y las discusiones acerca de las teorías del tercer mundo los camaradas de Marburg y Frankfurt intervinieron decisivamente en la formulación de una comprensión radical de los procesos del tercer mundo y su significación para las metrópolis.

La contradicción entre un humanismo moral abstracto por un lado y, por otro, la satisfacción por las cifras de bajas americanas en el Vietnam suscitó una primera discusión de fondo acerca del problema de la violencia en la lucha revolucionaria. Quedó claro que sólo una parte reducida del estudiantado estaba dispuesta a llevar a cabo una discusión así. Lo mismo se apreció en la ulterior cuestación para comprar armas al Frente Nacional de Liberación del Vietnam del Sur. Poquísimos estudiantes cotizaron para ese fin, mientras que eran muchos los dispuestos a dar dinero para ayuda médica al mismo frente de liberación. Tampoco los posteriores acontecimientos del año 1966 consiguieron superar esa real limitación de la consciencia de los estudiantes. El rechazo de la violencia por la mayoría de los estudiantes contenía la acertada comprensión de que en las metrópolis no se puede producir un terror revolucionario mediante las armas. Y como las asociaciones estudiantiles de izquierda, incluido el SDS, habían renunciado también a insistir en sus actos de explicación sistemática en la problemática de la violencia y a discutirla concretamente con los ejemplos del Vietnam y otros, tampoco podía existir entre los estudiantes otra actitud.

Faltaba además en aquel momento una experiencia sensible de la represión en las metrópolis. De todos modos, cada vez estaba más claro que el campo antiautoritario estudiantil no estaba ya dispuesto a colaborar con una «tolerancia represiva» (Marcuse), sino que lo estaba ya a liquidar actos de camuflaje, como el celebrado en Berlín con la presencia del embajador de Vietnam del Sur. Liquidar quería decir intervenir en esos actos, clarificar, desenmascarar al embajador y a los lacayos alemanes que

le ayudaban, y mostrar que luego de largos meses de intenso trabajo acerca de la situación en el Vietnam no estábamos ya dispuestos a soportar las mentiras y las deformaciones de un títere de Saigón. Ya entonces había aparecido el librito *Kritik der reinen Toleranz* [Crítica de la tolerancia pura] que contiene el artículo de Herbert Marcuse sobre la tolerancia represiva. Ese artículo dio forma conceptual a nuestra desazón por la discusión permanente sin consecuencias prácticas. Comprendimos que la burguesía, la clase dominante en todos los países del «mundo libre», puede permitirse que minorías críticas discutan de problemas de su sociedad y de otras sociedades, que la burguesía está dispuesta a permitir toda discusión, toda discusión que no se salga nunca de la teoría. El artículo de Marcuse resultó así para muchos estudiantes una importante fuerza productiva para la elaboración de los problemas del capitalismo tardío teniendo en cuenta el ejemplo del tercer mundo, de Vietnam en este caso. Como se ve, todo este desarrollo presenta una dialéctica de conocimientos acerca del tercer mundo, conocimientos acerca de los países muy desarrollados del mundo capitalista y práctica propia en las metrópolis, la cual posibilitó los procesos de aprendizaje, la radicalización de la consciencia y la radicalización de las acciones. A finales de 1966 quedó también claro que lo que importaba a los americanos en el Vietnam no era combatir una agresión comunista por el oeste, sino hacer del Vietnam un instructivo caso ejemplar de combate contra los movimientos social-revolucionarios de todo el tercer mundo. Los estudiantes antiautoritarios entendieron las frases de McNamara:

> El Vietnam no nos interesa como objetivo estratégico, ni siquiera como base política: nos interesa como ejemplo [...] Este conflicto es típico. ¿Cómo puede superarlo victoriosamente una gran potencia como la nuestra? ¿Cómo un país que dispone de un

> potencial militar enorme y de un potencial político menor puede triunfar en cualquier lugar del mundo sobre un contrincante que es militarmente inferior, pero políticamente fuerte? Esta es la cuestión que se nos plantea. No es para nosotros una cuestión de vida o muerte, por lo menos no aquí ni ahora. Pero aquí y ahora tenemos que aprender métodos con los que podamos resolver ese mismo problema en cualquier lugar de Asia, África o, sobre todo, América latina, cuando un día se trate realmente de una cuestión de vida o muerte.

La élite americana del poder, particularmente McNamara, reconocía cada vez más claramente que el problema del tercer mundo no es idéntico con el concepto tradicional y actual del comunismo. Con ello contribuyeron a la progresiva destrucción de su propia base, el anticomunismo.

La citada respuesta de McNamara, cínica, pero casi «histórico-materialista» en su veracidad, indica que en las fases decisivas de la pugna entre la revolución y la contrarrevolución también la burguesía asimila en medida insólita elementos histórico-materialistas de conocimiento. La burguesía no está condenada, como no lo estamos nosotros, a permitir que la historia discurra sobre ella como ciego acaecer, sino que puede, como nosotros, intervenir activa y autónomamente en el proceso de la historia para perpetuar la sumisión de las masas, la explotación y la miseria. Desde la organización internacional de la CIA hasta los diversos centros del Pentágono se muestra una tendencia clara: la de aniquilar las fuerzas revolucionarias del mundo entero mediante todas las posibilidades organizativas y técnicas de la técnica más desarrollada, a través de una lucha técnico-económica y militar. Esos hechos se reflejan ya en la resolución «Vietnam—Analyse eines Exempels» [Vietnam: Análisis de un caso ejemplar] aprobada en mayo de 1966 por el congreso estudiantil:

> Todos los participantes entienden el conflicto del Vietnam como un modelo de revolución colonial y contrarrevolución: en ese conflicto se obtiene y transmite conscientemente el instrumental técnico y táctico que posibilite el combatir con éxito las revoluciones sociales no sólo «aquí y ahora», sino «siempre y en cualquier parte». La evacuación del Vietnam por las tropas americanas y la toma democrática del poder por el Frente Nacional de Liberación sería para otros movimientos de emancipación una nueva prueba de la posibilidad de liberarse y un poderoso estímulo en su lucha. Las oligarquías del poder estadounidense han entendido con claridad ese valor de ejemplo que tiene el conflicto del Vietnam. Esa significación es el motivo principal de la tenacidad con que se aferran los EE.UU. a su posición.

Pero también «la mula vieja», la revolución, pudo continuar su proceso de aprendizaje. Los campesinos vietnamitas tuvieron que aprender a resistirse a una maquinaria imponente, utilizada por la mayor potencia capitalista industrial. El proceso de aprendizaje de la revolución vietnamita, el proceso que lleva, por ejemplo, del dominio de una defensa primitiva, con trampas, etc., contra el dispositivo enemigo hasta la moderna batería de cohetes, fue muy largo y doloroso. Pero esa capacidad de adaptarse flexiblemente y con éxito a condiciones nuevas era precisamente lo que nos cautivaba, particularmente a nosotros, parte considerable del estudiantado. La victoriosa lucha del Frente de Liberación Nacional era muy importante para nosotros incluso en el sentido de que nos dio atrevimiento para adoptar por fin una actitud activa de resistencia frente al sistema de dominio de nuestro mundo y para proceder contra la policía como representante más visible de esas relaciones de dominio. Cuando el 10 de diciembre de 1966 volvimos a arriesgar una manifestación contra la agresión norteamericana al Vietnam habíamos realizado ya intensas discusiones acerca

del quebrantamiento de las reglas del juego de la democracia formal en la calle. No debíamos ni queríamos volver a aceptar manifestaciones legalizadas y ya desde el primer momento neutralizadas, por zonas deshabitadas. Mediante la «discusión en grupos reducidos» y la «propaganda desenfrenada» esperábamos influir en los manifestantes con nuestras consignas. Conseguimos un comienzo de marcha en masa, el cual, empero, fracasó pronto porque los manifestantes no eran aún capaces de aplicar concretamente la táctica de la centralización, la descentralización y la dispersión por las calles al chocar con la policía. Algunos de los nuestros reprocharon por entonces a muchos camaradas nuestros el llevar a cabo manifestaciones sin que resultaran visibles los contenidos políticos. Pero el hecho es que en esas confrontaciones activas con la policía y, por lo tanto, con el senado y su política en Berlín-oeste, consumamos el proceso elemental de aprendizaje imprescindible para llegar a ser capaces de lucha política, de lucha de clases. Sin ese proceso de autoeducación y autoaclaración en la práctica, en la pugna militante activa con el sistema, es imposible una politización de los individuos. Nuestra estructura caracterológica, el carácter burgués del individuo en el capitalismo tardío en general, se caracteriza por el hecho de que ese individuo acuñado por la sociedad que lo ha producido interviene muy activa y conscientemente en la vida de esa sociedad. Con todo eso el carácter burgués creó una riqueza gigantesca para la satisfacción de las necesidades de los hombres, una riqueza imprevista que fundamentó la posibilidad histórica única de tener una vida más allá de las necesidades materiales elementales, una vida que pueda estar regida por el principio «Todos los hombres han de comer y han de trabajar poco» (Horkheimer). La contradicción del carácter burgués consiste precisamente en que esas fuerzas productivas por él creadas, esas riquezas acumuladas para la satisfacción de las necesidades humanas, se han independizado frente al hombre y se han extrañado

de él. Esa separación entre los productores y los productos acarrea el fenómeno antes descrito de la extrañación social, y también el sentimiento de impotencia de los individuos frente al sistema existente, sentimiento que es una parte de la cosificación y la alienación dominantes del individuo. Este «sentimiento de impotencia» (Fromm) es en lo esencial inconsciente en el carácter burgués del individuo. El cotidiano proceso de producción, la cotidiana funcionalización del individuo por la sociedad profundizan esa actitud del individuo, la neurotizan hasta hacer de ella convicción profunda de la propia impotencia, de la propia total debilidad. Y esta neurosis fundamenta la incapacidad de orientarse en el mundo, reconocerse en él, la incapacidad de descubrir en el mundo un lugar adecuado para uno mismo. El desamparo así producido, ya en una ciudad ajena, ya en una nueva clase, entrega el individuo a los poderes dominantes, lo hace fungible en cualquier momento, disponible y aprovechable para las necesidades de dominio del capital. Creemos que gracias a los choques activos y militantes en la calle hemos modificado mediante la lucha esta estructura caracterológica burguesa nuestra y de todos los hombres que viven en la sociedad del capitalismo. Al conseguir desenmascarar la irracionalidad latente y la manifiesta del sistema, el terror contenido en las instituciones y la brutalidad de la policía, intentamos mostrar, como lo hace el vietcong, la vulnerabilidad del sistema. Pruebas afortunadas, como la capacidad que mostramos el 17 de diciembre de 1966 de convertir el Kurfürstendamm en «agua» movida para los antiautoritarios, contribuyeron tendencialmente a destruir en nosotros la estructura autoritaria del carácter burgués y a producir momentos de fortaleza individual, de convicción de poder derribar un día el sistema. El 17 de diciembre la policía detuvo provisionalmente a unos 80 «transeúntes»; sólo dos de ellos eran del SDS. Estas acciones son políticas porque nos transforman íntimamente. Mientras que la política practicada

sin modificación interior de los que participan en ella es manipulación por élites. Cuando la guerra del Vietnam, o, más precisamente, la agresión del imperialismo occidental, nos abrió los ojos, la impotencia, nuestra total impotencia, no podía ser más que nuestra primera respuesta. La élite americana del poder no se preocupaba en absoluto, como probablemente sigue sin preocuparse hoy, por la llamada opinión pública mundial, sino que continuaba intensa y «racionalmente» su obra destructora en el Vietnam. Frente a aquella escalada no podíamos presentar más que nuestra impotencia. En la recepción de la guerra y de sus causas pudimos dar el primer paso, un primer descubrimiento de la problemática. Aprendimos a entender las palabras de Marx:

> En nuestros días toda cosa parece ir grávida de su contrario. Vemos que la maquinaria, dotada de la maravillosa fuerza de disminuir y fecundar el trabajo humano, lo mutila y lo devora hasta el agotamiento. Un extraño conjuro transforma las nuevas fuentes de riqueza en fuentes de miseria. Las victorias de la ciencia parecen pagarse con la pérdida de carácter. A medida que domina la naturaleza, el hombre parece sometido por otros hombres o por su propia vileza. Hasta la pura luz de la ciencia parece no poder brillar sino sobre el oscuro trasfondo de la ignorancia. Todos nuestros inventos y todo nuestro progreso parecen desembocar en la dotación de las fuerzas materiales con vida espiritual y la conversión de la vida en estúpida fuerza material.

Pero incluso este saber seguía siendo impotente, no podía ofrecer pasos prácticos para la eliminación de la posición de impotencia. La tensión entre la protesta moral abstracta y la imposibilidad de terminar mediante esa protesta la guerra de los norteamericanos contra el pueblo vietnamita era un inevitable peso duro de soportar. Nuestra impotencia, nuestra incapacidad, nuestra ineficacia

para ayudar al Frente Nacional de Liberación en su lucha produjo la colera. Esta cólera contra el imperialismo y por la traición a nuestros ideales, que fueron en otro tiempo también ideales burgueses, no era todavía una elaboración consciente de sus fines, aniquiladora del enemigo... Pero la cólera contenía la posibilidad de descubrir este camino, de trabajar en la práctica para abrirlo y de obtener en cada caso consecuencias específicas de las luchas prácticas y de la subsiguiente reflexión teorética. Todos los choques con la policía en las manifestaciones, las subsiguientes frustraciones (resultado más frecuente) y las agresiones cada vez más violentas y generalizadas, han de entenderse como proceso permanente de aprendizaje, como constante intento de transformación de la propia estructura caracterológica. Nosotros, hombres crecidos en una sociedad autoritaria, no tenemos la posibilidad de abrir nuestra autoritaria estructura caracterológica más que si aprendemos a movernos en esta sociedad como hombres a los que ella pertenece, aunque les es negada por la existente estructura del poder y el dominio en el sistema. Los hombres han hecho siempre la historia, pero hasta ahora nunca conscientemente. Esto muestra la necesidad de aspirar a la formación de hombres nuevos. Este proceso de educación no es posible ni tiene sentido más que en la pugna con la estructura actual. Los ejemplos de las revoluciones china y cubana muestran cuántas cosas dependen de esa capacidad de los hombres de tomar conscientemente en las manos su propia historia. Esas revoluciones se caracterizan por el hecho de que ambas, aunque con duraciones muy diferentes, han tenido que superar en la práctica un proceso de aprendizaje muy complicado, sembrado de derrotas, subidas y bajadas. Sólo la constante resolución y aplicación productiva de las contradicciones dadas posibilita el proceso de aprendizaje de los hombres, el proceso educativo de los hombres y, con él, la permanencia de la revolución. Sin la formación del hombre nuevo es imposi-

ble la revolución permanente. Así también nosotros tenemos que convertirnos en «hombres nuevos» en la pugna con nuestro sistema de dominio, hemos de reconocernos como hombres en nuestra lucha política y hemos de trabajar por que pase a las masas la idea de la liberación social.

Sobre la base de las muchas acciones y manifestaciones en favor del Frente Nacional de Liberación y contra el imperialismo de los Estados Unidos, que nos enfrentaban siempre con el senado de Berlín occidental y con su tropa policíaca, pudimos ir ganando cada vez más estudiantes para el campo antiautoritario. Cada vez era, además, más fácil mostrarles lo completamente que la élite americana del poder renunciaba a un marco general ideológico de legitimación. Las siguientes palabras pronunciadas por McNamara en 1966 pueden bastar para representar muchas otras formulaciones análogas:

> Sólo en los últimos ocho años ha habido no menos de 164 explosiones de violencia con importancia internacional [...] Lo extraordinario es que sólo 15 de esas 164 explosiones serias han sido conflictos entre estados. Y en ninguno de esos 164 conflictos se ha declarado formalmente la guerra [...]
>
> A principios del año 1958 había en curso 23 sublevaciones en todo el mundo. El 1.° de febrero de 1966 eran 40. Además, el número total de sublevaciones ha ido aumentando de año en año. En 1958 fueron 34; en 1965 fueron 58.
>
> Pero lo más importante de todo esto es que siempre ha habido una relación directa y constante entre los acontecimientos violentos y la situación económica de las naciones afectadas.
>
> El Banco Mundial clasifica las naciones sobre la base de la renta *per capita,* en cuatro categorías: ricas, de renta media, pobres y muy pobres. Son ricas las naciones con una renta *per capita* anual de 750 dólares o más. La renta anual *per capita* norteamericana es actualmente algo superior a los 2.700 dólares [...] Las

naciones ricas son 27. Poseen el 75 por ciento de la riqueza mundial, pero componen sólo el 25 por ciento, aproximadamente, de la población del globo [...] De las 38 naciones muy pobres —las que tienen una renta *per capita* anual inferior a los 100 dólares— no menos de 32 tuvieron conflictos graves [...] Desde 1958 ha habido explosiones violentas serias en el 87 por ciento de las naciones muy pobres, en el 69 por ciento de las naciones pobres y en el 48 por ciento de las naciones de renta media.

Por lo tanto, no se puede siquiera poner en duda que existe una relación férrea entre la violencia y el atraso económico.

La distancia entre las naciones ricas y las pobres va aumentando además constantemente.

Hacia 1970 [...] esta mitad hambrienta de la especie humana no dispondrá más que de la sexta parte de los bienes y servicios producidos en todo el mundo.

La consecuencia que se desprende de todo eso es inequívoca y de imposible ocultación: la actual vinculación del estancamiento económico con la aparición de la violencia es un dato, y los próximos años están preñados de violencia para las naciones situadas en la mitad sur de la Tierra. Esta afirmación valdría aunque no existiera amenaza alguna de subversión comunista, la cual existe evidentemente. Pero sería una simplificación muy grande considerar el comunismo como factor central de todo conflicto producido en el mundo subdesarrollado. Los comunistas intervinieron sólo en una parte de las 149 sublevaciones serias de los últimos ocho años; esa parte se tiene que estimar entre el 38 y el 58 por ciento de todos los movimientos, pero contando entre ellos los siete casos en los cuales los comunistas mismos eran el objetivo del alzamiento.

Pero intervengan o no los comunistas en todos los casos, la violencia se registra y comunica inmediatamente, se presente donde se presente, a través del complejo sistema ganglionar de las relaciones internacionales de este mundo en tensión; y la seguridad de los Estados Unidos depende de la seguridad y la estabilidad de naciones que se encuentran en la otra parte del mundo.

> Mas ni la consciencia ni el *common sense* indican que los Estados Unidos deban ni puedan ser los policías del mundo.[50]

Ante ese texto se comprende de nuevo, clara e inequívocamente, de qué se trata en realidad: se trata del mantenimiento de las esferas de influencia norteamericanas en determinadas partes del mundo; se trata de la posición de primera potencia mundial que tienen los Estados Unidos en ese terreno. El imperialismo en cuanto sistema total se encuentra totalmente en retirada. Organiza combates de retirada que son, ciertamente, universales y que renuncian a toda base de legitimación, incluso a la del anticomunismo. Su única legitimación —la cual efectivamente tiene carácter real— es la nuda y brutal fuerza que el imperialismo norteamericano tiene que aplicar diariamente en todas las esquinas del mundo para aplastar los movimientos de revolución social o mantenerlos limitados.

Cuando llegó a Berlín el vicepresidente Humphrey el 6 de abril de 1967, los estudiantes antiautoritarios y la parte de las masas asalariadas que ya se solidarizaba con los estudiantes en las manifestaciones por el Vietnam recibieron inevitablemente la noticia como una abierta provocación. Es verdad que éramos y seguimos siendo «una minoría». Pero ¿qué partido de Berlín occidental es capaz de poner en marcha miles de personas por una causa de emancipación política? Ya antes de la manifestación contra Humphrey se habían producido detenciones preventivas de varios miembros del SDS, capturados «in fraganti» por la policía criminal mientras preparaban «bombas» de flan y de humo contra Humphrey. Las bombas de napalm no son de humo, y la utilización de pudding como arma no se puede identificar con los cientos de toneladas de explosivos que caen diariamente sobre el Viet-

50. Robert McNamara, en *US News & World Report* (30 mayo 1966), pp. 91-93.

nam. Pero todo medio es bueno para denunciar a los estudiantes críticos ante la población y ante todo posible grupo de simpatizantes. Se recurre a la mentira total en la que ya no queda contenido ni un momento sólo de la verdad. De este modo los periódicos —periódicos, otra vez, sobre todo del *trust* Springer— contribuyeron a crear en abril el estado de ánimo y la atmósfera de *pogrom* que aprovechó el 2 de junio la policía en su acción contra los estudiantes. Los seres humanos pueden odiar a un Ky, a un Branco, a un Duvalier, al shah y a muchos otros, tienen que organizar una dura lucha militar implacable del pueblo contra los dictadores o los títeres, realizar atentados, aplicar terror revolucionario contra los opresores y sus auxiliares. Pero esta caracterización de la situación no se puede aplicar a las metrópolis. Entre nosotros, en las metrópolis, incluida Norteamérica, la situación es distinta ya en cuestiones de principio: los señores que nos dominan son básicamente fungibles, se pueden sustituir en cualquier momento por otras máscaras burocráticas. No podemos ni siquiera odiarlos, pues son también cautivos y víctimas de la maquinaria represiva del proceso de explotación capitalista. Por eso no habría tenido ningún sentido el proceder contra Humphrey mediante un atentado; eso habría sido en realidad un acto contrarrevolucionario. No hay que pasar por alto que el 6 de abril la policía movilizó por vez primera grandes grupos de escuadras de asalto contra los manifestantes. Esas escuadras tenían la misión de detener a los estudiantes y trabajadores más activos, con objeto de paralizar la actividad de las masas. La cuestión de la violencia y del atentado se presentó otra vez el 2 de junio, con ocasión de la visita del shah de Persia. Nuestros camaradas y amigos persas, organizados en la Confederación Irania, realizaron durante los días anteriores a la visita del shah una excelente y eficaz campaña de explicación por toda la República Federal y Berlín-oeste acerca de la situación de la dictadura en Persia. Bahman Nirumand, que tuvo un papel destacado en

esa campaña de explicación, había llamado ya la atención sobre las decisivas debilidades estructurales del sistema en su libro *Persien—Modell eines Entwicklungslandes* [Persia: Modelo de un país subdesarrollado], y había insistido en la necesidad de una transformación revolucionaria de su país. La «protección» del shah, tremenda maquinaria que se puso en marcha al empezar la visita, fue el punto de partida de una verdadera caza de minorías de izquierda en la República Federal. El corriente espectáculo de los apretones de manos y brillo de cuento oriental se convirtió en unas maniobras sistemáticas y extremadas de represión interior por parte de la policía de la República Federal y de Berlín-oeste. Aquellos días tomó plena vida entre nosotros la problemática del tercer mundo. No se podía pensar en un atentado contra el shah en colaboración con las organizaciones clandestinas persas. Es verdad que la muerte del tirano, el tiranicidio, es desde hace siglos la clásica forma de resistencia del pueblo al dominio inhumano de una camarilla. Pero en la era de la represión organizada y de la coordinación imperialista un atentado no tiene pleno y acertado sentido más que si se puede convertir en punto de partida de la revolución social, de la lucha militar directa contra el régimen. Y como en junio de 1967 las organizaciones de lucha de los campesinos persas no eran lo suficientemente fuertes como para convertir un atentado logrado en comienzo de la directa transformación revolucionaria de la sociedad, todo atentado habría sido simplemente, en última instancia, una empresa contrarrevolucionaria. Por todo eso respondimos a esta nueva y más violenta provocación que preparaban contra la izquierda los dominantes mediante una cadena de manifestaciones. De nuevo, empero, se mostró en ellas que el campo antiautoritario, esencial y primariamente compuesto entonces por estudiantes, era poco o nada capaz de organizarse, de descubrir formas de resistencia que pudieran oponerse eficazmente a la represión organizada. Así, aunque sin duda se pro-

dujo, tras la muerte a tiros del estudiante Benno Ohnesorg por el policía Kurras el 2 de junio de 1967, una situación en agudización constante, los estudiantes no fueron capaces de desplegar expansivamente hacia afuera esa radicalización. La muerte de Benno Ohnesorg, la brutal intervención de la policía, las cínicas declaraciones del senado berlinés y muchas cosas más produjeron sin duda entre nosotros repugnancia y pasión, pero no se llegó a una resistencia organizada. Más o menos claramente nos resignábamos ya el 3 de junio a reconocer como un dato inconmovible la abrumadora fuerza de la policía, y ni siquiera nos atrevíamos a ampliar nuestra propia base social, la universidad que en aquellos momentos era unánime, para convertirla en una base de lucha subversiva. Dejamos la iniciativa en manos del enemigo y despreciamos así la primera regla elemental que habíamos aprendido del tercer mundo por mediación de Mao Tse-tung, Guevara y Fanon. En el abandono de la iniciativa se manifestaba una actitud básica resignada y pasiva que no se consiguió romper tampoco durante las semanas y los meses siguientes. Se llegó incluso a una racionalización de nuestra impotencia, nosotros mismos nos pusimos la estrella de judío, racionalizamos nuestra incapacidad de dirigirnos a las masas y actuar expansivamente hacia afuera mediante la explicación y la acción, tomando como base la universidad. Pero no hay que dudar que el día 2 de junio de 1967 pasará de todos modos a la historia de las universidades alemanas y de la sociedad alemana de la segunda posguerra mundial. Por primera vez desde el final de la guerra se movilizaron contra la estructura básica autoritaria de esta sociedad amplias capas del estudiantado. Estos estudiantes experimentaron de una manera perceptiblemente manifiesta y en su propio cuerpo aquella autoridad irracional que se les aplicó materialmente en las manifestaciones. Durante las semanas y los meses posteriores al 2 de junio se produjo una amplia movilización de estudiantes, jóvenes trabajadores, em-

pleados y alumnos de enseñanza media precisamente sobre la base de las experiencias del 2 de junio y de las demás apariciones del shah en la Alemania occidental. Se produjo incluso una mutación de la «opinión pública». Se tuvo que reconocer que las protestas de los estudiantes tenían «a pesar de todo» un núcleo justificado, y que la agitación producida por la protesta era una agitación legítima. En muchas universidades se constituyeron espontáneamente nuevas organizaciones del SDS y, en general, aumentaron en las universidades las organizaciones de izquierda. En esta época en que se experimentaba la violencia ejercida por los dominantes de uno mismo, el Vietnam y el tercer mundo pasaron un poco a segundo término en la consciencia de los estudiantes. No parecía que todo el mundo hubiera entendido que la fabricación del tercer mundo en las metrópolis —como en la visita del shah a Berlín-oeste— no es ninguna casualidad, sino algo que está ocurriendo cada día, aunque no lo percibamos, o no lo queramos percibir, más que de vez en cuando. Hasta el 21 de octubre de 1967 no se volvió a producir una manifestación grande contra la agresión de los Estados Unidos al Vietnam. Aquel día se manifestaron más de 10.000 berlineses occidentales por la paz en Vietnam, por la victoria del Frente Nacional de Liberación del Vietnam del Sur. Pero quedó cada vez más claro que el sentido primario de aquella manifestación era la pugna político-estratégica con el nuevo senado de Berlín. Se trataba de mostrar desde el primer momento al nuevo senado que se le combatiría con energía máxima. Mas también quedó claro en aquella ocasión lo difícil que le resulta a una «intelectualidad de izquierda» liberarse del espíritu del individualismo y dar de sí trabajo social-revolucionario de organización. La actual estructura de dominio infunde en la intelectualidad estudiantil, compuesta de parásitos temporales pagados por el sistema, una apariencia de independencia, de protección y defensa en la selección de una élite. Nuestra «libertad» estudiantil,

el profundo y falso individualismo de los estudiantes —incluidos los estudiantes críticos— ha tenido siempre hasta ahora sus límites en el hecho de que la represión, en cambio, es orgánica y está organizada. La mera penetración intelectual en los mecanismos sociales del dominio —en el Vietnam o entre nosotros— no disuelve la estructura individualista de nuestro pensamiento mismo. Sólo una reorientación práctico-organizativa de la comprensión social, sólo su reorientación colectiva organizada en la acción podría inaugurar en este punto la tendencia a un lento y largo proceso de transformación de los intelectuales. Ya no es posible, ya no podemos permitirnos ningún abandono más del aspecto organizativo de las manifestaciones, de importancia tan decisiva. En esta época de radicalización de la escalada de la élite americana del poder en el Vietnam es más necesario que nunca movilizar todas las reservas estratégicas internacionales con que cuenta ya de hecho la revolución vietnamita, con objeto de debilitar las fuerzas del imperialismo norteamericano. No es posible debilitar el sistema de las metrópolis sin una fuerza organizada de resistencia.

El 2 de junio no fuimos sino mero objeto del ejército que Berlín occidental tiene preparado para la guerra civil. La enseñanza del 2 de junio no puede consistir más que en movilizar para el futuro las fuerzas más capaces del campo antiautoritario para que consigan dirigir y organizar en todos sus aspectos las luchas en la calle, etc. La dirección de la manifestación tiene que estar en las manos de comités de lucha unidos por la experiencia común y la amistad personal, no en las de un servicio de orden o funcionarios de los grupos políticos. Sólo la organización y el ejercicio de la dirección permite el despliegue de la iniciativa, la intervención práctica de todos los manifestantes. Una dirección manipuladora significa explotación y utilización objetual de los manifestantes, frustración y resignación para éstos. La dirección emancipadora significa en cambio actualización y realización de la actividad

potencial práctico-crítica de las personas que intervienen, significa toma de consciencia práctica mediada por la explicación.

La crítica y la autocrítica sobre la base de las experiencias de la «Manifestación contra la guerra» del 21 de octubre de 1967

Nuestra manifestación del 21 de octubre no se puede entender formalmente como «participación en la jornada internacional de protesta contra la guerra contrarrevolucionaria de los EE.UU. en el Vietnam». Esa descripción, errónea por inespecífica, produce un pseudoproblema con contenido real: hay que «aguantar» el abismo entre la manifestación en Berlín occidental y la guerra en el Vietnam. Dados esos presupuestos, tanto la «confrontación astutamente provocada» con la policía cuanto cualesquiera otros trucos supuestamente revolucionarios tienen que ser destruidos críticamente, pues son sólo conducta irracional.

El verdadero contexto de aquella manifestación no se revela más que mediante una descripción concreta y específica de la situación de las pugnas sociales entre el senado, la policía y los partidos, por un lado, y la oposición extraparlamentaria por otro. Nuestras manifestaciones por el Vietnam son ya desde hace mucho tiempo momentos, primariamente, de la lucha social contra la oligarquía dominante, y no se pueden ya catalogar bajo la rúbrica del complejo protestatario pluralista, en realidad ya adaptado.

La elección de Schütz para la alcaldía, poco antes de la manifestación, fue el centro político estructurador de las discusiones sobre la táctica en el SDS, portador más consciente de la oposición extraparlamentaria.

El día 21 de octubre se trataba de *obligar a la «democracia» representativa de Berlín occidental a mostrar su carácter opresivo, a desenmascararse como «dictadura de*

la violencia». Había que conseguirlo por medio de una confrontación sistemática, controlada y limitada con el poder del estado y con el imperialismo en Berlín occidental. Así se habría podido originar una fuerza productiva movilizadora para la campaña anti-Springer. No se alcanzó *esa finalidad,* y aquí tiene también que aplicarse la autocrítica severa de los organizados, de los grupos de iniciativa, etc.

Sólo en el marco de esa perspectiva táctica tienen sentido coherente los grupos de iniciativa, los de autodefensa, los de escaramuzas, las luchas limitadas con la policía por la «calzada de la izquierda».

Una profunda autocrítica de las fuerzas motoras del campo antiautoritario-socialista tiene que examinar cuáles han sido las erróneas estimaciones de la organización y de las personas que han motivado nuestra «derrota» táctica, nuestra incapacidad de desenmascarar el sistema como «dictadura de la violencia».

1. *La falsa estimación de la capacidad de adaptación de la represión policíaca:*

El nuevo alcalde Schütz, personificación de la táctica del *manager,* vio con todo acierto que unas transitorias dificultades con la CDU a causa de la «línea blanda» que estaba siguiendo ahora su policía tenía por fuerza que robustecer su posición en su partido,* mientras que una repetición de los acontecimientos violentos del 2 de junio necesariamente significaría el comienzo del fin para el nuevo senado y la ruptura de la frágil unidad restablecida en su partido.

Nos dejamos engañar por el *bluff* que era el «duro lenguaje» de Neubauer en las «conversaciones de contacto». La amenaza de inmediatas medidas policíacas en caso de inobservancia de los reglamentos nos produjo «la inequívoca sensación» de que el «cambio de calzada» me-

* SPD.

diado *durante* la acción por la agitación y la propaganda y con los grupos de iniciativa más el núcleo consciente de los simpatizantes bastaría para provocar choques de poca duración, controlados por nosotros, y aprender en ellos los métodos oportunos para dominar temporalmente a la policía, la cual no deja de utilizar en Berlín-oeste métodos de ejército en guerra civil. Éste era el sentido eminentemente político de la rotura de las reglas de juego del sistema.

2. *La total insuficiencia de la explicación e ilustración de las masas acerca del sentido de una manifestación por el Vietnam como instrumento de lucha en las pugnas sociales nuestras:*

Los actos por el Vietnam realizados durante la semana anterior a la manifestación fueron actos casi puramente informativos. Unos especialistas informaban, y unos oyentes consumían. Esa combinación tenía por fuerza que repetirse desde el punto de vista político-organizativo en la forma de una manifestación legal y adaptada, cosa que efectivamente ocurrió el día 21 con más de la mitad de los 10.000 manifestantes.

3. *La absoluta falta de discusión pública acerca del aspecto organizativo de las manifestaciones de lucha:*

La noche antes de la manifestación discutimos en el Auditorio Máximo con unos socialdemócratas cuya tarea *objetiva* era romper el frente único de los estudiantes práctico-críticos. Con eso nos «olvidamos» de la última posibilidad de discutir aún «masivamente» la preparación política —o sea, esencialmente organizativa— de la acción del día siguiente, y de llegar a decisiones comunes tal vez incluso en forma organizativa, en forma de comités de acción.

4. *La falta de colaboración entre las agrupaciones que intervenían en la manifestación:*

Esto produjo desconfianza e inseguridad en la mani-

festación y resentimiento con un núcleo fundado entre las organizaciones.

5. *Los grupos tácticos de iniciativa* resultaron, casi sin excepción, demasiado débiles en la manifestación; hacía demasiado poco tiempo que se habían constituido como grupos, como unidades de un conjunto político; no se les había aclarado en ningún gran acto su naturaleza de necesidad político-organizativa para la compleja dirección de la lucha, ni habían sido criticados y admitidos. Que nadie nos venga con una mal pensada mitología de la espontaneidad. La forma más alta de autoactividad es la forma organizada. Ninguna asamblea seguida de discusión puede hacer de los 2.000 o 4.000 oyentes, con a lo sumo 10 o 20 «dirigentes» políticos que orientan el proceso de aclaración, y, por si fuera poco, de un modo contradictorio, 2.000 o 4.000 «dirigentes» conscientes que puedan luchar por sí mismos en el estado de más alta consciencia. Si así fuera, hace tiempo que habríamos terminado con el sistema. Bajo el dominio del capitalismo no es posible una identidad consciente entre la dirección política temporal y la masa de manifestantes compuesta por sectores en los que se dan los más varios estadios germinales de consciencia. El problema que se plantea a los más conscientes portadores del trabajo político contra el sistema consiste precisamente en alzar hasta el nivel más alto posible en cada momento los diversos estadios de consciencia mediante el máximo posible de explicación y mediante las adecuadas correas organizativas de transmisión; consiste en hacerse tendencialmente cada vez más superfluos ellos mismos, aunque sin entregarse a la ilusión de que las «masas ilustradas» recorrerán por sí mismas su «camino». Esa ilusión conduce inevitablemente a la «socialdemocratización masiva», aunque sea con ropaje de frente popular, y esa socialdemocratización no conoce ya más que la cantidad de la «protesta», su organización «ordenada», pero no la lucha sistemática y duradera por

un «nuevo tipo humano». Pues este último no surge más que en la pugna permanente y cada vez más aguda con el sistema.

6. Después del 21 no basta ya con realizar antes de las acciones grandes actos *sólo* en la universidad. El Club Republicano, los *Falken* * y demás organizaciones tienen que ser, más que hasta ahora, correas de transmisión entre los estudiantes y los asalariados, incluso en forma político-organizativa.

7. La parte técnica de la cuestión organizativa (megáfonos, distribución de octavillas, consignas preparadas, canciones, escudos, pancartas, recipientes de pintura, bombas de humo) es *un* elemento del complejo total; si se independiza se puede convertir en un *tecnicismo* políticamente vacío; pero si se le desprecia, su falta puede conducir fácilmente a un *oportunismo* pragmático en la calle.

8. El *aspecto organizativo* de la actividad «conspirativa» contra el imperialismo norteamericano en Berlín occidental (ejército norteamericano, casas comerciales norteamericanas que intervienen en las canalladas del Vietnam, las centrales de la CIA) no es objeto de discusión pública. Pero la discusión material acerca de la necesidad de esa lucha se tiene que poner cada vez más en el centro de nuestro trabajo de explicación.

Conclusiones:

a) La ruptura con las reglas del juego del orden capitalista dominante no conduce al desenmascaramiento manifiesto del sistema como «dictadura de la violencia» más que si atacamos de diversas formas puntos nerviosos centrales del sistema (desde manifestaciones abiertas noviolentas hasta formas de acción conspirativas), por ejemplo el parlamento, las oficinas de impuestos, los tribuna-

* *Falken* [Halcones], es el nombre tradicional de las Juventudes Socialistas de Alemania.

les, los centros de manipulación, como el edificio Springer, la Casa Americana, las embajadas de los gobiernos-títeres, los centros del ejército, las comisarías de policía, etcétera.

b) Pero para poder realizar esa lucha tenemos que transformar en fuerzas materiales, lo cual quiere decir sustancialmente organizativas, las intensas fuerzas morales que se han manifestado en las grandes demostraciones de las izquierdas desde el comienzo de la guerra fría en Berlín occidental. Hemos de comprender que necesitamos la lucha, y, por tanto, también las organizaciones de la lucha. La mediación de esos dos factores nos convierte en una fuerza revolucionaria, nos capacita para contestar mejor y más eficazmente los golpes internacionales del imperialismo mundial. En los próximos meses el intento de genocidio en el Vietnam volverá a alcanzar nuevos puntos culminantes. No debemos ignorar esa perspectiva, sino que tenemos que prepararnos para contestar sin ilusiones, pero resueltamente, con formas de lucha que no tendrán más que un limitado parecido con las actuales, a la invasión de Vietnam del Norte, o el bombardeo de la República Popular de China, sin olvidar intervenciones de los Estados Unidos en los países latinoamericanos.

Las condiciones históricas de la lucha internacional emancipadora

Toda oposición radical al sistema existente —que por todos los medios quiere impedirnos la introducción de relaciones sociales bajo las cuales los hombres puedan tener una vida creadora sin guerras, sin hambre y sin trabajo represivo— tiene hoy que ser necesariamente global. La globalización de las fuerzas revolucionarias es la tarea más importante de todo el período histórico en el que vivimos y trabajamos por la emancipación humana.

Los desheredados de todo el mundo representan la

base histórico-real de masas de los movimientos de liberación, y sólo en ellos se encuentra el carácter subversivo de la revolución internacional.

El tercer mundo, totalidad de los pueblos que sufren bajo el terrorismo del mecanismo del mercado mundial, determinado por las «*giant-corporations*», y cuyo desarrollo ha sido impedido por el imperialismo, ha empezado esa lucha durante los años cuarenta, bajo la impresión y la experiencia de la primera y «traicionada» (Trotski) «revolución proletaria» en la Unión Soviética. Diferencia decisiva: el carácter masivo y la duración del proceso, concebido ya como permanente en la teoría.

Durante los años sesenta empezó una nueva etapa con las transformaciones revolucionarias de Argelia, Cuba, y con la lucha ininterrumpida del Frente Nacional de Liberación de Vietnam del Sur contra la dictadura de Diem.

Esta última lucha cobró significación histórico-universal para el movimiento de oposición de todo el mundo. La agresión de los Estados Unidos era imposible de ocultar. Se produjo en un momento determinado, de una forma brutal, abierta y repentina, en cuanto que los múltiples mecanismos de la «influencia» no bastaron ya para impedir el triunfo de las fuerzas revolucionarias de liberación en el Vietnam del Sur. La mala pata histórica de la élite norteamericana del poder, o, más exactamente, del imperialismo norteamericano, consistió en que tuvo que ir derribando su única «base de legitimación», la ideología anticomunista, para posibilitar el aplastamiento de los movimientos de liberación social-revolucionarios en general bajo una bandera anticomunista más genérica. Esta aparente contradicción se disipa en cuanto entendemos que el reconocimiento de la ideología soviética de la coexistencia pacífica por el imperialismo tuvo el objeto de estabilizar, al menos en la Europa central y occidental, una «zona tranquila» del sistema, consiguiendo así «seguridad a la espalda» para el aplastamiento rápido y efectivo de los movimientos revolucionarios del tercer mun-

do. La «culpa» histórica de la Unión Soviética estriba en su completo fracaso en la tarea de comprender profundamente esta estrategia del imperialismo y darle una respuesta subversivo-revolucionaria.

La agresión del imperialismo norteamericano en el Vietnam, cada año, cada mes más violenta, se materializó en los países capitalistas más desarrollados como «presencia abstracta del tercer mundo en las metrópolis» (O. Negt), como fuerza productiva espiritual en el proceso de toma de consciencia de las antinomias del mundo actual.

Cuando el Vietnam cobró vida para nosotros en el curso de los años sesenta, en informes, discusiones, películas y manifestaciones, los socialistas revolucionarios pudimos, en cierto sentido, sublimar históricamente nuestro sentimiento de culpa por la existencia del Muro * y del stalinismo en la RDA, precisando y desarrollando la diferencia específica que hay entre la toma del poder por la violencia, pero sin que las masas mismas estén revolucionadas, y la masificación de la idea de liberación social en el proceso revolucionario, en Vietnam, por ejemplo. Pero el Vietnam era ya *a priori* algo más que una compensación o que un pretexto para las actividades del estudiantado de izquierda. Muy pronto estuvo en el centro de las discusiones acerca del Vietnam la importancia histórica de la lucha del pueblo vietnamita, el significado ejemplar que tiene esa lucha para las ulteriores pugnas con el imperialismo. Nos parece que el hecho de que ese decisivo aspecto del problema vietnamita penetrara tan pronto en la consciencia estudiantil se explica por la específica situación de los productores estudiantiles en la producción. Aunque sea con peculiaridades en cada facultad, todos tenemos, en cuanto estudiantes, una situación sociológicamente ambigua en el seno de la reproducción social completa. Por una parte somos una fracción

* La muralla que separa los dos sectores de Berlín, levantada por el gobierno de la RDA.

del pueblo privilegiada en cuanto a situación intelectual y de aprendizaje; pero en realidad ese privilegio no significa más que frustración. Frustración porque el estudiante, particularmente el políticamente comprometido, vive día a día, mientras se va formando, el idiotismo de las camarillas de la casta política de las autoridades irracionales; lo vive conscientemente y a veces lo experimenta físicamente. A ello se añade el que esos estudiantes antiautoritarios no tienen aún en la sociedad una posición materialmente segura, sino que aún están relativamente lejos de los intereses y las posiciones del poder y la fuerza. Esta situación provisionalmente subversiva de los estudiantes produce una identidad dialéctica entre los intereses inmediatos de los productores y sus intereses históricos. Por eso es natural que las necesidades y los intereses vitales por la paz, la justicia y la emancipación se materialicen del modo más fácil en esas posiciones sociológicas. Pero los estudiantes antiautoritarios no entraron en un estadio de declarada oposición hasta que se politizaron por la lucha antiautoritaria en su propio ambiente, la universidad, contra la burocracia de esa institución, hasta que iniciaron resueltamente una lucha por sus intereses y la satisfacción de sus necesidades. La relación inmediata del productor estudiantil con el ambiente en el cual se forma no se puede pasar por alto. La situación de aprendizaje en la universidad está determinada por la dictadura de los exámenes, en verdadera inflación, y por la dictadura de los catedráticos numerarios. A su vez, los catedráticos son servidores del estado. La actual estatificación de la sociedad entera suministra la base de una comprensión de la lucha antiestatal y antiinstitucional de la oposición radical antiparlamentaria.

Con todo eso el Vietnam perdió mucho de su aparente abstracción. La mediación productiva entre los intereses inmediatos y los intereses histórico-emancipatorios de los estudiantes antiautoritarios no puede producirse más que en la lucha política. La política restrictiva de la

burocracia universitaria, las intervenciones brutales del ejército berlinés de guerra civil en las varias manifestaciones, la larga y permanente labor de explicación de las contradicciones sociales, las formas de acción que sistemáticamente «conculcaban» las reglas del juego de la sociedad burguesa y, en resolución, el proceso de aprendizaje dimanante de todo ello *produjeron* la actitud antiautoritaria, actitud que resulta más potente que la misma tendencia revolucionaria y la educación y autoeducación en este sentido. Los dominantes nos enseñaron a palos el comportamiento antiautoritario. Pero nuestra oposición no se dirige contra pequeños «defectos» del sistema, sino que es una oposición total, orientada contra todo el modo de vida actual del estado autoritario.

El «terrorismo anónimo» de la maquinaria del poder estatal y social está omnipresente en todas las instituciones, pero «no tiene más poder real que el de la misma maquinaria del gobierno» (Marx). La novedad de nuestra situación consiste precisamente en que no aceptamos ya ese orden como necesidad indiscutible e indiscutida, en que el estado pierde cada vez más inequívocamente su apariencia de neutralidad ajena a los partidos y se muestra cada vez más como una «máquina repulsiva del dominio de clase» (Marx).

Al final de lo que se llamó «milagro económico», o sea, al final de la completa explotación de la existente estructura cuantitativa y cualitativa de la fuerza de trabajo y del dispositivo profesional, la RFA se caracteriza por el hecho de que los elevados gastos improductivos del estado, las subvenciones, etc. que la máquina estatal pudo regalar con facilidad relativa durante el próspero período de su establecimiento a los representantes de los varios intereses, se presentan ahora, al final del período de reconstrucción del capitalismo alemán occidental, «repentinamente», como pesos muertos añadidos, por lo general improductivos, peligrosos para el ulterior desarrollo de la economía: como *faux frais* de la producción capitalista.

Los miles de millones de «inversiones no rentables» en la esfera de la educación (construcción de nuevas universidades, escuelas, escuelas profesionales, de ingenieros, etc.), que serían necesarias para crear una estructura cuantitativa y cualitativamente nueva de las profesiones y la formación, no están disponibles —sin peligro de inflación— en la actual fase del capitalismo alemán occidental. A ello se añade el hecho de que la contradictoria unidad del aparato total de los oligopolios, la burocracia estatal y social, los partidos, las asociaciones de intereses, etc., no está *realmente* orientada en el conjunto de la sociedad por una «voluntad dominante».

La existencia de ramas de la producción estancadas, incapaces de acumulación (minería, agricultura, por ejemplo), «inválidas» que tienen que ser subvencionadas, y la situación atrasada, subdesarrollada en este país, de los que serán portadores decisivos del proceso de acumulación en los años setenta, las ramas industriales históricamente nuevas de la electrónica, la investigación espacial, la construcción aeronáutica, la energía atómica, etc., permiten prever un largo período de estancamiento del capitalismo alemán occidental.

La estimación de la situación económico-social de la RFA y de Berlín-oeste es el presupuesto de toda discusión político-estratégica acerca del proceso de transformación en este territorio, dentro del contexto de la pugna internacional entre la revolución y la contrarrevolución.

La gran coalición,* último y desesperado intento de las oligarquías dominantes para «resolver» las dificultades estructurales del sistema, tropieza cada vez más claramente con limitaciones objetivas en su trabajo y funcionamiento, tiene que ir retrasando a golpe de subvenciones la crisis estructural (véase el informe sobre las subvenciones) y prepara así a la larga contradicciones

* «Gran coalición» de SPD y CDU, análoga al «centro izquierda» de otros países capitalistas europeos.

más profundas. Podemos concebir la «gran coalición» como un nuevo *partido del orden* cuya tarea inmediata consiste en mantener las masas asalariadas en su minoría de edad política, en echar sobre ellas los costes de la crisis estructural. En los magníficos borradores de *La guerra civil en Francia* Marx habla de las tareas de esta forma del dominio de clase, y dice que «su única *raison d'être*» es impedir la «emancipación de las masas productoras». Para Marx esta forma es «el régimen político más repulsivo». En él se unen hoy, con el fin de mantener reprimidas a las masas, todas las fracciones del aparato, los antiguos fascistas junto con algunos tipos de antiguos resistentes y la burocracia del estado y de la sociedad; y juntos se abrazan la burguesía liberal, los representantes de los monopolios, los sindicalistas traidores; y al mismo tiempo se organizan para colaborar en los mismos fines los centros de manipulación, los Augstein * y los Springer. Juntos forman la «sociedad anónima», el terrorismo sutil o —cuando hace falta— manifiesto del dominio de clase del capitalismo tardío. Las varias fracciones del aparato estatal, de la máquina del gobierno, están celebrando en la gran coalición una «orgía de renegados». Sedicentes combatientes de la resistencia, como Gerstenmaier, antiguos representantes de partidos obreros, como Brandt (SAPD), Wehner (KPD),** socialdemócratas ya cínicos y antiguos nazis como Kiesinger & Co. ocupan esa cama redonda hasta que les echen de ella las masas llegadas a consciencia.

La tarea histórica del capitalismo tardío consiste en transformar las masas en una colectividad que reaccione funcionalmente en el interés de los dominantes, en mantener las masas siempre disponibles y aprovechables

* Augstein, director del semanario *Der Spiegel.*

** Brandt y Wehner, actualmente ministros, pertenecen ambos a la socialdemocracia (SPD) desde hace más de veinte años. El autor recuerda sus partidos de origen (partidos, ambos, revolucionarios) en los años 20 y 30.

para fines militares y civiles. Pero esa tarea le resulta cada vez menos realizable en la República Federal. La revolución cultural, período de transición que, desde el 2 de junio de 1967 al menos, ha movilizado considerables capas dentro y fuera de la universidad, no se ha concluido todavía, y sólo han podido «acabarlo» mediante la aplicación masiva y brutal de todos los medios de represión.

La clase dominante se ha transformado mucho. Hace mucho que no coincide ya con los propietarios nominales de los medios de producción. Ya Marx, como se ha dicho antes, había visto analíticamente los conatos de aparición de una nueva «clase» de la «burocracia industrial». Esta nueva clase no elimina la contradicción básica de la sociedad capitalista burguesa, sino que, por el contrario, la exacerba e introduce la última fase de la sociedad burguesa. En ésta quedan «persocializadas» todas las funciones del capital, delegadas a determinados grupos e instituciones: «Cuanto más capaz es una clase dominante de asimilar los hombres más destacados de las clases dominadas, tanto más sólido y peligroso es su dominio».[51] El desarrollo ha rebasado incluso esa fase, ha consumado la persocialización represiva del capital. En ese punto radican la fuerza y la debilidad del sistema del capitalismo tardío. Este proceso no deja realmente grupo alguno fuera de la compleja conexión represiva, sino que intenta dominarlos a todos mediante un «sistema de conexiones dentro del marco capitalista» (Sering). Este marco estructural procede de la «muda constricción de la situación», de las normas e ideas interiorizadas de la sociedad capitalista burguesa. Pero si una fracción socialmente relevante de los perjudicados o subprivilegiados queda fuera de la «bolsa de intereses» en la cual se «distribuye» el producto social políticamente, fuera, pues de la «obvia limitación de los intereses y las

51. Karl Marx, *Das Kapital*, vol. 3, p. 649.

necesidades para que queden dentro del marco dominante», entonces se pone en tela de juicio el sistema entero: «Por eso la rotura de la falsa consciencia puede suministrar el punto arquimédico para una amplia emancipación, aunque, desde luego, en un lugar infinitamente pequeño; pero la posibilidad de una transformación depende de la ampliación de esos pequeños lugares».[52]

Lo que hemos empezado es precisamente esa rotura de la falsa consciencia. El control y la administración de los individuos por el sistema se pone estructuralmente en tela de juicio por obra de nuestro trabajo político, de nuestra tarea de explicación, de nuestras provocaciones y de nuestras acciones de masas. Precisamente por eso incluso los «críticos liberales de izquierda», desde el *Spiegel* hasta la *Zeit,* empiezan claramente a apuntar su apartamiento de nosotros. Comprenden ya el incipiente peligro para el capitalismo tardío, peligro que llegará a ser mortal si conseguimos despertar mediante una dialéctica cada vez más eficaz de la explicación y la acción la espontaneidad de las masas asalariadas, destruida por los partidos: «El que tras la traición de su propia burocracia a partir de 1914, tras la conversión de los partidos en máquinas universales destructoras de la espontaneidad, tras el asesinato de los revolucionarios, los trabajadores aceptaran como neutrales el orden totalitario no es en absoluto síntoma de embotamiento».[53] El recuerdo de los últimos 50 años del movimiento obrero alemán no tiene atractivo más que para el intelectual contemplativo. Para las masas esos años son una serie ininterrumpida de traiciones de la intelectualidad derechista y de la intelectualidad izquierdista.

Nuestra limitación, históricamente acertada, al trabajo en la universidad no tiene que convertirse en un

52. Herbert Marcuse, *Repressive Toleranz,* Frankfurt am Main, 1966, p. 122.

53. Max Horkheimer, «Die Juden und Europa» [Los judíos y Europa], en *Zeitschrift für Sozialforschung,* 1939, p. 122.

fetiche. Una dialéctica revolucionaria tiene que entender la «larga marcha por las instituciones» como una actividad crítico-práctica en todos los ámbitos sociales, tiene como objetivo la profundización crítico-subversiva de las contradicciones, hoy posible en *todas* las instituciones que intervienen en la organización de la vida cotidiana. No hay ya ningún campo de la sociedad privilegiado con exclusivismo en la fase revolucionario-cultural de nuestro movimiento, de modo tal que le compitiera la expresión de los intereses del movimiento total.

Ha muerto el movimiento de la oposición tibia, y ha empezado la resistencia espontánea, a menudo, todavía, con una forma completamente desorganizada; en Frankfurt o en Bremen, en Berlín o en Hamburgo, dominamos, domina el campo antiautoritario, los eslabones decisivos para la toma de consciencia de los hombres: las conferencias de explicación e información fuera de las universidades, las asambleas estudiantiles en las grandes *universidades*, las asambleas de los *institutos* de enseñanza media. La gran cantidad de revistas estudiantiles y de bachillerato es un momento movilizador y clarificador de todo el movimiento. Por todas partes se forman «vanguardias por propio nombramiento», que emprenden la lucha contra la manipulación y la opresión de las capacidades creadoras del hombre siendo ellas mismas autónomas y sin que ninguna central las organice o manipule, sino porque ellas por sí mismas han entendido que aquella lucha es necesaria. Esa es la fuerza de este movimiento antiautoritario: que la actividad práctico-crítica de los antiautoritarios es expresión real de las necesidades y los intereses de los individuos mismos. La trasposición de las necesidades, los intereses y los sufrimientos propios a la práctica impide la monopolización de los intereses históricos de los hombres por un partido «representante» de las masas. Ya dominamos también las calles de las grandes ciudades, nos encontramos a nuestras anchas en la «maleza de las grandes ciu-

dades» (Brecht); pero aún no hemos conseguido la masificación real de la idea de la liberación social revolucionaria.

En las *empresas industriales* se están formando los primeros grupos de base autónomos —laxamente coordinados con los demás grupos según el principio de la ayuda recíproca—, que introducen en las fábricas los métodos aprendidos en la calle y en los actos de explicación, e intentan combatir las constricciones autoritarias de la jerarquía de la estructura del taller.

La burocracia de la sociedad y del estado es impotente en todas las esferas. Así ve en los conflictos socialmente mediados la obra de cabecillas o bien un transitorio conflicto de generaciones. La burocracia tiene que personalizar los problemas, pues para ella la historia es obra de las «grandes personalidades», mientras que las masas son sólo el «material» de las «élites».

Las izquierdas, por su parte, se encuentran muy a menudo ante el peligro de absolutizar de un modo llanamente metafísico el «proletariado» o las «masas», y no entender la concreta y difícil dialéctica de la toma de consciencia de las masas, no entender la temporal separación entre grupos conscientes minoritarios radicales y las masas. El otro peligro que nos amenaza es el orgullo intelectual, o sea, en última instancia, el miedo a la capacidad creadora de las masas llegadas a consciencia. Entre los polos de esas falsas alternativas se encuentra la práctica del trabajo de emancipación históricamente correcto.

Se trata de superar críticamente los viejos conceptos del socialismo, no de aniquilarlos, ni de conservarlos artificialmente. No puede existir aún un nuevo concepto; el nuevo concepto no se puede elaborar más que en la lucha práctica, en la constante mediación entre la reflexión y la acción, la teoría y la práctica. La ciencia revolucionaria no es hoy posible más que *dentro* del movimiento antiautoritario, como fuerza productiva de la li-

beración del hombre respecto de los poderes, incomprendidos e incontrolados, de la sociedad y de la naturaleza.

Lo que hoy nos mantiene unidos no es una teoría abstracta de la historia, sino el asco existencial por una sociedad que charla y charla de libertad mientras oprime, sutil y brutalmente, los intereses inmediatos y las necesidades de los individuos y de los pueblos que luchan por su emancipación económico-social.

Esta dialéctica del sentimiento y de la emoción, radical porque afecta al *hombre entero* (Marcuse), y en la cual la teoría es sólo expresión consciente de la dialéctica misma, nos mantiene unidos, más sólidamente que nunca, contra esa sociedad autoritaria estatificada y nos posibilita a los antiautoritarios una radical unidad de acción sin programa de partido, precisamente, y sin pretensión de monopolio.

Los métodos y las técnicas de la integración social son ya ineficaces con nosotros, igual los sutiles que los brutales. La recusación sentimental-emocional *se convierte en recusación organizada a través de la lucha* con las organizaciones violentas del sistema, con la burocracia estatal y social, con la policía, con el aparato judicial, con la burocracia industrial de los oligopolios, etc.; aquella recusación redunda en un saber práctico-crítico, en una voluntad revolucionaria de destruir las fuerzas productivas sustantivadas, las inhumanas maquinarias de la guerra y de la manipulación que difunden cada día la muerte y el horror por el mundo, pueden provocar cada día un genocidio mundial. En la lucha se desarrollan nuevas necesidades radicales como, por ejemplo, el deseo de romper las ataduras de capital y burocracia que inmovilizan las fuerzas productivas capaces de liberar a la totalidad de los hombres de las largas jornadas de trabajo, de la manipulación y de la miseria, para someterlas finalmente y con todos los medios disponibles al control consciente de los productores.

Pero no nos hagamos ilusiones. La red mundial de

la represión organizada, el continuo del dominio, no es fácil de desgarrar. El «hombre nuevo del siglo XXI» (Guevara, Fanon), que representa el presupuesto de la «nueva sociedad», es resultado de una lucha larga y dolorosa, conoce un vertiginoso oscilar del movimiento; progresos transitorios dan paso a «derrotas» inevitables. Nuestra fase transitoria de la revolución cultural era, según las concepciones «clásicas» de la teoría de la revolución, una fase prerrevolucionaria en la cual las personas y los grupos se hacen aún muchas ilusiones, representaciones abstractas y proyectos utópicos; es una fase en la cual no empieza aún a desplegarse concreta e inmediatamente la contradicción radical entre la revolución y la contrarrevolución, entre la clase dominante en su nueva forma y el campo de los antiautoritarios y subprivilegiados. Lo que para América es ya realidad inequívoca tiene mucha importancia para nosotros, aunque con ciertas modificaciones:

> Ésta no es una época de reflexión sobria, sino un tiempo de exhortación. La *tarea de los intelectuales* coincide con la del organizador callejero, con la del que se niega a cumplir el servicio de armas, el *digger: hablar con el pueblo, y no sobre el pueblo.* La literatura decisiva es ahora la del *underground,* los discursos de Malcolm X, los escritos de Fanon, los *songs* de los Rolling Stones y de Aretha Franklin. Todo lo demás suena a informe Moynihan, a ensayo de *Time,* que lo explican todo, no entienden nada ni cambian a nadie.[54]

No tenemos aún una amplia y continua literatura de *underground,* aún falta diálogo de los intelectuales con el pueblo, precisamente desde el punto de vista de los intereses reales del pueblo, o sea de sus intereses inme-

54. A. Kopkind, «Von der Gewaltlosigkeit zum Guerrilla-Kampf» [De la no-violencia a la lucha guerrillera], en *Voltaire-Flugschriften,* número 14, pp. 24-25.

diatos e históricos. Tenemos un comienzo de campaña por las deserciones en el ejército de ocupación norteamericano, pero no tenemos ninguna campaña organizada en el ejército federal alemán. Nos atrevemos ya a atacar políticamente al imperialismo americano, pero no nos decidimos a romper con nuestro propio aparato de poder.

¡Camaradas, antiautoritarios, hombres! No nos queda ya mucho tiempo. En Vietnam se nos aplasta también a nosotros diariamente; esto no es una metáfora ni una frase. Si el imperialismo estadounidense puede probar convincentemente en el Vietnam que es capaz de aplastar victoriosamente una guerra popular revolucionaria, entonces empezará otro largo período de dominio autoritario del mundo, desde Washington hasta Vladivostok. Tenemos una abierta posibilidad histórica. Depende ante todo de nuestra voluntad el modo cómo termine este período de la historia. «Si no se suman al vietcong un cong americano, otro asiático y otro europeo, la revolución vietnamita fracasará como otras antes que ella. Un estado jerárquico de funcionarios cosechará los frutos que no ha sembrado.»[55] Y Frantz Fanon dice para el tercer mundo: «Adelante, compañeros de lucha; es mejor que nos decidamos en seguida a cambiar la ruta. Hemos de sacudirnos la profunda noche en la que estábamos sumidos y dejarla a nuestras espaldas. El nuevo día que ya se muestra en el horizonte tiene que encontrarnos firmes, despiertos y resueltos».[56]

Aceleremos, por último, la marcha por nuestra acertada ruta. El Vietnam se está acercando, pues en Grecia empiezan a luchar las primeras unidades del frente de liberación nacional. Se agudizan las pugnas en España.

55. *Partisan,* n.º 1, «Vietnam, die Dritte Welt und der Selbstbetrug der Linken» [Vietnam, el tercer mundo y el autoengaño de las izquierdas], Berlín, 1967.

56. *Die Verdammeten diesen Erde* [Los condenados de la tierra], Frankfurt am Main, 1966, p. 239.

Allí ha nacido, a los 30 años de dictadura fascista, una nueva fuerza revolucionaria en el frente unitario de los obreros y los estudiantes.

Los estudiantes de Bremen han mostrado la energía subversiva que puede liberar la politización de necesidades inmediatas de la vida cotidiana, con su lucha contra el aumento de precios de los transportes públicos. Su solidarización con las masas asalariadas, el acertado tratamiento de las contradicciones y las luchas con la policía autoritaria y militarista muestran con toda claridad las grandes posibilidades que tiene la lucha en el sistema del capitalismo tardío. Ese choque de formas radicales es posible en cualquier lugar de la República Federal. Depende de nuestra capacidad creadora el que consigamos profundizar y politizar, audaz y resueltamente, las contradicciones visibles e inmediatas, el que arriesguemos las acciones adecuadas, el que despleguemos audazmente y en todas las direcciones la iniciativa de las masas. La real solidaridad revolucionaria con la revolución vietnamita consiste en debilitar efectivamente y transformar procesualmente los centros del imperialismo. Nuestra ineficacia y nuestra resignación estaban ya incluidas en la teoría.

Revolucionar a los revolucionarios es el presupuesto decisivo que se necesita para revolucionar a las masas.

WOLFGANG LEFÈVRE

RIQUEZA Y ESCASEZ

> La exigencia de democratización de la producción científica en las universidades no es una propuesta al servicio de la mayor eficacia o la mejor planificación de incrementos del rendimiento. El desencadenamiento de fuerzas productivas a que aspira nuestra exigencia de democratización de la universidad está en contradicción con el concepto de aumento de la productividad en la forma degenerada que este concepto ha tomado como moral del rendimiento, estabilizadora del sistema. Pues el desencadenamiento de las fuerzas productivas que deseamos no consiste en un ulterior aumento de una vacía capacidad de rendimiento, sino en la emancipación de la viva fuerza productiva Hombre, para que determine todo el proceso de producción de su vida y se lo apropie.[1]

La reacción, que varios han llamado «histérica», de la mayor parte de la población y de la prensa berlinesas, de la administración de la ciudad y de los partidos gobernantes ante las agitaciones universitarias ha sido fácilmente disculpada por la prensa alemana occidental, a lo sumo con ligero cabeceo, en atención a los grandes méritos de esta ciudad que, mientras hace pocos años parecía el centro de la política mundial, hoy no puede siquiera competir con Da Nang o con Caracas. Pero este superior punto de vista de los observadores germano-

1. De la Resolución sobre la universidad. XXII[a] Conferencia de los Delegados de la Liga Estudiantil Socialista Alemana [SDS], 1967.

occidentales tiene en rigor su ambigüedad. Pues las noticias acerca de agitación en la FU de Berlín se les pasaron demasiadas veces a esos periodistas hacia zonas demasiado altas de la sección general de noticias, aunque, como es natural, más pertenecían a la sección «Universidad» o a la rúbrica «Noticias de los *Länder*». Las formulaciones de los periódicos occidentales revelaban demasiado claramente —apenas se hacía visible en Berlín la posibilidad de una distensión, de un final de la crisis— lo ansiosamente que los periodistas esperaban poder situar de nuevo los asuntos estudiantiles como lo que tienen que ser a tenor de la consciencia dominante: fenómenos marginales, expresión de un proceso de crecimiento del joven que, en sustancia, se podría describir como asunto biológico. Por eso también los observadores germano-occidentales manifestaron irritación.

Los observadores se pusieron a investigar. Y así llegaron a una explicación de las agitaciones que merece más bien ser entendida como intento de quitarse de encima la agitación que les producían las agitaciones: y así declararon que el movimiento estudiantil es un movimiento esencialmente sindical que se produce en el seno de una universidad necesitada de reforma. Esta explicación estaba al alcance de sus manos; no sólo porque hasta las burocracias ministerial y económica sostienen la tesis de que la actual universidad tiene que ser reformada en vista de los desarrollos tecnológicos del aparato productivo, sino también porque el movimiento estudiantil tiene de hecho algunos rasgos tradeunionistas. Y los elementos del movimiento estudiantil que no cabían en esa caracterización resultaron para los observadores, y en parte también para los mismos estudiantes interesados, «exceso», «recalentamiento emocional», etcétera. Pero esa explicación es de muy poca utilidad. Pues resulta que lo que más preocupa es precisamente lo que no consigue recoger.

En el movimiento estudiantil hay por de pronto ele-

mentos heterogéneos mezclados en forma difícilmente separable, como la lucha casi sindical por una «universidad democrática», cualquiera que sea el sentido de ese lema, y la discusión de principio de la democracia representativa en favor de formas plebiscitarias de democracia, y la consciencia de que el gobierno de los Estados Unidos está cometiendo un genocidio en el Vietnam, consciencia que mueve a acciones las cuales, a causa de su intrínseca impotencia, suscitan a menudo la impresión de ser actos desesperados.

La cohesión de todos esos elementos del movimiento estudiantil no se produce sino por etapas en la práctica misma de los estudiantes. Por eso parece ser una urgente tarea para la teoría, que contempla ese movimiento y determina su orientación, el llevar a cabo un nuevo análisis de lo que en forma muy poco clara se llama «reforma universitaria», así como de la práctica del movimiento estudiantil, por lo que hace a la política universitaria, con objeto de conseguir comprensión y entendimiento más precisos acerca de cómo se puede producir la conexión entre el compromiso político general y una práctica que se orienta a un punto tan particular como es la universidad.

Pero antes que nada hay que profundizar en una peculiaridad del movimiento estudiantil que tiene importancia para este capítulo. Un repaso aproximado de los acontecimientos de la FU permite inferir que las agitaciones universitarias han tenido por lo común como ocasión asuntos políticos generales, y muy pocas veces temas de política universitaria. Se puede notar, además, que esas ocasiones de carácter político general fueron a menudo suscitadas por un número relativamente reducido de estudiantes. Esas acciones políticas no consiguieron el apoyo de partes ya decisivas del estudiantado más que cuando desembocaron en conflictos institucionales dentro de la universidad. Las instituciones universitarias que procedieron contra las acciones políticas —en

la primera fase se trató generalmente del rectorado— activaron así contra ellas mismas a estudiantes que al principio no habían participado en nada. También se puede observar que esos estudiantes al principio pasivos no se interesaron por las ideas contenidas en las acciones políticas sino cuando quedó de manifiesto que la universidad imponía restricciones a actos de tal tipo. Esta recíproca iluminación —por la cual las acciones políticas reprimidas iluminaron la naturaleza de las instituciones opresoras para una masa considerable de estudiantes y las instituciones opresoras aclararon la naturaleza de las acciones oprimidas para una masa considerable de estudiantes— indica una conexión entre la universidad y la política en las luchas prácticas, a la luz de la cual los conflictos estrictamente universitarios parecen enlazados con una activación política. La lucha práctica parece haber corregido así la noción de una política universitaria que tratara y entendiera las contradicciones y los conflictos de la universidad como esferas independientes y aislables.

Así pues, teniendo en cuenta todo eso, vamos a proceder en este capítulo de modo inverso al que en la realidad ha sido más frecuente; lo común en la realidad ha sido que la práctica política de ciertos estudiantes elevara a un estadio decisivo la pugna propiamente universitaria y, con ella, la exigencia de reforma de la universidad. Tendremos que exponer las contradicciones de la universidad de tal modo que quede claro por qué esas contradicciones llegan a una fase crítica cuando se articulan de forma no sólo universitaria, sino también política general. No podremos proceder de un modo puramente sistemático, sino que tendremos que elaborar al mismo tiempo de un modo histórico las contradicciones universitarias, los momentos que han posibilitado su despliegue político. De no hacerlo así provocaríamos inevitablemente la falsa impresión de que repentinamente, hacia 1964, hubieran aparecido en acción políticos estu-

diantiles «más listos» que los anteriores. Hay que estudiar las condiciones históricas consideradas en este capítulo teniendo en cuenta la evolución de la relación de la sociedad burguesa con la ciencia.

I. De la reforma antifascista de la enseñanza superior a su reforma tecnocrática

a) Hace pocos años que existe para la consciencia pública una idea de la necesidad de reformar la enseñanza superior. Esta crisis de todo el sistema educativo, «vendida» con *slogans* publicitarios del tipo «catástrofe de la educación», ha sorprendido a la opinión pública de la Alemania occidental como un rayo que cayera de cielo sereno. Este problema no había existido para ella hasta 1963.

Los universitarios, los estudiantes en particular, conocen la expresión «reforma de la universidad» desde mucho antes. Si, por simplificar la reflexión, prescindimos aquí de las discusiones acerca de la reforma anteriores a la segunda guerra mundial, se puede afirmar que desde 1945 en adelante se reconoció la necesidad de una transformación radical, o la reconocieron todos los ciudadanos universitarios que se ocuparon del problema. Así, por ejemplo, cuando en 1948 los estudiantes fundaron la FU, la reforma general y radical de la universidad pareció tan inminente que los fundadores, al redactar los estatutos de la FU, se limitaron a sentar las condiciones previas necesarias para que la amplia y esperada reforma universitaria se pudiera llevar a cabo sin dificultades en la FU. Esos presupuestos institucionalizados para facilitar una reforma universitaria se hicieron luego célebres, al no producirse reforma alguna, con el nombre de «modelo berlinés» y fueron entendidos como reforma, no como requisito previo de la mis-

ma. Y las universidades de la Alemania occidental no se atrevieron siquiera a seguir ese «modelo berlinés».*

Los universitarios de fines de los años cuarenta vieron la crisis mortal de la universidad alemana, la crisis que exigía su reforma radical, en el hecho de su fracaso durante el nazismo. Lo que entonces se consideraba síntoma de caducidad no era la debilidad de esta universidad para satisfacer las exigencias de la producción en el capitalismo tardío, que es el reproche que hoy se le hace; en aquellos años se exigía la reforma radical porque la universidad alemana había resultado aprovechable para los fines de la barbarie. Su reforma era pues una parte de la superación del fascismo. Pero aunque la crítica de entonces iba mucho más allá de la dimensión tecnicista de la actual crítica oficial de la universidad, obedecía más a una consciencia moral que a una consciencia política; centro de aquella consciencia era el horror, la vergüenza por la siniestra realidad del fascismo, y no una concepción histórico-política de éste. De todos modos, aquella crítica no se detenía ante las excepciones anecdóticas, como la idea nazi de la «matemática rubia», sino que atendía a la cuestión de cómo podía ser que las sólidas ciencias «exactas» hubieran mostrado ante el fascismo impotencia, pasividad o hasta aceptación, mostrándose incapaces de resistencia alguna. Pero en la medida misma en que el fascismo seguía siendo un enigma, esas cuestiones eran irresolubles. La frase de Horkheimer —«El que se niegue a hablar de capitalismo tiene que renunciar también a hablar de fascismo»— no reveló su carácter histórico-práctico sino después de 1945: sin tener un concepto del fascismo, sin tener un concepto de la conexión entre el modo de producción burgués y el fascismo, el desasosiego existente en la universidad alemana podía llegar, a lo sumo, a la exigencia abstracta de una reforma genérica; pero tenía que que-

* Véanse los diagramas dados al final de este volumen.

dar oscuro cuál era la reforma concreta que podía llegar a las raíces del mal; y aún más oscuro el problema de cómo realizar políticamente una reforma así en las concretas condiciones de 1945. Los pasos concretos que se dieron —como, por ejemplo, la prohibición de las asociaciones estudiantiles tradicionales en la FU o, cosa más importante, la estructuración formalmente democrática de la autoadministración estudiantil— se quedaron en la nebulosa del programa de reeducación promovido por los aliados occidentales. Un concepto abstracto de democracia negaba el concepto abstracto de fascismo. Las luchas entre las clases y capas de esta sociedad sobre el modo de resolverse en la nueva democracia las contraposiciones de intereses, las luchas, pues, por la concreta determinación de la democracia entre 1945 y 1949, fueron para los universitarios de la época pugnas de carácter político general que cada cual seguía en su condición de individuo interesado por la política. Pero no se entendió —o se entendió sólo declamatoriamente— que el resultado de esas luchas implicaría también la decisión última acerca de las propias exigencias de reforma; y, por lo tanto, tampoco se entendió la necesidad de aliarse, por la nueva universidad, con las clases y las capas en la lucha política cuyo interés inequívoco por la democracia podía constituir el fundamento de una nueva universidad.

Como la reforma de la enseñanza superior se redujo así a problema de los universitarios, todos los planes de reforma quedaron condenados a cargarse de polvo en los cajones de personas interesadas. Detrás de la reivindicación de reforma radical de la enseñanza superior no había ninguna fuerza social, ningún partido, ningún «grupo de presión». Y el período subsiguiente a 1948, el período del «milagro alemán» y de la guerra fría, tenía otros problemas diferentes. Los universitarios estaban solos; y estando solos no eran ninguna fuerza socialmente importante.

Cuando en 1948 los aliados occidentales proclamaron para la trizona el grotesco idilio de una situación propia del liberalismo temprano, disminuyó el número de estudiantes y profesores comprometidos activamente en favor de la reforma de la universidad. Aparentemente se daba a cada ciudadano la misma oportunidad con aquellos 40 marcos: había que darse prisa para aprovechar la oportunidad. Ponerse a criticar la universidad, en vez de llegar corriendo al último examen, significaba perder tiempo para ese aprovechamiento. Los pocos reformistas universitarios que quedaron empezaron una aislada existencia de especialistas en esos temas. Cuando, desesperadamente, intentaban hacer recordar a todos las experiencias del fascismo en la universidad, se les apostrofaba burlescamente llamándoles «los de 1945», o se les decía más significativamente que empezaran por criticar el stalinismo.

A medida que se desvanecía toda posibilidad de realizar una amplia reforma fue dando en superficialidad o en puro esteticismo la discusión reformista en las universidades: el «studium generale» o la superación de la «torre de marfil» eran los únicos temas acerca de los cuales podían ponerse de acuerdo, como sobre reales dificultades universitarias, los académicos de aquella universidad bien restaurada. Y mientras tanto se deterioraba la situación de trabajo en la universidad con el aumento del número de estudiantes, en un proceso que durante los años cincuenta fue ya rápido. Aquellos distinguidos temas son los primeros reflejos de la situación.

Puestos en ese callejón sin salida orgánica, los representantes estudiantiles cambiaron de estrategia a finales de los años cincuenta. Pasaron a segundo plano el objetivo «reforma de la universidad» y se concentraron en torno a un aspecto parcial, lo que se llamó «reforma de los estudios». Esto respondía bien a las necesidades más urgentes de los estudiantes, los cuales trabajaban en aulas

y actos académicos desesperadamente desbordados, con bibliotecas del todo insuficientes y teniendo que ir buscando lo que pudiera serles útil de una oferta de enseñanzas que reflejaba la falta de toda concepción. La reducción del objetivo no se produjo unitariamente. Mientras que la representación federal de los estudiantes, la VDS, orientaba su estrategia en cuanto a reforma de los estudios hacia el terreno primordial de la fundación de nuevas universidades, el SDS elaboraba por las mismas fechas una memoria basada en un modelo para la nueva configuración de toda la universidad, aunque en la práctica el acento recayera sobre propuestas que ante todo beneficiaban a la transformación del estudio científico.

Pero la reducción de los objetivos no fue una verdadera nueva determinación de la estrategia estudiantil; más bien expresaba el «impreciso deber» de hacer algo. La «energía motora excesiva» (por conservar un momento la terminología de Arnold Gehlen) que los políticos estudiantiles manifestaron a ese respecto se debía probablemente, y entre otras cosas, a los comienzos de agotamiento de la guerra fría; para la VDS iban perdiendo importancia las escaramuzas «pangermánicas» contra la FDJ; era imposible retener ya al SDS en la línea anticomunista estricta del SPD. Pero tanto la VDS como el SDS repitieron el error fundamental de los reformadores que a raíz de 1945 se habían preocupado por la renovación universitaria. Dedujeron la importancia y la corrección de sus exigencias partiendo del *concepto* de una sociedad democrática. Y como al mismo tiempo renunciaron —menos el SDS que la VDS— a explicitar la diferencia específica histórica entre su concepto de democracia y la «democracia» real existente en la RFA con objeto de poder determinar sobre esa base con quién y contra quién había que realizar sus ideas en la República Federal, todos renunciaron en el fondo a la realización de sus reivindicaciones. La reducción y concentración a la reforma de los estudios no fue acompañada por un estudio de la derrota

anteriormente sufrida con la exigencia de reforma de la universidad, y de este modo también las reivindicaciones reducidas quedaron en llamamientos a los que nadie hizo caso.

Las reivindicaciones de reforma de los estudios, al igual que diez años antes las de reforma de la universidad, revelaban la impotencia política de los universitarios, los cuales parecían creer que basta con argumentar bien y publicar los buenos argumentos para que ocurra todo lo bueno posible. Esa ingenuidad no es ni siquiera conmovedora. La confusión de la sociedad real con un concepto de democracia necesariamente muy abstracto, o la indiferencia ante el contraste entre ese concepto y la sociedad real, supone o implica que se parte de la falsa noción de una completa falta de contradicciones en la relación existente entre la sociedad burguesa y la ciencia. Presupuesta esa falta de contradicciones, las contradicciones que en realidad existen, así como los problemas en general, se convierten en dificultades *técnicas* de la realización; con ello las mismas propuestas de reforma se transforman en informes de peritos, para que la burocracia ministerial los utilice soberanamente, lo cual supone que no se puede objetar razonablemente nada a su aplicación o inaplicación por dicha burocracia. Pues ésta es, en ese supuesto, necesariamente la única instancia competente por lo que hace a la *técnica* financiera y administrativa con la cual haya que realizar las propuestas. Los retrasos de esa burocracia que resulten difícilmente soportables, incluso para la ingenuidad académica, tendrán entonces sus causas en la insuficiencia personal de tal o cual funcionario o ministro. Contra eso es lícito protestar; y es asombroso el que en algunos casos sueltos, y particularmente en pequeñas ciudades universitarias, fuera posible movilizar a estudiantes para realizar manifestaciones por esos motivos apolíticos de protesta.

De acuerdo con esa situación, las propuestas estudiantiles fueron siendo, cada vez más, ataques contra

abusos o situaciones particularmente insoportables. Esta resignación ante la imposibilidad de imponer una concepción amplia de la reforma de los estudios condujo a los representantes estudiantiles a un pragmatismo cuyos pasos particulares no seguían ya conceptos generales. En esta situación los representantes estudiantiles defendieron reivindicaciones que luego han tenido que revisar y abandonar, en cuanto que se liberaron de la fase puramente pragmática (ante todo, la reivindicación de exámenes parciales). Contribuyó ante todo a esa revisión el que en el *boom* de la propaganda por la reforma lanzada desde 1962, por la burocracia de la economía ante todo, algunas reivindicaciones estudiantiles eran acogidas en un concepto de reforma que invertía, desde luego, rotundamente las intenciones perseguidas por los estudiantes con sus reivindicaciones.

Mas esta crítica no debe hacer olvidar que las concepciones de reforma de los estudios o de la universidad, formuladas a principios de los años sesenta por la VDS y por la memoria del SDS, tuvieron mucha influencia en el posterior paso de la política universitaria a la rebelión universitaria. Ya el tomar como punto de partida un modelo de democracia (sobre todo en la memoria del SDS), por abstracto que ese modelo fuera, resultaba, de todos modos, una crítica al tratamiento pragmático del problema universitario por la burocracia ministerial, aunque el modelo, por ser abstracto, no ofreciera garantía alguna de que los representantes estudiantiles no iban a caer ellos mismos en el pragmatismo. El hecho es que cuando, más tarde, algunos estudiantes empezaron a criticar el pragmatismo de sus representantes, la memoria del SDS les fue de mucha ayuda.

En 1962-1963 aparecieron los símbolos y las maravillas que habrían debido indicar a los agotados reformadores universitarios la consumación de los tiempos. Lo que ellos no habían conseguido en 15 años resultó fácilmente al alcance de la mano de unas pocas personas

del tipo de Dichgans, las cuales, ciertamente, no eran sólo diputados en el *Bundestag,* sino que, además, eran funcionarios de punta en las asociaciones patronales de la industria: en seis meses esas gentes consiguieron que la opinión pública de la República Federal se pusiera repentinamente a exigir la reforma del sistema educativo, particularmente la del universitario. La discusión pública acerca de la crisis de la educación, que en 1965 llegó a ser incluso un tema importante de la campaña electoral para el *Bundestag,* es ya cosa conocida por todo el mundo. En la sección siguiente nos limitaremos a explicitar la contradicción más importante de aquel *boom* de la reforma de la educación, porque esa contradicción permite plantearse el problema de la relación básica entre la sociedad burguesa y la ciencia.

b) Si se hace caso de los artículos, las tomas de posición, los discursos y los libros que se han dedicado desde 1962 a la crisis de la educación y la ciencia en la República Federal, se creerá que en el fondo no hay nada tan simple y obvio como la conexión entre el progreso científico y el progreso social. Cierto que para enunciar ese juicio habrá que pasar por alto, provisionalmente, el hecho de que la ejecución administrativa de las modificaciones estructurales capaces de adecuar la educación y la ciencia a las actuales exigencias sociales tropieza a pesar de todo con ciertas dificultades. Pero esas dificultades se tratan como circunstancias exteriores que no afectan en nada esencial a la relación de principio entre la ciencia y la sociedad, relación que aparece clara y transparente.

Abriendo el periódico cualquier día por la página oportuna es posible encontrar enunciados de este tenor: «Europa se ha retrasado en la marcha hacia el futuro porque le faltan dos cosas que posibilitan el progreso: educación masiva y *management* moderno. Con este duro diagnóstico ha explicado el secretario norteamericano de defensa McNamara [...]» etcétera; o noticias como la

situación siguiente, publicada el mismo día que la recién transcrita: «[...] el ministro [Stoltenberg] dijo en Gotinga que sólo creando centros de gravedad del desarrollo científico igual que en la ampliación de las instalaciones científicas, ante todo las universidades, sería posible soportar la concurrencia económica mundial».

La fórmula es pues: «desarrollo económico», «formación de masas» y «*management*» garantizan el «progreso»; y «progreso» significa capacidad de «soportar la concurrencia económica mundial».

El contexto histórico-económico del que nacen esas formulaciones es ampliamente conocido; por eso bastará aquí con recordarlo muy brevemente. A principios de los años sesenta la distancia entre el desarrollo tecnológico de los medios de producción en la República Federal y el obtenido en los Estados Unidos se había hecho ya tan grande que empezaba a presentarse como peligro serio para la venta de los productos germano-occidentales en el mercado mundial. Ese atraso tecnológico relativo tiene varias causas. La más importante es sin duda que la industria alemana occidental debió su excelente posición en el mercado mundial durante los años cincuenta precisamente a ese relativo atraso de su nivel tecnológico: gracias al flujo de grandes partes de la población de las regiones orientales del antiguo *Reich* se dispuso en 1948 de un ejército obrero de reserva prácticamente inagotable para las condiciones de entonces, y que poseía un nivel de calificación unitario. Cuando el nivel tecnológico de las instalaciones productivas que había que reconstruir correspondía al nivel unitario de calificación de la fuerza humana de trabajo superabundante, resultaba posible realizar una lucha concurrencial con mucho éxito sobre la base de ese nivel tecnológico —atrasado sólo respecto del de naciones industriales como los Estados Unidos o la URSS, pero en sí muy desarrollado—, porque, dada la intercambiabilidad entonces casi ilimitada de fuerza de trabajo calificada, los costes salariales

se podían mantener a un nivel extremadamente bajo, o sea, extremadamente beneficioso. La DGB,* que dispuso su estrategia para la consecución de la eliminación del paro a cualquier precio, resultó un colaborador sumamente eficaz de esa estrategia salarial de los capitalistas. Ya la mera estructura de esas plantas productivas que correspondían de modo óptimo a las condiciones del mercado de trabajo, con sus características un poco tradicionales, junto con los factores infraestructurales que les correspondían, bastan para explicar en esas condiciones de su reconstrucción —aparte del capital que suministraron los Estados Unidos— el «milagro económico», sobre el cual, en realidad, habría que inclinarse con maravilla ahora que se está terminando. En aquellas condiciones, a pesar de que las intervenciones del estado fueron al principio mínimas por el escaso rearme inicial, consiguieron florecer incluso la industria pesada y de bienes de capital, apenas desconcentrada, y que, por su alto grado de concentración y organización, es siempre la primera en tropezar con las dificultades del exceso de capacidad.

El estancamiento del nivel tecnológico que es la base del «milagro alemán» era a su vez resultado de otra circunstancia. El reparto del poder mundial entre los estados capitalistas, resultado de la segunda guerra mundial, no habría permitido probablemente ninguna otra posibilidad de desarrollo. Los EE.UU., la principal potencia capitalista, había superado por fin los fenómenos de la crisis económica mundial gracias al *boom* del armamento en la segunda guerra; la estructura productiva de los EE.UU., que probablemente se ha desarrollado y configurado plenamente con esa ocasión, exigía a partir de 1945 que el gobierno norteamericano consiguiera un desarrollo del armamento y el equipo de los países de la OTAN dominado ante todo por las condiciones reque-

* DGB: Deutscher Gewerkschaftsbund [Liga Sindical Alemana].

ridas por la industria norteamericana pesada y de bienes de capital, la cual dependía de esa renovación. Y esto significaba que la industria norteamericana pesada y de bienes de capital iba a monopolizar la producción destructiva, que en las condiciones capitalistas del desarrollo tecnológico elimina las barreras puestas por el sistema al desarrollo económico, al sustraer de la esfera del consumo los resultados del avance tecnológico. El grado de organización de la industria americana y del capital americano, que ya en los años veinte superaba con mucho al de los estados industriales europeos, constituía el presupuesto material necesario para que en la competición global de la guerra fría se produjeran en los EE.UU. desarrollos tecnológicos que resultaran, a partir de un cierto nivel, inaccesibles para los estados europeos (al menos, dado su grado de organización actual en el terreno de la financiación y los capitales y en el de la política). La ampliación de los sectores industriales inmediatamente dependientes del armamento fue al mismo tiempo, para una gran parte de los demás sectores industriales estadounidenses, la condición de un ulterior desarrollo organizativo y tecnológico.

El pleno empleo conseguido por la economía de la Alemania occidental en la segunda mitad de los años cincuenta, así como el desarrollo negativo del incremento demográfico, alteraron la situación del mercado de trabajo hacia fines de los años cincuenta. Con eso empezó por desaparecer el ejército de parados que había hecho posible la restrictiva política salarial del «milagro»; tampoco era ya posible mantener un ritmo de crecimiento económico tan rápido como en los años del «milagro», si es que el crecimiento se iba a seguir fundando, como hasta entonces, ante todo en la ampliación del volumen del trabajo. El reclutamiento de fuerza de trabajo en la RDA no significó cierto alivio más que hasta el 13 de agosto de 1961; los altos costes secundarios provocados por los trabajadores extranjeros, particularmente por la

necesidad de calificar primero adecuadamente esa fuerza de trabajo, hicieron que también esta salida resultara problemática. La única salida de esa situación es a largo plazo: el aumento sistemático de la productividad de la fuerza de trabajo. Y eso exige nada menos que la superación del atraso tecnológico relativo. Ya durante los años del «milagro» ese retraso se expresó en la disminución constante del tipo de crecimiento de la productividad, aunque aumentara el tipo de la inversión.

La superación del atraso tecnológico no tropezaba sólo con la monopolización de los desarrollos decisivos en la industria de armamento por la industria americana (pues a pesar de todo Francia, enfrentada con las mismas dificultades, rompió por ellas las cadenas políticas, militares y económicas que la ataban a los EE.UU.). Tampoco la contracción del gasto público, consecuencia directa de la crisis del crecimiento económico, fue el obstáculo decisivo para la superación del atraso tecnológico, aunque aquella reducción hizo insuficientes las inversiones estatales, ante todo en los sectores ya estancados. Los varios esfuerzos realizados por la República Federal en esta situación, como el de promover la concentración de empresas y el de buscar un paro mínimo manipulando hacia arriba el tipo de descuento, los presupuestos eventuales, la ley de estabilización, la reforma monetaria, son tan conocidos como sus acompañamientos políticos: la gran coalición, la reforma de la ley electoral y las leyes de excepción. Pero el problema capital de un aumento sistemático de la productividad queda relativamente intacto por esas medidas. Los cambios necesarios de las estructuras regionales, de las estructuras de enlace entre los sectores industriales, de las estructuras organizativas y tecnológicas de cada sector, todas esas transformaciones tienen un presupuesto común: el ulterior desarrollo de la estructura de las fuerzas de trabajo en cuanto a su calificación. Ya no se trata sólo de desarrollar nuevos procedimientos, o hasta nuevos sectores de la producción. Todo desarrollo

de ese tipo tiene además como presupuesto el que se eleve al nivel correspondiente la calificación de la fuerza de trabajo, elevación que es, por otra parte, presupuesto también de la «movilidad» de la fuerza de trabajo, movilidad exigida por la renovación «sin roces» de los sectores industriales.

Así pues, no sorprende que los dispositivos de la educación atrajeran el interés público, a instancias de los industriales interesados. Y si se tiene en cuenta que durante todo el período del «milagro» no hubo prácticamente política alguna de la educación, tampoco sorprende el que la opinión pública, al llamársele la atención acerca de estos problemas, prorrumpiera en lamentos tan trágicos como los de Casandra. Pero lo catastrófico no era sólo el sistema de enseñanza, sino también la perspectiva de mejorarlo; las masas de dinero necesarias no se podían conseguir de los presupuestos públicos, reducidos ya antes por la crisis de crecimiento y apenas suficientes para apoyar la coyuntura en sus puntos más peligrosos, y aún a corto plazo.

Sobre ese fondo general se entiende sin más la crítica dirigida desde 1962 al sistema educativo, igual que la exigencia de que ese sistema se adecuara a las necesidades económicas. Es una crítica que parece proceder en nombre del progreso, y tan justificada como la exigencia de ampliar la red de carreteras. Toda resistencia universitaria, por ejemplo, a la intención de que el rendimiento de la universidad se oriente por las necesidades económicas parecería jeremíada idílica, estrechez y hostilidad al progreso. Toda la razón parecía estar del lado de las asociaciones patronales: la República Federal ha entrado en una grave crisis de crecimiento cuya solución exige el esfuerzo concentrado de todos los ciudadanos; y con las reformas del sistema educativo parece plantearse al mismo tiempo la realización de la reivindicación más democrática que existe, la educación de las más amplias capas de la población.

Pero ya en este punto vale la pena hacer algunas observaciones sobre esa crisis:

1. La actual crisis de crecimiento tiene como causa una deficiente estructura de la calificación de la fuerza de trabajo. Esa estructura de la calificación fue, en el período del «milagro económico», la condición principal del crecimiento; pues sólo esa estructura uniforme y relativamente atrasada de la calificación posibilitó la intercambiabilidad casi ilimitada de la fuerza de trabajo y, con ella, dada la superabundancia de la fuerza de trabajo, los bajos costes salariales que constituyeron el presupuesto del crecimiento económico. La estructura de la calificación de la fuerza de trabajo, que hoy se ve como factor crítico, es, pues, presupuesto y producto de una estrategia del beneficio capitalista que luego ha quedado anticuada. Por eso no puede sorprender el que la riqueza que con esa estrategia se arrebató a la fuerza de trabajo no se haya utilizado ni parcialmente para seguir calificando a la fuerza de trabajo misma.

2. Otra causa de la actual crisis de crecimiento es el pleno empleo conseguido. Con el pleno empleo, el capital alcanzó un límite natural provisional en la aplicación de fuerza de trabajo humana, así como un límite social provisional de la estrategia del beneficio cuya parte principal, los salarios bajos, exigen la existencia disciplinadora de un ejército obrero de parados. La economía entró así en una situación crítica cuando se agotó en el pleno empleo la concurrencia entre los trabajadores, la concurrencia que acarrea a una parte de ellos el paro y a la otra parte los bajos salarios, o sea, perjuicios para unos y otros.

3. Otro de los factores de la actual crisis de crecimiento es la situación de monopolio de la industria estadounidense en la producción más avanzada de armamento, la cual es, en las condiciones del capitalismo, el factor decisivo del desarrollo tecnológico de la producción industrial en su totalidad. Si entendemos la producción mi-

litar como expresión extrema de la absorción y la destrucción sistemáticas de la riqueza social, eso significa que la crisis alemana está en parte determinada por el hecho de que la industria de la Alemania occidental ha quedado excluida por los monopolios norteamericanos de la forma más eficaz y sistemática de aniquilar riqueza social.

Hemos de seguir ahora las contradicciones aquí esbozadas a lo largo de la crítica oficial y de los planes oficiales de reorganización relativos al sistema de la educación y particularmente a la enseñanza superior. Nos referiremos sobre todo a las «Recomendaciones del Consejo Científico [Wissenschaftsrat, WR] para la reordenación de los estudios», del verano de 1966. Estas recomendaciones son probablemente el intento más digno de estudio de concentrar la crítica de los últimos años a la universidad en un sistema de propuestas de reforma.

Tras la cháchara que habla de la universidad como de un taller medieval plantado en medio de una sociedad altamente industrializada, crítica que permite a instancias oficiales conseguir cierta popularidad, se perciben ante todo dos reproches a la universidad existente. El uno se dirige aparentemente contra los contenidos de la enseñanza universitaria y critica sus pretensiones científicas excesivas, las cuales, según esa crítica, provocan inseguridad y desorientación en la mayoría de los estudiantes; el otro se dirige contra la organización del estudio y critica el que la universidad «pretenda» que el estudiante planee autónomamente sus estudios, pues esa «pretensión» provoca mayor inseguridad en la mayoría de los estudiantes. Ambos reproches se dirigen pues contra situaciones en las cuales el estudiante no puede, según esas concepciones, conseguir orientación. La argumentación sostiene que en la inseguridad de los estudiantes se encuentran las causas de los estudios «excesivamente largos» y del gran número de carreras interrumpidas. Para aliviar esa situación se propone la «concentración del ma-

terial científico al saber que es de utilidad para las profesiones» y los «curricula» obligatorios, que sí ofrecen segura orientación; a lo cual se añade la introducción general de exámenes parciales como metas de etapa y puntos de selección, así como la limitación general del período de estudios a ocho semestres.

Si se tiene, por de pronto, en cuenta que no hay hasta ahora idea alguna acerca de qué es ese «saber de utilidad para las profesiones», las propuestas en cuestión parecen menos dirigidas a la orientación de los estudiantes que a la del señor ministro de Hacienda. Pues lo que sí permitirían es una mejor calculabilidad del capital invertido en las universidades, y mejorar, cuantitativamente al menos, el *out-put* de éstas. Si se recuerda que hoy día interrumpen los estudios más del 40 por ciento de los estudiantes, con un tiempo medio de estudios de unos once semestres, se apreciará que, incluso con una tasa de selección del 50 por ciento, se tendría un importante aumento de eficacia al limitar el período de estudios a ocho semestres. Si se añade a ello que la selección principal se coloca según esas propuestas ya al final del cuarto semestre, entonces queda claro que el riesgo de las inversiones públicas en la educación superior se reduce considerablemente. Las dos medidas juntas posibilitarían, además, que las universidades absorbieran de un modo u otro la masa de estudiantes, que aumentará rápidamente a partir de 1970, aunque, como es de prever, la ampliación de las viejas universidades y la construcción de otras nuevas proceda muy lentamente a causa de la situación presupuestaria. La reforma se limita manifiestamente a medidas de racionalización destinadas a conseguir un aumento del *out-put* de las existentes instalaciones educativas; no parece preocuparse en modo alguno de *lo que* más hombres han de aprender más deprisa en las universidades. Pues la crítica al supuesto exceso de ambición científica de la actual enseñanza universitaria no se refiere a esto, sino que revela sólo interés

por una reducción del período de estudios, reducción, por lo tanto, de los costes de producción de graduados universitarios.

En un momento en que no hay prácticamente conocimientos científicos acerca de los contenidos de una formación adecuada para las exigencias presentes y futuras de las profesiones, el exigir de las universidades la reducción *al* «saber de utilidad para las profesiones», mientras se sigue aferrados a una separación tajante del estudio práctico y el estudio teórico, revela simplemente el desinterés por los contenidos de la formación teórica. Firmas como la IBM parecen ya dar por supuesto que lo primero que tienen que hacer con los graduados que contratan es explicarles la diferencia entre la matemática universitaria y la que tiene interés para la producción. Parecida es la situación por lo que hace a las expectativas industriales frente a los sectores académicos de la química, la física, la biología, la medicina y las ciencias económicas. «Todo eso que han aprendido ustedes en la universidad está muy bien. Pero ahora presten ustedes atención, que vamos a explicarles la realidad»; esta frase, dicha de un modo u otro, es la recepción normal de los graduados universitarios en su práctica profesional. Y las diferencias entre los jóvenes ayudantes que hacen prácticas en un instituto y el veterano profesor con muchos años de servicio —«la práctica no se rige por los hermosos principios que ha aprendido usted en la universidad»— ha cuajado ya incluso en figura literaria.

Si pasamos por alto la clásica hostilidad a la teoría, que es una de las cosas manifiestas en esas frases y esas actitudes, casi podría creerse que la industria y las instituciones públicas no formulan ninguna exigencia *precisa* a la formación dada en las universidades. Por otra parte, ya el breve y grosero análisis económico de las actuales dificultades, tal como lo hemos dado antes, muestra que para superar esta crisis de crecimiento hace falta una ele-

vación de la estructura de la calificación de la fuerza de trabajo que se puede calcular con bastante precisión. Esta contradicción no queda suficientemente explicada por una alusión a la tensa situación de los presupuestos públicos, la cual no permitiría sino medidas de reforma provisionales (aunque, desde luego, no hay que despreciar la importancia de las dificultades presupuestarias). La indiferencia de la crítica oficial de la universidad respecto de los contenidos de la enseñanza no tiene tampoco, evidentemente, nada que ver con la preferencia por una formación que facilite no tanto saber directamente aplicable cuanto la capacidad de poder resolver científicamente con autonomía los problemas que se presenten. Aunque una formación de este tipo correspondería al actual nivel tecnológico de la producción, sin embargo, la reforma que en este momento están promoviendo las burocracias ministerial y económica se orienta precisamente contra esa educación en la independencia científica. Eso se aprecia no sólo en la crítica a la actual enseñanza universitaria, a la que se reprocha la excesiva pretensión científica de un objeto que hoy ya apenas se propone (el objetivo de educar para la autonomía científica por medio de la unión de la investigación y la enseñanza), sino también, y aún más claramente, en las críticas, más detalladas y ya con precisas propuestas destructivas, que se dirigen contra la planificación autónoma de los estudios por los estudiantes. Cuando el WR se pronuncia por la supresión de la tradicional autonomía estudiantil en esa planificación del *curriculum,* arguyendo que la autonomía tiene su lugar adecuado en la práctica de la profesión, ese distinguido gremio está practicando algo más oscuro que el humor negro.

Los estudiantes que en el pasado se esforzaron en vano por conseguir la reforma de la universidad y de los estudios no aspiraban en primer término a una aceleración del período de los estudios, sino a una modificación cualitativa de éste. Por eso dirigieron primordial-

mente su crítica contra la estructura jerárquica de la universidad, la cual, como mostraron convincentemente, resultaba rígida, y hasta contraproducente, para las nuevas formas de trabajo científico exigidas por el desarrollo de la ciencia. Cuando empezó el debate sobre la reforma promovido por Dichgans, los estudiantes intentaron aclarar a sus sedicentes co-reformadores que la reforma tenía que aportar ante todo el final de la estructura jerárquica de la universidad. Indicaron las reservas, aún sin utilizar, que liberaría una «democratización» de la universidad. Pero no se prestó atención a sus propuestas.

La indiferencia por los contenidos de la enseñanza universitaria en la medida en que no promueven la independencia científica de los graduados, así como la indiferencia respecto del «aumento del rendimiento» que se podría conseguir destruyendo la estructura jerárquica de la universidad resultan a primera vista sorprendentes si se tienen presentes las reales dificultades provocadas por el abandono de la estructura de la calificación, o sea, del sistema educativo. Una planificación de la fuerza de trabajo con formación universitaria que, en la actual situación económica, se orienta ante todo contra un aprendizaje determinado por la investigación y la decisión autónomas y se muestra indiferente a los contenidos de la enseñanza tiene que estar persiguiendo objetivos pedagógicos que hasta ahora no sospechábamos.

Así pues, esa crítica que se presentó en nombre del progreso y cuya razón, frente a las instituciones pedagógicas tan insatisfactorias, pareció a primera vista evidente, tiene que ser sometida a un análisis más exacto; tenemos que atender —breve y simplificadamente— a la relación básica, histórica y sistemática, entre la sociedad burguesa y la ciencia, particularmente las universidades.

II. Universidad y capital

a) Como es sabido, las viejas universidades feudales de los estados que posteriormente se reunieron en el *Reich* alemán atravesaban una profunda crisis, manifiesta ante todo en la disolución de varias universidades, precisamente en el momento en que en la Francia de finales del XVIII la sociedad feudal sucumbía en su catástrofe decisiva. Cuando a principios del siglo XIX, y a pesar de toda la Santa Alianza, la sociedad burguesa se hubo impuesto ya, se creó en Prusia la nueva universidad alemana, cuya forma estructura hasta hoy, sin alteraciones esenciales, las universidades alemanas (prescindiendo de las de la RDA, cuyo desarrollo no consideramos aquí). Mas a pesar de esa colocación histórica, la nueva universidad alemana que en Berlín consiguió su prototipo el año 1810 no fue una universidad burguesa.

Los estados alemanes seguían siendo estados feudales tras la derrota de Napoleón I. Aunque grandes estados feudales, como Prusia, se afirmaban contra las nacientes naciones burguesas, cuyo incomparable despliegue de fuerzas había sido tan espectacularmente exhibido por Napoleón, sin embargo, apenas les era posible reprimir con resolución el desarrollo del modo de producción burgués. Ya los mismos intereses militares, los más antiburgueses en la época, exigían un cierto despliegue económico de la burguesía en los estados feudales. Esto significaba, tendencialmente al menos, que el estado, pese a seguir íntegramente bajo dominio de la nobleza, no era ya capaz de servir a los intereses de la aristocracia como clase más que practicando una política *para* las dos clases, la aristocracia y la burguesía. La tarea consistía, pues, en conseguir que la nobleza dirigiera una política para la burguesía, a la cual se toleraría y hasta promovería económicamente, pero manteniéndola en mino-

ría de edad política. En esta situación cobró su sentido específicamente alemán el concepto de «estado jerárquico». Esta ampliación de las funciones del estado feudal requirió el tipo de funcionario civil ya no *exclusivamente* instrumento fiel de la arbitrariedad y la cerrazón mental de los nobles, sino, además, especialista del compromiso de clases dentro del margen que la clase feudal *en cuanto totalidad* concedió o tuvo que conceder a la otra. La educación de este nuevo funcionario estatal «universal» iba a ser la tarea primaria de las nuevas universidades. El trabajo científico, ejercido «en soledad y libertad», procuraría la educación de una personalidad situada por encima de los intereses particulares de las capas y las clases. Aunque los hombres que rodeaban a Humboldt tuvieron que imponer esa universidad venciendo las resistencias de la nobleza, el carácter feudal de la institución se revela inequívocamente en su adecuación a las necesidades de una sociedad que, precisamente mediante la personalidad «universalmente» educada del funcionario estatal, intentaba evitar la división de poderes con la burguesía en el estado.

No se puede pasar por alto, con todo eso, que la universidad humboldtiana es probablemente, de todas las piezas de la reforma prusiana de principios del siglo XIX, la que mejor encarna el compromiso con la burguesía, compromiso que fue al mismo tiempo el obstáculo decisivo opuesto a la emancipación burguesa. La ficción del funcionario estatal «universal» situado por encima de los intereses de clases y cuya educación es tarea de la nueva universidad anticipa la idea de una sociedad en la cual estuvieran ya superadas las contradicciones de clase. Por eso aquella universidad pudo ser el foco del idealismo alemán, el cual había superado plenamente, *en la teoría,* la sociedad feudal. Marx ha escrito que en el idealismo alemán los alemanes fueron «contemporáneos *filosóficos* del presente (burgués), aun sin ser contemporáneos *históricos* de él». La burguesía, que en otros lugares de

Europa era ya una fuerza política, quedó entre nosotros en idea, idea vinculada a la formación de una personalidad que en realidad no era servidora de un estado ideal, sino del estado feudal. Este carácter feudal de la nueva universidad se expresó institucionalmente en la estructura jerárquica, la cual produjo con el catedrático numerario la caricatura del déspota ilustrado.

Pero la burguesía alemana siguió sin ver la necesidad de sustituir la universidad feudal por una universidad burguesa incluso cuando a fines del siglo XIX había conseguido ya en principio su emancipación política. Cuando el desarrollo del modo de producción burgués exigió el despliegue de la ciencia técnica en una medida que no podía ya quedar garantizada privadamente por las empresas, la burguesía hizo que el estado fundara escuelas técnicas superiores que, al igual que los correspondientes tipos de enseñanza media, no gozaban de todos los privilegios universitarios. En estas instituciones de formación técnica que, al menos institucionalmente, no afectaron en nada a la universidad, se ha expresado probablemente toda la «política educativa» de la burguesía. Una vez aseguradas la producción de un saber técnico relevante para la acumulación del capital y la producción de la calificación correspondiente de la fuerza de trabajo, la burguesía consideraba oportuno que sus hijos adquirieran aquella formación feudalmente determinada que podía «humanizar» en algo el sobrio asunto de la explotación del hombre. La universidad humboldtiana parecía muy adecuada para ello. Es verdad que a raíz del marzo de 1848 hubo tendencias aisladas a crear una universidad popular burguesa; también en 1848-1849 se produjeron en la universidad, entre los diversos grados de científicos universitarios, discusiones acerca de la estructura feudal antidemocrática de la universidad. Pero a medida que la burguesía iba concertando su paz con la aristocracia durante la segunda mitad del siglo XIX, perdiendo así todo interés por la liberalización de la sociedad, sus deseos se

realizaban más en una universidad humboldtiana que en una universidad liberal.

A diferencia de la burguesía francesa, la alemana consiguió el poder político en alianza con la nobleza. Si se prescinde de la fracasada revolución de 1848, no ha habido en los estados alemanes la fase burguesa temprana en la cual la burguesía, para desplegar su propio modo de producción, aspira a debilitar el estado tradicional y a minimizar sus funciones, por lo que se ve obligada a derribar, junto con la clase campesina y la proletaria, el enemigo común, el poder de la nobleza. En Alemania, la producción burguesa alcanzó un estadio económicamente desarrollado bajo el dominio intacto de la nobleza. La burguesía alcanzó su plena robustez económica, la que le habría bastado para hacerse también con el poder político, en un momento en el cual se veía ya constreñida por dos razones a una alianza con la nobleza, la cual seguía representando, como antes, el mando militar y el poder ejecutivo.

En primer lugar, el despliegue de la producción burguesa había producido masas proletarias, las cuales aspiran a revolucionar radicalmente en sentido socialista la sociedad feudal-burguesa. La burguesía no habría podido probablemente desarmar políticamente a la nobleza sin provocar una crisis política interna que habría podido ser fatal para ella misma. Burguesía y nobleza se encontraron con la necesidad de reforzar los instrumentos de la violencia represiva interior. En segundo lugar, había que reforzar también la violencia dirigida hacia fuera. Tanto la superación de la división política de Alemania, condición necesaria para el ulterior desarrollo del modo de producción burgués, como la concurrencia capitalista internacional, el proteccionismo en el comercio exterior y la lucha por los territorios colonizables exigían una política exterior irrealizable sin una gran fuerza militar. La burguesía necesitaba a la nobleza para realizarla, y la nobleza le ahorró el trabajo de constituir el cuerpo de

oficiales y la burocracia ministerial. La nobleza, por su parte, necesitaba a la burguesía, y no ya sólo por el desarrollo tecnológico del armamento, sino porque su misma existencia política estaba ya vinculada con la de la burguesía.

La cooperación entre nobleza y burguesía no se realizó en gremios legislativos, pues la emancipación política de la burguesía por medio del parlamento habría significado el peligro de que, precisamente por medio del parlamento, el proletariado desposeyera a ambas clases. Por eso en la época del imperialismo y del reforzamiento del movimiento socialista la burguesía fue abandonando su vieja reivindicación de que todo poder político debe estar mediado por el parlamento. Y por eso la cooperación de nobleza y burguesía se canalizó por medio de la burocracia del estado, sustraída a todo control público o parlamentario. En la medida en que la burguesía, gracias a la creciente concentración de la producción, consiguió organizar completamente el mercado de capitales y someter así del todo incluso la renta de la tierra, en esa misma medida la burguesía llegó a ser, con la indicada política burocrática, un contratante no ya igual, sino superior en poder a la nobleza. La burocracia estatal, ocupada y desempeñada por la nobleza, se había convertido en instrumento de la burguesía. Y sin embargo, esa política burguesa se realizaba *feudalmente,* con esa irracionalidad, muy atrasada respecto de los cálculos de efectividad desarrollados por el capitalismo, a la que la burguesía alemana debe probablemente su derrota en la primera guerra mundial. La extensión del poder del estado hacia dentro y hacia fuera produjo directamente una ampliación burocrática de la máquina del estado. Esta ampliación cuantitativa de la máquina estatal correspondía a la modificación cualitativa de su función. El estado se caracterizaba por la forma de la alianza de la nobleza con la burguesía, alianza orientada a una política expansionista hacia fuera y represiva hacia dentro, ante todo contra la clase obrera.

Por eso no podía preocupar a la burguesía, así llegada al poder, el que los funcionarios del estado se formaran en universidades de carácter feudal, aunque con la alteración del carácter del estado cambiara también la función del funcionario estatal. Mientras que cuando la fundación de la universidad nueva, a principios del siglo XIX, el centro de todo era la idea de un aparato estatal *destinado* a rebasar principalmente el estrecho dominio de clase aristócrata, en cambio, a finales del mismo siglo el aparato del estado era ya sólo el instrumento de la alianza de clase, reaccionaria e imperialista, de la nobleza con una burguesía que había abjurado de toda liberalidad. Y mientras que a principios del XIX la formación universitaria había sido la reducida cabeza de puente encerrada en la cual la época burguesa liberal vivió en Alemania su irreal existencia, en cambio, a finales de siglo la formación universitaria era una función más de un dispositivo estatal dirigido contra toda liberalidad. No había hecho falta cambio alguno de la forma institucional de la universidad para conseguir ese cambio funcional.

b) Sin duda es muy discutible el intento de exponer la relación básica entre la ciencia y la sociedad burguesa concentrando la atención y reduciéndola a la ciencia universitaria. Mucho más natural sería que ese estudio arrancara de las ciencias técnicas. La dimensión técnica, instrumental, de la ciencia, que en la segunda mitad del siglo XIX ha determinado también las ciencias universitarias, es, en cualquier caso, producto de la sociedad burguesa establecida, que ya ha perdido su liberalidad. Pues en la cuna de la sociedad burguesa no estuvo el positivismo, sino la ilustración. Pero como en Alemania las instituciones al servicio de la producción de saber técnico o de formación técnica han sido fundadas por un estado que en modo alguno contenía la tensión entre época burguesa temprana liberal y época burguesa tardía imperialista, no hay en esas instituciones al servicio de la

ciencia técnica más objeto de estudio que el rostro de la ciencia depravada, incapaz de ofrecer resistencia alguna a su uso imperialista. Esta ciencia técnica, incapaz de resistencia, de la que más tarde hablaremos detalladamente, tiene necesariamente que exponerse como resultado de un proceso político, la historia *política* de la ciencia; vamos pues a estudiar la transformación política de la ciencia, el abandono de su ilustración, por idealista que fuera, en favor de un positivismo oscurantista, o sea, la transformación política de las ciencias formativas universales de la universidad humboldtiana. Será útil para la aclaración de ese proceso de transformación política el que en el siguiente excurso estudiemos algo más a fondo la cuestión de por qué la institución universidad no fue capaz de oponer nada a su utilización antiilustrada, imperialista. Por el contrario, y como es sabido, las universidades de fines del siglo XIX fueron avanzadillas del antisemitismo y del chauvinismo.

Excurso

En cuanto organismo del estado la universidad está en contradicción con la teoría del estado y la concepción de la sociedad liberales, propias de la temprana burguesía. Para esta teoría, en efecto, la universidad del estado, incluso en los lugares en que el estado no es, como en Alemania, feudal, resulta un resto feudal o un producto del compromiso entre la burguesía y la nobleza, al igual que la misma división de poderes. Pero, por otra parte, precisamente ese elemento feudal, ese hecho de que la universidad sea aparato del estado, procura a la ciencia una dimensión social que no sólo no se queda por detrás de la comprensión burguesa de la sociedad, sino que se le anticipa considerablemente.

De acuerdo con la comprensión burguesa temprana de la sociedad, la totalidad social tenía que constituirse

a través del juego «ciego» de los intereses particulares, los unos con los otros o contra los otros. El mercado era la quintaesencia de esa concepción de la sociedad. La totalidad social no se podía pensar como estado sino, a lo sumo, negativamente, o sea, como poder general centralizado para garantizar la ausencia de violencia en el tráfico social de los individuos que persiguen sus intereses particulares.[2]

Si, pues, el estado disponía para la ciencia instituciones y dispositivos, y procuraba que unos individuos pudieran trabajar científicamente con independencia de la ley de la demanda, eso significaba que el libre «juego» de las fuerzas sociales no se podía aplicar a la ciencia así organizada. Así se institucionalizó en las universidades una relación entre la ciencia y la sociedad que negaba en realidad la sociedad burguesa como totalidad. En esa institución estatal la ciencia tomó una dimensión de cualidad no privatizable, aunque al mismo tiempo las ciencias técnicas, las relevantes para el capital, siguieran adelante en su «revolución», sobre base privada y para utilidad privada, con independencia de las ciencias universitarias. En la institucionalización de las ciencias universitarias había un momento de ilustración que se expresaba trascendiendo la sociedad burguesa apenas realizada aún: mientras que, según la concepción de los liberales, el «juego» caótico de los intereses sociales había de perder su elemento destructivo por medio de una concentración de violencia que impusiera la no-violencia del juego mismo, en cambio, en el caso universitario era la razón la que, como institución estatal, había de

2. No es éste el lugar adecuado para razonar la hipocresía de esa no-violencia. Tal vez podamos contentarnos con aquellas palabras que Bertolt Brecht pone en boca de Macheath: «¿Qué es una llave falsa al lado de una acción? ¿Qué es el atraco a un banco comparado con la fundación de un banco? ¿Y qué representa, querido Grooch, el asesinato de un hombre al lado de la contrata de un hombre?» (*Die Dreigroschenoper* [La ópera de tres perras]).

eliminar el elemento destructivo superando la ceguera del «juego» mismo y poniendo en su lugar unos seres humanos que planearan racionalmente sus asuntos: o sea, una sociedad que se supiera a sí misma como totalidad.

En 1810 la razón podía aún hallar simple refugio en una institución estatal; mas para que la razón dominara en esas instituciones y actos estatales, la razón misma habría tenido que convertirse en crítica práctica, política. En Alemania, habría habido que empezar por conquistar, eliminando totalmente la sociedad feudal, la sociedad burguesa, más allá de la cual apuntaba ya tendencialmente la razón en cuanto institución estatal; y eso habría significado necesariamente la reivindicación de una razón que por el hecho de convertirse en institución estatal viera reconocida su pretensión de determinar prácticamente la realidad. Por eso cuando hombres como Humboldt se orientaron por el estado feudal recién restaurado para su fundación universitaria, se dispusieron en realidad a presentar, como si fuera la totalidad a la que aspiraba la razón, el estado que servía a los intereses de clase feudales. Ante esas tendencias, hombres como Schleiermacher propusieron con razón que la nueva universidad no se sometiera a la dirección del estado feudal, sino que fuera autónoma. Pero esa reivindicación de autonomía era radicalmente acrítica, porque era ahistórica. No formulaba la distancia y la crítica determinada respecto del estado feudal restaurado, sino la distancia de la ciencia respecto del estado y la política como tales. Con aquella reivindicación de autonomía la ciencia exigía liberarse de la política, al hacer lo cual se olvidaba de liberarse de las ataduras políticas del estado feudal. La distancia crítica aparentemente universal en que se situaba la ciencia le hacía imposible el tomar reales distancias respecto de lo inmediato. La ciencia reivindicaba un despliegue sin trabas ni límites de la razón, e ignoraba la necesidad de entregarse a la

práctica ordenada por la razón en favor de una sociedad en la cual las exigencias racionales no determinaran sólo las cabezas de los filósofos, sino también la realidad social. De este modo dicha reivindicación de la autonomía de la razón produjo para ésta un espacio libre y estatalmente garantizado *más allá* de las ciegas pugnas de la sociedad; y así desterró de la real práctica social la capacidad social de planificar ilustradamente esa práctica como sociedad.

De todos modos, y por lo menos, la autonomía universitaria parecía sustraer la producción científica de la universidad a la influencia inmediata de las fuerzas sociales o del estado mismo. La burguesía en proceso de emancipación hizo que el estado fundara para el saber técnico y la formación técnica instituciones nuevas que no recibieron estatuto alguno de autonomía, como el de las universidades. Pero también las *funciones educativas* de la universidad autónoma, las que representaban el interés principal del estado y de las fuerzas sociales dominantes, se cortaron siempre directamente a la medida de los intereses «públicos». En este punto faltó desde el primer momento toda autonomía universitaria, aunque la sumisión directa de las funciones educativas de la universidad al servicio de los intereses dichos supo evitar siempre lesiones directas a la libertad de investigación y de enseñanza. La historia de la sumisión de la universidad a los intereses dominantes, que es el marco más adecuado para estudiar detalladamente el interés «público» por la universidad, es la historia de los reglamentos de provisión de cátedras, de programas y exámenes, así como de los tipos de éstos, del modo como se instauraron, de las especialidades a las que primero afectaron, etc. Se puede observar que con la emancipación política de la burguesía ha aumentado intensamente la orientación rígida de las funciones educativas de la universidad, pero sin influenciación *directa* de los contenidos de la investigación y la enseñanza. El pri-

mer proyecto de la ley universitaria recientemente aprobada en el *Land* Hessen reconoce a los estudiantes el derecho a demandar a la facultad si en su programa quedan sin tratar campos de alguna especialidad cuyo conocimiento se pueda exigir reglamentariamente en examen; al proceder así, ese proyecto se limitaba a inferir las últimas consecuencias de la ordenación de los exámenes, la programación y las cátedras que ya desde hace mucho tiempo rige nuestras universidades. El catedrático que sólo al explicitarse esta consecuencia se haya dado finalmente cuenta de que el orden universitario vigente lesiona la libertad de enseñanza tendrá que reconocer que su ceguera se debe a la facilidad con que ha ignorado hasta ahora que ese orden universitario eliminó hace mucho tiempo la libertad de aprendizaje.

Importante síntoma en este contexto es que la historia de la universidad, escrita por los profesores, no registra prácticamente la supresión de la libertad de aprendizaje por aquellas ordenaciones; en cambio, cualquier intento de un ministro de educación de influir en la provisión de una cátedra puede estar seguro de provocar su registro más indignado y detallado en todas las historias. Pues la autonomía de la universidad no es en realidad más que la autonomía de los propietarios de las cátedras, los cuales, puesto que de hecho lo deciden todo por sí mismos en la universidad, se confunden a sí mismos con ella —no sin cierto realismo— cuando hablan de autonomía universitaria. Sin duda, la libertad de los propietarios de las cátedras en cuanto a la investigación y la enseñanza fue un progreso respecto de la universidad feudal. En 1810 persistía el mal recuerdo de acontecimientos como la expulsión del filósofo Christian Wolff (bajo amenaza de muerte) de la universidad de Halle, o como la intervención de la corte prusiana contra un tratado de Kant. Pero la limitación de la libertad universitaria a libertad del catedrático numerario, limitación que ha fundado en el seno de la univer-

sidad esta situación de dominio autoritario jerárquico-feudal, contiene en sí la correspondencia íntima y el fundamento del indicado carácter de la autonomía universitaria, carácter que acaba por hacer de ella un dique contra la emancipación política de la razón. Los catedráticos pagan su libertad teórica impidiendo a la razón que actúe la liberación práctica.

Como hemos visto, la autonomía de la universidad tenía por objeto el liberar a la ciencia universitaria de la política como tal; significaba, pues, libertad en el aislamiento respecto del mundo. Esa libertad definía a la ciencia como teoría separada de la práctica. Con ello las ciencias universitarias renunciaban a determinar el modo como se utilizaría en la sociedad su producción teorética. De acuerdo con esa construcción de la autonomía era inevitable que determinaran el uso social del conocimiento científico instituciones que no deciden según criterios científicos. Esta división del trabajo en producción de conocimientos científicos y su utilización consigue que aunque un catedrático se ocupe, incluso críticamente, de la utilización de la ciencia por el estado, por ejemplo, no llegue a ningún resultado; pues el estado no cuenta con procedimiento alguno para aprovechar este uso de la razón de su funcionario, uso, desde luego, permitido. Y si esa situación llegara a tal extremo que el catedrático se decidiera a actuar políticamente, entonces, y por lo que hace a esa actuación, no sería ya catedrático, sino ciudadano aislado. Sólo una comprensión política de la ciencia permitiría a los científicos universitarios actuar políticamente no como grupúsculo de ciudadanos, sino como universidad; les posibilitaría manifestar políticamente el interés social por la ciencia universitaria y, por lo tanto, la dimensión social de ésta. Pero precisamente esa autocomprensión política de las ciencias universitarias, autocomprensión que habría permitido superar la autonomía en cuanto distancia acrítica respecto de la política, fracasó inevita-

blemente en una universidad en la cual la autonomía era propiedad exclusiva de los catedráticos numerarios.

Ocurre que una posición tan privilegiada como la del catedrático numerario no se puede legitimar en el proceso del trabajo científico —el cual no suministra fácilmente justificación de las relaciones de subordinación y supraordinación— si no es por medio de una teoría de la ciencia que vincule la verdad científica a una determinada estructura de la personalidad; aún más precisamente, esa estructura de la personalidad ha de presentarse como indisputable por principio: la verdad tiene que estar delegada en una personalidad que consiga imponer la creencia en su propio superior estar *por encima de las pugnas* de los hombres concretos. Esta personalidad se produce mediante el ritual jerárquico-corporativo de la carrera universitaria; ésta es una forma secularizada de los arcaicos rituales de purificación y muerte de los instintos, y tiene como resultado el científico purificado de toda historicidad concreta. La autonomía de la universidad —en ese sentido, con expresión del apartamiento de las ciencias universitarias de la historia y la política como tales— tiene como correlato microcósmico la personalidad autónoma del catedrático numerario; complementándose la una a la otra, ambas juntas garantizan que la verdad científica quedará monda de toda determinación histórica y política.

La autocomprensión política de las ciencias universitarias destruiría forzosamente la autocomprensión científica que permite justificar la posición privilegiada de los catedráticos; no se puede realizar en la universidad una autocomprensión política sin atacar la estructura universitaria basada en la soberanía de los catedráticos. El aislamiento de la teoría respecto de la práctica, aislamiento conseguido mediante la autonomía universitaria, tiene, pues, su estabilidad dentro de la universidad por la circunstancia de que la autonomía se limita a los numerarios; la básica división social del trabajo entre la

producción teorética y la aplicación social del conocimiento tiene así su buen apoyo en la universidad, por el hecho de que dentro de ésta se reproduce una división interna del trabajo teorético, entre producción del conocimiento y libre disposición sobre el mismo.

Los catedráticos numerarios, así autonombrados pastores únicos de una verdad independiente de la historia, así afirmadores de la incapacidad racional del resto de la sociedad y de las concretas luchas de ésta, no pudieron entrar en contradicción ni con aquel dominio de clase cuyo régimen tiene como presupuesto la forzada minoría de edad del resto de la sociedad; esa opresión es más bien el presupuesto histórico-material de los catedráticos numerarios. Desde luego que la indicada tiranía de clase ha de abstenerse de lesionar los privilegios de los catedráticos. Pero tampoco tiene muchos motivos para lesionarlos, pues los catedráticos son la garantía de que la razón de las ciencias universitarias seguirá «interpretando sólo de modos diversos el mundo», y no empezará a querer «transformarlo».

Para los idealistas alemanes, primera generación de catedráticos de la nueva universidad alemana, la distancia respecto de la concreta práctica histórica, política, no era en modo alguno una renuncia a la autodeterminación material, ni menos equivalente a una autocomprensión como instrumentos. La ilustración, que al criticar las garantías celestes o metafísicas de la verdad criticaba en concreto la limitación y la estrechez del dominio clerical y feudal, tuvo que confiar la verdad al individuo que reflexiona acerca de sus experiencias. Teniendo en cuenta las disparidades de opinión entre los individuos, y sus pugnas, esa solución no podía presentarse aproblemáticamente. Y así, en efecto, la distanciación respecto de esa lucha entre los individuos era una condición de la ilustración. No se olvide que una práctica social científicamente determinada era aún cosa futura, en espera de la posibilidad de realización

según su dimensión decisiva, que es la material. Sólo con el modo burgués de producción era posible un procedimiento productivo científico, desprendido del estadio de comunicación tradicional de las habilidades artesanas. Particularmente en la Alemania industrialmente atrasada de principios del siglo XIX, la racionalidad no tenía ninguna dimensión real, determinante del proceso de producción material de la vida social. La racionalidad se agitaba en Alemania en torno al concepto de la época, sin poder determinar efectivamente nada de ella.

En una época que no contaba con la posibilidad de producir mediante planificación racional la vida social de los hombres, la razón del concepto científico más allá de la historia concreta podía consistir en la anticipación histórica de una sociedad capaz de autorrealización racionalmente determinada. Pero la ilustración hizo de su distancia respecto de la historia concreta una condición de la ciencia como tal, y declaró sin más irracional por principio la concreción, institucionalmente en la autonomía universitaria y en la ascética personalidad del catedrático, epistemológicamente en la formalización trascendental del conocimiento; con eso la ilustración se reducía a expresión acrítica de una sociedad cuyas relaciones de producción empezaban a disolver la viva productividad de los hombres para hacer de ella pura fuerza de trabajo sin contenido, cuantitativamente calculable.

En la medida en que el modo de producción capitalista desarrollaba los procedimientos científicos de producción, y la ciencia con ellos, hasta convertirlos en factor decisivo de la producción, en esa misma medida la razón ilustrada tenía que determinarse en el concreto proceso histórico de la producción, en el marco de los antagonismos de clase producidos por el capitalismo; o bien convertirse en una función meramente marginal en la vida social, en decoración cultural de una sociedad que sigue reproduciéndose bárbaramente. Una vez

que la historia real aportó las condiciones para su realización, la anticipación histórica de los conceptos de la ilustración habría tenido que pasar a consecuencia práctica, política, so pena de perder toda racionalidad.

La forma institucional del trabajo científico en la universidad era, como ya se ha indicado, un obstáculo decisivo contra la posibilidad de que la razón se autodeterminara nuevamente de acuerdo con su realizabilidad histórica en la sociedad, o sea, contra la posibilidad de que se determinara políticamente. Las rebeliones intrauniversitarias que se produjeron durante los años 1848-1849 prueban suficientemente esa afirmación.

Mientras que las ciencias formativas universitarias contemplan inermes y perplejas durante el siglo XIX el desarrollo económico, las ciencias «exactas» de la naturaleza, como fuerzas materiales del proceso de producción, celebran los triunfos que la ilustración había soñado para *la* ciencia, la cual había de determinar no sólo la producción técnica, sino también la amplia producción humana de la vida. Así escribe, por ejemplo, intimidado, Dilthey: «¿Por qué esta filosofía nacional nuestra, fundada por Kant, desarrollada por gran número de escritores elocuentes y agudos, irrefutable en aquello que niega (y niega que haya fundamentación empírica del conocimiento), no ha conseguido al menos entre nosotros romper la omnipotencia del empirismo en las ciencias? Porque la fuerza del empirismo consiste en que con él es posible hacer algo». Porque «nuestra filosofía nacional» no permitió comprender que con el positivismo acrítico no es posible sólo hacer «algo», sino, muy precisamente, acumular capital. Si la élite catedraticia hubiera reconocido en la «fuerza» del positivismo la fuerza histórica del capital, y en la «debilidad» de la «filosofía» el desinterés del capital por una ciencia que contempla la totalidad de la vida social, entonces se le habría ocurrido tal vez preguntarse por la fuerza histórico-real interesada por una ciencia que tiende a la

superación de todas las contradicciones, o sea, por un estamento

> que es la disolución de todos los estamentos, una esfera que por su sufrimento universal posee carácter universal y no reivindica ningún derecho *particular* porque con ella no se practica ninguna *injusticia particular,* sino la *injusticia como tal,* [...] que no se encuentra en contraposición unilateral con las consecuencias, sino en contraposición omnilateral con los presupuestos del estado alemán, una esfera, por último, que no se puede emancipar sin emanciparse de todas las demás esferas de la sociedad y emancipar con ello a todas éstas; una esfera que es, en una palabra, la *pérdida total* del hombre, y que por lo tanto sólo se puede ganar a sí misma mediante la *plena recuperación del hombre* [...] el *proletariado* (K. Marx).

Pero como los antiguos regidores de la ilustración se limitaron a comprobar, resignados, que las dispersas ciencias particulares, incapaces de autoconcepto (ése es precisamente el acertado reproche de Dilthey), cobran una impensada emancipación gracias al modo de producción burgués ya dominante, tienen que comprobar al mismo tiempo que también la universidad ha perdido su concepto, que el modelo de la corporación de sabios se ha reducido a recubrimiento externo de disciplinas sueltas y heterogéneas que ya no son capaces de comprensión conjunta. La conexión de las ciencias no es ya obra de la ciencia, sino que se producirá en el ciego «juego» de las fuerzas sociales. Esto no podía impedir aquella autonomía universitaria que «liberaba» a las ciencias de la historia y de la política, sino que, por el contrario, la producía. La autonomía universitaria se había vaciado completamente, no era ya más que una forma jurídica que regulaba los privilegios de los catedráticos. Las «sublevaciones» de las ciencias universitarias contra su instrumentalización históricamente con-

sumada, ante todo la filosofía vitalista de principios de siglo, asumen un carácter nacionalista, chauvinista o antisemita. Las fuerzas sociales que disponen ciegamente de las ciencias y de su conexión se convierten en objeto de mitológica identificación heroica para el catedrático ya cristalizado en pequeño burgués, el cual no puede entender esas fuerzas ni liberarse de ellas sin abandonar al mismo tiempo sus pequeños privilegios.

c) En la segunda mitad del siglo XIX las ciencias formativas universales que, según las ideas de 1810, habían de ser el centro de la nueva universidad se encontraban ya en las zonas marginales del desarrollo científico. Como esas ciencias no pudieron transformar en práctica histórica la reivindicación de su concepto de la razón, de la realidad racionalmente configurada por el hombre, en el momento en que el despliegue de las fuerzas productivas en el capitalismo suministró las condiciones materiales de esa trasposición a la práctica, dichas ciencias degeneraron y dieron en «sección cultura general», sin perspectiva ni sentido, de una sociedad sin espíritu; sección que no pudo evitar su absorción *directa* por las ideologías bárbaras del capitalismo desarrollado (chauvinismo, fascismo, anticomunismo) más que convirtiéndose en ciencias cuasi-técnicas, cuasi-naturales, esperando en esa situación el estadio del capitalismo en el cual éste fuera capaz de disponer autoritariamente de *todas* las esferas de la vida. Esta abdicación de la ciencia ilustrada correspondía al despliegue espontáneo, sin conceptos, de las ciencias empíricas «exactas», y de las ciencias técnicas fundadas en ellas, hasta convertirse en factor decisivo de la vida material de la sociedad industrial burguesa.

El modo de producción capitalista apareció en su primaria figura de desencadenador y motor de fuerzas productivas aparentemente ilimitadas. Pero este desencadenamiento capitalista de las fuerzas productivas fue

acompañado desde el primer momento por el encadenamiento más rígido de la principal fuerza productiva, la viva productividad humana, o, dicho políticamente, fue acompañado por la decapitación política de la clase obrera. Esta nueva cadena se puede percibir hasta en la técnica desencadenada y en su fundamento científico, las ciencias empíricas «exactas». Con la contención de la producción científica para la mera recepción o la realización técnicamente óptima de fines no determinados por ellos mismos, los científicos empíricos y los técnicos son desde el primer momento instrumentos sin voluntad, y la ciencia en cuanto fuerza productiva no es dueña de su producto, ni, por lo tanto, de su productividad y su despliegue. Así se produce un aparato social de producción que tiene esas características estructurales mismas, ya se trate de las fuerzas productivas materializadas en máquinas y plantas o instalaciones, las cuales no producen más que cuando los cálculos del beneficio lo hacen aconsejable a los capitalistas, ya se trate de la productividad de la fuerza de trabajo calificada, la cual, para poder producir, tiene que ser comprada por el capital, ya se trate del saber técnico mismo, cuyas tendencias de desarrollo, como siempre dependen de la ampliación constante de las condiciones materiales, están determinadas por los intereses de aplicación que el capital tenga en cada caso.

Todo esto pudo parecer a primera vista aproblemático, mientras los intereses del capital no están —no estaban— organizados; mientras el modelo del mercado pareció funcionalmente capaz y su principal categoría mediadora, el precio en cuanto expresión aproximadamente adecuada de la fuerza de trabajo humana gastada, pareció asegurar la productividad máxima y la determinación material de ésta por las necesidades de los hombres en sociedad; o sea, mientras se pudo mantener en pie la ficción de que los intereses del capital no pueden independizarse frente al tejido de las necesidades de la

sociedad en su conjunto. Pero la aplicación del capital fue desde el primer momento independiente del tejido social de las necesidades. El despliegue histórico de las relaciones de producción capitalistas mostró algo que ya se podía analizar estructuralmente en el anterior capitalismo concurrencial, a saber, que las relaciones de producción capitalistas se encuentran en contradicción antagónica con las fuerzas productivas cuyo despliegue ellas mismas suscitaron, y, por lo tanto, en contradicción también con la satisfacción posible en cada caso de las necesidades totales de la sociedad.

La organización de los principales intereses del capital, conseguida hacia principios de siglo mediante la centralización, el monopolio y, ante todo, el capital financiero, liquidó en los sectores industriales más desarrollados el mercado en cuanto instancia a través de la cual el tejido de las necesidades sociales había de determinar la producción social. La distribución del mercado entre los monopolios permitió sustituir la concurrencia en los precios por la concurrencia en los costes. La receptividad de los mercados interiores, determinada por la rígida política de salarios, se hizo irremediablemente insuficiente en comparación con las dimensiones del capital así organizado, tanto del capital ligado a los dispositivos de la producción como del capital líquido en busca de posibilidades rentables de reinversión. La burocracia del estado, ampliamente controlada a través del capital financiero, se lanzó entonces a una política exterior imperialista, la cual había de conquistar para la burguesía nacional de cada país y en concurrencia internacional mercados compensadores y posibilidades nuevas de exportar capitales. Por lo que hace a Europa, esa política culminó por de pronto con las monstruosidades de la primera guerra mundial, la cual aceleró al mismo tiempo desarrollos políticos y económicos que disminuían, al menos para Europa, la importancia de la utilización colonial de los capitales. Remi-

tido así ante todo al mercado interior, el aprovechamiento del capital desencadenó una dinámica catastrófica presidida por una concurrencia de costes organizada. La estrategia de esta concurrencia, particularmente en los sectores de bienes de inversión y de la industria pesada, que son los más organizados, impuso más inversiones racionalizadoras con objeto de aumentar el tipo de acumulación del capital variable, destinado a la compra de fuerza de trabajo humana. Pues no se podía ni pensar en inversiones de ampliación, inversiones que ampliaran el volumen del trabajo, a causa del reducido ámbito de los mercados. Pero en esas condiciones las inversiones de racionalización redundaron muy pronto en el paro de considerables fuerzas de trabajo. Con ello se estrechó más el mercado de los sectores de consumo, y después el de los bienes de inversión y de la industria pesada, puesto que los sectores de producción de bienes de consumo no podían de ningún modo invertir mientras el volumen del mercado se restringía constantemente. El sector de los bienes de inversión y de la industria pesada, obligado así a paralizar más capacidad, dejó por su parte en paro más fuerza de trabajo y aceleró el proceso de la crisis, hasta que a partir de 1929 se desencadenó sobre la sociedad burguesa la crisis mundial.

En la Gran Crisis quedó, pues, de manifiesto que la esfera de necesidades del capital entraba en contradicción destructiva con la de la sociedad. Bajo las relaciones capitalistas de producción, las fuerzas productivas más desarrolladas producían pobreza: no superaban el trabajo, sino que convertían al trabajador en un parado apenas capaz de sobrevivir, en un paria.[3] La Gran Crisis mostró con una claridad insuperable que el desarrollado

3. Esta exposición se limita a la contradicción sistemática del capital. No es, pues, realmente histórica. Por eso el imperialismo aparece sólo marginalmente. El capítulo de Dutschke muestra cómo la contradicción aquí analizada creció hasta ser real crisis *mundial*.

estadio de las fuerzas productivas exige su emancipación de la apropiación privada.

Para mantener el modo de producción capitalista después de la Gran Crisis, era necesario que la sociedad entera garantizara y organizara el proceso de explotación del capital con independencia de la esfera de las necesidades sociales. Esta completa transfuncionalización de la producción social —el que ahora las necesidades sociales hayan de regirse según los beneficios de la producción, en vez de adecuarse la producción a las necesidades sociales— exigía una realización sistemática, una dimensión social «consciente»; exigía la organización social entera de aquellas necesidades cuya satisfacción posibilita la producción plena en los sectores en que se encuentra el capital mayor y más organizado, para asegurar continuamente la explotación óptima de éste. A principios de los años treinta esto significó concretamente que los sectores de la industria pesada y los bienes de inversión se independizaron de la capacidad de inversión de los sectores de bienes de consumo, cuyo mercado depende de la masa salarial y, por lo tanto, es escasamente expansivo. Por lo tanto, el estado tiene que poner a disposición de aquellos sectores de la industria pesada y de los bienes de inversión una esfera de absorción autónoma. Los primeros en comprender esa necesidad fueron los burócratas fascistas del estado y de la economía de Alemania: hacía falta destrucción, destrucción sistemática de riqueza social, economía de guerra. Cuando los EE.UU. intervinieron en la segunda guerra mundial, la absorción y aniquilación sistemáticas de riqueza social se convirtieron en el secreto universalmente conocido y practicado de la reproducción de las relaciones de producción capitalistas; después de 1945 y sobre la base del nuevo reparto del poder dentro del campo capitalista, esa técnica destructiva se practicó ya según una división internacional del trabajo.

Así pues, las formas de organización privadas del ca-

pital, aunque siempre apoyadas por el estado, no bastaban ya para mantener en pie las relaciones capitalistas de producción; las instituciones estatales tenían que asumir funciones del capital directamente decisivas. El presupuesto del estado y la inflación estatalmente planificada se convirtieron en categorías económicas centrales de la explotación del capital. La relación capitalista se había convertido, incluso en su forma apariencial, en directa relación de dominio político. Esta relación capitalista ya inmediatamente política fundó a su vez, en su función burocrática y en su función inmediatamente represiva, otros campos de absorción de riqueza social: costes de la burocracia, de la policía, del ejército.[4] La exigencia de someter toda manifestación de la vida social a los intereses de la aplicación o explotación del capital se hizo total y universalizó totalitariamente las funciones de la burocracia, la policía y el ejército.

La perversión que desde el primer momento sufrieron las fuerzas productivas en el modo de producción capitalista se manifestó completamente en el curso de la Gran Crisis: la fuerza productiva que es la clase obrera, excluida de la determinación de los fines de su producción, produce su propia ausencia de fines, hasta la forma de la negabilidad existencial; la superflua superabundancia que ella produce se le presenta como superfluidad propia. La ciencia y la técnica, reducidas a mera instrumentalidad, aisladas de la construcción de un proceso de producción universalmente social que satisficiera las necesidades sociales universales, se convierten en

4. La producción de armamento y la hinchada máquina administrativa totalitaria son las formas más conocidas de destrucción sistemática de riqueza social, pero en modo alguno las únicas, ni siquiera siempre las más importantes. En los países de Europa occidental y a raíz de la segunda guerra mundial, las principales posibilidades de aplicación improductiva y destructiva del capital han sido probablemente las suministradas por la absorción de riqueza mediante manipulación de masas, con técnicas como los medios publicitarios, la estética del envasado, etc.

amenaza para la parte mayor de la sociedad y no consiguen satisfacer ni las más primitivas necesidades de reproducción. La completa transfuncionalización de la producción social tras la Gran Crisis invirtió también la función de la fuerza productiva científica, o, por mejor decir, la puso como tiene que estar en verdadera situación capitalista. La organización de una esfera autónoma de aplicación del capital elimina para la ciencia la constante limitación de una esfera social de necesidades, pues ésta se mantiene reducida y sin desarrollar por la presión del capital; en esa situación las fuerzas productivas técnico-científicas producen al mismo tiempo en su despliegue inmanente la infinita conexión motivacional «objetivamente necesaria» para la absorción sistemática de riqueza social: la navegación espacial y la producción sistemática del anacronismo del nivel tecnológico de los bienes de equipo conseguido inmediatamente antes son las formas más conocidas de ese proceso. La dinámica tecnológica de los sectores de la producción destructiva se ha convertido en fundamento de una destrucción siempre renovada. El sistema de la destrucción ha podido tomar el aspecto de la «necesidad objetiva» porque el desarrollo de la tecnología y la aplicación del capital se armonizan en la destrucción. El desarrollo de la tecnología, de la quintaesencia de lo instrumental, se convierte en fin último mientras todos los fines se reducen a medios del aprovechamiento del capital. La aniquilación de todos los fines se convierte en fin último de una ciencia reducida a lo instrumental: la construcción de la destrucción a un nivel tecnológico cada vez más alto, su esencia históricamente desplegada.

d) Las fuerzas productivas científicas materializadas en los medios de producción técnicamente más desarrollados entraron durante la crisis económica mundial en una contradicción con la explotación del capital. El estado tenía que organizar una esfera autónoma de

aplicación del capital, esfera en la cual las fuerzas de producción científicas se pudieran desarrollar ulteriormente pero en una forma conforme con las necesidades del capital. Así pues, el presupuesto necesario para un despliegue de las fuerzas productivas científicas bajo el *a priori* de la explotación del capital y en el marco ya esbozado de la destrucción era la organización social en la forma de la organización estatal. Cuando hoy este estado del capitalismo tardío se dispone a reorganizar el sector de la enseñanza, resulta necesario estudiar qué nueva y determinada contradicción entre la aplicación o explotación del capital y la calificación científica se ha presentado ahora, y en qué forma se dispone ese estado a «resolverla».

Los sistemas de educación técnica, particularmente las escuelas técnicas superiores fundadas al lado de la universidad, dejaron al principio en manos de ésta, junto con la misión de autocomplementarse, las tareas de formar los cuadros altos de la administración y las profesiones liberales clásicas, médicos y juristas. A medida que el desarrollo industrial desarrollaba las ciencias técnicas, las ciencias de la naturaleza cultivadas en la universidad sirvieron también para la formación de cuadros científicos altos de la producción técnica.

El nivel tecnológico de la producción y de su administración desarrollado en el capitalismo exigía una elevación del nivel de calificación de los cuadros medios de la administración estatal y de la economía privada. Esto exigía a su vez la ampliación de los tipos de escuela medios y superiores, lo cual a su vez ampliaba la tarea universitaria de formar los maestros para esos tipos de escuelas. Las mismas profesiones liberales clásicas experimentaron una evolución que fue arrebatando ampliamente a sus miembros la independencia y la alta situación en que antes se encontraban dentro de la jerarquía de los oficios. La expansión de la administración disminuyó muy rápidamente el porcentaje de juris-

tas en ejercicio libre de la profesión; la organización de la sanidad y la higiene convirtió a la mayoría de los médicos en empleados del sector terciario. Las contradicciones crecientes, y antes expuestas, producidas por el desarrollo de las relaciones capitalistas de producción, y las formas de organización del capital necesarias para superarlas, formas que tendieron a la administración de todas las manifestaciones de vida de la sociedad, impusieron el desarrollo de ciencias «exactas» de la economía y de la sociedad en las universidades, así como la formación de un número creciente de técnicos de la economía y de la sociedad. La vieja tarea de la universidad, la formación de los cuadros altos, ha quedado reducida a misión marginal. Y eso que la perceptible tendencia del desarrollo que exige la formación «académica» de un porcentaje cada vez más alto de los hombres ocupados en la producción y la administración no ha hecho más que empezar.

En ese desarrollo se dibuja un cambio funcional de la calificación de las fuerzas de trabajo y de la administración. (Para la elaboración del problema, tal como éste nos interesa aquí, resulta indiferente el que ese cambio funcional sea en este país sólo una tendencia o ya proceso manifiesto y determinante.) La formación en las universidades se diferenciaba de la dada en academias y en escuelas técnicas superiores por el hecho de que no se interesaba tanto por la adquisición de saber consolidado cuanto por la adquisición de la capacidad de trabajar científicamente con independencia. Esta cualidad de la formación universitaria fundamentaba su función de formar cuadros altos, en la medida en que la universidad no era utilizada por las clases dominantes simplemente para adquirir una «cultura» distinguida, lo cual sin duda ocurría y sigue ocurriendo con la mayor parte de la formación universitaria de los cuadros altos. El nivel tecnológico de la producción, y también de la administración, cuyo desarrollo constante y rápido está

garantizado por el hecho de que el estado organiza a un nivel cada vez más alto la esfera de absorción de la riqueza social, está haciendo patentemente disfuncional una formación que consiste en la adquisición de saber consolidado. El anacronismo sistemáticamente producido del nivel técnico de la producción alcanzado en cada momento, y con ello también del nivel técnico de administración, ha producido a su vez el anacronismo de este tipo de formación. Este desarrollo exige, para un número constantemente creciente de productores y administradores —los cuales no van a asumir todos, ni mucho menos, posiciones altas— una formación cuyo rasgo capital ha de ser la capacidad de asimilarse en el tiempo más breve técnicas y procedimientos necesarios o requeridos al nivel tecnológico dado.

Está claro que en la esfera autónoma de la destrucción[5] hay una fuerza productiva científica desencadenada que impulsa un desarrollo capaz de precipitar los intereses de la aplicación del capital en destructora con-

5. También después del fascismo los desarrollos tecnológicos del capitalismo alemán occidental dependen del sector de la destrucción. Pruebas empíricas se pueden encontrar en el mismo texto oficial «Bundesforschungsbericht I» [Informe Federal sobre la investigación, I]. Aquí tenemos que limitarnos a indicar las necesidades estructurales de esa circunstancia: los costes impuestos por los desarrollos técnicos a largo plazo y con mucho riesgo al actual nivel tecnológico se tienen que recoger en los márgenes en los cuales los beneficios *planeados* toleran oscilaciones; para ello hacen falta magnitudes de capital que ni siquiera se encuentran en los Estados Unidos, y no digamos ya en Alemania; la industria química es tal vez una excepción. Por lo tanto, el estado, mediante la garantía pactada de salida y precios, tiene que garantizar el beneficio previsto para el nuevo producto, y tiene que soportar él mismo una parte —la mayor, por regla general— de los costes de investigación y desarrollo. El único presupuesto que por sus dimensiones posibles y la posibilidad de argumentación política de unos gastos estatales en beneficio exclusivo de particulares, permite organizar la operación y no pone prácticamente límites al desarrollo tecnológico es el presupuesto de «defensa». Es una «afortunada coincidencia», pues los sectores capitalistas más organizados, los que más necesitan la intervención del estado, si es que su desarrollo no ha de llevar de nuevo, a través del sector de consumos, a una crisis mortal del capitalismo, son los sectores de la industria pesada y los bienes de equipo, para los cuales son muy adecuados los productos de armamento.

tradicción con ella misma. Las fuerzas productivas puestas en un despliegue relativamente libre, aunque sea al margen de las necesidades sociales, exigen como característica de la calificación de las fuerzas de trabajo que han de producir plusvalía con aquellas fuerzas productivas la disolución de las formas rígidas del saber. En la medida en que la asimilación de un determinado procedimiento técnico no puede ser ya el contenido principal de la educación, sino que se exige la asimilación del asimilar y del producir procedimientos técnicos, el edificio entero de la técnica, y con ella también el entero edificio social de la producción técnica, quedan a la vista de quienes no tenían que ser más que objeto de consumo del capital en esa producción técnica.

La creciente interdependencia de los desarrollos técnicos de los varios sectores industriales, la cual no es en modo alguno resultado «natural» de un desarrollo tecnológico puro, sino expresión de la concreta forma de desarrollo tecnológico propia del capitalismo tardío —expresión, esto es, del hecho de que esta forma de desarrollo queda concentrada en una esfera destructiva e independiente del contexto social de las necesidades—, pone ya hoy a la inteligencia técnica, en diversos ámbitos de la producción y de la administración, ante problemas relativos a la construcción técnica global de la sociedad en las contradictorias condiciones de las relaciones de producción capitalistas. Por el momento esto se refiere sólo a los cuadros situados en posiciones más altas. En el cuadro de conjunto, aún parece que el *desarrollo de la práctica técnica, dividido* entre los diversos sectores industriales relativamente independientes y en sus heterogéneos programas de producción, es la garantía institucional de la integración sin contradicciones de un número todavía mucho mayor de fuerzas de trabajo científicamente formadas, sin perturbar este sistema en el cual se promueve sin consciencia alguna el desarrollo de la producción técnica por el desarrollo mismo. El ais-

lamiento de la práctica técnica respecto de toda otra práctica, constitutivamente mantenido en ese esquema dinámico, y el aislamiento consiguiente respecto de la dimensión de los fines reales y posibles de una práctica técnica, posibilitan la vinculación de la inteligencia técnica a la pura eficacia funcional respecto de condiciones dadas y no reflexionadas.

La completa perversión de la fuerza productiva que es la ciencia a raíz de la Gran Crisis, el hecho de que el despliegue «natural» de la ciencia se convirtiera en motivador infinito de la aniquilación de riqueza social, se sostiene o se termina y concluye según que el número constantemente creciente de fuerzas de trabajo científicamente calificadas reciba una formación por la cual la inteligencia técnica aprenda a satisfacer su interés productivo en la mera demostración de una nuda capacidad funcional en los procedimientos técnicos por ella aplicados o desarrollados, o bien una formación que no le permita contentarse con eso. La absorción de riqueza social material, el presupuesto de un desarrollo tecnológico relativamente liso en el capitalismo, tiene a su vez como presupuesto la consecución de la absorción de la particular riqueza que es la capacidad científica productiva del hombre, orientable hacia fines sociales universales.[6] Por eso en la presente fase del capitalismo se trata

6. Ya tras la crisis de 1929 y siguientes la perversión de las fuerzas productivas científico-técnicas materializadas en medios de producción impuso la correspondiente perversión de la fuerza de trabajo humana y viva, o sea, dicho políticamente, la perversión de la clase obrera. El fascismo y sus sistemas paralelos o subsiguientes de tipo «liberal» (por ejemplo, el New Deal en los Estados Unidos, o el sistema de la RFA después de la segunda guerra mundial) no tenían sólo la tarea de organizar una esfera autónoma de aplicación del capital por medio del estado; también tenían que integrar a las masas de asalariados en la relación y el sistema capitalistas, cuyo absurdo quedaba de manifiesto, así como su carácter destructivo, por obra de la crisis económica mundial. Y lo que en las condiciones de la época posterior a 1932 ocurrió a los medios de producción y a los productos, a saber, el que su rendimiento, su «valor de uso» fuera precisamente su propia destrucción, eso mismo le ocurrió a la clase obrera, particularmente y del modo más

de garantizar esa absorción y mutilación de la capacidad productiva del hombre, para que la relación capitalista no vuelva a entrar en conflicto con las fuerzas productivas, y esta vez precisamente con las fuerzas productivas en su forma más potente, o sea, con la fuerza de trabajo humana científicamente calificada. El conflicto podría significar fácilmente el final del sistema capitalista.

En el actual estadio del despliegue histórico de esta contradicción parecen por de pronto estar en manos del capital los mecanismos sociales adecuados para superar la dificultad. Así, por ejemplo, los sectores industriales más afectados por estos problemas a causa de su desarrollo tecnológico salen del paso hoy día institucionalizando estrictas diferenciaciones entre sus cuadros científicamente calificados. Para los «virtuosos» del oficio, o sea, para los científicos de cuyo trabajo se pueden esperar las innovaciones más beneficiosas, se fijan condiciones de trabajo en las que impera una independencia casi completa. Por debajo de ese plano se institucionalizan, en cambio, complicadas estructuras de dependencia jerárquica. El presupuesto general de esas institucionalizaciones es un sistema educativo, no menos general, que impone un auténtico condicionamiento en la asimilación de los métodos y procedimientos, y lo hace en

---

manifiesto en las movilizaciones de masas fascistas. La fuerza política de la clase obrera para destruir las relaciones de producción capitalistas fue utilizada por el fascismo contra la clase obrera misma; primero contra su organización y su vanguardia; y dando por último a la clase obrera, en la segunda guerra mundial, la ocasión de pervertirse apropiándose fuerzas productivas y productos en la conquista militar y destructiva de la riqueza productiva de otros países para servir con ellos a sus capitalistas arios. Más sublimes son las formas con las cuales se está movilizando a las masas contra ellas mismas a partir de 1945. Vietnam, el aplastamiento de las rebeliones de los negros en los EE.UU. y las reacciones de la población a las actuales «agitaciones juveniles» en la República Federal y en Berlín-oeste muestran, de todos modos, que la diferencia entre unas formas y otras no se debe a que las clases y capas dominantes hayan decidido atenerse a formas de opresión de aspecto democrático, sino que ésta se tiene, simplemente, cuando la situación les permite salir adelante con mano suave.

cuanto se alcanzan niveles en los cuales el «aprendizaje del aprendizaje» podría mutar fácilmente en despliegue de una racionalidad capaz de determinarse a sí misma y no reducida a instrumentalidad. En la medida en que los desarrollos tecnológicos —incluso en su forma capitalista, como fundamentación inmanente de la absorción y la destrucción— exigen la enérgica extensión de una estructura de la calificación profesional que no se puede ya basar en la adquisición y la reproducción del saber consolidado, en esa misma medida, se convierte en cuestión estratégicamente decisiva para el mantenimiento del sistema capitalista la defensa del sector de la educación contra el peligro de que en él se produzca razón, racionalidad ya no constreñible dentro de la dimensión de lo instrumental, sino capaz de preguntarse por los fines y los contenidos de su actividad.[7]

7. Los últimos párrafos pueden acaso provocar el malentendido de que los «fines y contenidos» de la producción científica y de la restante producción social sean ya alternativas claras y definibles a la actual producción social y a su forma institucional, o sea, de que el estado tenga hoy que reprimir determinados contenidos y metas subjetivos. Pero no hay, por de pronto, nada de eso. La resistencia opuesta a ser domesticado y convertido en un factor funcional de la producción dentro de un contexto no dominado, la resistencia opuesta a ser convertido en instrumento funcionalmente eficaz gracias a la falta de concepto, es para empezar no menos abstracta, vacía y carente de concepto que los modos de comportamiento contra los cuales se dirige. Esta resistencia no se concreta ni elabora sus contenidos sino en la *práctica* resistente. La tercera parte de este capítulo mostrará que la primera forma de la protesta estudiantil en los centros de enseñanza superior se produjo en nombre de ideas completamente abstractas y formularias de democracia, las cuales correspondían exactamente al adoctrinamiento abstracto en materia social de nuestro sistema educativo. Por otra parte, el capítulo de Rabehl mostrará cómo las primeras formas, en las cuales pequeños grupúsculos estudiantiles insistían enfáticamente en la subjetividad, no hicieron sino resucitar como formas existenciales y psicologistas un concepto de sujeto en el cual resucitó a su vez el *bohémien* burgués. Por lo tanto, esas primeras formas de los «fines y los contenidos» autodeterminados son más acentuaciones que negaciones de los modos de comportamiento dominantes. El elemento irracional de todo ello, que tan maliciosamente comentan por lo largo los escritores de la publicística establecida, no es sino la irracionalidad de las actuales relaciones sociales llevada al paroxismo, esto es, hasta cerca del punto de mutación. La tarea intelectual consiste en descubrir la rebelión de la razón en estas

e) No puede, pues, sorprender el que la crítica de la enseñanza superior presentada hoy por las mismas burocracias ministerial y de la economía se dirija ante todo contra el hecho de que la universidad siga ofreciendo aún al estudiante demasiadas posibilidades de cultivar autónomamente sus intereses de conocimiento. Aunque esa crítica oculte por de pronto y superficialmente unos intereses fiscales, la estructura de la correspondiente política fiscal no es objetivamente superficial. La actual crisis de crecimiento de la economía germano-occidental, que ha conducido a escaseces en los presupuestos públicos y, por lo tanto, a una reforma del sector de la educación por medio de presiones en vez de por medio de dinero, refleja estrictamente la riqueza del período anterior, el del «milagro», en su forma real, esto es, mostrando que el período de la abundancia no benefició a la necesidad social de una prosperidad planeada a largo plazo, sino sólo a la valorización del capital, el cual forma ahora en la sociedad condiciones nuevas desde el punto de vista de la estrategia del beneficio, con la finalidad de que la sociedad produzca los nuevos presupuestos de una valorización continua y óptima del capital; es evidente que en estas circunstancias el capital ha de intentar intervenir aún más intensamente en la esfera destructiva de la producción para valorizarse. La burocracia ministerial y la burocracia económica intentan hoy arrancar a la sociedad, mediante la presión inmediata de una cultura del rendimiento, los presupuestos con los cuales sea posible garantizar la valorización del capital mediante un aumento de la absorción y la destrucción de riqueza social. El condicionamiento de la totalidad de la estructura social con la finalidad de una destrucción más eficaz de la riqueza —condiciona-

---

formas irracionales de resistencia, y la tarea política consiste en transformarlas en práctica revolucionaria socialista efectiva.

miento conseguido mediante una represión inmediata— implica, como una de sus partes, y esencial a largo plazo, la reducción de la intelectualidad productiva, en su formación, a una funcionalidad sin problemas y que no se pregunte por ninguna finalidad.

Indicio importante de cuál va a ser el tipo de reforma perseguido en la universidad es el hecho, a primera vista sorprendente, de que el estado no emprende siquiera el intento —que sería muy consecuente con sus dificultades presupuestarias— de someter la formación universitaria a su dirección inmediata, con objeto de conseguir una educación que aprovechara intensivamente los costes y correspondiera de modo óptimo a los presentes intereses económicos; el hecho, esto es, de que el estado no intente eliminar las «pérdidas de eficacia», considerables desde el punto de vista de los costes, producidas por la estructura jerárquica de la universidad. En el marco de una concepción tan antidemocrática que prevé leyes de excepción capaces de hacer honor al fascismo, el estado no puede apelar al argumento de que fue precisamente el fascismo el que uniformó las universidades, para abstenerse de hacer lo mismo.

El aducido informe del WR, negociado entre los *managers* de punta de la universidad, de la burocracia estatal y de la burocracia económica, muestra claramente que la estructura jerárquica de la universidad es precisamente un factor esencial del concepto de formación que se busca, aunque los profesores universitarios, cuyos privilegios quedan, por lo demás, intactos, hayan de aceptar a cambio de eso la mutilación de su libertad docente.

Las recomendaciones del WR prevén que todos los estudiantes sean sometidos a un período de estudio de cuatro años rígidamente reglamentado por planes fijos y por un examen de selección en su mitad; se tratará de un estudio sometido a una extremada presión de rendimiento. Y a ese estudio puede luego añadirse, para una

pequeña élite que haya mostrado ser la mejor integrada en el estudio reglamentado, otro período de estudios del tipo de los actuales, pero que probablemente serán de verdad científicos, dado el menor número de estudiantes. Con ello se conseguiría no sólo que los estudiantes, ante el riesgo de fracasar en el estudio reglamentado, renunciaran a cultivar sus propios intereses de conocimiento, sino, además y por encima de eso, que los estudiantes perdieran incluso el interés subjetivo que pudieran tener por los contenidos de su especialidad al comenzar la carrera. Pues con ese plan los estudiantes han de comprender durante su formación universitaria que su actuación queda premiada institucionalmente por un efecto completamente ajeno al contenido de aquella actuación, a saber, por el título o el certificado conseguido. Mas el sistema no se consuma en toda su perfección sino porque el contenido obligatorio de la enseñanza se impone por igual a todas las diversas personalidades de los distintos profesores, no sometidas a ningún control racional, lo cual provocaría el que ni siquiera en una misma especialidad se pusiera de manifiesto la conexión de los diversos contenidos; en estas condiciones el aprendizaje sin penetración del contexto total, premiado mediante documentos cuya importancia llegará a ser prácticamente grandísima, se convertirá en la única forma «racional» de estudiar. La actitud así impuesta al aprendizaje tiene que renunciar completamente a toda pretensión de conocimiento autónomo; pues ocurriría no ya sólo, como hoy, que hasta en la práctica de la profesión no se aprendería lo «decisivo», sino, además, que la misma organización de los estudios, por la separación entre un estudio normal para las masas y un estudio científico para una pequeña selección, daría a entender que lo que importa en el estudio normal no es la cientificidad, sino la consecución de certificados. Con el mantenimiento del intacto principio de la cátedra, que garantiza la confusa variación de las

materias enseñadas, y la estructura jerárquica, que favorece también la división jerárquica del estudio en dos categorías, la vieja universidad de los catedráticos presenta una constructiva aportación a la adaptación, ahora exigida, de la intelectualidad durante el período mismo de su formación: cambia así para el estudiante el interés temático por su ocupación, para transformarse en interés por una carrera mediante la actividad universitaria, cuyo contenido y cuya finalidad se han hecho ya indiferentes.

Los profesores mismos —los cuales se podrán sentir superadores de un estudio superior reservado para una élite, sin contar con que ya hoy, según recientes encuestas, más del 90 por ciento de los catedráticos sospechan ser geniales— no tienen ningún motivo para quejarse de esa transfuncionalización de la universidad. Sus privilegios —la ausencia de control sobre su trabajo y la situación de élite— no sólo no se reducen, sino que se confirman y garantizan. Pocos profesores se preocuparán por esta amputación de la formación en el estudio normal; la mayoría estaba ya convencida hace mucho tiempo, en vista de su propia «ardua» carrera, de que poquísimos estudiantes tienen «talento natural» para el estudio científico; y en el futuro no les estará prohibido acercar a esos pocos hasta las verdaderas ubres del Alma Mater. Y por lo que hace al aumento de actividad docente que esta «reforma» significará para los catedráticos, conviene saber que hace ya mucho tiempo que los catedráticos están acostumbrados a descargar en sus subordinados el peso principal de la enseñanza y de la investigación, aun sin renunciar nunca, desde luego, a la última decisión al respecto; pues por fuerza han de contar con tiempo para publicaciones y viajes y conferencias, de todo lo cual depende, en las actuales circunstancias, la reputación que determina su carrera.

III. La rebelión de la viva fuerza productiva científica contra sus cadenas

La exposición sistemática de la contradicción básica de la planificación de la educación en el capitalismo tardío, tal como se ha presentado, a grandes y groseros rasgos, en la sección anterior, se distingue bastante de la imagen que se presentaba a los estudiantes mismos afectados durante su práctica político-universitaria. Pero ese análisis sistemático nos va a permitir estudiar ahora con detalle, con el ejemplo de la FU, el concreto despliegue histórico de dicha planificación de la educación, y precisamente en relación con la contradicción por ella producida, los estudiantes rebeldes.

a) A finales del semestre de invierno de 1964-1965 la representación estudiantil de la FU tenía que decidir acerca de la posibilidad de complementar la colaboración leal y contractual con los gremios de la autoadministración universitaria mediante una especie de huida fuera de la universidad que, para la situación de entonces, resultaba espectacular. El senado académico de la FU deliberaba entonces acerca de la exmatriculación forzosa. La Comisión Estudiantil General (AStA) que, tras sus leales declaraciones iniciales, no podía tener esperanza alguna de que el senado académico rechazara resueltamente la exmatriculación forzosa, hizo imprimir preventivamente un cartel en el cual se llamaba la atención, sólo en el interior de la universidad, acerca de la importante sesión del senado y se explicaba la actitud contraria a la exmatriculación forzosa que tenía la representación universitaria. Durante horas se discutió en el AStA acerca de si había o no que exponer realmente el cartel, pues este paso habría significado de hecho la ruptura con el modo de trabajo tradicional de la

representación estudiantil. Y efectivamente, no se llegó a colgar el cartel.

La impotencia de la representación estudiantil en las varias instituciones era desde hacía ya tiempo tema principal en las discusiones de los representantes estudiantiles. Su experiencia más sólida constaba de escandalosos desprecios de la representación estudiantil. El expansivo ámbito de decisión política de una burocratización cada vez más estrecha a la que estaban sometidas las varias secciones de las instituciones autoadministrativas de la universidad misma o próximas a ella había sido tema de quejas de los funcionarios estudiantiles y del profesorado. Se consideraba núcleo del trabajo de la representación estudiantil la defensa contra toda ulterior limitación de las competencias de la coadministración y de la autoadministración estudiantiles. Este trabajo defensivo se realizó principalmente por medio de cartas de protesta y amplias campañas de aclaración de problemas, realizadas en conversaciones individuales con los profesores a los que se suele llamar liberales. Mientras se trató de pequeñas pérdidas de competencia, sufridas a través de la táctica del salchichón, a delgadas lonchas, y en campos sueltos, a primera vista no muy importantes, como el sector social, por ejemplo, en la clasificación de solicitudes de servicio gratuito en el restaurante universitario, o de la imposibilidad de lograr éxito con las propuestas estudiantiles de reforma, toda una generación de representantes estudiantiles se contentó con la protesta impotente y con la firme intención de burlar la próxima vez a la burocracia mediante mayor agudeza y habilidad, lo cual, en efecto, se consiguió a veces. Esta consciencia de los representantes estudiantiles, que contemplaba el *statu quo* como cosa en principio soportable o inmutable, no quedó fundamentalmente resquebrajada hasta que el aumento de la presión ejercida por la burocracia ministerial y la económica impuso a los *managers* universita-

rios ataques ya mayores, y no cuidadosamente disimulados, contra los espacios institucionales aún libres para los estudiantes.

En junio de 1964 la Conferencia de los ministros de cultura [Kultusministerkonferenz, KMK], presentó a las universidades una serie de propuestas que tenían que conducir a un incremento inmediato del rendimiento educativo universitario; se encontraba entre esas propuestas, que se presentaban aún sólo a consideración, la exmatriculación forzosa: «Examen de la cuestión de si se puede normar una duración máxima de los estudios, de tal modo que, una vez terminado el plazo, pudiera producirse de oficio la exmatriculación, salvo que se probara la justificación objetiva de un estudio ulterior». De todas las propuestas de la KMK, la Conferencia germano-occidental de rectores [Westdeutsche Rektorenkonferenz, WRK], gremio supremo de los *managers* profesionales de la universidad, se limitó a recoger, un mes más tarde, la exmatriculación forzosa, recomendando a las universidades su instauración. Las demás propuestas de la KMK —reforma de los planes de estudio y de examen, trabajo fuera de clase, etc.—, que habrían supuesto trabajo adicional para los catedráticos, fueron completamente ignoradas. Había que dejar intacta la insatisfactoria organización de los estudios, que alarga precisamente su duración, pero había que prohibir el síntoma de esa enfermedad, a saber, la duración larga de los estudios. La fijación administrativa de duraciones máximas para los diversos estudios resolvía el problema en la forma más adecuada para la autoridad universitaria: la organización de los estudios es «buena en el fondo»; si a pesar de ello se producen estudios demasiado largos, tiene que ser culpa de los estudiantes; por lo tanto, hay que proceder contra ellos. En la FU, además, la facultad de derecho se anticipó a la decisión del senado académico e introdujo la exmatriculación forzosa ya en el semestre de invierno de 1964-

1965. La administración de la FU trató la recomendación de la WRK de un modo rutinariamente burocrático: pidió opinión a los varios gremios, fijando una determinada fecha para evacuar la consulta, y luego, sin tener en cuenta las opiniones contrarias, presentó al senado académico la codificación de la exmatriculación forzosa dándole la forma de ponencia del rectorado.

Este tratamiento de una decisión que iba a empeorar instantánea e insoportablemente la situación general de los estudiantes empezó a resquebrajar la creencia de los representantes estudiantiles en la obviedad inconmovible de las instituciones universitarias. El tratamiento de la ponencia del rector por el senado académico en marzo de 1965 mostró además a los representantes estudiantiles, con claridad insuperable, que la universidad estructurada por el principio de la cátedra y de la facultad es incapaz de decidir racionalmente. Contra la argumentación presentada por los representantes estudiantiles —que una reducción de la duración de los estudios no puede ser resultado más que de una organización de los mismos en la cual los estudiantes *puedan* calificarse adecuadamente en un tiempo menor— no se formuló en el senado académico ninguna otra, que, naturalmente, era imposible; pero a pesar de ello el senado académico se declaró incompetente para intervenir contra la autonomía de las facultades prohibiéndoles introducir la exmatriculación forzosa. El AStA que, por lo demás, terminaba por aquellos días su mandato, se contentó con el hecho de que el senado académico no hubiera decidido introducir de modo general la exmatriculación forzosa, y protestó, naturalmente, por lo demás. El resquebrajamiento de la confianza en la posibilidad de representar los intereses de los estudiantes en las instituciones universitarias mediante un trabajo en cooperación con los demás gremios no tuvo, pues, por el momento, consecuencias directas.

Un proceso estructuralmente idéntico se reprodujo

a otro nivel en la primavera de 1965, pero esta vez tuvo consecuencias entre los representantes estudiantiles. A finales de 1964 el parlamento de Berlín occidental, siguiendo el ejemplo de la dieta territorial de la Baja Sajonia, invitó a las facultades de la FU a presentar antes del 15 de marzo de 1965 propuestas acerca de las medidas con las cuales las facultades podrían intensificar el estudio y reducir su duración. La facultad de filosofía, sin duda la más heterogénea de todas con sus más de 40 especialidades, nombró una comisión para el estudio de su estructura. Ante la imposibilidad de organizar un debate entre los representantes de las varias especialidades, y aun entre los varios representantes de una misma especialidad, cuando se trataba de la reforma, de modo que las discusiones correspondieran a una concepción común, esta comisión se vio obligada a esquematizar el problema: simple fijación administrativa del número de semestres para el llamado estudio básico, número de horas semanales obligatorias, número de exámenes intermedios durante los estudios, etc. Con ese procedimiento fue imposible tener en cuenta los intereses de los representantes estudiantiles, que deseaban desarrollar todas las medidas partiendo de la base de una concepción determinada por el contenido de los estudios, a saber, la integración científica de las variadas materias. Así se produjeron curiosas situaciones; por ejemplo, la comisión se vio obligada (hay que concederle esa disculpa) a partir de las grandes exigencias de horas semanales obligatorias presentadas por los representantes de las especialidades principales, y con ello dejó prácticamente sin posibilidad de desarrollo las materias accesorias, las cuales son también obligatorias. Los representantes estudiantiles recién elegidos intentaron durante tres meses, y a través de incesantes discusiones con los representantes de las especialidades y con los miembros de la comisión, que se impidiera aquel absurdo. Pero al final comprendieron que aquella «reforma» esquemática e im-

posible, que se limitaba a aumentar la exigencia de rendimiento impuesta a los estudiantes sin mejorar en nada la situación de los estudios, era resultado necesario de una estructura universitaria en la cual la autonomía de las cátedras y de los institutos ha llegado a ser mera independencia jurídico-formal que imposibilita toda discusión de contenido y toda decisión basada en una discusión así. Exigir precisamente a quienes disfrutan de esa independencia jurídica que renuncien a ella pareció finalmente una ingenua ilusión. La portavoz estudiantil de la facultad de filosofía escribió por entonces en una carta al AStA:

> Por mis experiencias de los últimos meses con el profesorado y la representación de los institutos y las facultades, con el grupo político universitario al que pertenezco y también, y no en último lugar, con vosotros mismos, temo que por el procedimiento que practicamos no vamos a adelantar absolutamente nada. Mis conversaciones con antiguos representantes estudiantiles me confirman la observación de que, a causa del constante cambio de la representación estudiantil, las experiencias hechas son siempre estériles, porque se quedan a un lado, sin ser oídas ni aprovechadas, sin que se reflexione acerca de ellas; y que cada uno vuelve a empezar desde el principio con la vieja táctica, y, o bien no tiene ni contradicciones ni choques porque se conforma con todo, o bien ve expirar su mandato en el momento en que sería capaz de y estaría ya dispuesto a inferir las consecuencias de la experiencia que ha conseguido. He comprobado que los catedráticos, cuando se trata de cuestiones decisivas o simplemente de asuntos que rocen su modo de vida, no se apartan ni un pelo de sus intenciones ni de su imposición. Si nos dejan entrar en sus antesalas y gabinetes es sólo para saber con seguridad dónde estamos. Y los pocos catedráticos que se comportan de un modo realmente democrático, democrático en cuanto al contenido de su conducta, tienen que ser muy precavidos y no pueden

permitirse una violación de la mutua fidelidad de los catedráticos entre ellos. ¿A qué esperamos y qué esperanza tenemos mientras seguimos procediendo de este modo? Sin duda podemos considerar la representación estudiantil como una escuela de experiencias personales en la cual cada uno aprenderá lo que sea capaz de entender. Y desde luego que estoy en favor de una conducta táctica, pero no me interesa seguir practicándola a partir del momento en el cual la táctica desfigura completamente el fondo e impide la comunicación del mismo a los demás. ¿Somos servidores en audiencia de su majestad el rector y de sus acólitos, los catedráticos, o tenemos, por el contrario, muy concretos intereses que representar, y precisamente del modo más público y claro posible?

No fue, pues, casual el que los representantes estudiantiles de la facultad de filosofía procuraran eficazmente que la pugna comenzada pocos días después con el rector a propósito de lo que se llamó el «asunto Kuby» * tuviera su eco en el campus, es decir, ante la opinión pública universitaria, fuera de las instituciones.

b) Los esfuerzos de la sociedad capitalista tardía por «reformar» sus instituciones educativas, y ante todo la universidad, se presentaban, pues, a los estudiantes, y ante todo a sus representantes, como una serie de conflictos institucionales dentro de la universidad misma. La constitución de la FU era sin duda sumamente adecuada para alimentar y destacar con claridad tales conflictos.

* El rector de la FU prohibió una conferencia del escritor Erich Kuby, que ha publicado varios trabajos críticos acerca de la restauración del poder social de las considerables fuerzas monopolistas que promovieron y subvencionaron el nazismo en la Alemania Federal. Su versión novelada de un caso de degeneración de las costumbres en los medios de la clase dominante (el oscuro asesinato de una prostituta al servicio de altos personajes de la finanza y la industria), el caso de Rosemarie Nitribitt, dio a Kuby bastante audiencia popular y le acarreó medidas como la aquí aludida por Wolfgang Lefèvre.

Pues los derechos de coadministración reconocidos a los estudiantes por el «modelo berlinés» son por su intención elementos de una organización del trabajo científico diametralmente opuesta a la actual «reforma» promovida por la burocracia ministerial y la económica. La fórmula «comunidad de docentes y discentes» está en tendencial contraposición con un proceso de aprendizaje científico que convierte a los estudiantes en objetos. Es natural que, precisamente en el lugar en que se trataba de institucionalizar la reducción de los estudiantes a una minoría de edad en el proceso de aprendizaje, los estudiantes abrieran los ojos finalmente acerca del real carácter de la «comunidad» en cuestión. Se trata, en efecto, de una mera frase, puesto que los docentes, por preservar los privilegios de su posición, no se muestran dispuestos a oponerse a tendencias que consumarían *desde el punto de vista del contenido* lo que institucionalmente se ha producido hace ya mucho tiempo en los gremios de la autoadministración universitaria, a saber, que los estudiantes han perdido toda posibilidad de autodeterminación y codeterminación en la universidad. El que los gremios de autoadministración universitaria, en los cuales los representantes estudiantiles tenían voz y voto, se declararan incompetentes en las cuestiones que tenían importancia decisiva para la real autoadministración y cogestión en el proceso del trabajo científico no significaba ninguna neutralidad de esas instituciones. Más bien se manifestaba en esa conducta el efecto de las reales posiciones de dominio en la universidad. Puesto que los catedráticos soberanos eran los que iban a determinar lo que significa «intensificación» del estudio, resultaba evidente el dictamen: sumisión más rígida de los estudiantes a los actos docentes recetados y administrados por esos doctores desde siempre.

Como al principio no eran los estudiantes, sino sus representantes los enfrentados con esos conflictos —cosa que resume ya toda la miseria de la vieja política de co-

laboración de la representación estudiantil—, lo que se ponía ahora en tela de juicio era precisamente esa consciencia que de sí mismos tenían los representantes, entendiendo su trabajo como una cooperación con los catedráticos. Una vez aprendido que en las instituciones no hay ninguna posibilidad de negociar, porque entre los soberanos y los absolutamente desposeídos de todo poder no se realizan nunca negociaciones, sino que a lo sumo se mendiga la gracia, los representantes estudiantiles percibían ya la salida más inmediata: robustecer su posición mediante una movilización pública; pero al pensar en ello temían también los resultados de su política anterior, o sea, unos estudiantes sin información, desinteresados y pasivos, de cuya capacidad de activarse no había seguridad alguna. Así pues, en el primer momento los representantes estudiantiles eran presos de su anterior política; si fracasaba el intento de conseguir apoyo público del estudiantado, se iban a encontrar despojados de su título jurídico de representantes de los intereses estudiantiles, y fuera de las instituciones que en otros casos habían cubierto su trabajo con un amable velo.

La presión ejercida sobre las universidades por la burocracia ministerial y la económica tuvo, sin embargo, otro resultado universitario que fue beneficioso para la constitución de una opinión pública universitaria. Los catedráticos sabían que la simple transmisión disciplinaria por su parte de dicha presión sobre los estudiantes no iba a producir los resultados que se esperaban de la universidad. Ante el peligro de que el estado les cargara entonces a ellos nuevos deberes que recortaran sus propios privilegios, los catedráticos estaban muy interesados en presentar al estado y a la opinión pública una universidad muy aplicada, lo cual quiere decir ante todo una universidad muy tranquila. Toda ulterior atención de la opinión pública a la universidad les parecía indeseable. Este nerviosismo de los catedráticos les hizo suma-

mente intolerantes para con cualquier discusión o pugna en la universidad que pudiera atraer la atención o suscitar el interés de la opinión pública.

Y así, gracias precisamente a las presiones que se ejercían sobre la universidad, se presentaron condiciones óptimas para producir una auténtica opinión pública universitaria con ocasión de alguna discusión o pugna: en esta situación, la universidad había producido representantes estudiantiles dispuestos ya a romper con la resolución cooperativa de los conflictos, y, por otra parte, la universidad, precisamente por aquella presión del estado, se había sumido en una actitud temerosa que disminuía considerablemente su capacidad de resolver los conflictos de un modo óptimo con los medios suministrados por la técnica del poder. Cuando en el semestre de verano de 1965, con el asunto Kuby, la representación estudiantil, ante todo la de la facultad de filosofía y en colaboración con las varias asociaciones estudiantiles, intentó no contentarse con la resolución institucional del conflicto, no someterse, sino llevar el conflicto al campus, se vio beneficiada por los violentos intentos defensivos de la administración universitaria; ni un estudiante habría creído en otras condiciones a los representantes estudiantiles lo que ahora el rector estaba haciendo a la vista de todos.

No hay duda, pues, de que una «inhabilidad» administrativa contribuyó a radicalizar la pugna; pero del mismo modo que esa «torpeza», como hemos visto, no era nada casual, así tampoco consiguió deformar los problemas estructurales sobre los cuales versaba la pugna. En los forcejeos del semestre de verano de 1965 aparecieron en su forma primera las contradicciones que produce la sumisión de la fuerza viva productiva que es la ciencia a los vacíos mecanismos de absorción de una sociedad estructurada por los intereses de valorización del capital. El punto disputado en el asunto Kuby, la autoridad del rector sobre el recinto universitario, mues-

tra con toda claridad el sistema de sumisión que la universidad impone ya por su mera forma *institucional.*

La tesis del rector según la cual, por tener él esa autoridad sobre el recinto, lo único que se podía hacer era criticar su decisión, pero no obligarle a revisarla a base de una discusión (pretensión que en el caso Krippendorff había llegado al extremo de negar la capacidad de crítica a gremios que no estuvieran jurídico-formalmente encargados de ella) manifiesta el desprecio sin fondo por modelos de decisión que se basen en el principio constitutivo de una determinación por el contenido, por la argumentación de todos los interesados. De acuerdo con esa tesis autoritaria, la discusión de contenido no es más que un medio de la técnica del poder que se aplica para canalizar todas las críticas dirigidas contra decisiones tomadas soberanamente por las instituciones contra los impotentes críticos. No por eso hay que decir que la universidad sea feudal, sino que está *up-to-date,* al igual que la burocracia ministerial que no ha dejado tampoco ya ninguna función sustantiva al debate parlamentario. Este mecanismo, que convierte la discusión racional en momento ritual de la imposición de decisiones autocráticamente tomadas, estructura toda la vida universitaria hasta las mismas formas del trabajo científico. Así se entrena a los hombres en el desprecio de la argumentación por «ineficaz», y en el reconocimiento del ejercicio del dominio por «eficaz». El senado académico puso particularmente en claro este «principio de la eficacia», hostil a la razón, durante el asunto Kuby. No hubo ni un solo senador que apoyara la decisión material tomada por el rector, pero tampoco ninguno que se decidiera a proponer en el senado el levantamiento de dicha medida: con eso todos los senadores mostraron que ponían el principio de la decisión «eficaz» por encima del problema de lo que se decide, de la materia de la decisión. Con eso estaban resumiendo ya anticipadamente el principal punto de los debates acerca del

estatuto universitario que empezaron muy posteriormente. La exigencia estudiantil de no ser eliminados por mera mayoría en los gremios existentes cuando se tratara de asuntos que los afectaran directamente no tropezó nunca más que con un solo contra-argumento: que eso provocaría la ineficacia de los gremios decisorios, su incapacidad de llegar a decisiones. Este es un argumento sumamente partidista, como se aprecia por el hecho de que esas mismas gentes no aceptarían de ninguna manera que la eficacia decisoria quedara garantizada mediante una mayoría institucional, por ejemplo, de profesores no-numerarios, en vez de catedráticos.

Ya en el caso Kuby se puso, pues, de manifiesto la estructura institucional como una estructura plenamente autocrática, y que los distintos planos del *clearing* ya institucionalizados o propuestos por profesores preocupados en vistas del conflicto no servían para imponer argumentos concluyentes, sino sólo para absorberlos más allá del efectivo ámbito decisorio. Pero los estudiantes contemplaron esa estructura contraria a la razón y a la democracia como cosa específica de la universidad, creyeron reconocer en ella restos feudales que el resto de la sociedad había rebasado ya. Les rondaba por la cabeza, en parte al menos, la idea de orientar la estrategia en el sentido de llevar por de pronto la universidad al nivel democrático conseguido en el resto de la sociedad.

Por eso las reivindicaciones de los estudiantes durante las discusiones del semestre de verano de 1965 no rebasaron nunca el plano de la argumentación formal institucional. Se podría incluso decir que aquellas discusiones fueron como una gran controversia pública acerca de la interpretación de los estatutos de la FU. De todos modos, esa discusión sirvió para que por vez primera se manifestara claramente una contradicción fundamental de aquellos estatutos: la autoadministración de los estudiantes, estructurada según los principios del parlamentarismo burgués, estaba en contradicción con la es-

tructura corporativo-feudal de los demás órganos y gremios universitarios, y chocaba con ella precisamente en la cuestión de la publicidad de las actuaciones. Mientras que las decisiones de los órganos de la autoadministración estudiantil se toman por principio públicamente, cosa que es la única legitimación posible del voto por mayoría, en los gremios académicos, aunque sin duda se imponían mayorías, cosa en rigor incoherente con la estructura corporativa, sin embargo, eso ocurría sólo para dominar a los estudiantes, y no se permitía que la tendencia derrotada y puesta en minoría apelara a la opinión pública, lo cual significa la imposición final del principio feudal corporativo. La publicación de las derrotas estudiantiles en los gremios académicos por parte de los representantes de los estudiantes era formalmente considerada por los catedráticos como violación de la confianza y el secreto, y políticamente como ejercicio ilegítimo de una presión. Se intentó, precisamente, hinchar estas formales extralimitaciones de los representantes estudiantiles hasta hacer de ellas causas del conflicto, con el fin de distraer la atención de las causas reales, de los objetos de la pugna. Al mismo tiempo se intentaba de ese modo ocultar que el total desprecio de los intereses estudiantiles en los gremios académicos movía a los representantes estudiantiles a apelar a la publicidad de las discusiones.

De manera concorde con el plano de argumentación formal e institucional conservado durante el semestre de verano de 1965, también el principio de publicidad por el que luchaban los estudiantes se mantuvo abstracto, porque en la misma cabeza de los estudiantes no aparecía al principio más que como un complemento del ámbito de decisión institucionalizado, o sea, como refuerzo de la posición, institucionalmente impotente, de los representantes estudiantiles en la universidad, o bien, de modo completamente abstracto, como derecho de los estudiantes a una información sin limitaciones. No se

tomó por de pronto en cuenta en las controversias que tampoco la información más plena cambiaría en nada las reales estructuras de poder de la universidad. Así, por ejemplo, todavía a finales del caso Krippendorff, el presidente del AStA se expresaba aún del siguiente modo completamente conforme con las instituciones:

> La Convención (el parlamento estudiantil de la FU) ha [...] preparado una resolución en la que invita al rector a reconsiderar la no-renovación del nombramiento del ayudante Dr. Krippendorff, con objeto de renovar el contrato de éste, y a que informe a la Convención al respecto antes de la vacación parlamentaria. Pero ni siquiera esta resolución se votó sino después de discutir casi seis semanas públicamente, dentro y fuera de la universidad, acerca del «caso Krippendorff» [...] *Si se entiende la resolución de la Convención en el sentido de que ésta se proponga obligar al rector a revisar su decisión* o negarle su condición de instancia decisoria competente, *se la ha interpretado mal.* Lo que sí ha querido hacer la Convención es indicar muy claramente al rector las posibles consecuencias de su decisión.

c) Esa controversia acerca de la publicidad en cuanto derecho abstracto a la información y a la crítica, desarrollada en el semestre de verano de 1965, bastó de todos modos para descubrir completamente el poder de los catedráticos. Obligados a defenderse públicamente, aquel poder perdió toda su aura, sin la cual se revela como arbitrariedad mera. Se disipó la autoridad de los catedráticos en cuanto autoridad interiorizada y acríticamente reconocida por los dominados. Las instituciones universitarias habían revelado su debilidad ante la discusión pública de sus decisiones. El semestre de invierno de 1965-1966, más tarde llamado «el semestre del Vietnam» y cuyas fuerzas y movimientos se tratan principalmente en los capítulos de Dutschke y de Rabehl,

aportó una concreción decisiva del principio de la publicidad.

Si las medidas de censura tomadas por el rector en el semestre de verano de 1965 aparecieron como irritada represión autocrática de la crítica o del trabajo de información política en general, en el semestre de invierno de 1965-1966 aquellas medidas se presentaron como represión de *determinados* actos de información, es decir, que rebelaron su naturaleza de medidas políticas y de partido. Al exigir de los estudiantes neutralidad científica en sus sesiones de información acerca de cuestiones políticas, el rector se atribuía con palabras sublimes un derecho de censura sobre el contenido de las informaciones —pues, según uso universitario, es obvio que sólo el catedrático decide en última instancia acerca de la cientificidad—, y, además, pronunciaba una prohibición universal de la toma política de partido en la universidad. Por eso el derecho a la información y a la crítica defendido por los estudiantes se amplió para incluir también el derecho a la toma política de partido en la universidad. Aunque la representación estudiantil no obtuvo aún en el semestre de invierno de 1965-1966 consecuencias que rebasaran las del semestre de verano de 1965, sin embargo, con esa ampliación se superaba en principio el estadio en el cual la exigencia de publicidad se mantenía como con una consciencia esquizofrénicamente escindida, esto es, sin oponerse a la real situación de poder institucionalizada en la universidad. Ahora, cuando la información empezó a presentarse como un momento de la toma política de partido ilustrada y, por lo tanto, como un momento de la práctica, se anunciaron conflictos nuevos en el caso de que los informados reconocieran como absurdas o hasta como peligrosas las decisiones tomadas autocráticamente por la autoridad académica; en ese momento los informados se encontrarían con la cuestión de la crítica *práctica* de tales decisiones.

A principios de 1966 se añadió un momento más a los varios aspectos de la controversia. El rectorado intentaba entonces levantar una residencia estudiantil fuera del territorio universitario, con objeto de liberar definitivamente a la universidad del inconveniente que suponía para él la identificación de los actos políticos de los estudiantes con el ámbito universitario por parte de la opinión pública. (Pues realmente era la universidad confundida con los actos políticos de los estudiantes, a causa de que la opinión pública, o sea, ante todo, la opinión pública fabricada por Springer, reprochaba a la universidad su incapacidad para reprimir eficazmente un compromiso político de los estudiantes que se había liberado ya hacía tiempo de la política antidemocrática establecida.) Los representantes estudiantiles eran unánimes acerca de este punto: no querían ninguna residencia nueva mientras no se hubiera discutido detalladamente, pública e internamente, acerca de las razones en contra.[8] Sin precisa articulación se defendieron contra el intento de separar definitivamente la ciencia de la política. Insistieron en que la universidad debía seguir identificándose con actos políticos estudiantiles, en el sentido de autorizarlos y reconocerlos, admitiendo que la toma política de partido es cosa que genuinamente pertenece a la universidad, y poniendo a disposición de los estudiantes, para esos actos, las suficientes aulas. También en este caso constituía el «modelo berlinés» un fondo sobre el cual y gracias al cual era posible contemplar este problema. El Instituto de Promoción de las Asociaciones Estudiantiles, que al principio sólo se orientó explícitamente contra las *Burschenchaften*,* era un medio ar-

8. Como los representantes estudiantiles no se atrevían a rechazar abiertamente la posibilidad de que el rectorado curara de la construcción de una residencia estudiantil, adoptaron la táctica de sacrificar en el momento decisivo los intereses estudiantiles a los intereses científicos, proponiendo generosamente la construcción de un nuevo Instituto Sociológico con los medios financieros reunidos para la prevista residencia.

* Las asociaciones estudiantiles tradicionales que, tras su inicial

bitrado por los fundadores de la FU para aprovechar, aunque apenas incoativamente, una importante consecuencia de la experiencia del fracaso de la universidad alemana durante el fascismo; los fundadores comprendieron que no toda ciencia *política* es aprovechable para el fascismo, según hoy se dice frecuentemente, sino que lo es precisamente toda ciencia *apolítica.* Cuando el rector se decidió a eliminar lisa y llanamente de la universidad toda política inconformista (azucarando la purga con la subvención en favor de una nueva residencia estudiantil), intentó practicar una corrección histórica en el modelo de la FU: la ciencia y la política se iban a institucionalizar de nuevo como esferas separadas. Para los mismos representantes estudiantiles la ciencia y la política no estaban vinculadas sino abstractamente, «de algún modo». El rector les ayudó entonces a que vieran más concretamente la vinculación. En su intento de desterrar la política de la universidad y, cuando el proyecto de residencia fracasó por causa de dificultades en la adquisición de los terrenos, en el coherente intento de no permitir ya más que actos científicos, es decir, políticamente neutrales, en la universidad, los estudiantes pudieron darse cuenta de que aquella retirada a la cientificidad era propiamente retirada a una esfera de oportunismo político. Precisamente en aquella fase el rector se rebajó hasta el punto de escribir al comandante norteamericano de la ciudad una carta de disculpas por los seis huevos que se habían lanzado contra la fachada de la Casa Americana; la carta era de un vergonzoso servilismo. Esto probó una vez más a los estudiantes lo acertados que estaban al interpretar la retirada a la cientifi-

---

fase democrática durante las guerras napoleónicas y hasta 1848, se han convertido en un canal de cooperación de los gestores de la clase dominante (alto *management* industrial y financiero) e, ideológicamente, en refugios de una cierta nostalgia nacionalista y arcaizante. De todos modos, con la radicalización de la crisis universitaria alemana varias de estas asociaciones han esbozado actitudes menos conservadoras.

cidad pura como retirada oportunista y abandono de toda responsabilidad política de la ciencia.

De este modo el conflicto institucional empezó a transformarse en un conflicto de contenido, empezó a dar con su objeto propio en el trabajo científico mismo de la universidad, aunque al principio pareció que se hiciera muy abstracto, puesto que a primera vista abandonaba la esfera universitaria para adoptar otra de naturaleza política general. Los catedráticos, que no podían ejercer una censura abiertamente partidista de las actividades políticas estudiantiles, pero tampoco querían tolerarlas por los motivos dichos, se refugiaron en la pura esfera de la ciencia, la cual exige según ellos una estricta renuncia al partidismo. Con ello dirigieron la atención de los estudiantes precisamente hacia esa esfera pura de la ciencia, puesto que el estudiantado no dejó de darse cuenta del carácter político-partidista de esa maniobra de los catedráticos. La esfera pura de la ciencia, como era inevitable tras los anteriores conflictos institucionales, apareció por de pronto como la esfera en la cual arraigaba más sólidamente la autocracia de los catedráticos. La cientificidad pura se presentó, pues, como esfera de dominio. Los abusos y las deformaciones del trabajo científico de la universidad, analizados ya tiempo atrás por los especialistas estudiantiles (falta de reflexión acerca de las premisas y de los métodos, falta de control de los procedimientos científicos, carácter falso o hasta burlesco de las sedicentes discusiones de seminario, etc.) se manifestaron por fin a gran parte de los estudiantes como momentos del poder de los catedráticos, y precisamente como momentos de un determinado poder político de los catedráticos, a saber, el que garantiza que las ciencias no conseguirán llegar a ser nunca crítica política y permite a los catedráticos la defensa disimulada de sus privilegios mediante su oportunismo político.

El principio de publicidad cobró su dimensión de

criterio del mismo trabajo científico por el hecho de que los estudiantes defendieran el derecho a la toma de partido política *en* la universidad como expresión de la responsabilidad política de las ciencias. El principio inicialmente formal se había transformado así en el principio de organización del trabajo que manda someter a discusión pública los presupuestos políticos y las implicaciones políticas del trabajo científico. Aunque en el semestre de invierno de 1965-1966 esa reivindicación no se había planteado aún explícitamente, sí se había conseguido ya el plano propio de su desarrollo. Precisamente en la segunda parte de este semestre de invierno empezó la práctica de las reseñas públicas de los actos docentes, en los cuales, como es natural, la crítica política del trabajo científico discurrió según criterios conseguidos durante los debates acerca de la reforma de los estudios y en la discusión sobre didáctica universitaria recién comenzada.

d) El semestre de verano de 1966, cuyo comienzo estuvo aún determinado por los ecos de las pugnas centradas en la cuestión de la entrega de aulas para los actos políticos, aportó un choque nuevo y más agudo acerca de la exmatriculación forzosa. La facultad de derecho rebajó su antigua duración máxima de los estudios hasta ponerla por debajo de la duración media; la facultad de medicina introdujo una exmatriculación forzosa escalonada; ambas cosas ocurrieron durante las vacaciones, o sea, en una época en la que no sólo era imposible activar estudiante alguno, sino que lo era además el reunir el parlamento estudiantil. Las representaciones estudiantiles de las dos facultades afectadas intentaron a principios del nuevo semestre activar a los estudiantes contra la exmatriculación forzosa, cosa que consiguieron con relativa facilidad, pese a tratarse de dos facultades tradicionalmente «conservadoras». Luego, el parlamento estudiantil resolvió practicar un referéndum acer-

ca de la cuestión de la exmatriculación forzosa. Mientras tanto, se iba haciendo trabajo de información y agitación también en las facultades no afectadas. Todos los interesados, igual los estudiantes que los profesores, sabían perfectamente que la gran mayoría de los estudiantes votaría contra la exmatriculación forzosa. Los profesores que intentaron defender la exmatriculación forzosa en las asambleas cosecharon unas carcajadas estudiantiles que oscilaban entre la burla y la cólera. En una de las asambleas plenarias se le escapó finalmente a un catedrático la consigna: «No se trata de reforma de los estudios, sino de reforma de los estudiantes». El rector, apoyado por el senador de Berlín para la sección de ciencia, así como por el tribunal administrativo al que finalmente se presentó el asunto, prohibió la realización del referéndum en los locales de la FU.

La prohibición del referéndum sobre la exmatriculación forzosa aclaró este asunto más que todas las anteriores discusiones: los afectados no estaban siquiera autorizados a articular su voluntad del modo formalmente estatuido por la constitución universitaria; cínicamente se exhibió el modo de tomar una decisión contra la voluntad manifiesta de los afectados, ejecutándola sin más legitimación que la competencia institucional administrativa. La tesis repetidamente expuesta en las discusiones entre los estudiantes, a saber, que la exmatriculación forzosa iba a convertirlos en objeto de un proceso de aprendizaje concedido autoritariamente por un poder indiscutido, cobró cualidad sensible en el modo mismo como se introducía el nuevo sistema. Los catedráticos justificaron la medida con sentencias cínicas como las siguientes: que la exmatriculación forzosa era cosa secundaria y obvia, que «en una organización de tan grandes masas no hay más remedio que contar con alguna posibilidad de clarificación», que de ninguna medida se sabe al principio si va a ser razonable o no, sino que todas son al principio «una jugada de dados», y «¡élite,

por Dios! Nunca podrán ustedes eliminar las élites. Por tanto, lo que importa es pertenecer a ella», «el 30 por ciento de los estudiantes es gente que vale, algunos mucho [...] y otra tercera parte son personas que si se les protege con indulgencia aún podrán resultar miembros útiles de la sociedad humana [...] y otra tercera parte son malos, desgraciadamente no hay que suavizar los hechos, son lamentablemente malísimos». Pero a pesar de la evidente ignorancia que manifiestan esas cínicas sentencias, los estudiantes no iban a poder oponerse con eficacia a la medida de los catedráticos si se mantenían en el marco institucional.

Por si todo eso fuera poco, el carácter real de los varios y detallados pasos que iba dando la reforma, tema de discusión por entonces en las varias facultades, quedó completamente aclarado por obra de la exmatriculación forzosa, particularmente en la facultad de medicina. Pues en esta facultad el estudio estaba formalmente organizado ya desde antes como lo iba a estar en las demás facultades al final de la «reforma de los estudios»: había ya exámenes intermedios que articulaban el estudio estructurado por las asignaturas y los actos docentes obligatorios. Precisamente esos exámenes intermedios se convirtieron en pilastras de la exmatriculación forzosa: bastó con fijar las épocas en las cuales era obligatorio pasar con éxito esos exámenes parciales o intermedios. No les hizo ninguna falta tocar siquiera el estudio mismo. Los estudiantes de las facultades aún no afectadas comprendieron en seguida, por esa forma de realización de la exmatriculación forzosa, a quién iba a dar «orientación», según se prometía, la introducción de exámenes intermedios y de asignaturas obligatorias: iba a orientar a quienes, teniendo en las manos la posibilidad de interrumpir la educación superior de los demás, podían castigar a los estudiantes que no se adaptaran lo suficientemente bien a un sistema de estudios irracional. La existente organización de los estudios, que no

consigue ofrecer ninguna orientación de contenido, resultó preferible en este desesperado «lo toma o lo deja». Quedó, pues, claro lo que quería decir «reforma de los estudiantes»: había que reformar al estudiante en el sentido de que no se propusiera más objetivo de su estudio que el pasar los procesos de aprendizaje en el tiempo obligatorio y sin discutir el hecho de que esos procesos no están sometidos a control crítico alguno.

El contenido social de esa sumisión se formulaba además al mismo tiempo: «Lo que importa es pertenecer a la élite». Lo cual, por cierto, era de escaso consuelo para los «lamentablemente malísimos». Éstos, que serían muchos más de la tercera parte si la duración máxima de los estudios se situaba por debajo del actual tiempo medio, vieron claramente dibujado su destino en el acto administrativo por el cual el rector pudo prohibir lisa y llanamente el referéndum en la FU. Una rúbrica burocrática podía así extinguir su prevista existencia profesional, una rúbrica que, además, puede ser anulada dentro de unos años por esos mismos burócratas, cuando ya la anulación no tenga utilidad alguna para el estudiante cuya vida quedara destruida, porque la «jugada de dados» no haya resultado útil a la burocracia. El imperio irracional de los catedráticos quedaba protegido por las instituciones estatales competentes porque formalmente no lesionaba ordenamiento alguno. Lo único que interesaba a las instancias estatales era la corrección formal del ejercicio del dominio. El tribunal administrativo expresó esto del modo más claro imaginable: no admitió la petición estudiantil de revocación provisional de la prohibición del referéndum porque el levantamiento de la prohibición posibilitaría el referéndum, y con eso «resolvería la cosa anticipándose al proceso». En cambio, no había instancia alguna para apelar contra el hecho de que la exmatriculación forzosa quedaba de este modo «resuelta anticipándose» a todo proceso. Por eso no puede asombrar que los estudiantes de la FU

elevaran su lucha universitaria, con la sentada del 22 y 23 de junio de 1966, hasta un nivel que permitió rebasar y superar el estrecho punto de vista intrauniversitario. El preámbulo de la resolución redactada en aquel *sit-in* no cabe ya en el marco de lo que normalmente abarca la expresión «política universitaria».[9]

Los estudiantes empezaron también a comprender en su ampliada práctica que su pugna en la universidad se refería a contradicciones que no tienen un carácter aisladamente universitario. Es notable que su situación inmediata, la que claramente les mostraba que, si se quedaban aislados, no conseguirían nunca la «universidad democrática» que reivindicaban, no parece haber sido el principal agente de esa comprensión; sino que los estudiantes parecen haber derivado más bien el carácter socialmente global de sus pugnas por vía abstracta, a partir de los conceptos de su crítica de la enseñanza superior y de sus reivindicaciones al respecto. Pero con esa prolongación teorética de la línea del conflicto intrauniversitario, prolongación conseguida en una abierta discusión masiva, los estudiantes superaron su idea de que los conflictos universitarios se debían principalmente a una estructura universitaria atrasada en comparación con el resto de la sociedad, y así superaron también, por otra parte, su ciega confianza en que su sociedad realizaría en principio las exigencias de racionalidad y democracia. Empezaron a distinguir entre las varias fuerzas de la sociedad, aunque aplicando para ello el abstracto criterio de contraponer «el desprecio de la constitución» a lo «democrático», con objeto de poder identificar a los aliados en su lucha. En esa abstracta diferencia entre las varias fuerzas sociales se reflejaba la ingenua impresión con la cual los estudiantes percibían finalmente los desarrollos en curso en la sociedad, los planes de una

9. Véase el capítulo de Uwe Bergmann, sección dedicada al «Semestre de la exmatriculación forzosa».

«sociedad formada», las leyes de excepción, etc.; en ella se reflejaba un asombro casi increíble por el hecho de que efectivamente haya tendencias antidemocráticas en el mundo. Los estudiantes que en el *sit-in* intentaron introducir conceptos explicativos de esos hechos —«capital monopolista», «contradicción antagónica», etc.—, fueron silenciados y despedidos con silbidos concluyentes. La perspectiva social de su conflicto, que entonces amanecía apenas para los estudiantes, permaneció abstracta, entre otras cosas porque su práctica en ese conflicto no había sido hasta entonces más que una práctica en la universidad. La fórmula de la resolución —«[...] el estudiantado ve la necesidad de colaborar con todas las organizaciones democráticas de la universidad [...]»— era aún mera declamación.

El *sit-in,* con su drástica dramaticidad, concretó la reivindicación general de que los afectados tienen que participar en el proceso de la decisión, aunque se limitara al ámbito académico. Se enviaron al senado académico, reunido en aquellas mismas horas, unas delegaciones con la invitación a que ese organismo discutiera junto con los estudiantes reunidos, o sea, la invitación de que hiciera intervenir a los estudiantes en la decisión; la gestión se subrayó con el paso de los estudiantes desde el césped en el que inicialmente se habían reunido hasta dentro del edificio principal, y hasta las puertas del local en el que celebraba sesión el senado académico. Mientras el senado vacilaba aún sin decidirse a reunirse con los estudiantes, éstos empezaron la discusión de los problemas pendientes, cosa que no se hizo en ningún otro gremio universitario.

En esta modificación de la sentada que se convertía ella misma en una forma de lo que estaba reivindicando, o sea, de la discusión vinculante, se manifestó el dúplice parácter de esa acción de masas, duplicidad que pocas horas más tarde se presentó como alternativa práctica. Cuando finalmente una parte del senado académico, con

el rector en cabeza, se presentó ante los estudiantes, y el rector declaró a éstos que él mismo y el senado estaban dispuestos a discutir con la representación estudiantil durante los días siguientes acerca de las reivindicaciones estudiantiles, el rector dedujo de esa concesión, como consecuencia lógica, la disolución de la asamblea. Para él no había más discusión imaginable que la celebrada en un marco institucional, o sea, con la representación estudiantil; para él, la asamblea masiva perdía toda función imaginable desde el momento en que había conseguido la concesión, por parte del lado académico, de discusiones institucionalizadas. Con eso la asamblea de masas se encontraba ante su duplicidad de carácter, a saber, el ser complemento, medio de presión de los órganos representativos estudiantiles, y cosa autónoma, algo independiente, un foro universitario público que anuncia la nueva forma de la discusión vinculante a la que se aspira, la forma que conduce a decisiones. El 22 de junio la asamblea masiva no se disolvió por la simple exhortación del rector, sino que se convirtió en un *teach-in* acerca de las cuestiones pendientes, hasta que se suspendió en la madrugada del 23 de junio. La asamblea insistió antes explícitamente en su exigencia de que el rector y el senado académico entraran en discusión con los estudiantes cuando éstos se reunieran de nuevo. El parlamento estudiantil se encontraba, pues, ante el difícil problema de decidir entre no empezar la discusión con la parte académica mientras ésta no se declarara dispuesta a presentarse a su vez a discutir con una asamblea estudiantil masiva, o bien, ante la inseguridad de que tantos estudiantes fueran activos de nuevo, limitarse a aprovechar el efecto de presión de la sentada para una discusión a solas con la parte académica; por último, se decidió por entrar en discusión con la parte académica, con objeto de lograr ante todo una de las reivindicaciones del *sit-in,* a saber, la reivindicación de comisiones paritarias para la reforma de los estudios.

Y consiguió imponer esa exigencia, aunque modificada. De todos modos, estas comisiones eran un compromiso del todo insuficiente: sin duda rebasaban dichas comisiones el marco previsto por los estatutos de la FU, y en esta medida eran ciertamente expresión de la nueva relación entre los docentes y los discentes constituida por la sentada; pero a causa de que las comisiones conseguidas no podían oponer ningún poder real a la situación institucional establecida, por el hecho de que no podían cambiar ni una letra de la situación tan lamentable si el cambio no era grato a los catedráticos, los nuevos órganos resultaron más instrumentos de disimulo de la intacta autocracia de los catedráticos y más canalización de la protesta estudiantil que otra cosa. Cuando, más tarde, los resultados del trabajo de algunas de estas comisiones entraron en contradicción con la real práctica de los estudios en la FU, la representación estudiantil resultó igual y significativamente impotente en el intento de producir de nuevo un estado público de opinión entre los estudiantes basándose en dichos conflictos.

La decisión del parlamento estudiantil, que discrepaba de las resoluciones de la asamblea de estudiantes, desencadenó entre éstos diferencias acerca del principio de publicidad: se trataba esta vez de precisar si publicidad quería decir que los estudiantes han de estar óptimamente informados acerca de la lucha de sus representantes, para apoyarlos en las fases críticas mediante acciones de masa, o bien, y además de eso, ha de significar un campo de práctica autónoma de los estudiantes, acción tomada luego como fundamento para todo el trabajo de la representación estudiantil. Se trataba, pues, de la cuestión de si la actividad política de los estudiantes ha de orientarse principalmente a una realización dentro de la estructura institucional dada o no requiere esa orientación. Los estudiantes que intervinieron en la sentada del 22-23 de junio de 1966 eran, sin duda, in-

capaces de desarrollar de un modo continuo la pugna en la universidad si no contaban con los órganos de la representación estudiantil. Los mismos grupos políticos estudiantiles más activos realizaban su política universitaria permanente casi sólo a través de aquellos miembros suyos que actuaban en los órganos de la representación estudiantil. Por otra parte, estos órganos habían perdido ya la función de ser expresión única de la política universitaria de los estudiantes. Esta confusa situación producida tras la sentada de junio de 1966 produjo iniciativas individuales en materia de política universitaria, obra de estudiantes no presentes en las representaciones estudiantiles (sin duda la más importante de todas esas iniciativas individuales ocurrió durante la ficticia discusión que el rector tuvo con los estudiantes el 26 de noviembre de 1966: la distribución y lectura de la «octavilla sobre los idiotas especializados»). Ya durante las actividades de algunos grupos estudiantiles por el Vietnam, en el semestre de invierno de 1965-1966, se había anunciado lo que esas iniciativas individuales empezaban a estructurar para la política de la representación estudiantil: como estudiantes aislados o grupos sueltos de estudiantes empezaron a intervenir políticamente, con temas universitarios o no, las restricciones impuestas por el senado académico no se dirigieron ya sólo contra la representación estudiantil, sino también y cada vez más contra las agrupaciones estudiantiles activas; de este modo la representación estudiantil se encontró con la tarea de defender el estudiantado contra restricciones que en algunos casos sólo indirectamente le afectaban a ella misma; y esto significó que la representación estudiantil se convirtió parcialmente en función complementaria de iniciativas individuales de los estudiantes.

La lucha contra las relaciones de dominio en la universidad, cada vez más rígidas, empezó pues a alterar las relaciones dentro del estudiantado mismo. Los órganos representativos, en situación como monopolística, no

habían podido desarrollar la lucha contra la autocracia de los catedráticos sin que los estudiantes mismos representados intervinieran en la pugna. La representación estudiantil activó entonces formas políticas, como los votos estatutarios, el referéndum, las asambleas abiertas, que eran al mismo tiempo formas en las cuales los estudiantes se podían articular directamente, sin representación alguna. Esto determinó no sólo que la representación estudiantil se situara finalmente bajo el control real de los representados por ella, sino también y sobre todo el que se abriera a los estudiantes la posibilidad de no ser simplemente personas políticamente interesadas, y pasar a ser políticamente activos. Las informaciones que los estudiantes recibían ahora de su representación no eran ya mero artículo de consumo, sino momento de reflexión autónoma, no aislada de la práctica, o sea, esas informaciones llegaron ya a ser medios de una acción autodeterminada. De ese modo la lucha aportó pronto, en un momento en el cual la posición de fuerza de los catedráticos no se había visto realmente afectada en nada, los pasos decisivos de la emancipación estudiantil. Los estudiantes dejaron de ser objetos dóciles de cualquier institución. Su primer paso por este camino consistió en emanciparse de la necesidad de principio de ser representados. El trabajo de la representación estudiantil se convirtió efectivamente en función delegada de un grupo de hombres políticamente mayores de edad; los estudiantes empezaron así a disolver la institucionalización de sus propias relaciones sociales en lo que deberían ser, para hombres mayores de edad, las instituciones, a saber, organismos producidos por ellos mismos y sobre los cuales tienen y mantienen poder decisorio.

La lucha de los estudiantes, en suma, no se agotó ya en el esfuerzo de defenderse contra el intolerable proceso de sumisión a tutela en el seno de la universidad; incluso para poder llevar a cabo esa lucha los estudiantes se veían obligados a desarrollar formas de su propia

emancipación y de su propia independencia, las cuales representaban una anticipación concreta de la situación universitaria y, más allá de ésta, social, por la que luchaban.

e) El cambio del carácter de la representación estudiantil —ahora función de iniciativas autónomas del estudiantado— no se desplegó plenamente sino a partir del semestre de invierno de 1966-1967, cuando la administración de la ciudad reforzó de un modo antidemocrático su acción contra las iniciativas políticas de algunas asociaciones estudiantiles (manifestaciones de diciembre de 1966, la razzia contra el SDS en enero de 1967, el «atentado» contra Humphrey en abril de 1967 y, ante todo, los acontecimientos del mismo 2 de junio de 1967).

Pero no sólo ciertos grupos estudiantiles cayeron, a partir del semestre de verano de 1966, en ese reforzado «ámbito de medidas de la burocracia estatal» (suspensión del previsto aumento presupuestario para el AStA, limitación del derecho de manifestación, encarecimiento de las matrículas, supresión de subvenciones al AStA), sino que también la misma representación estudiantil se vio afectada por ellas. Así, pues, los estudiantes experimentaron a título de manifestantes individuales, como miembros de grupo y ahora también a través de su representación institucionalmente ordenada por el estado, el mismo gobierno arbitrario y autocrático que ya conocían desde hacía tiempo de parte de la administración universitaria, pero ahora ejercido por la de la ciudad. Esta identidad llegó a ser, tras la acción Humphrey de la policía, cooperación directa de la administración municipal con la universitaria: el alcalde entregó al rector listas negras para garantizar la penalización disciplinaria de los manifestantes; por último, cuando el *sit-in* del 19 de abril de 1967, el rector llamó a la policía para que expulsara violentamente a los estudiantes que discutían en el edificio central. Durante los días siguientes, el rec-

tor y la administración de la ciudad deliberaron acerca de un plan de escalada con el cual «pacificar» la FU. Desde luego que los estudiantes vieron en el hecho de que la administración de Berlín-oeste interviniera en las restricciones universitarias una muestra de lo irritadamente que reaccionan las instituciones formalmente democráticas de la sociedad cuando un grupo de personas, aunque sea objetivamente impotente, empieza a practicar materialmente la democracia. Pero la comprensión fue al principio puramente abstracta. Por el momento, los representantes estudiantiles no comprendieron en sustancia más que esto, o poco más: que había sido muy poco realista su esperanza de poder utilizar para concretos pasos de reforma el interés tecnocrático reformista de la burocracia estatal contra los arcaicos intereses de los catedráticos y a la inversa.

Pero la sentada del 19 de abril de 1967 tuvo, en cambio, unos efectos clarificadores de la pugna interna universitaria, superiores a los de cualquier otro acontecimiento anterior. El rector y el senado académico habían llegado tan lejos que ya sólo la violencia directa de la policía les permitía afirmar su dominio de la universidad. Aunque los temas de la protesta estudiantil eran manifiestos —el senado académico llegó a discutir la prohibición de las reseñas de seminarios en el periódico estudiantil, acerca de procedimientos disciplinarios contra los autores del «atentado» contra Humphrey, acerca de la negación de la promocionabilidad del SDS, y, por último, el rector había recibido pocos días antes una lista negra que le había facilitado el alcalde—, sin embargo, la protesta estudiantil era para el rector y para el senado académico una injustificada violación de la subordinación, pues el rector había prohibido reuniones en el atrio. Estos catedráticos no veían en los estudiantes que se sentaron en el atrio y discutieron acerca de aquellas restricciones sino «las hordas pardas». Así, pues, mientras que allí abajo en el atrio «rabiaba la masa fas-

cista», los profesores iban a mostrar lo que habían aprendido de la experiencia fascista: en el momento en que acciones de masas espontáneas lesionan principios «de derecho público», aunque no sea más que la autoridad domiciliaria del rector sobre un edificio público al servicio de la discusión científica, hay que salvar «el derecho público» a costa de la democracia; la «dictadura ilustrada» es la última defensa contra esas otras dictaduras «totalitarias», entre las cuales hay que contar todo poder popular directo. Con esas ideas resumieron los catedráticos todo el contenido antidemocrático de su elaboración anticomunista del fascismo. «Con dolor en el corazón», pues, el rector y el senado académico llamaron a los guardias, luego de haber exigido repetidamente en vano una cosa tan poco grave como la inmediata evacuación del atrio universitario por parte de los estudiantes universitarios o, más precisamente, los llamaron porque no habían pedido a los estudiantes absolutamente nada más que esa evacuación, y porque tampoco eran capaces de proponer ninguna otra cosa. Luego, cuando la policía desistió de su intervención, se manifestó toda la miseria de los catedráticos. Mientras se esforzaban febrilmente, multiplicando las llamadas telefónicas al senador de orden público, para que se ordenara otro ataque de la policía, una bedel les aportó la sorpresa de que los estudiantes, terminada su discusión, habían levantado la sesión y se habían ido a casa. Las incontroladas explosiones de cólera de los senadores cuando les llegó la noticia de la terminación autónoma de la sentada mostraron muy bien que esa libertad de los estudiantes, libre de toda fijación y limitación, por la cual abandonaron el local por voluntad propia una vez terminada su discusión, revelaba a los catedráticos toda la mezquindad de su autoridad. Su impotencia entera se revelaba al hacer los estudiantes por su gusto lo que los catedráticos no habían conseguido con todas las amenazas imaginables. No puede sorprender que durante los días siguientes el rector

estudiara con el alcalde planes de expulsión de estudiantes en masa, ni que, para empezar, incoara ya procedimientos disciplinarios contra cinco estudiantes expuestos por ser conocidos, entre ellos cuatro representantes estudiantiles. Tras la derrota del 19 de abril, causada por la posición autoritaria de los catedráticos, carentes de fantasía, la parte académica quería provocar la prueba de fuerza decisiva. La vacía estructura autocrática de la universidad se convertía así en objeto práctico directo de la pugna, luego de haberse mostrado los catedráticcos incapaces de responder, como no fuera con la violencia, a la petición de discusiones vinculatorias.

Tras largas discusiones nocturnas, la representación estudiantil no se atrevió a recoger *directamente* esa provocación de los catedráticos organizando otro *sit-in* mayor que hubiera obligado a la administración a ceder o a dar un paso muy desagradable para los catedráticos, el cierre de la universidad. El voto de asamblea sobre la solidaridad con los estudiantes disciplinariamente amenazados, preferido por la representación estudiantil a la confrontación directa con la provocación, puso, de todos modos, perfectamente en claro la principal cuestión política: al someter a una decisión positiva o negativa de los estudiantes el comportamiento «objetivamente» contrario al orden de los estudiantes amenazados, la votación planteaba la necesidad de aprobar o condenar una política estudiantil que rebasaba conscientemente el marco institucional. En el curso de la lucha había quedado de manifiesto que la estructura institucional de la universidad contenía una participación ficticia de los estudiantes en el proceso de producción universitario, o sea, su minoría de edad política azucarada por las características del «modelo berlinés». En cambio en las formas extrainstitucionales de actuación política y político-universitaria se descubrían posibilidades de auténtica independencia y subjetividad. El voto de la asamblea fue positivo, en favor de la política extra-

institucional. El avance de la administración universitaria en el sentido de hacer retroceder a los estudiantes a su posición de impotencia en el marco institucional de la universidad fue así detenido por el momento, pero tuvo sus consecuencias para la autoconsciencia de la representación estudiantil.

La parte académica había dado claramente a entender que no utilizaba los estatutos y reglamentos de la universidad más que para ejercer o legitimizar su irracional poder sobre los estudiantes. Del mismo modo que el rector no había tenido reparo alguno en sacrificar la Vaca Sagrada de los catedráticos, la autonomía universitaria, llamando a la policía, así tampoco dejó de practicar manifiesta manipulación política durante la votación, hablando de reglamentos y de procedimientos disciplinarios. La inspección jurídica no vio motivo para proceder en contra, a pesar de la apelación de los estudiantes. De este modo la constitución de la «comunidad de maestros y discípulos» se había reducido a su sustancia formal, a la pretensión de poder de los catedráticos, y no había ya instancia alguna que aceptara otra interpretación de los estatutos. En esta situación la representación estudiantil tuvo por fuerza que preguntarse qué sentido podía tener aún su estrategia de apelar, contra la autocracia de los catedráticos, a los estatutos de la «comunidad de docentes y discentes». Ella misma se había visto obligada, para representar eficazmente los intereses estudiantiles, a emprender la política de manifestaciones y provocaciones que no podía concordar con los estatutos de la FU porque los fundadores de ésta no habían podido siquiera imaginar una tal represión de los intereses estudiantiles. Ya hacía mucho tiempo que la representación estudiantil se encontraba ante la alternativa de renunciar a la defensa de los intereses estudiantiles o a la observancia estricta de las institucionalizaciones universitarias, y hacía también mucho tiempo que se había decidido por esto último. Pero, de to-

dos modos, hasta el momento lo había intentado todo para distanciarse de la primera línea de la política de manifestaciones y provocaciones, con objeto de mantener abierta la posibilidad de rechazar las antijurídicas y escandalosas reacciones e intentos represivos de la administración universitaria desde una posición en la cual pudiera apelar a los estatutos y los reglamentos. Desde la sentada del 19 de abril, no había ya, empero, ningún punto de referencia común en la universidad ni en sus estatutos al que pudieran apelar los estudiantes y los catedráticos. La misma representación estudiantil se había «salido» de la institución universidad. La significación del referéndum por ella organizado era que la representación estudiantil no recibía ya legitimación alguna del contexto institucional de la universidad en el que aún estaba formalmente inserta; ya sólo recibía su legitimación del estudiantado politizado democrático. El resultado de la votación no podía ser, pues, «rectamente interpretado» por la representación estudiantil más que si expresaba el abismo que la separa de la universidad de los catedráticos y lo que sostiene en el estudiantado. Este asunto de la identificación de la representación estudiantil estaba en realidad en juego cuando la Convención aprobó el 26 de mayo de 1967 una resolución sobre el Vietnam en la que se decía:

> [...] La Convención, supremo órgano de decisión de la representación estudiantil democrática, entiende su mandato político como tarea que no se puede cumplir sino en relación con la función social de la universidad en cuanto universidad [...] La tarea de la ciencia universitaria no se puede limitar, en una sociedad que declara como fin propio la libertad del hombre individual, a preparar un saber disponible para el constante perfeccionamiento de la producción. Si se quiere conseguir que el hombre individual sea cada vez más sujeto de su historia, hay que hacer que la ciencia ponga constantemente en tela de juicio las

existentes relaciones sociales, y hay que insistir en la eficacia política de esa crítica. Por eso la ciencia universitaria no puede pasar por alto un genocidio como el del Vietnam más que si ha aceptado una división social del trabajo por la cual los unos son sujetos y los otros objetos. Con ello la universidad se degradaría a la condición de mero suministrador de saber, sin interés alguno por la efectiva valorización social de ese saber, y se anquilosaría al mismo tiempo, perdiendo su dimensión de posibilitadora de la autodeterminación ilustrada de los hombres para reducirse a mero factor de la producción. De acuerdo con esa mutilada determinación funcional, la universidad reproduce en su interior precisamente la división social del trabajo en la cual los unos son sujetos y los otros objetos. Bajo la presión de la burocracia ministerial y de los grupos económicos, proyecta reordenaciones de la doctrina universitaria que someten los estudiantes a un saber ya listo, a planes de estudio predibujados y a irracionales ritos de examen. Cuando los estudiantes reclaman resueltamente que empiece en la universidad una discusión racional y, ante todo, vinculante, entre todos sus miembros, acerca de la tarea universitaria, cuando los estudiantes empiezan, pues, a querer ser sujetos, la administración universitaria les contesta con la violencia. La Convención comprueba que la ulterior ignorancia de los crímenes cometidos en Vietnam corresponde por parte de la universidad a una idea de sus tareas contra la que está combatiendo desde hace años por medio de la política universitaria estudiantil. La universidad se cree obligada a callar porque ve su función social en el conformismo y en la ciencia apolítica. Por eso la Convención tiene que dar el paso, inevitable desde el punto de vista de la política universitaria, de oponerse a la autocompresión apolítica de la universidad y de recordar a ésta su responsabilidad social mediante una toma de posición respecto de la guerra en curso contra el pueblo vietnamita [...].

Los hechos del 2 de julio de 1967 y de los días siguientes concentraron todos los momentos heterogéneos

o, simplemente, de desarrollo desigual, de la pugna habida hasta entonces: la política universitaria y la política general coincidieron totalmente *en la práctica.* La batalla de cerco planeada por la policía ante la Ópera, las medidas anticonstitucionales tomadas por el gobierno el 3 de junio, el debate parlamentario del 8 de junio, desprovisto de todos los principios de la democracia, la opinión pública, articulada de forma manifiestamente fascista por la prensa de Springer: todo ello mostró con claridad más que suficiente que la muerte de Ohnesorg no había sido un accidente en una sociedad por lo demás democrática; quedaba, por el contrario, de manifiesto que los hechos habían derribado meramente la fachada democrática de una sociedad fascistoide, que ahora se entregaba ya a un poder abiertamente fascista. Los estudiantes se encontraron precisamente en la situación misma que en los años 30 y siguientes vio el fracaso de sus padres, fracaso que los jóvenes imputaban no sólo a sus padres, sino también y en general a la universidad apolítica; y los estudiantes no habían imaginado nunca concretamente que se pudiera reproducir una situación así, aunque a veces hablaran teoréticamente de ello. Por todo eso, el 5 de junio formuló la Convención la orientación de la práctica político-universitaria que ahora se requería, la cual sería al mismo tiempo práctica política en general:

> Al presentar estas justas reivindicaciones (dimisión de Albertz, Büsch*, etc.) los estudiantes saben perfectamente que la influencia política de la universidad en la ciudad es muy escasa; y saben también que eso se debe entre otras cosas, y no en última instancia, a la universidad misma. Casi parece que el llamamiento a que la universidad alemana no se haga por segunda vez culpable del fracaso de la democracia y de la

* Alcalde y jefe de la policía de Berlín, respectivamente, en la anterior administración socialdemócrata del sector oeste de la ciudad.

deshumanización de la sociedad llegue demasiado tarde. Por eso las universidades no pueden vacilar ni un minuto más, sino que han de definir las tareas científicopolíticas de las ciencias universitarias y determinar la práctica política de la universidad. La Convención de la FU de Berlín considera deber suyo el llamar a los miembros de la universidad para que empiecen sin dilación un proceso de autoaclaración y desarrollo de la práctica política, proceso que represente la respuesta teorética y práctica, así como el reto de la FU a todas las tendencias políticas que amenazan con destruir la segunda democracia alemana.

En aquella misma resolución, la Convención reclamaba que se suspendiera durante una semana al menos el funcionamiento normal de la enseñanza, con objeto de poder empezar el necesario proceso de reflexión de las ciencias universitarias acerca de sus tareas políticas prácticas. Era imposible caracterizar más claramente el hecho de que la universidad existente se enfrenta impotentemente, en su regular proceso de producción, con el aplastamiento de la democracia. La universidad lo puso aún más de relieve a su manera: en los primeros días posteriores al 2 de junio no hubo prácticamente administración universitaria; ocurría en la universidad lo que los estudiantes decidían en asambleas plenarias. La única medida del rector durante aquellos días consistió en disponer que en la sesión necrológica por Ohnesorg, celebrada en el Auditorium Maximum, se colocaran laureles y tocara el cuarteto de cuerda, cosa que los estudiantes consideraron de muy mal gusto. La crítica estudiantil a la universidad existente se confirmaba con macabra plasticidad.

La abdicación práctica de los catedráticos numerarios —pues los pocos que aquellos días se veían por la universidad eran los que colaboraban con los estudiantes— y las tareas, ya inmediatamente políticas, de la universidad dirigida por los estudiantes fueron los puntos

de partida de la iniciativa de universidad crítica. Los estudiantes habían experimentado como obstáculo práctico el no haber sido en nada preparados por la enseñanza universitaria para las tareas políticas que ahora tenían que asumir inevitablemente. No fue, pues, ninguna necesidad *teorética,* sino la razón que exigía su *práctica* política, lo que reclamó nuevas formas científicas de trabajo. No se podía esperar de la universidad existente, ni siquiera después del 2 de junio, una transformación radical del proceso científico de producción, de tal modo que éste pudiera dar de sí aquella preparación: los catedráticos numerarios se habían escondido, pura y simplemente.[10] Los estudiantes dejaron de esperar a los catedráticos. No tenían tiempo que perder, tenían que construir por sí mismos una organización del trabajo científico que les hiciera capaces de no fallar ante las tareas políticas que se les manifestaban con toda claridad. Empezaron a construir la universidad crítica.

La racionalización actualmente en curso de las cien-

10. Más tarde, en el otoño, cuando los movimientos de los meses de verano —sobre todo a causa de las vacaciones— fueron reduciéndose, apareció de nuevo en primer plano, como era de esperar, el catedraticado numerario, y precisamente para prohibir la existencia de la universidad crítica. Pero como temía provocar con esa prohibición la resistencia masiva de los estudiantes, declaró el lema «El senado académico no se deja provocar» y se limitó a proclamar una prohibición formal sin consecuencias prácticas. Reinaba, en suma, en la universidad una situación de equilibrio de poderes: los catedráticos no se atrevían ya a enfrentarse abiertamente con los estudiantes; pero los estudiantes no conseguían quebrar de una vez la situación autocrática de los catedráticos en el proceso normal de producción de la universidad. Este equilibrio de fuerzas según se había visto ya por el llamamiento del rector a la policía cuando la sentada del 19 de abril de 1967, no era ni es expresión de fuerza n de debilidad del movimiento de oposición estudiantil *en la universidad* sino expresión de su fuerza y de su debilidad en la sociedad. En l medida en que los estudiantes consigan reducir la autoridad estatal a l defensiva, en esa misma medida podrán romper en su favor el equilibrio de fuerzas en la universidad. Los progresos de la rebelión universitaria son ya idénticos con los progresos del movimiento de oposición contra las relaciones sociales del capitalismo tardío, oposición sostenida ho en Alemania ante todo por los estudiantes. No es tarea de este capítul el reflexionar acerca de las condiciones del progreso de ese movimient tendencialmente socialista.

cias universitarias para adecuarlas a las exigencias de valorización del capital en las presentes condiciones ha puesto claramente de manifiesto en la viva contradicción que es la rebelión de los estudiantes la forma que exigen históricamente las fuerzas productivas: una forma en la que los hombres consigan en las ciencias la dimensión de la práctica social con la cual han de ser capaces de superar la opresión que se ejerce sobre ellos y la minoría de edad en que se les mantiene.

BERND RABEHL

DEL MOVIMIENTO ANTIAUTORITARIO A LA OPOSICIÓN SOCIALISTA

Los observadores serios y respetables de la rebelión estudiantil alemana que protesta contra una administración universitaria y estatal fosilizada suelen tranquilizar a los ciudadanos, inquietos por semejantes desvergüenzas de los estudiantes, escribiendo en sus glosas y comentarios periodísticos que el radicalismo difundido por una «minoría» de los estudiantes alemanes es un «fenómeno mundial» que se observa en los Estados Unidos y en Inglaterra igual que en Japón, Corea, América latina. De paso se alude incluso a veces a la causa de la agitación: los estudiantes protestan contra la guerra imperialista del gobierno norteamericano en Vietnam y contra las medidas coactivas de las burocracias nacionales, y eso se comenta interpretando estas medidas como persecución jurídica de manifestantes o aplicación de los reglamentos universitarios. Pero lo «esencial» de la rebelión se busca en la inquietud juvenil, psíquicamente motivada. De este modo se pasa la radical crítica política de los estudiantes al esquema idílico del problema generacional. Esto permite aguar la oposición a las autoridades sociales, reduciéndola a puntos de vista psicológicos o biológicos. Esa juventud ofuscada por el *beat,* esos hippies embriagados de LSD, esos gamberros ansiosos de vida y esos fanáticos provos políticos quedan catalogados por los «amigos» de la juventud bajo el concepto de salvaje explosión psíquica sin objetivos, fruto de la acumulación del instinto de agresión en los adolescentes. Para terminar, los sobrios analistas achacan al fracaso de los modelos sociales el que dicho «impulso»

condicionado por la edad haya tomado esta vez tales dimensiones, en vez de resolverse y satisfacerse en pugnas deportivas y en entusiasmo patriótico.

Los liberales sinceros testimonian, bondadosamente satisfechos, los éxitos del campo antiautoritario, movido por la juventud. Por la actividad extraparlamentaria de la oposición juvenil, declaran dichos liberales auténticos, la actividad parlamentaria ha sido de nuevo «estimulada», ha actuado como importante correlato del sistema y ha perturbado el proceso de cristalización e indiferenciación de los partidos. Pero ahora se trata de «conservar lo logrado», de limitar la acción o incluso terminarla, porque «tal como están las cosas», los elementos fascistas de la sociedad pueden ser movilizados para suprimir las «reglas del juego democrático». Las mismas acciones de la oposición estudiantil fueron calumniadas como excesos fascistas que la autoridad no estaba ya dispuesta a seguir admitiendo dentro del ámbito de tolerancia de la democracia burguesa. Estos teóricos del «equilibrio de fuerzas» * pusieron a prueba su pensamiento liberal, incluida, ante todo, la curiosa concepción de la historia según la cual el fascismo no está ya predispuesto en la estructura social del capitalismo, sino que es provocado y producido en cantidad por la acción de la oposición extraparlamentaria de izquierda. La idea del equilibrio de fuerzas fue el argumento de más peso aducido por los comentaristas liberales, el que les permitió reconocer al estado como regulador de los problemas sociales y ver en la burocracia estatal un estamento flotante por encima de las clases y las capas de la sociedad. Esta estructura político-social garantiza, en opinión de los liberales, un máximo de libertad y de

* De entre los medios de masa, el destinatario más claro de estas observaciones es, con mucha probabilidad, el semanario alemán *Der Spiegel*. En los ambientes universitarios, muy probablemente el principal aludido es el profesor Ralf Dahrendorff, destacado representante del Partido Liberal (FDP).

reformas sociales. No sorprende así que estos honorables hombres liberales lancen llamamientos a los dignatarios del estado alemán occidental, incitándoles a dar ejemplo democrático a la juventud. Se trata de poner en juego indulgentes y sabios discursos, cuellos y corbatas bien planchados, sonrisas seguras del futuro, entrecana elegancia de vidas repletas de hazañas científicas y culturales, con objeto de devolver finalmente a la juventud la confianza que necesita para reconciliarse con la armoniosa sociedad en la que todos son «partenaires».

La historia alemana de los últimos cien años no es precisamente pobre en cuanto a imágenes de entusiasmo juvenil. El llamamiento a las armas para defender el honor patrio contra el enemigo hereditario, el llamamiento a proclamar la grandeza de la patria y «combatir por la magnificencia del *Reich* al servicio de un destino superior», eso fue el *pathos* de la juventud alemana hacia finales del siglo pasado y a comienzos de éste. La orgía del *chauvinismo* empezó tras la fundación del *Reich* bajo hegemonía prusiana y tras la tempestuosa industrialización de los «años fundacionales», que dieron forma a la política expansionista de la nueva potencia imperialista nacida en Europa. Este *chauvinismo* se pudo desarrollar muy fácilmente en Alemania porque aquí no había pensamiento liberal, sino que el rostro político del movimiento liberal se caracterizaba desde 1850 por los compromisos con el estado absoluto. Así, por ejemplo, la Unión Nacional de la burguesía prusiana y el Partido del Progreso declararon inequívocamente en 1859 que sólo la forma monárquica era adecuada para el estado prusiano. Reconocieron sin reservas la constitución autoritariamente concedida por el absolutismo prusiano y formularon un programa que no contenía el sufragio universal. Estas virtudes se expresaron de modo culminante luego de 1871, en el Partido Nacional Liberal, con su coincidencia total con la política de la Alemania del *Kaiser*. El trasfondo ideológico de esa burguesía no

fue una consciencia nacional, sino el odio, la vanidad patriotera, el deseo de ampliar su poder en el espacio, el ansia de nuevos mercados, colonias, esferas de influencia, etc.; esos fueron los elementos de un nacionalismo que es precisamente lo que se llama *chauvinismo* y que, bajo la forma del «darwinismo mítico», fue recogido por la filosofía de Nietzsche, ansiosamente asimilada por una juventud educada de un modo rígidamente autoritario. Esta filosofía era expresión del «sentir» y las «premoniciones» de la intelectualidad alemana, y dio respuesta compensatoria a la decepción producida por la democracia burguesa de corte bismarckiano, por la «incultura» de la sociedad muy industrializada, que sometía ya todas las relaciones humanas a las leyes de la acumulación del capital. La filosofía de esa juventud daba una fundamentación biológica a la vida social y consolaba a los frustrados intelectuales que no querían contentarse con su situación real de pequeños burgueses: podían escapar idealmente de esa situación por medio de los ideales del «superhombre» y de la «raza superior». El acto de destrucción total de la democracia burguesa, la extirpación de la idea de la igualdad de todos los hombres, era lo único que prometía la salvación, la salida de la «decadencia cultural y espiritual». La juventud alemana se rebeló desde comienzos del siglo hasta 1914, contra el orden feudal-burgués. Su ideal era el estado de fuerza imperialista, que efectiva y objetivamente se desarrolló en Alemania. La era imperialista adelantó sus sombras, con crisis, guerras mundiales y grandes batallas de material, provocó las agitaciones sociales que en los varios países y según la fuerza y la función que tenían en ellos el liberalismo y el movimiento obrero, y según la fuerza de las burocracias estatales imperialistas, provocaron reacciones varias de la intelectualidad. En Alemania, la inquietud radical de una juventud autoritaria cayó bajo el control del imperialismo. La «irrupción de la juventud», el romanticismo militante del mo-

vimiento juvenil, consiguió su cumplimiento existencial, que fue letal, en las granizadas de balas de la primera guerra mundial, en las trincheras de Verdún, la «moral del egoísmo» prometía que en la batalla por la victoria total sobre la «criatura enemiga» se conseguiría el «tipo más alto de ser humano», el cual es capaz de mirar con desprecio a las demás «sabandijas de la Tierra». La rebelión de la intelectualidad pequeño-burguesa en Alemania se expresó ideológicamente en la histeria belicista. Era una rebelión que se dirigía contra la existente situación social del país, para poder someterse luego, llena de sentimiento de culpa, a una autoridad más fuerte. Era la delicia de la rebelión de los «desarraigados» que ansiaban recibir órdenes militares y masoquistas. La enfática consigna de aquella intelectualidad que se pervirtió a sí misma fueron las palabras: «...pues la guerra somos nosotros mismos». Reprimieron el temor a la «muerte heroica» en la trinchera o en el asalto o la alambrada, ante las posiciones enemigas, y lo transformaron en agresión contra el enemigo de los dos lados del frente. La guerra de posiciones fue sublimida con el nombre de «tormenta de acero» que forma a los hombres a los que se entregará en un próximo futuro el «destino» de Alemania; mediante esa «viril prueba» iba a quedar probada la capacidad de aquellos hombres para dirigir el pueblo alemán.

La sublevación de los marineros de Kiel, las huelgas y la revolución de los obreros de los centros industriales alemanes en noviembre de 1918 fue para la militarizada juventud universitaria de la época una traición típica a sus ideales: había que imponer venganza con todos los medios y en seguida. La decepción por la democracia y el odio a la república de los «traidores de noviembre» culminaron en el «juramento sagrado»: «Difundir en la paz las ideas y los ideales que no se pudieron realizar en la guerra». Mientras esta juventud universitaria, organizada en los Cuerpos Voluntarios, realizaba material-

mente la carnicería que acabó con la revolución socialista alemana, hacía de las universidades fortalezas del pensamiento antidemocrático y de la propaganda racista y nacionalista, la cual se negaba a aceptar la «humillación» de Versalles y ansiaba el estado de un caudillo nacional que corrigiera con el poder de las armas los resultados de la primera guerra mundial y vengara la «humillación» de los germanos. Las asociaciones estudiantiles difundieron muy pronto en las universidades alemanas los ideales de la sociedad fascista, y no puede sorprender el que esas universidades entraran casi íntegramente en el prometido Tercer Reich.

La rebelión antiautoritaria de los estudiantes, alumnos de enseñanza media y aprendices y jóvenes obreros de hoy es de cualidad diversa de la que tuvieron los oscuros deseos de la juventud sin serenidad de antes de 1914. Hoy se trata de la cólera contra una vida que resulta sin sentido y contra la situación de permanente minoría de edad impuesta cínicamente por mezquinas autoridades que ejercen su despótico dominio en el aparato del estado, en las jerarquías universitarias y escolares y en la empresa. Por primera vez en la historia de Alemania, el estudiantado se levanta en gran número contra las estructuras y relaciones autoritarias de la sociedad. Hoy, tras las experiencias históricas de dos guerras mundiales, tras la bancarrota histórica del liberalismo en el fascismo, tras el fracaso de los movimientos obreros socialistas y comunistas, la elaboración crítica del pasado es presupuesto para el conocimiento del presente. Dado el nivel de las fuerzas productivas, o sea, de la riqueza social, la juventud rebelde no se propone cambiar una autoridad por otra, sino suprimir el dominio irracional.

Este pensamiento antiautoritario se articuló a partir del punto culminante de la segunda fase de la guerra fría, a partir del 13 de agosto de 1961. La revolución cubana, los primeros pasos de la escalada de la guerra

norteamericana contra el pueblo vietnamita en apoyo del régimen de Diem, las luchas de clases en el Congo, la revolución en Argelia, todo eso empezaba a ofrecer al pensamiento nuevos puntos de referencia y orientación. Hasta la prensa monopolizada daba noticia de movimientos de masas y levantamientos populares contra regímenes semifeudales y corrompidos, difícilmente obra de agentes comunistas, razón por la cual la juventud no pudo ya entender por qué las tropas norteamericanas apoyaban, precisamente en nombre de la libertad, a feudales autócratas, especuladores y canallas en contra de los pueblos. La misma sociedad de aquí fue sometida a una mirada más diferenciadora. La consolidación de la economía en la RDA, que permitió ir desmontando los métodos stalinistas de dirección del estado y del partido, modificó la ideología anticomunista en la República Federal; ya no se podía movilizar tan fácilmente la estampa en blanco y negro de los años cincuenta para disimular el derribo de la democracia en la RFA; ya no era fácil invocar en cualquier momento el peligro del agresivo enemigo para imponer medidas de excepción. Estaba resquebrajada la fe inconmovible en el «orden de la libertad». Hasta el 13 de agosto de 1961 la burguesía alemana se había ahorrado la revelación de su participación material e ideológica en el fascismo. El pensamiento fascista pasó lisamente a ser la ideología anticomunista de la guerra fría. Pues el comunismo «torvo y amenazador» se contraponía a los ideales del mundo libre, de modo que ahora pardo era ya lo mismo que rojo, y comunismo y fascismo eran hermanos siameses. Así se había podido disimular la vinculación del «liberalismo» alemán con la sociedad fascista. A la difícil situación económica del este y a las consiguientes medidas estatales coactivas se contraponían la capacidad industrial y el dominio económico mundial por parte del oeste, argumentos capitales del mundo libre: economía libre contra planificación, libertad de viajar contra cie-

rre de fronteras, elecciones libres contra listas únicas, frutos agrios del sur contra la col verde de las cooperativas agrícolas del este. *La libertad* se redujo en el oeste a publicidad de turismo, de supermercado que se enorgullece de la libre elección que su cliente puede practicar ante un surtido completamente normado de productos. El concepto de libertad se eliminó de la esfera política y se trasladó a la económica. El único título que exhibía el occidente libre era el de ser contrafigura de la sociedad del este. Los comentarios políticos coincidían con la publicidad: la Coca-Cola —helada— había de presentarse como quintaesencia de la libertad política a los hermanos y hermanas oprimidos en el este. Y la realidad es que la democracia occidental no arraiga realmente en ninguna esfera social, ni en el plano de las empresas, como cogestión ampliada de los trabajadores, ni en el parlamento ni en los partidos.

La corriente de fugitivos procedentes de la RDA en busca del oeste prometido y la interpretación de los hechos que ocurrían en el este por los medios de comunicación de masa concentrados en la fabricación de la opinión pública daban autenticidad a la imagen del enemigo. Por eso la construcción del muro se entendió como ataque al orden de la libertad, particularmente en Berlín, donde se había difundido mucho la sensación de ser una comunidad en peligro. La juventud estudiantil fue exhortada como nunca a intervenir activamente en la lucha por la libertad. Mientras los políticos y representantes de esta sociedad se mostraban hábilmente indignados, aterrorizados y conmovidos, suministraban sus frases de profundo sentimiento, pensaban con orante concentración en los pobres hermanos y las pobres hermanas «del otro lado», mandaban poner velas en las ventanas y organizaban procesiones con antorchas, y conseguían que las tropas norteamericanas desfilaran en orden de batalla, y hacían que el sensiblero pueblo berlinés tributara entusiastas ovaciones al símbolo del pro-

greso occidental, J. F. Kennedy, en suma, mientras políticos y representantes de esta sociedad ponían alternativamente en escena, con la consumada habilidad de la rutina y de la excentricidad muy ensayada, la cólera o la conmoción, los ingenuos estudiantes y jóvenes obreros asaltaban el muro. Falsificaban pasaportes, excavaban túneles, cortaban vallas y pintaban sus consignas de libertad en el cemento. Los representantes de los partidos y del estado alababan, honraban a aquellos buenos chicos, y les daban palmaditas en la espalda; y la policía concedía gustosamente toda la ayuda que se le pedía. La embriaguez pasó en seguida, y tras ello llegó la consciencia de que la construcción del muro había contado con el acuerdo de los EE.UU. El reparto del mundo desde Teherán, Yalta y Potsdam justificaba la erección de la muralla, sobre todo porque a través de las abiertas fronteras de Berlín se podía acumular en la ciudad materia conflictiva entre las dos potencias mundiales, materia que podía poner en tela de juicio los acuerdos militares y, por lo tanto, también la posibilidad de que la principal potencia imperialista, los Estados Unidos, siguiera tranquilamente con el aplastamiento de los movimientos de liberación en el tercer mundo. El estudiantado pequeño-burgués se volvió a sumir en la apatía política.

La construcción del muro y los hechos subsiguientes mostraron los límites de la ideología anticomunista en la República Federal. Hasta el 13 de agosto de 1961 el secreto elemento vital del anticomunismo había sido la esperanza de poder emprender un día otra vez la cabalgada hacia el este. El 13 de agosto de 1961 dejó «repentinamente» en claro que había que arriesgar la nueva «guerra relámpago», el *Blitzkrieg,* «ahora o nunca». La actitud de los políticos mostró que no estaban dispuestos a «la acción decisiva» ni, por lo tanto, a inferir las consecuencias reales del anticomunismo. Antes al contrario, los políticos utilizaron la policía para impedir

que los manifestantes agresivos se acercaran a la muralla. El anticomunismo se agotó necesariamente en el momento en que se le arrebató toda esperanza de poder pasar un día al ataque. La distribución del poder entre las fuerzas capitalistas tras la segunda guerra mundial dejaba a los políticos alemanes sin el instrumento decisivo utilizado por sus predecesores para aprovechar en beneficio del sistema reaccionario la protesta de la juventud: la guerra. El anticomunismo se disolvió para reducirse a prejuicio privado.

Precisamente por ese final del entusiasmo, la construcción del muro hizo que las conciencias resultaran accesibles ahora a las contradicciones dadas en la propia sociedad, así como a los acontecimientos del tercer mundo. El período siguiente debilitó así la «entrega» al sistema capitalista y destruyó la identificación de los jóvenes con las autoridades sociales. Eso no quiere decir que fueran siempre los mismos estudiantes los que en 1961 realizaban honradamente «atentados» contra el muro y los que, a partir de 1965, se pusieron a protestar en Berlín-oeste contra el poder establecido.

A partir del 13 de agosto de 1961 el desarrollo en Berlín-oeste mostró con claridad que la burocracia berlinesa había perdido su antigua función. Nacida a un determinado nivel histórico que definía sus tareas —la conservación y la independencia de Berlín occidental, la integración de esta parte de la ciudad en la RFA y la ampliación del sector hasta convertirlo en cabeza de puente, centro de reconstrucción económica y de trabajo, escaparate del mundo occidental, etc.—, esta burocracia no pudo modificar sus funciones en sincronía con el desarrollo histórico-mundial. La frase «Berlín, capital de Alemania» le obligaba, por el contrario, a disimular los cambios o a no enterarse siquiera de ellos. Así ocultaron el desinterés de las potencias occidentales y del gobierno federal por la unidad de Alemania, el desplazamiento de los centros de gravedad de los grandes

Konzerne o grandes concentraciones industriales desde Berlín hacia el oeste, al levantarse en Alemania los centros tecnológicamente más importantes y reducirse Berlín-oeste a taller apendicular y anacrónico de la industria alemana occidental, la dependencia de Berlín respecto de las subvenciones, y la dependencia de su senado respecto de las instrucciones de las potencias occidentales y del gobierno de Bonn. La cámara de los diputados berlinesa y su senado no podían tomar decisión alguna con independencia. El patriotismo de los berlineses, su ciega confianza en el gobierno de la ciudad, fue a partir de entonces la única justificación de la burocracia berlinesa, la cual, en su aislamiento histórico, o sea, en la imposibilidad de detener la agonía política y económica de la ciudad, tenía que decidirse a rechazar toda crítica en nombre del tópico anticomunista, para evitar que la traicionada población la recogiera. La obligación de sostener la ficción de un sistema democrático reforzó la disposición a movilizar pseudoplebiscitos para poder aplastar toda crítica u oposición según «la voluntad del pueblo». La prensa de Springer difundió esta idea en su campaña contra las minorías.

A posteriori es posible describir el período que lleva hasta 1965 como una especie de fase preparatoria de las acciones antiautoritarias que atacaron directamente la legitimación de la burocracia al desobedecer sus órdenes y decretos, criticar sus medidas y pasar incluso parcialmente a asumir funciones reservadas a la burocracia. En los seminarios filosóficos de la universidad, en los círculos de trabajo del SDS y del Club Argument, la gente se esforzaba por conseguir una aclaración de la propia actitud ante la situación social y ante el problema de la mediación entre la persona propia y esa sociedad. La teoría crítica como teoría de la mediación de todos los ámbitos sociales y las exigencias del estudio no eran aún directamente percibidas por los estudiantes críticos como una contraposición; la copresencia de lujo y

ejercicios de examen se interpretaba más bien como «destino» de la gris vida cotidiana.

La aplicación de los conceptos del psicoanálisis a fenómenos sociales como el fascismo, el comportamiento consumidor, los mecanismos manipuladores, etc., provocó en algunos grupos estudiantiles un curioso comportamiento respecto de la realidad social. Vale la pena indicarlo porque esa misma actitud se repitió tres años más tarde en muchos estudiantes. Con objeto de dominar las personales fijaciones autoritarias, el joven se declaraba dispuesto a «comprometerse existencialmente», a «rechazar» las normas y las pretensiones sociales. Como se percibía indiferenciadamente la sociedad como un todo, esa actitud mística respecto del acaecer objetivo condujo inevitablemente al aislamiento y al desprecio por la «masa» manipulada. Esto tuvo como consecuencia que se buscara para las relaciones entre los individuos «ilustrados» el sello de un amor «sin represiones». El programa de estas pequeñas sectas estudiantiles que se formaron ante todo en Munich y en Berlín proclamaba «el placer del cuerpo», «la claridad del espíritu» y «la felicidad del alma»: «La cohorte parte del tierno amor, y en él se consuma».

Las primeras acciones de protesta fueron hasta tímidas; el intento de recoger dinero para los refugiados de Argelia y la campaña contra el racismo en la Unión Sudafricana no alcanzaron a un ámbito muy amplio de estudiantes. Pero la insurrección existencialista contra la «vulgaridad» y la «arbitrariedad» de los manipuladores sociales introdujo ya un rasgo de radicalismo agresivo en las acciones. Las de propaganda, como la de la Dieta Eclesiástica de Stuttgart, en 1964, con el cartel «A las ovejas del Señor», mostraba cada vez más que esta forma de la práctica se estaba convirtiendo en elemento vital de los rebeldes, los cuales, en su desprecio por la «masa atraillada», sublimaron la acción radical contra la sociedad como tal, viendo en ese hacer el «cum-

plimiento» y la «realización» de la vida. Chocaban así a los buenos burgueses, que lloraban el asesinato del santo patrón del mundo libre:

> También tú has matado a Kennedy: ...La impresión que produce el que los semidioses puedan morir de un balazo se expresa en el asombro de que el muerto esté realmente muerto. En realidad, todo ese jaleo por el asesinato quiere fingir que en este mundo de marionetas intercambiables Kennedy no lo era, y que aún puede el individuo hacer historia, cuando en realidad cada cual no puede ya hacer más que lo que tiene que hacer y los mecanismos autónomos de la sociedad represiva se reproducen necesariamente en cada individuo. Sigue a la pseudocrisis el fingido estado de excepción, el cual, a su vez, legitimará la coacción para conseguir la adaptación total. La histeria manipulada y la tragedia consumida sin gastos engendran unión. El goce del dolor es la insignia de la idiotez colectiva, y el tumoroso sentimiento de comunidad no se puede sugerir, en una sociedad en la cual cada individuo está perfectamente encapsulado en el aislamiento total respecto de los demás, sino por psicosis de masas intencionalmente dirigidas... La sociedad occidental del bienestar necesita averías como Lengede y Kennedy, para poder comprobar, examinando las reacciones, si todos siguen homogeneizados. Por este Manifiesto declaramos que el hechizo cautivador no da ya buenos resultados con todos los individuos. El que no entienda esto es que no quiere entenderlo, y confirma así la verdad de estas palabras; al mismo tiempo, se desenmascara como devoto subordinado que obedece a los dogmas de la entera sociedad.[1]

La actitud era petulante y, al mismo tiempo, muy atractiva. Los rebeldes ignoraban sarcásticamente su propia inclusión en la sociedad y, felices en esa igno-

1. *Subversive Aktion,* hojas de un grupo estudiantil muniqués, diciembre 1963.

rancia, se embriagaban con la inmediata realización de la existencia y la sensación felicitaria. De un salto encontraban la salvación, aparte de la «masa homogeneizada», y renunciaban a la vida civil para no volver a ella más que de vez en cuando, en expediciones, para expansionarse en una acción y mamar en ella la tierna solidaridad.

No puede sorprender el que con ese desprecio cínico y acusatorio por la sociedad entera, muy relacionado con la incapacidad teorética de analizar la concreta situación social, se reprodujera la vieja mezquindad del intelectual pequeño-burgués, el pensamiento elitario, en una forma nueva. Esta actitud respecto de la realidad histórica caracterizó la rebelión: era una rebelión de los «incomprendidos», de los «no-adaptados», los cuales tenían que perder, a la corta o a la larga, la caja de ilusiones, tendrían que confesar la imposibilidad de satisfacer la nostalgia y cumplir las esperanzas, para luego, ya sobrios o meramente resignados, entristecidos por la falta de futuro de la «humanidad», ponerse a ganar «honradamente» el pan de cada día, sin más pretensión política de ninguna clase. Esta actitud, que al principio había inventado nuevas formas de acción para el ataque frontal al aparato del dominio, demostró muy pronto que no contenía ninguna dimensión social consciente.

La creciente inseguridad del partido gobernante y de las burocracias estatales, expresión del estancamiento económico de la industria alemana occidental desde comienzos de los años sesenta, contribuyó intensamente a la politización de los estudiantes. La aspiración de las capas dominantes a una «sociedad formada» y sus intentos de imponer las leyes de excepción muestran casi paradigmáticamente la vinculación de la política del *cartel* gobernante con las medidas de los partidos burgueses antes de 1933, las medidas de excepción que prepararon el estado autoritario. En esta situación histórica los estudiantes intentaron mediar con la construcción fi-

losófica metódica del concepto de totalidad, entendido como historia universal, los acontecimientos pasados y presentes de las metrópolis con las guerras de liberación del tercer mundo, con objeto de descubrir de este modo un camino hacia la práctica. El concepto hegeliano de totalidad se interpretó al modo de Trotski y al de Lenin como revolución mundial, y las etapas «pacíficas» entre las crisis del sistema burgués se entendieron como épocas de preparación de la vanguardia revolucionaria. Según estas consideraciones, era evidente que la ofensiva del imperialismo en Vietnam, el Congo, Santo Domingo, etc., imponía la contraofensiva en los países capitalistas muy industrializados. Esta comprensión teórica de la situación mundial posibilitó un primer acceso a la comprensión de la política soviética y la crítica de esa política por los comunistas chinos:

> Los actuales comunistas chinos acentúan particularmente la irreconciliabilidad del imperialismo con el socialismo. Están convencidos [...] de que el imperialismo, a consecuencia de sus contradicciones antagónicas internas y de su naturaleza expansionista, lleva siempre consigo el peligro de una guerra mundial. No se trata, pues, de coexistir con el imperialismo, sino de combatirle en sus puntos más débiles con los medios que en esta época están a disposición, con el objetivo de aproximarse a un mundo sin hambre ni guerra.[2]

Esta proposición general estaba aún muy lejos de ser un análisis de las condiciones del proceso revolucionario en el tercer mundo y de sus relaciones con las contradicciones de las sociedades imperialistas. El punto de partida metódico —la interpretación de las guerras nacionales de Asia, África y América latina como revoluciones socialistas, que dan, pues, el paso decisivo en

2. *Anschlag* [Cartel], periódico de un grupo estudiantil berlinés, noviembre 1964.

nuestra época— y el intento de descubrir metódica y constructivamente los «puntos débiles» del imperialismo en los mismos países imperialistas tenían que mover a esos estudiantes a la práctica, porque la actualidad de la revolución en el tercer mundo parecía también darse en su propia sociedad. Pero, como no eran capaces de descubrir a los portadores concretos de la lucha revolucionaria en las metrópolis partiendo de la estructura del proceso de producción capitalista, ni se disponía, por lo tanto, de un concreto análisis de las luchas de clases, los estudiantes se orientaron primero por la idea de la «pura humanidad», la solidaridad sentimental con el guerrillero, con el fellaha o con el vietcong, pero, ante todo, por la crítica de toda institución de la sociedad. Aquí estaban los puntos de contacto entre el movimiento autoritario y aquellos que, por su comprensión del contexto de manipulación de la sociedad, se «negaban» existencialmente a la vida social.

El final del período preparatorio del estudiantado crítico fue la recepción del distinguido primer ministro del Congo, Moisés Chombé, por el senado de Berlín en diciembre de 1964. Difícilmente habría otro político tan comprometido en el mundo, tan inequívocamente instrumento de los grandes *trusts* belgas y americanos que se negaban a renunciar a sus pretensiones de poseer las minas de cobre y cinc de Katanga. Su papel en el asesinato de Lumumba había quedado tan claro hasta en los mismos periódicos berlineses de Springer que era difícil llevarle, como «héroe del mundo libre», hasta el muro, para que allí recitara las sentencias obligadas en esas ocasiones, la charla acerca de la «injusticia» y el «muro de la vergüenza». Todas las fracciones de izquierda de la ciudad habían estado inmediatamente dispuestas a una manifestación de protesta ante el aeropuerto de Tempelhof. Y el senado no estaba tampoco muy feliz con la llegada del malfamado congoleño. Pero, según el acreditado esquema, había que cumplir tam-

bién con esta visita, en la que insistía el gobierno de la RFA para no perder una ocasión más de repetir el lema «Berlín, capital de Alemania». Estaban alertadas algunas compañías de guardias. Hacía años que no había habido ninguna acción de protesta de grandes dimensiones, de modo que los funcionarios no tenían experiencia en la disolución de manifestaciones. Se concentraron unos dos mil manifestantes y empezaron a dar en silencio vueltas a la Plaza del Puente Aéreo, primero con paso tranquilo, luego cada vez más deprisa. La dirección política de la fuerza policíaca, muy experimentada, por el contrario, había dispuesto que Chombé utilizara una salida trasera del área de Tempelhof, para que no se encontrara directamente con los estudiantes. Cuando éstos comprendieron la jugada su irritación aumentó, pues vieron claramente que los poderosos de la ciudad consideraban oportuno ignorar su protesta. El modo como se intentaba sustraer a la manifestación de protesta el huésped de la ciudad-estado ilustraba mucho acerca de cómo las instancias políticas estiman las manifestaciones y las articulaciones políticas de los simples ciudadanos durante las discusiones y decisiones políticas del senado o de los partidos; esto obligaba a los manifestantes a adoptar nuevas formas de lucha, si no querían renegar del fundamento político de su reunión.

Se rompieron entonces las barreras de la policía, y los manifestantes avanzaron a la carrera hacia el ayuntamiento de Schöneberg. La asombrada policía intentó otra vez, en el Mehringdamm, detener a los manifestantes. Por lo tanto, lo que pocos minutos antes había ocurrido aún de un modo espontáneo, más por cólera desesperada que por otra cosa, se tenía que repetir ahora, pero mediante una decisión consciente de los participantes. A la vista de la autoridad policíaca, la manifestación se detuvo unos instantes. Algunos intentaron escaparse, vacilaron, pero, al final, todos los manifestantes formaron a su vez una barrera con la que atravesaron

las filas de los policías, asombrados y asustados. Cuando algo después algunos manifestantes intentaron penetrar en el ayuntamiento se produjeron las primeras escenas de violencia de la policía. Ésta sacó también los perros para que restablecieran el necesario respeto al poder del estado.

Willy Brandt, que celebraba aquel día su cumpleaños, se decidió inmediatamente por la *pose* del padre bondadoso del pueblo y recibió una delegación de estudiantes africanos y alemanes. Ya maquillado para protegerse la piel de la luz violenta de las cámaras de televisión, recibió preocupado a las delegaciones y expresó con conmovida voz cuánto lamentaba la visita de Chombé. También se permitió indicar melancólicamente que «el alcalde de Berlín» tiene que ofrecer de vez en cuando recepciones del senado teniendo en cuenta la condición de capitalidad de Berlín y como tarea que presenta el gobierno federal. Más tarde saludó muy fríamente al títere del imperialismo en el Congo y se despidió de él a los pocos minutos tras unas cuantas fórmulas de cortesía.

La oposición de izquierda aprendió mucho aquel día. Empezando por el hecho de que con toda evidencia no bastaba con organizar manifestaciones que no conseguían eco alguno en la sociedad o que podían ser reprimidas psicológicamente como perturbaciones provocadas por agentes pagados. Para superar esas manifestaciones había que romper las reglas del juego «legales» de semejante democracia, obligando con ello al poder ejecutivo, a los partidos y a las asociaciones a tomar posición y a discutir materialmente los objetivos de las manifestaciones. Así se evitaba el convertir el mismo movimiento estudiantil en pieza de exhibición o coartada de una democracia en la que hacía ya mucho tiempo que no se discutía abiertamente y que las decisiones no se tomaban en el parlamento, mucho tiempo también que las funciones de control eran irrealizables, o sea, una democracia

en la cual partidos y asociaciones se habían fundido en un *trust* de gobierno y todas las medidas sociales se resolvían según normas técnico-administrativas. Las reacciones de la prensa «libre» y de los partidos de Berlín a la manifestación resultaron una «pieza didáctica» * para los que habían participado en ella, los cuales habían querido expresar su crítica política y se encontraban ahora tipificados en las columnas de los periódicos como «gamberros» obedientes a ciertos «cabecillas». Con eso terminó la fe en la información veraz. Ya entonces se preparaba una atmósfera de *pogrom* contra los que se atrevían a perturbar la armonía de la «comunidad» berlinesa o a ponerla en tela de juicio. Se ensayó ya todo el vocabulario contra las minorías. Para los gacetilleros monsieur Chombé resultó a veces un noble representante de los intereses democráticos, cuyo único defecto había sido el proceder un poco incautamente contra los agitadores del Congo.

La policía política completó febrilmente su fichero fotográfico con muchos retratos nuevos. El cerebro policíaco registraba, preocupado, todas las caras nuevas que llegaban y preveía que para resolver los problemas venideros habría que alimentar con mucha más información la máquina de fichas perforadas.

La manifestación contra Chombé esbozó ya, por el comportamiento de las instituciones políticas, la cohesión entre el tercer mundo y las metrópolis, la cohesión entre la sociedad disciplinada y la manipulada, con una tendencia creciente a la «sociedad formada» en los países capitalistas y la intervención de la más poderosa potencia imperialista como portavoz del capitalismo contra todos los movimientos de liberación: quedó de manifiesto el amplio apoyo militar y económico prestado a los regímenes semifeudales o fascistas. El punto de arranque teorético de la crítica de la sociedad capitalista tar-

* Alusión a las obras teatrales cortas de Bertolt Brecht.

día, tal como se elaboró en los seminarios y círculos de trabajo del estudiantado de oposición, se confirmó ya en aquellos días: análisis del fascismo, análisis del New Deal norteamericano, estudio de los modelos económicos del capitalismo tardío, que se esfuerzan por detener la crisis capitalista de superproducción mediante un consumo intensificado, obras públicas, armamento, etc.; el análisis de los métodos de manipulación por la prensa y la publicidad, y los estudios de la política imperialista actual. Esta buena información alimentaba el descontento; los estudiantes habían conseguido una comprensión de las cosas que no permitía ya el confortable sentimiento de la serena erudición, sino que exigía acciones sociales que sacudieran a la «población».

Las causas de la guerra del Vietnam, comprensiblemente silenciadas por la prensa «libre» para poder producir la imagen exhibitoria del valiente GI que lucha heroicamente en el Vietnam, en soledad trágica, por la libertad de Berlín, habían sido ya estudiadas por algunos estudiantes sobre la base de datos históricos y a lo largo de un cuidadoso trabajo empírico. Los crímenes políticos de los norteamericanos estaban ya concluyentemente probados. La consciencia universitaria ya no se contentaba con difundir esos resultados en pequeños actos en la universidad. A finales de 1965 los editores de periódicos de Berlín occidental, bajo la inspiración del *trust* Springer, lanzaron una campaña pronorteamericana a propósito del Vietnam, y esto fue lo que motivó el que los citados estudiantes llevaran a la ciudad su trabajo de información sobre el Vietnam. Los sensibles empresarios de la prensa berlinesa querían distribuir Campanitas de la Libertad entre los deudos de los soldados norteamericanos muertos en el Vietnam; expuestas en las vitrinas de los cuartos de estar, esas campanitas habían de recordar eternamente a los supervivientes que también la «comunidad de destino» berlinesa llora la muerte del mercenario.

La manifestación contra Chombé fue el ejemplo presente cuando, un año más tarde, en una acción nocturna e ilegal, se pegaron carteles en los cuales se llamaba asesinos a los agresores del pueblo vietnamita y a todos los que les prestan ayuda material o moral. Esta nueva práctica tenía primero que superar la concepción del mundo del «socialismo científico» en el SDS. Tras la separación del SPD en 1960, los intelectuales del SDS habían quedado libres de las obligaciones de la política de partido, como la preparación de las elecciones, etc., de modo que pudieron dedicarse plenamente y sin reservas ni consideraciones al análisis científico de la sociedad. En la situación histórica de la Alemania de después de 1961, era difícil que su concepto de socialismo científico estuviera a la altura de las exigencias de Marx en 1847, el cual había definido la ciencia revolucionaria como producto consciente del movimiento histórico que dio a la lucha emancipatoria de la clase obrera la consciencia de sí misma y elaboró las formas de organización para la lucha política con la clase burguesa y el poder del estado.

Esta ciencia revolucionaria conseguía en la crítica de la ideología burguesa y de la economía política sus propias categorías, las cuales permitían examinar el nivel de las fuerzas productivas desde el punto de vista de la transformación de la sociedad en sociedad socialista. Esta ciencia veía en la lucha de la clase obrera la fuerza productiva decisiva, sin interpretar determinísticamente el proceso histórico.

Los miembros del SDS realizaron su crítica de la «industria cultural» de la sociedad capitalista tardía sin atreverse a una crítica del capital monopolista, razón por la cual su ciencia era doctrinaria y se detenía en los conceptos de la ilustración idealista. Marx se habría burlado de esos esfuerzos científicos del «socialismo verdadero»: «Mientras buscan la ciencia y no hacen sino sistema, mientras se encuentran al comienzo de la lucha,

no ven en la miseria más que miseria, sin descubrir en ella el aspecto transformador revolucionario que echará por la borda la vieja sociedad». El socialismo científico se encontraba, sin embargo, desde después de la segunda guerra mundial, si no antes, con la dificultad de tener que analizar la nueva politización directa de la relación capitalista y, por lo tanto, la función cualitativamente nueva del estado. El SDS, que por de pronto había capitulado ante esa necesidad, resucitó el concepto hegeliano-lassalleano de historia. El socialismo científico simpatizaba, ciertamente, con el proletariado, pero por lo demás confiaba en el proceso histórico objetivo. Hoy y aquí, en estas condiciones —desgraciadamente por analizar— del capitalismo tardío, esa concepción de la historia veía la voluntad de realizar una práctica sin aquel análisis previo como una insensatez de hombres inmaduros.

Por eso la acción de los carteles provocó una crítica histérica en el SDS, aunque, de todos modos, fue humo de pajas que se disipó pronto sin llegar a ser momento constitutivo de una fracción con objetivos políticos precisos. Los celosos estudiosos creyeron estimar adecuadamente la práctica de los activistas con citas de Marx del año 1853:

> En el lugar de la concepción crítica, esta minoría pone una concepción dogmática, e idealista en lugar de materialista. En vez de la situación real, para ella el motor de la revolución es la mera voluntad. Mientras que nosotros decimos a los trabajadores «tenéis que atravesar 15, 20, 50 años de guerras civiles y luchas nacionales no sólo para transformar las condiciones, sino para transformaros también a vosotros mismos y capacitaros para el dominio político», vosotros decís por el contrario: «tenemos que llegar en seguida al poder, o ya podemos echarnos a dormir».[3]

3. Citado por W. F. Haug en una de las discusiones del SDS tras la acción de los carteles.

No puede sorprender el que el «gusto» por la teoría crítica provocara un socialismo de cátedra que proyectaba la «lucha de clases» sobre la mesa del seminario de filosofía y experimentaba un profundo goce cuando el método marxiano de análisis de la sociedad podía probar su superioridad sobre el fetichismo factual del positivismo científico y desenmascararlo como ideología del dominio. En cambio, los propagandistas de la «ilustración por la acción» intentaban restablecer una unidad de teoría y práctica en las condiciones de la sociedad capitalista tardía, que empezaban finalmente a analizar.

La frase de «ilustración en la acción» fue objeto de discusión sistemática en el SDS luego de la primera gran manifestación por el Vietnam en Berlín-oeste, dos días después de la acción de los carteles. La reacción histérica de la opinión pública a la profanación de la Casa Americana con seis huevos, ocasión en la cual las instancias políticas de la ciudad se identificaron por vez primera e inequívocamente como proamericanas en la guerra del Vietnam, había indicado la posibilidad de ilustrar e informar mediante acciones provocativas. La cuestión de la eficacia de las acciones, la cuestión de cuáles son las contradicciones de la sociedad que es posible hacer estallar mediante acciones, puso como tema de los círculos de trabajo el análisis del capitalismo monopolista. Al imponerse ellos mismos la realización de ese análisis en un trimestre, estos estudiantes no consiguieron siquiera ordenar bien el abundante material, ni menos elaborarlo para una teoría revolucionaria; no siguieron el desarrollo histórico de las relaciones de producción, sino que recogieron ya listas las categorías, así como los dogmas económicos elaborados y legados por los teóricos socialistas de las varias épocas históricas del desarrollo capitalista. Los conceptos de los varios teóricos no se entendieron como articulaciones estratégicas de las situaciones históricas determinadas en cada caso, sino como elementos autónomos de una «lógica revolu-

cionaria» que se podía aplicar tal cual. Citaban a los teóricos socialistas no teniendo en cuenta el valor histórico posicional de sus afirmaciones y sus conceptos, ni para precisarlos exactamente, sino como sucedáneo del trabajo empírico que habría habido que hacer. Y eso que ya entonces, en el semestre de verano de 1966, la rebelión universitaria había mostrado las posibilidades de una práctica que se pudiera apoyar en la elaboración concreta de las contradicciones, en este caso, las del ámbito universitario. Por el momento, y a falta del análisis concreto, el motor principal para muchos estudiantes en la práctica que había de rebasar lo universitario fue una identificación voluntarista con los revolucionarios del tercer mundo, de los que se esperaba el impulso para la transformación de la sociedad propia.

> La conciencia sinceramente democrática no volverá a conseguir importancia hasta que se oriente adonde debe orientarse, hasta que reconozca que no se puede ya discutir con los verdugos que se sientan en la Casa Blanca. «Evacuación» y «elecciones libres en Vietnam del Sur» son invitaciones al vietcong para que consiga finalmente una paz justa, exigencias que no se detienen impotentemente en la solidaridad con los débiles, llorados hasta hoy por un tímido movimiento de protesta alemán, sino que se hacen acción con cada avión norteamericano derribado, con cada orden de movilización que se quema en Norteamérica. Hay que hacer de una vez lo que no se ha hecho hasta ahora: reconocernos a nosotros mismos en esos condenados a la derrota que se defendieron con éxito en vez de cantar lamentablemente su muerte. El motor de las hojas siguientes es nuestro interés bien entendido, el cual comprende que toda victoria del vietcong es una victoria para nuestra democracia.[4]

4. *SDS - Information über Vietnam und die Länder der Dritten Welt,* n.º 1, Berlín (mayo 1966).

La violencia del imperialismo en el tercer mundo y el odio y la pasión revolucionaria contra los agresores se traspusieron a la situación de los países capitalistas más avanzados y fueron un elemento constitutivo de las formas de organización del movimiento antiautoritario en éstos. El vago conocimiento de la propia realidad histórica y la voluntad de superar el aislamiento social y, con él, el estadio de la práctica ineficaz condujo a una imitación místico-fanática de las formas de organización de las unidades de combate de los guerrilleros, erróneamente interpretadas como «comunidades de vida». Estos estudiantes de izquierda se sentían como agentes de las guerras de liberación del tercer mundo situados en misión en las metrópolis, y en ese papel se imponía ante todo la preocupación por «sustraerse» a las normas de la sociedad burguesa.

Ya en este momento, si no antes, era posible distinguir dos corrientes principales en el movimiento antiautoritario. La una, que operaba ante todo en el campo de la política universitaria, estaba constantemente ante el peligro de reducir su amplia práctica de rebelión universitaria a una política sindical que no luchara sino por tal o cual reforma de detalle. La otra, los «anarquistas», estaba dispuesta a oponerse a toda norma y pretensión de las instituciones sociales y universitarias, y podía, por lo tanto, desarrollar decisivamente la práctica de la provocación, ya iniciada en las pugnas universitarias igual que en las «políticas generales»; pero corrían el riesgo de perder de vista todo objetivo político a causa de la absolutización existencialista de la «contestación», de la impugnación. Entre el 26 de noviembre y el 17 de diciembre de 1966 ocurrieron acciones en Berlín que pusieron todo eso de manifiesto: de un modo paradigmático en la discusión pública de los estudiantes críticos con el embajador de Vietnam del Sur y en las «manifestaciones-paseos» por el Kurfürstendamm. En el primero de esos dos actos se consiguió, mediante conscien-

tes provocaciones en las preguntas, desenmascarar al embajador como parásito del imperialismo e impedir que pudiera soltar hasta el final su charlatanesca frase vacía sin intervenciones y refutaciones de los estudiantes presentes; y los manifestantes del paseo de protesta del 10 y del 17 de diciembre se esforzaron por poner a prueba nuevas formas de manifestación y conseguir agilidad, superioridad de los manifestantes en la calle sobre los excesos brutales de la policía. El mando policíaco se sentía impotente y no sabía cómo solucionar el problema a pesar de todos sus análisis estratégicos. Pero el aprendizaje del juego callejero de los *provos* de Amsterdam hizo caer a los manifestantes en la tentación de olvidar sus objetivos políticos y provocar por el gusto de hacerlo.

Los críticos liberales, y hasta los «izquierdistas», del movimiento antiautoritario, que ya se frotaban satisfechos las manos a la vista del fenómeno aludido, porque ese hecho les confirmaba su dictamen de «fascismo de izquierda», han de reconocer que se precipitan demasiado al sonreír sarcásticamente. Su concepto de política racional, limpiamente atenida en el método al modelo fines-medios-acciones, que mide, por lo tanto, la racionalidad de la acción política por el efecto que la acción alcanza directamente, representa quizá la variante más distinguida de un oportunismo que oscila entre el quietismo y el cinismo en una situación histórica en la cual las pretensiones ya realizables, incluso ya históricamente más que maduras, de la razón política no abren en las metrópolis campos de la práctica que tengan directamente la estructura racional de los fines. Aquel que, luego de Auschwitz, se encuentre en la contradicción de no poder tolerar ni por un segundo los crímenes cometidos en Vietnam y no poder, sin embargo, por ahora impedir eficazmente esos crímenes, y no infiera de esa contradicción más que la consecuencia de divagar moralmente sobre el Vietnam, no podrá darse cuenta de que él mis-

mo pertenece al *brain-trust* de Johnson. El monótono lamento de estos liberales o hasta «izquierdistas» por el hecho de que acciones que no apunten ya a ningún objetivo inmediato provocan sólo la violencia directa de las instituciones dominantes debería por lo menos transformarse en una acusación contra esa estructura totalitaria de la sociedad dominante, en vez de difamar a los que ya no pueden soportar la coacción social y pasan por ello a tales acciones. El aconsejar a estos estudiantes que, mediante una hábil política en las instituciones acerca de cuyo carácter fascistoide violento los mismos consejeros no tienen duda alguna, suavicen tal o cual ángulo «duro» del sistema tiene bastante que ver con la caradura que supone el confundir el terror fascista con la violencia de acciones caricaturales practicadas por quienes no tienen mejores medios para oponerse al terror dominante. Estos liberales o incluso «izquierdistas» se sienten con razón ofendidos por las siguientes palabras de la octavilla de los «idiotas especializados», del 26 de noviembre de 1966:

> El que en esta situación invoca la autonomía de la universidad no lo hace sino para confundir. La regimentación del estudiantado aniquila, con los restos del estudio liberal, la ilusión de autorrealizarse. En la fábrica «universidad» el estudiante ha de conseguir sus papeletas, y durante el fin de semana podrá entregarse como hombre privado al aprendido humanismo. El que no se contente con ello verá convertirse en certeza la exclusión de la universidad, pues este proceso de formación es agresivo, y la regimentación no respeta las reservas tradicionales.[5]

Los autores de esa hoja consideraban consumado el proceso de «formación» en la República Federal, y creían estar viviendo directamente la consolidación de un ré-

5. *Von diesem Gespräch haben wir nichts zu erwarten* (26 noviembre 1966).

gimen totalitario; a eso se debía también la idea de que había que «negarse» en seguida a esa sociedad. Los hechos del 10 de diciembre de 1966 parecieron confirmar ese juicio. La policía empezó su escalada en su actuación contra los manifestantes. Las condiciones puestas a la manifestación, que trataban la democracia desde el punto de vista exclusivo de la circulación automovilística (cosa que acaso sea para un cerebro de policía), tenían que convertir la manifestación en una farsa si los manifestantes las aceptaban. Según las instrucciones de la policía había que moverse por calles solitarias de la periferia, como una especie de procesión, en silencio, con las consignas pintadas en cartón y expuestas a los desnudos muros de las casas o a los jardines. La manifestación se quedaba sin sentido. Habría sido a lo sumo coartada de una sociedad totalitaria sólo relacionada con la democracia por su marca registrada.

En el pasado, las manifestaciones del movimiento obrero se habían visto apoyadas por barrios enteros, con lo que eran manifestaciones de una contra-sociedad, de un contra-ambiente opuesto al burgués, y expresión de la lucha de clases en curso; o bien los obreros irrumpían en las avenidas de la «gente fina», donde la compacta masa de los manifestantes mostraba a los buenos burgueses que lo que ocurría en la latente guerra civil era sólo un armisticio, y que en modo alguno había una «armonía de las partes sociales». El movimiento antiautoritario tenía que empezar por conseguir ese nivel político de la manifestación. La situación objetivamente atrasada del movimiento antiautoritario fue la causa de que las manifestaciones tuvieran un carácter moralista o voluntarista.

La propaganda de boca a oído del 10 de diciembre de 1966, difundiendo la desviación respecto de la ruta prescrita por la policía, fue recibida con entusiasmo, y a la hora prevista la manifestación se puso en marcha en sentido contrario al ordenado. La policía consiguió pa-

rar a una gran parte de los que iniciaron la «salida», porque éstos no realizaron ninguna maniobra de diversión, sino que estaban pegados a la policía, formando densos grupos alrededor de cada uno de los agentes que golpeaban con particular brutalidad a manifestantes sueltos. Bastaba con que un policía separara a un manifestante y empezara a golpearle para que se acumularan indefectiblemente alrededor suyo otros muchos manifestantes más, chillando impotentemente, con lo que ofrecían a los demás guardias la posibilidad de detener a centenares de manifestantes o rechazarlos a todos juntos. Pocos estudiantes comprendieron ya aquel día que es posible aprovechar la superioridad numérica sobre la policía dispersándose al atacar ésta, con lo que se impide que baste un policía para imponer el llamado orden a 25 manifestantes; cuando se conseguía obligar a un policía a dedicarse a un solo manifestante, mientras otros varios corrían por allí, gesticulando y hasta, cuando era posible, tirándole al suelo el símbolo de la autoridad, la gorra, entonces ese policía perdía todo dominio y casi era incapaz de administrar al único detenido los amistosos servicios de su porra. Es notable que quienes primero descubrieron esa nueva táctica fueron las estudiantes y los más jóvenes alumnos de enseñanza media: ellos enredaron a los guardianes de este orden en una guerra en dos frentes, con ligeras patadas en las posaderas, o arrebatándoles las gorras, con lo que se les llevaba al fracaso en los dos frentes. La impotencia del policía aislado ante la aplicación de esta táctica era un indicio de la rutina general de la policía: la policía está muy entrenada, al cabo de innumerables maniobras, para la guerra civil, para aplastar manifestaciones obreras y huelgas, y así su acción está fijada respecto de situaciones en las cuales «el enemigo» se presenta como en formación; no está preparada para manifestaciones de estudiantes y alumnos de enseñanza media, los cuales disuelven su formación al atacar la po-

licía y pueden disimularse como «soldados dispersos» en la circulación de la ciudad, para volver a concentrarse en cuanto la policía se retira. Esta nueva táctica, cuya eficacia se había probado en casos sueltos el 10 de diciembre, se iba a aplicar sistemáticamente el 17 de diciembre de 1966 en una especie de maniobras de los manifestantes. Se comprende el nerviosismo de la policía con aquella perspectiva. Sus estrategas decidieron aumentar mucho el número de los agentes de paisano entre los manifestantes, dándoles como tarea la detención de los «principales perturbadores» hasta que pudieran intervenir funcionarios de uniforme. Estos destacamentos de paisano, que operaban como *special forces* en el «territorio enemigo», provocaban constantemente una situación peligrosa como la que seis meses más tarde iba a hacer que el policía Kurras perdiera los nervios y, apenas liberado por policías de uniforme, descargara el miedo que había pasado apretando el gatillo y matando a Ohnesorg. El mecánico cerebro de la policía no conseguía entender que la nueva táctica de la manifestación era expresión de la consciente autonomía de cada manifestante; para la policía, que no puede entender las acciones de masa más que por analogía con su propio aparato, o sea, como obra de ocultos agentes subversivos y manipuladores, la nueva táctica de la manifestación no podía ser más que expresión de la actividad de unos agentes mucho más sublimes y refinados; por eso se propuso descubrir a los «agentes» e inutilizarlos mediante instrumentos policíacos también más sublimes y refinados. La intervención de sus tropas especiales no había alejado a la policía ni una pulgada de su fija estrategia de guerra civil; se trataba sólo de una variante de refinamiento: la policía secreta intervenía también con una función activa en la misma «batalla callejera».

La tropa policíaca, bien entrenada, con su autoritario cuerpo de oficiales procedente en parte de los antiguos miembros de la *Wehrmacht* nazi y de las mismas

Waffen-SS, ansiaba una inequívoca situación de choque en blanco y negro, y manifestaba abiertamente su concepción de la situación como agitación subversiva puesta necesariamente en escena por cabecillas comunistas. El ejército para la guerra civil se complacía en aprovechar toda ocasión para jugar a las sublevaciones; el juego táctico, en el cajón de arena, de dispersión de manifestaciones, limpieza de nidos de resistencia, rastreamiento de agentes, entusiasmaba cada vez a los estrategas policíacos; a falta de la guerra «auténtica» en que poder probar que uno es un hombre y un héroe, estos ejercicios estratégicos se les convirtieron en una necesidad vital. Los especialistas policíacos contaron con el apoyo sumamente benévolo del senado berlinés y de los partidos, los cuales, al igual que la policía, no tienen en Berlín más justificación que el estado de ánimo belicoso. La casta de los políticos y el cuerpo de policía formaban de modo análogo un grupo cerrado y autónomo en la sociedad, y su única preocupación era que no se manifestara la cesura con el resto de la población; para disimular su traición tenían que transformar el miedo de la población traicionada en miedo al «enemigo exterior» y a sus agentes que operan en el interior, utilizando ese miedo como fuerza capaz de mantener la vinculación irracional entre la dirección de la ciudad y la población. El espíritu de la «ciudad-frente» se movilizaba de nuevo a cada recepción o a cada acto solemne (el 1.° de mayo) o con las elecciones; hasta el momento habían parecido bastar consignas como «Lo conseguiremos», «Siempre por Berlín», etc. La democracia berlinesa era el comodín de ese espíritu de frente militar. Las decisiones parlamentarias se tomaban de acuerdo con datos técnico-administrativos establecidos por simples acuerdos entre órganos de la administración estatal, las burocracias de los partidos y las asociaciones económicas, con objeto de mantener el *statu quo* que en Berlín significa siempre la dependencia respecto de las potencias occidentales, el gobierno

federal y los grandes *trusts* germano-occidentales. La misión de mantener intactas esas dependencias había posibilitado en Berlín un proceso continuo de integración de la burocracia de los partidos y del senado, como resultado de la cual los especialistas de la administración, fuera del parlamento y en gremios explícitamente extraparlamentarios, discutían los problemas abiertos y negociaban su solución. Los diputados de los partidos, que habían recibido de éstos un «mandato imperativo» acompañado de una discreta alusión a sus derechos de jubilación, particularmente sensible en el caso de los que eran al mismo tiempo empleados del senado, tuvieron que inclinarse ante la disciplina de fracción y votar sin reservas los compromisos negociados a espaldas del parlamento. Partidos y parlamento se convirtieron en instituciones de mera exhibición en las que apenas se tomaba decisión alguna; casi sólo servían ya para consumar la hazaña publicitaria de mantener el prestigio de la burocracia, la fama de Berlín y la apariencia de democracia. Las acciones que minaban ese prestigio tenían, por lo tanto, que contar con las más duras sanciones de todas las instituciones, porque todas éstas participaban del mismo mecanismo corrompido y se sentían consiguientemente amenazadas del mismo modo en su función objetiva. Esto explica la violencia con la cual la policía atacó la manifestación-paseo, violencia que disminuyó considerablemente para los manifestantes la diversión que era la nueva táctica.

La discusión en el SDS acerca del «paseo provocatorio» a realizar en el Kurfürstendamm mostró claramente que esta práctica requería una consecuencia organizativa, pues hasta aquel momento el SDS había sido una asociación estudiantil sin una articulación precisa de sus partes. Había una presidencia que resolvía trabajosamente las tareas burocráticas y organizaba círculos de trabajo y discusiones libres en los cuales los miembros y los simpatizantes consumían con escasa participación

personal historia y teoría revolucionaria de países exóticos. Si se quería producir esa nueva forma de práctica de manifestación y de provocación de un modo no inconsciente, sino desarrollado hasta la estrategia sistemática, el SDS tenía que conseguir entre sus miembros más solidaridad y más vinculación en el trabajo teorético y práctico, en vez de adherirse sin reflexión propia a modelos organizativos históricos. El SDS era la coalición de tres agrupaciones no distinguibles tajantemente. Una de ellas, grupito de científicos universitarios de izquierda, se iba retirando cada vez más al trabajo universitario e intentaba realizar la lucha de clase en los seminarios; el segundo grupo se quedó encallado en la protesta existencial; el tercer grupo se componía de individuos sueltos que habían inferido de la falta de eficacia la consecuencia de que, sin romper las discusiones del SDS, había que asumir sencillamente la práctica como «francotiradores» en los diversos lugares de la universidad y la sociedad, para hacer lo que la asociación habría debido realizar. El SDS, apenas desprendido del oportunista y burgués SPD, se enfrentó, en la situación histórica de Alemania tras el período de reconstrucción de la economía, con la tarea de cubrir las funciones del movimiento socialista siendo en realidad una asociación estudiantil pequeño-burguesa. La desproporción objetiva de esa tarea se expresaba claramente en el hecho de que los intelectuales del SDS se identificaban con el proletariado de viejas situaciones de la lucha de clases o asumían modelos y teorías revolucionarias de otros territorios geográficos, históricamente no coetáneos, aplicándolos esquemáticamente a su propia práctica. La discrepancia entre una práctica de tal modo ineficaz y los principios revolucionarios del SDS tenía que provocar en una parte de los miembros del SDS —particularmente en pequeños burgueses que no encontraban apoyo alguno en una concreta lucha de clases en la sociedad— una resignada retirada a la esfera de la pura

cientificidad, y, en otra parte de ellos, la salida por un estallido moral tras el cual huían a refugiarse en la «negativa existencial».

Así, los problemas objetivos de la asociación tanto como la violencia política de las instituciones berlinesas, que amenazaban ya físicamente a todo oponente, produjeron la discusión sobre la Comuna, la cual puso teatralmente de manifiesto la amenaza que afectaba a la existencia de cada cual, exigió su superación inmediata en el SDS y condenó, tachándola de «frialdad», la ausencia de vínculos en el SDS. Los miembros de la Comuna odiaban sobre todo la mera acumulación de saber, el mero amontonamiento temático de teorías críticas que no transformaban al individuo, sino que parecían a lo sumo «ponerle en forma» para satisfacer las exigencias de la universidad o del aparato industrial. La recusación sin compromisos de lo «viejo» se dirigió muy pronto contra la teoría como tal y contra las autoridades teóricas, imaginando que también éstas refuerzan la alienación del individuo.

> La separación entre los intérpretes, que obtienen de la experiencia relevante el planteamento de tareas que vinculan a todos, y los interpretados, que asumen esas tareas sin desarrollarlas por su propia experiencia, consolidó las limitaciones de la comunicación que se trataba precisamente de superar con la nueva colaboración. Los interpretados intentaron vanamente reconocerse en la interpretación que habían aceptado como vinculatoria. Pero el aceptar tareas no puede ser una forma de movimiento para las dificultades propias de cada cual. Más bien se cristaliza el planteamiento de éstas. Y así al desasosiego producido por el hecho de no tratar las problemáticas propias se añade el temor de no cumplir con las obligaciones contraídas. El desasosiego producido por no estar realmente del todo dentro y el temor de separarse definitivamente ponen a los interpretados en una situación coactiva que les impide ya todo movimiento. Los interpretados se aíslan

a sí mismos y se privan de la posibilidad de reconocer que su planteamiento problemático está mal planteado.* El temor de los interpretados y la falsa seguridad de los intérprtes producen, por inconfesados, todos los conflictos. Una vez confesados y pensados, se convierten en la base de una comunicación real entre nosotros mismos y la sociedad.[6]

Este planteamiento ignoraba *a priori* el esfuerzo del trabajo teorético y, con él, el conocimiento de la realidad histórica; así tendía a rebajar el grupo al nivel de la opinión y el miedo de los afectados por una neurosis de inhibición del trabajo. No puede así sorprender el que muy pronto las triviales cuestiones de la distribución de las habitaciones y del servicio de cocina en el nuevo local se situaran en el centro de las discusiones vinculatorias, ni que se viera como única salida de los problemas la acción en cuanto productora, por la vivencia común, de cohesión, publicidad y comunicación.

Desde el «atentado» contra Humphrey, si no antes, o sea, en abril de 1967, quedó claro que en la realidad berlinesa estaba expuesto a las más severas restricciones políticas cualquier *happening,* con sólo que se atreviera a ridiculizar las autoridades consagradas, por no decir ya la sacrosanta de los amigos norteamericanos. La burocracia de la ciudad, la comunidad de los tres poderes, la policía y el senado, los diputados y los partidos y hasta la misma justicia, ansiaban pasar las cuentas con la «minoría radical», pues las encuestas demoscópicas probaban que la población compartía el resentimiento de sus representantes contra los estudiantes. Esa actitud se robusteció por obra de las campañas de la prensa monopolizada, la cual, según el bien probado esquema de la persecución fascista contra las minorías, descalifi-

* El pasaje está traducido literalmente: «[...] ihre Problemstellung als falsch gestellte zu erkennen».

6. De una circular de la Comuna I, 1967.

caba a los grupos de extrema izquierda y los definía con fórmulas estereotipadas, como comunistas, gamberros, vándalos, cabecillas, etc.: esto hizo de los estudiantes objeto de la agresión y del odio de los berlineses. En el resentimiento antiestudiantil de la población dominaba, por un lado, el recuerdo de la siniestra función de la intelectualidad alemana durante las más varias situaciones de la lucha de clases, por ejemplo, cuando el *putsch* de Kapp, o cuando la «conquista del estado» fascista; por otra parte, como lo muestra la reacción histérica de los funcionarios sindicales alemanes, el resentimiento tenía que estar muy reforzado por el hecho de que las manifestaciones estudiantiles amenazaban con anular la imponente represión psíquica colectiva experimentada por los obreros alemanes. Las acciones estudiantiles tenían que recordar a los obreros sus propias huelgas y manifestaciones del pasado, las cuales volvían ahora a aparecer como formas de la práctica. El carácter del resentimiento antiestudiantil se manifestaba claramente en frases como «Bajo Adolfo [Hitler] ya os habrían aplastado». Hay en esa frase la duda, fruto de la propia experiencia histórica, de que sea posible conseguir mediante acciones algo serio contra las instituciones dominantes, y así su contenido vacila entre el consejo a los exaltados y la identificación resignada con las instituciones «omnipotentes», caso en el cual el que la pronuncia desea realmente que el movimiento estudiantil sea aplastado, para poder olvidar definitivamente el recuerdo de sus propias posibilidades históricas. La burocracia, contando con ese «arraigo» en la población, estaba dispuesta a golpear en serio a la primera ocasión en la que se pudiera conseguir al menos la apariencia de legalidad pública.

El primer intento de ofensiva fracasó miserablemente cuando la policía política, con mandamiento del fiscal general, penetró el 26 de enero de 1967 en los locales del SDS para confiscar el fichero: se trataba de averiguar

los nombres de los que durante la discusión del AStA con el rector Lieber el 26 de noviembre de 1966 habían repartido la hoja sobre los «idiotas especializados». La arbitraria medida policíaca acarreó rápidamente la solidaridad de todas las asociaciones estudiantiles de oposición, entre las cuales había que incluir en ese momento al mismísimo RCDS.* Pese a la escasa preparación organizativa, la oposición democrática extraparlamentaria iba cobrando forma. La manifestación de protesta por el centro fue tolerada por la policía, con crujir de dientes, a causa de una disposición del senado: tuvieron que revocar incluso la prohibición de manifestaciones en esta parte de la ciudad, dictada tras la primera gran manifestación por el Vietnam de febrero de 1966. Tampoco la köpenickiada ** representada con el oportuno engolamiento por la policía política cuando la visita del vicepresidente norteamericano Humphrey, al transformar en bombas una bolsa de flan, era como para exaltar las glorias de la democracia berlinesa y la inteligencia de sus estrategas policíacos. Cuando el 19 de abril de 1967 el rector de la FU llamó a la policía a la universidad para hacer evacuar un *sit-in,* la policía se las dio repentinamente de comedida, y desistió en cuanto que los estudiantes opusieron una resistencia pasiva. El mando declaró que la policía no estaba ya dispuesta a soportar sola el riesgo de tales medidas, mientras la universidad y el senado se reservaban la posibilidad de lavarse las manos en caso de crítica severa por parte de la opinión pública liberal extranjera. Se trataba, pues, de esperar

* RCDS: Ring Christlich-Demokratischer Studenten [Círculo estudiantil cristiano-demócrata].

** Un empleado sin trabajo, conociendo el reflejo de obediencia de la población prusiana, se compra un uniforme de capitán y, sin más documentación, consigue que se ponga a sus órdenes la guarnición de una pequeña ciudad, que se le entregue la caja de correos, etc. Esta historia del *Capitán de Köpenick* ha sido presentada teatralmente por Karl Zuckmayer. Una «köpecnikiada» es cualquier suceso grotesco que revele la red de servilismos y falsedades en que descansa una administración autoritaria.

una ocasión mejor, una ocasión en la cual el prestigio y la fama de la sociedad berlinesa se vieran de tal modo afectados que los parlamentarios, los lamas de los partidos y los funcionarios de la administración se vieran obligados a identificarse con toda acción policíaca y a resolver convenientemente el posterior trabajo de «acabado»: procesos, expulsiones de la universidad, etc. La conspiración burocrática contra la oposición democrática tenía un buen suelo nutricio, dado el nivel histórico en que se encuentra Berlín.

Con la ironía acerca de las dignas personalidades de la democracia, siempre que rebasara la mera sátira particular, con la dubitación acerca de sus funciones, con la perturbación de recepciones ceremoniales en honor de internacionales canallas, obligando a los políticos a tomar posición acerca del Vietnam, o de Persia, o de la democracia en general, se ponía en peligro no sólo el estatuto personal de los políticos, o su capacidad intelectual, o el prestigio de una ciudad, sino el sistema existente mismo. Las provocaciones desgastaban, y, por lo tanto, tenían que producir el castigo de la «minoría», puesto que lo amenazado no era ya sólo la autoestimación de los titulares del sistema, sino incluso el funcionamiento de éste. Desde este punto de vista la carnicería realizada por la policía el 2 de junio de 1967 fue una conspiración tácita de todas las instancias políticas contra los estudiantes de oposición; fue una campaña de venganza que, mediante un asalto propio de la guerra relámpago, tenía que aplastar de una vez la oposición extraparlamentaria. El cálculo de los estrategas policíacos pareció efectivamente acertado, pues tras los incidentes y el tiro mortal de la Ópera no sólo siguieron los gacetilleros arrojando sus inmundicias sobre los estudiantes, sino que hasta los parlamentarios celosamente democráticos rivalizaron en quién falsearía más los hechos y lanzaría las incitaciones más criminales. Y el parlamento berlinés no sólo cubrió la violación de la cons-

titución realizada por el poder ejecutivo, sino que llegó a interpelar duramente a dicho poder por no haber pisoteado más intensamente la democracia.

Expuestos a esa amenaza extrema, los estudiantes emprendieron un desesperado esfuerzo por abrir el muro de odio levantado entre ellos y la población: se dirigieron a ésta en miles de octavillas, creando una contrapublicidad populista que se enfrentara con los efectos de los años de manipulación por el *trust* Springer. Para poder dar de sí aquel tremendo esfuerzo, los estudiantes formaron comités, abandonando su organización tradicional en asociaciones políticas y en la representación estudiantil universitaria. El alto nivel organizativo de esa forma de comité se puede resumir remitiendo a sus planteamientos inmediatamente prácticos y al hecho de que abrieron posibilidades de actuación política a todos los estudiantes inquietos. Pero también como forma de lucha indicaron el comienzo de una nueva etapa en la pugna; en los comités se manifestaron formas rudimentarias de doble poder, pues estos organismos no se contentaron ya con desconfiar de las instituciones establecidas, sino que empezaron a tomar ellos mismos en sus manos las funciones de aquéllas. Esto se vio del modo más claro en el comité que investigó los hechos del 2 de junio, impidiendo así que la comisión parlamentaria nombrada al efecto, junto con el tercer poder, siguieran falseando las cosas a su antojo. Ciertamente, quedó también de manifiesto que los estudiantes no eran todavía capaces de trabajar eficazmente y por bastante tiempo con esas formas laxas de organización. Esto era consecuencia de la miseria de su formación universitaria, una formación que hace de los estudiantes seres condicionados a un romo trabajo heterónomo. La necesidad de crear un lugar propio de formación científica, una universidad crítica que pudiera calificar a los estudiantes para un trabajo político responsable, quedaba a la vista de todos tras las experiencias con los comités. La cam-

paña en las calles y ante las fábricas fue la primera contrarreacción de los estudiantes, necesariamente dirigida, dadas las circunstancias, contra la central de la manipulación, el edificio Springer en la Kochstraasse. La reivindicación de expropiación del *trust* Springer era un importante elemento de la autodefensa de los estudiantes, era el intento de una ofensiva destinada a arrancar partes de la población a los mecanismos manipuladores. Las incitaciones violentas de la prensa de Springer contra *los estudiantes habían revelado el carácter de fascismo* postfascista que tiene la RFA, carácter manifiesto en Berlín por el evidente terror policíaco. La información falsa acerca de la guerra en el Vietnam, la presentación de la protesta contra la política agresora del gobierno norteamericano como una traición a la democracia y a la libertad, como manifestaciones dirigidas desde «el otro lado», fueron los elementos que incitaban al *pogrom.* El silencio de la burocracia universitaria y la elocuencia de la municipal obligaron a los estudiantes a deshacerse de toda confianza en las instituciones sociales y a intentar, con la consigna «Expropiación de Springer», un golpe al centro del poder antidemocrático.

Gracias a la disciplina de los partidos y la sustracción al parlamento de sus poderes, con su consiguiente desaparición de la escena pública, los periódicos del *trust* Springer, sobre todo la *Bild-Zeitung,* han cobrado un aspecto plebiscitario, desde luego que perversamente corrompido. El *trust* entendió perfectamente que los obreros y los empleados no se interesan por una información detallada del tipo de la *Süddeutsche Zeitung,** puesto que de todos modos están excluidos del proceso decisional político y económico. Por lo tanto, el *trust* se propuso una innocua movilización política de sus lectores, velando paternalmente sobre sus «pequeñas angus-

* Periódico liberal de Munich, parecido, en cuanto a principios y técnica de la información política, a *Le Monde* de París.

tias», sin escatimar siquiera la crítica anticapitalista de detalle, pero recubriendo con la niebla del destino el contexto general del capitalismo, o poniéndolo lisa y llanamente en las manos de Dios: la vida cotidiana del hombre de la calle tuvo su conmovedora reduplicación en las gacetas del *trust* Springer; los periódicos presentaban al hombre medio como un ser feliz, con todos sus deseos satisfechos, que tiene que agradecer su supuesta seguridad a su constancia uniforme y que, por lo tanto, experimenta muy fácilmente cualquier crítica como una amenaza «extranjera» a su honrada y pequeña existencia. Con esta función plebiscitaria el *trust* Springer se ofrecía a las élites dominantes como órgano de control. La última fase del desarrollo berlinés mostró hasta qué punto el parlamento degenerado no es ya capaz más que de repetir dócilmente los estereotipos del *trust* Springer. Ése fue el contenido de la indigna sesión de la cámara del 8 de junio de 1967.

La protesta de los estudiantes contra el desarrollo de la «sociedad formada» fue ante todo una indignación moral que empezó por dirigir el postulado de democracia contra su efectiva desrealización en la República Federal. La consigna «Expropiación de Springer» mostró por de pronto cuál era el punto en el que la protesta moral podía cobrar rasgos políticos. Pues esta cuestión implicaba un conocimiento de la complicidad existente entre las élites dominantes y el *trust* Springer. Y entendía ya la relación entre el *trust* y sus lectores como una anticipación del ideal capitalista de cuartel pansocial. Los estudiantes percibieron repentinamente que el *trust* Springer no conseguía someter también con éxito a su campaña de excitación contra las minorías las inminentes luchas salariales de los trabajadores más que en el caso de que, como hasta el momento, la unión organizativa de los trabajadores en lucha se formara inconscientemente a través de las burocracias sindicales. Mas si la lucha obrera se organizaba

de tal modo que los trabajadores pudieran lograr en cada fase de su pugna consciencia de su posición en el proceso productivo, el intento de manipulación por parte de Springer tendría que convertirse en ocasión inmediata de la derrota del *trust*.

Este «redescubrimiento» del «proletario» por la intelectualidad no cayó, ni mucho menos, en una idealización teorizante de la situación de éste en el terreno político. En Berlín no se podía difundir ningún culto dogmático del proletariado, cosa que ha sido siempre un signo de estancamiento del movimiento revolucionario y fue un invento de los intelectuales pequeño-burgueses, obligados a sublimar su propia incapacidad de práctica revolucionaria en una histórica figura de héroe. Pues la influenciación de los trabajadores por la ideología dominante era en Berlín demasiado intensa para que la perplejidad de los estudiantes acerca de los siguientes pasos políticos se pudiera disipar en un entusiasmo obrero.

El plan estudiantil de crear periódicos de empresa y de ramo como elementos constitutivos de una contrapublicidad, de una nueva formación de opinión pública, indicaba la resuelta dirección de un trabajo político de los estudiantes en la lucha de clase de los trabajadores. Estos periódicos no se proyectaron como artículos de consumo de los trabajadores, sino como producto a conseguir entre los trabajadores y los estudiantes socialistas; las concretas informaciones de empresa suministradas por los obreros se transformarían en artículos de lucha gracias a las perspectivas analíticas de los jóvenes científicos socialistas. En ese proceso los trabajadores conseguirían una red de comunicación y de organización liberada del *placet* o del veto de la dirección sindical, lo cual les permitiría no limitarse a defender en las pugnas concretas el *statu quo* de su minoría de edad política, sino promover su proceso de emancipación.

No se trataba en absoluto (y los estudiantes lo com-

prendieron) de suministrar a los obreros, además de la *Bild-Zeitung,* un periódico «izquierdista», del mismo modo que no interesaba sugerir verbalísticamente a los trabajadores, en lugar del SPD o de las burocracias sindicales superiores, que, por lo menos en Berlín, son íntegros cómplices de la camarilla dominante, otra representación de sus intereses, un partido nuevo. Se trataba de tomarse en serio y de esforzarse porque los trabajadores consigan ellos mismos su emancipación en la lucha de clases. Había que terminar con la reducción de la potencia política de los obreros a la cumplimentación de una papeleta de voto ya impresa, con su fijación a un sistema parlamentario que no funciona.

Parecía a los estudiantes que el movimiento obrero tenía que volver a empezar por donde empezó hace 100 años, por transformar, en las actuales circunstancias, la lucha económica en lucha política, adoctrinado ya por las amargas experiencias que han sido los fracasos de todas las luchas pasadas.

La intelectualidad socialista tenía sobre todo que abandonar el *pathos* que la mueve a obrar ella misma en el lugar del «proletariado», y someter a su práctica la consciencia y las formas de lucha de los trabajadores.

El movimiento estudiantil antiautoritario tenía, pues, que conseguir en su propia práctica un acceso concreto a los problemas que el movimiento obrero ha suscitado, sin resolverlos, como grandes signos de interrogación, en el proceso histórico. Pero el paso inmediato que tenían que dar los estudiantes críticos era y es el cambiar de tal modo sus propias formas de organización que les sea posible cumplir su función en la lucha de clases de los trabajadores.

Esta determinación general de la práctica socialista refleja la dificultad objetiva ante la cual se encuentra la oposición antiautoritaria, y muestra simplemente la mediación posible entre esta rebelión antiautoritaria y la lucha de clases socialista. La espectacular ofensiva que

se tiene en las universidades y en los centros de enseñanza media encontró su amplia base en una juventud que, sobre la base de su privilegio en la educación, poseía un concepto de la totalidad histórica y abstractamente social, con lo cual podía someter las medidas disciplinarias de la administración estatal en la universidad al criterio, por lo menos, de los ideales de la ilustración.

No hay una gran distancia entre la protesta humanista, la antiautoritaria y la utilización del lenguaje conceptual, ya histórico, del marxismo, ni tampoco hay nada que pruebe que con ese paso la oposición haya conseguido nuevas cualidades. La radicalización del lenguaje no es, ni mucho menos, prueba de que se haya sometido el imperialismo del presente a un análisis concreto, ni de que se haya conseguido una vinculación de la revolución popular antiimperialista del tercer mundo con la protesta antiautoritaria de las metrópolis.

La trasposición de la rebelión universitaria a otros ámbitos y a otras clases sociales es una frivolidad, expresión de una lógica «intemperante», sobre todo porque un tal pensamiento desiderativo obstaculiza la reflexión acerca de las estructuras de la oposición antiautoritaria misma, y presupone sin más averiguaciones la predisposición a radicalizarse. También la tesis de que la protesta internacional contra la represión de los levantamientos populares por el imperialismo hace estallar las contradicciones nacionales en las metrópolis por el solo hecho que las acciones directas de la oposición obliguen a los aparatos de poder de los varios estados a tomar posiciones y medidas, es el precipitado intento de generalizar indiferenciadamente como leyes sociológicas del movimiento de protesta las experiencias conseguidas en la particular situación de Alemania. La afirmación, resultante de esa tesis, de que sólo los grupos y las capas que han tomado (en Alemania) parte en esas acciones antiautoritarias y antiimperialistas son capaces de llevar la rebelión antiautoritaria a las instituciones y a las em-

presas es una idea petulante que no se somete ya siquiera al esfuerzo de un análisis empírico concreto. Según esas tesis la consciencia no se produce ya en la esfera de la producción, sino que un cierto desasosiego psíquico de todos los «seres humanos» produce la disposición a rebelarse contra las normas de la sociedad. En este supuesto, el análisis económico del capitalismo tardío y de la función del estado en este sistema no sirve en el fondo más que para probar la homogenización psicológica de todos los «seres humanos», y que no hay ninguna clase, fracción o sección de clase destinada a sostener la lucha contra la estructura de dominio del capitalismo. La contradicción entre esta fracción místicamente revolucionaria de la oposición antiautoritaria y la fracción que se impone el trabajo de buscar capas socialmente importantes de la clase obrera para ampliar, mediante un análisis de la crisis de estancamiento, la base social de la oposición, se agudiza a partir del momento en que las dos fracciones proceden a formas de acción específicas de cada una de ellas. Esta radicalización de la contradicción no implica aún la ruptura completa si los varios clubs, las asociaciones y el SDS no se cierran a la discusión y se mantiene un cierto grado de vinculación, de modo que se puedan impedir las acciones inspiradas en una estimación errónea de la situación. Así se podrá impedir un paso rápido a la ilegalidad, cosa que naturalmente busca el *trust* dominante de la República Federal tras los últimos éxitos de la oposición. Pues dada la situación actual de los intentos de organizar y consolidar la oposición, sumirse en la ilegalidad sería un grave retroceso.

La fuerza de la oposición antiparlamentaria es su carácter plebiscitario, junto con el modo antidogmático de discutir entre las varias fracciones; su superioridad respecto de los grupos sectarios izquierdistas extranjeros se expresa en el concepto de disciplina, definido por la conducta unitaria contra las medidas coactivas del aparato estatal.

Tampoco hay divergencias de opinión acerca de la necesidad de la solidaridad internacional con las guerras populares contra el imperialismo en el tercer mundo, aunque los varios grupos acentúan este asunto de modos diversos. La intervención directa e inmediata en la guerra en favor de los movimientos de liberación haría, por ejemplo, del SDS una unidad de combate que tendría que representar en su estructura una anti-CIA o antifiscalía constitucional, para poder realizar actos eficaces de sabotaje contra las bases norteamericanas en Europa. Una asociación estudiantil, que representa ante todo un foro de discusión de las más varias concepciones, no puede hacer eso, y acciones de tal naturaleza no harían más que disolver la oposición entera.

La internacionalización de la lucha contra el imperialismo, que implica al mismo tiempo la pugna con el propio aparato nacional de dominio, no puede ser efectiva más que si existe en las metrópolis mismas un apoyo social robusto. Esto significa para Alemania no sólo que grandes sectores de estudiantes, de alumnos de enseñanza media y de otros *outgroups* se reúnan en la oposición antiparlamentaria, sino también, por ejemplo, que fracciones de obreros de las ramas industriales estancadas apoyen los objetivos de la lucha.

En el presente período de estancamiento económico, la gran industria se ve obligada, por la presión de la concurrencia internacional, a planificar con exactitud su producción, su venta y sus inversiones, para reducir todo lo posible el riesgo de pérdidas y el anacronismo tecnológico de su parque de maquinaria y equipo. Particularmente los costes salariales se tienen que calcular y planificar con anticipación suficiente. El estado, como instancia resolutoria entre las asociaciones empresariales y los sindicatos, velando sobre toda la producción social en interés de las ramas industriales expansivas, se esfuerza por someter los sindicatos a una política salarial estatal. Se garantiza que los salarios aumentarán con la

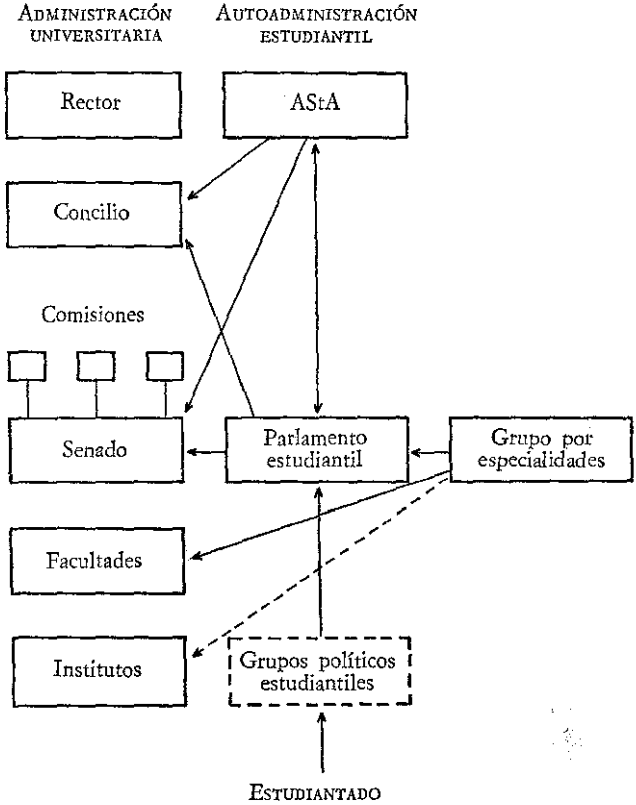
capacidad productiva, con la tasa de crecimiento, pero para eso las organizaciones obreras tienen que garantizar por su parte que no se presente ninguna otra reivindicación salarial más, etc., y, sobre todo, que no se realicen huelgas. Los sindicatos se convierten así en órganos disciplinadores de los obreros. Las luchas defensivas de los trabajadores en las empresas y en las varias ramas se ven, por lo tanto, cada vez más expuestas no sólo a la presión de los *managers* empresariales y del aparato del estado, sino también a la de la burocracia sindical superior.

La lucha en las empresas contra los despidos, las limitaciones del salario y la estructura autoritaria de los talleres tiene que ser obra de grupos activos de obreros que enlacen directamente con las necesidades y las ideas de sus colegas. Los estudiantes no pueden prestar más que una ayuda científica, analizando la situación económica y mostrando las tendencias del desarrollo de la crisis de estancamiento, tendencias sobre cuya base estos grupos de empresa preparen su agitación. Si la oposición estudiantil consigue la coordinación y cooperación entre las varias empresas se habrá conseguido mucho en este terreno de la activación de los trabajadores.

El sentido de la tesis de que la oposición extraparlamentaria y antiautoritaria tiene que enlazar donde hace 100 años empezó el movimiento obrero consiste en que hoy, en esta situación de industrialización y automatización, no es posible adherirse lleno de confianza al programa de un partido «socialista», ni hacerse ilusiones sobre las pugnas parlamentarias; sólo la acción directa contra el dominio irracional en las fábricas, las universidades, las escuelas, etc., siempre que las realicen los grupos específicos en cada caso, puede producir una consciencia de que esta sociedad capitalista tardía tiene que ser sustituida por una sociedad socialista, en la cual todos los productores, trabajadores o estudiantes, intervengan en las decisiones sociales y económicas.

APÉNDICE

Modelo de la representación estudiantil en las universidades alemanas *

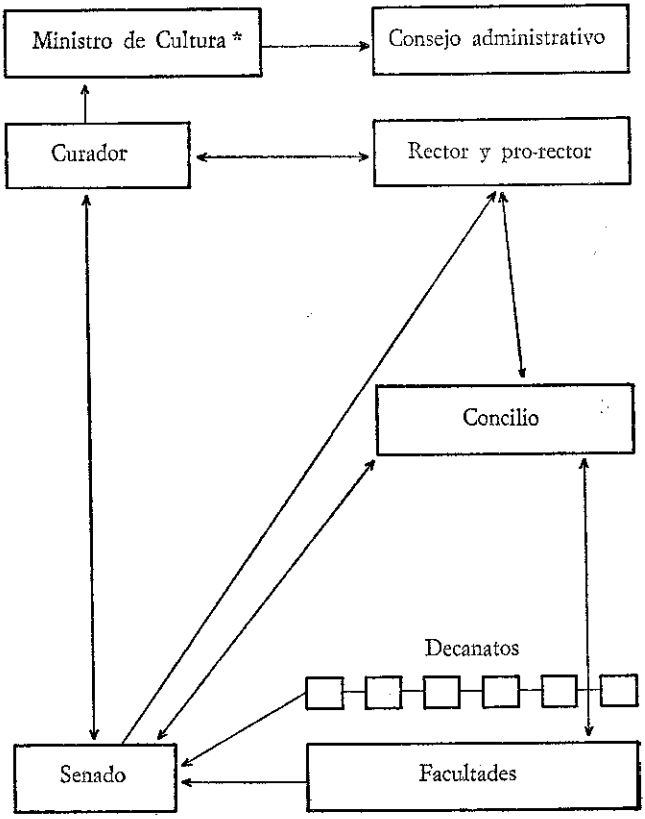


——— Representación estudiantil en gremios, sin voto

– – – – – Función asesora informal

* Este modelo no tiene en cuenta las modificaciones propuestas en nuevos proyectos de estatutos.

Modelo de la administración de las universidades alemanas



* De cada uno de los *Länder*. La educación no es materia federal.

MODELO SEGÚN EL HHG *

SENADO:	Anuncio del presupuesto. Toma de posición respecto de propuestas de las facultades (provisión de cátedras y dotación, proyectos de construcciones, planes de desarrollo, etc.). Coordinación de propuestas para la instauración de nuevos institutos.
FACULTAD:	Configuración de la enseñanza. Exámenes. Empresas comunes de investigación, coordinación de programas de investigación. Grados. Doctorados. Honores académicos. Derecho de propuesta para provisión de cátedras. Ordenación y plan de los estudios, exámenes intermedios. Ejercicios en las horas sin lecciones.
CANCILLER:	Administración económica y del personal. Elaboración técnica del presupuesto. Representante de la universidad en asuntos económicos y de personal. Vinculado por las instrucciones del rector (según los estatutos). Miembro del senado.
CONCILIO:	Elección del rector. Voto de los estatutos.

* Hessisches Hochschulgesetz [Ley universitaria del estado (Land) Hessen].

Comentario

La estructura administrativa de las universidades alemanas se caracteriza por dos principios que se contradicen, pero no se excluyen mutuamente:

I. La gradación jerárquica de los gremios y de las facultades decisorias.

II. La representación formalmente democrática de los miembros de la universidad (salvo los estudiantes) en las instituciones.

I. Es característica de la organización de la universidad la gradación jerárquica quizá tanto de las estructuras mismas (Rector / Concilio / Senado / Facultades / Institutos y seminarios) y de sus facultades de decisión cuanto de las condiciones de participación. Pues el derecho a ésta se regula por el poder de disposición de cada uno de los gremios de la universidad sobre la organización de la investigación y de la enseñanza.

Los estudiantes no poseen poder alguno de disposición. Por su estatuto factual son objetos de los procesos de aprendizaje prescritos por los catedráticos numerarios o por las instituciones estatales y sociales. Desde su ingreso en la universidad hasta su salida de ella tienen la misma ausencia de derechos. Lo único que se les ha reconocido, ya en estos últimos tiempos y para satisfacer los criterios de la democracia formal, es una llamada voz que excluye desde el primer momento el voto, o sea, su participación en las decisiones.

La participación de los estudiantes y demás miembros se mide por su estatuto en la administración. Los ayudantes y demás profesores no numerarios llevan en realidad muy frecuentemente la carga principal de la enseñanza, pero, a causa de que su formación (en el servicio universitario) no se considera terminada, están también perjudicados en sus derechos de decisión. Sus representantes en los gremios que deciden tienen, ciertamente, voz y voto, pero la representación con que cuentan está muy por debajo de la que sería proporcional.

El grupo de los catedráticos numerarios es el que posee el mayor poder de decisión. Por razón de su cargo (o de su elección) tienen acceso a todos los gremios de la universidad. Y el modelo universitario clásico parte del supuesto de

que los catedráticos numerarios son los responsables máximos del funcionamiento de la universidad, por lo que han de disponer también de la máxima capacidad de decisión. Esta relación entre la responsabilidad y la decisión, o entre los deberes y los derechos, es para los catedráticos la más equilibrada según «la naturaleza misma» de las cosas.

La gradación jerárquica de los gremios universitarios no excluye su autonomía; institutos y seminarios son económicamente tan independientes que pueden decidir bastante libremente de la organización de su disciplina. La capacidad de decisión se encuentra, por supuesto, en manos del director del instituto. Las facultades son autónomas por lo que hace a la investigación y la enseñanza (planes de estudio y programas comunes de investigación), y también respecto de la coordinación de las varias disciplinas. Lo mismo se puede decir del senado, el cual decide no tanto acerca de contenidos de la investigación y la enseñanza cuanto respecto de la organización administrativa (planes de financiación, de construcción, concesión de la *venia legendi,* provisión de cátedras). El concilio tiene una facultad decisoria cuantitativamente mínima, pero cualitativamente decisiva: elige rector y sanciona los estatutos de la universidad.

II. La mezcla de elementos que en parte son explícitamente feudales y elementos que proceden de las normas jurídicas burguesas (representación formal), unos y otros en la misma estructura, produce una organización ambivalente de la universidad. Mientras, por una parte, hay un principio de representación (con votaciones, mandatos, etc.), por otra, ese principio se viola en los procesos de decisión por el hecho, por ejemplo, de que el voto del presidente de cada gremio (rector) decide en caso de empate. Este principio autoritario y feudal manifiesta al mismo tiempo los límites de la codecisión de los grupos representados: su codeterminación se suprime a sí misma cuando el presidente utiliza su derecho de veto. Esta votación discriminada no llega así a registrarse siquiera en los resultados, como, de todos modos, sería por lo menos el caso en instituciones sociales y estatales de democracia sólo formal, pero auténticamente formal.

La mezcla de elementos autoritario-feudales y elementos de derecho público moderno (burgués) se puede apreciar todavía más considerando el principio de secreto de las «nego-

ciaciones y resoluciones» de los gremios decisorios. Contra el principio burgués de la publicidad —cierto que cada vez más recortado en la sociedad capitalista tardía— y en contraposición también con el interés de la opinión pública por el trabajo de sus representantes, la información se niega en la universidad y se concede sólo a los que de todos modos ya están enterados, puesto que por su estatuto intervienen en las deliberaciones y decisiones. Los estudiantes, el cuerpo intermedio de los profesores no numerarios y los catedráticos no son, durante su trabajo en la administración, representantes de grupos de interés, sino «individuos autónomos». Son autónomos en el sentido de que no pueden ser controlados por aquellos que los eligieron. Están atados al decreto por el cual tienen que poner los resultados de su trabajo al servicio de la instancia superior en cada caso.

El estatuto de los estudiantes en la estructura administrativa que se acaba de esbozar y de la que están prácticamente excluidos queda claro si se observa la función y el decurso de los procesos de decisión en la universidad.

La función de los procesos decisorios, del tipo que sean, es conseguir el proceso sin roces de la investigación y la enseñanza. El destinatario mediato e inmediato de la mayoría de las decisiones es el estudiante. Se trate de resoluciones sobre provisión de cátedras, o sobre nuevos edificios, o sobre reforma de los estudios, todas afectan a los presupuestos y las condiciones del trabajo del estudiante. Y, sin embargo, en las cuestiones principales (*venia legendi,* provisión de cátedras, planes financieros, etc.) el estudiante no puede ni siquiera discutir las decisiones correspondientes. La «ampliación» de los gremios decisorios con representantes del estudiantado se limita a los «asuntos estudiantiles», cuya definición queda en manos de los que han reducido a los estudiantes al nivel de objetos. La decisión acerca del desarrollo de la universidad investigadora y educadora está exclusivamente en manos de los que poseen además el poder de disposición sobre el aparato administrativo. Por lo tanto, es *a priori* imposible, por la misma estructura de la universidad, una decisión acerca de la composición de los estudios determinada por los propios criterios de los afectados. De estas estructuras decisorias se desprende el nivel de objeto en que se encuentran los estudiantes, situación que la mayoría de las veces no llega siquiera

a consciencia de los afectados, puesto que desde el comienzo de sus estudios conocen aquellas estructuras como marco cuasi-objetivo de su condición.

El proceso de decisión está influido desde el primer momento por el grupo de los catedráticos numerarios y los administradores. El cuerpo intermedio y los estudiantes quedan eliminados por igual. Así, por ejemplo, cuando se trata de proveer cátedras, las negociaciones son secretas, reservadas a las autoridades de la facultad. Su resultado se comunica al senado. Aun suponiendo que los estudiantes intervengan paritariamente en el senado y en las facultades, no les será posible influir seriamente en la decisión acerca de la provisión de cátedras. Anular una provisión cuando el nombrado no corresponde a las necesidades de los estudiantes, o realizar negociaciones los estudiantes mismos son cosas hoy inalcanzables en el marco de la actual estructura universitaria.

La limitación de los derechos de los estudiantes no se da sólo, desde luego, en la coadministración académica, sino también en la misma autoadministración estudiantil.

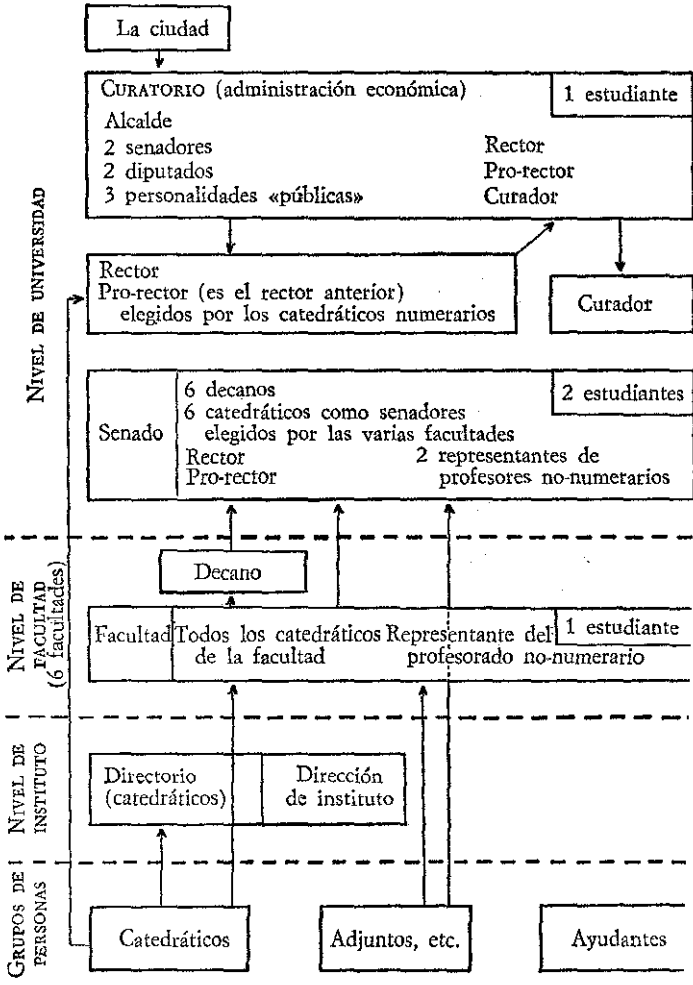
> Según el modelo berlinés, estos derechos de autoadministración de los estudiantes en el terreno social, en la formación política y, ante todo, en la construcción de residencias estudiantiles se encuentran confiados a la responsabilidad conjunta de estudiantes y profesores. Pero en la práctica, la dimensión y el efecto de la corresponsabilidad estudiantil dependen de la benevolencia de los funcionarios y empleados académicos.[1]

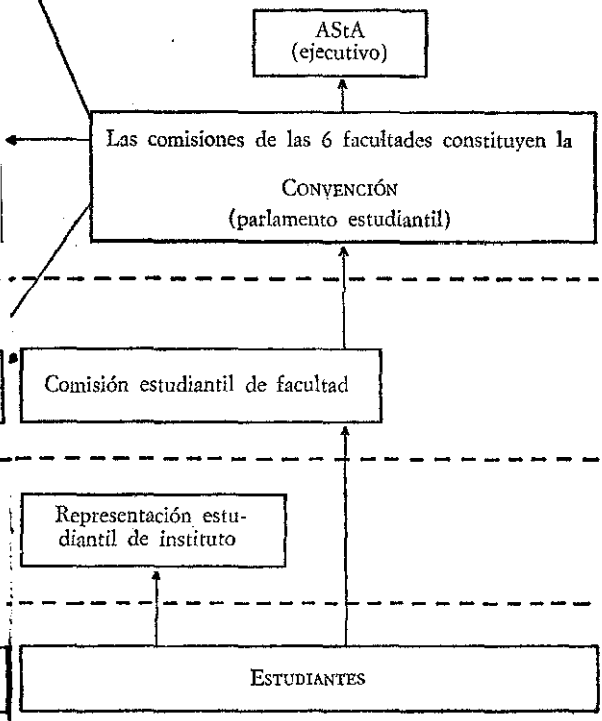
Si ya la dimensión de la responsabilidad autónoma está reducida a un mínimo de actuación sin consecuencias, tampoco es posible, en el marco de las posibilidades realmente dadas, ninguna modificación básica en favor de una responsabilidad política de los estudiantes. La transformación estructural de la universidad no se conseguirá sino contra la voluntad de quienes hoy disponen de ella. Parece problemático que los estudiantes consigan ese cambio estructural en su lucha por una ampliación de sus facultades de codecisión.

1. *Hochschule in der Demokratie,* Berlín, 1965, p. 410.

El modelo berlinés

AUTOADMINISTRACIÓN UNIVERSITARIA




AStA
(ejecutivo)
Las comisiones de las 6 facultades constituyen la
CONVENCIÓN
(parlamento estudiantil)
Comisión estudiantil de facultad
Representación estudiantil de instituto
ESTUDIANTES

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Adenauer, Konrad, 109
Adorno, Theodor W., 102
Albertz, Heinrich, 41, 42, 44, 260
Amrehn, Franz, 121
Augstein, Rudolf, 155

Baran, Paul A., 107
Bebel, August, 82
Becker, Helmut, 18
Bismarck, Otto von, 270
Branco, Huberto Castelo, 139
Brandt, Willy, 111, 155, 284
Brecht, Bertolt, 159, 197, 285
Bujarin, Nikolai I., 110
Brecht, Bertolt, 159, 197, 285
Bujarin, Nikolai I., 110
Büsch, Wolfgang, 260

Chang Kai-chek, 101
Chombé, Moisés, 31, 111, 112, 113, 114, 282, 283, 284, 285, 287
Clay, Lucius D., 13

Dahrendorff, Ralf, 268
Dichgans, Hans, 178, 189
Diem, *véase* Ngo-dinh-Diem
Dilthey, Wilhelm, 205, 206
Duensing, Erich, 112
Dulles, Allen, 106
Dutschke, Rudi, 210, 238
Duvalier, François, 139

Ehmke, Horst, 14
Engels, Friedrich, 63, 77
Enzensberger, Hans Magnus, 126
Erhard, Ludwig, 125

Fanon, Frantz, 111, 122, 126, 141, 161, 162
Ford, Henry, 91
Fraenkel, Ernst, 48
Franklin, Aretha, 161
Franklin, John F., 119
Frenkel-Brunswik, Else, 102
Friedeburg, Ludwig von, 24
Frölich, Paul, 83
Fromm, Erich, 102, 133

Gäng, Peter, 126
Gehlen, Arnold, 175
Gerstenmaier, Eugen, 155
Gilgemann, Klaus, 114
Guevara, Ernesto Che, 123, 126, 141, 161

Haug, W. F., 288
Hegel, Georg Wilhelm Friedrich, 281
Heinrich, Klaus, 15
Henderson, 82
Hess, Otto, 11
Hilferding, Rudolf, 66
Horkheimer, Max, 98, 132, 157, 172

Horlemann, Jürgen, 114, 126
Hörsing, 85
Humboldt, Alexander von, 34, 191, 198
Humphrey, Hubert H., 40, 45, 46, 47, 138, 139, 253, 254, 301, 303

Jaspers, Karl, 29
Jogiches-Tyszko, Leo, 76
Johnson, Lyndon B., 41, 293
Jruschov, Nikita S., 104

Kadritzke, Ulf, 17
Kant, Immanuel, 200, 205
Kautsky, Karl, 79
Kennedy, John F., 275, 279
Kiesinger, Kurt-Georg, 43, 155
Kluge, Hans Georg, 18
Kopkind, A., 161
Korsch, Karl, 85, 107
Krämer-Badoni, Rudolf, 24
Krippendorff, Eckart, 24, 29, 30, 235, 238
Kuby, Erich, 24, 28, 231, 234, 235, 236
Kurras, Karl-Heinz, 52, 112, 141, 296
Ky, Nguyen Cao, 139

Landsberg, Kurt, 12
Lefèvre, Wolfgang, 117, 231
Lemmer, Ernst, 33, 121
Lenin, Wladimir I., 67, 74, 79, 81, 83, 85, 89, 105, 281
Lettau, Reinhard, 50
Levi, Paul, 85
Levinson, Daniel J., 102-103
Lieber, Hans-Joachim, 109, 119, 120, 303
Liebknecht, Karl, 76
Liebknecht, Wilhelm, 82
Lorenz, Peter, 20
Lukács, Georg, 76, 78, 83, 84, 89
Lumumba, Patricio, 111, 282
Luxemburg, Rosa, 65, 67, 76, 78

McNamara, Robert, 129, 130, 136, 138, 178
Malcolm X, 161
Mao Tse-tung, 40, 46, 141
Marcuse, Herbert, 128, 129, 157, 160
Marx, Karl, 59ss, 123, 134, 153ss, 191, 206, 287, 288
Mattick, Kurt, 14
Mohamed Resa Pahlavi, 51ss, 139ss
Moynihan, Daniel Patrick, 161

Napoleón I, 190
Negt, Oskar, 151
Neubauer, Kurt, 145
Neuss, Wolfgang, 118
Ngo-dinh-Diem, 150, 273
Nietzsche, Friedrich, 270
Nirumand, Bahman, 139
Nitsch, Wolfgang, 18
Noske, Gustav, 82

Ohnesorg, Benno, 51, 52, 112, 141, 260

Pannekoek, Anton, 80
Peters, profesor, 14

Rabehl, Bernd, 220, 238
Redslob, Erwin, 13
Regius, Heinrich, 100
Renaudel, 82
Reuter, Ernst, 13

Rolling Stones, 161
Ruge, Arnold, 123

Sanford, R. Nevitt, 103
Schapper, Karl, 71
Scheidemann, Philipp, 82
Schleiermacher, Friedrich, 198
Schütz, Klaus, 144
Schwarz, Joachim, 11
Sering, Max, 93, 96, 156
Sontheimer, Kurt, 33
Springer, Axel, 145, 155, 260, 277, 282, 286, 305, 306, 307, 308
Stalin, Josef W., 104
Stein, Werner, 117
Stoltenberg, Gerhard, 179
Stolz, Otto, 12
Südekum, 82

Taylor, Friedrich Winslow, 91
Teufel, Fritz, 52
Thalheimer, August, 83
Tillich, Ernst, 14
Trotski, León, 150, 281
Truman, Harry S., 104

Ulbricht, Walter, 41

Varlin, 82

Wandel, Paul, 11
Wehner, Herbert, 155
Willich, August, 71
Wohlrabe, Jürgen, 121
Wolff, Christian, 200

Ziebura, Gilbert, 29

ÍNDICE

Relación de siglas 5

Historia del movimiento estudiantil, por UWE BERGMANN. 7

Los estudiantes antiautoritarios y las contradicciones del capitalismo tardío, por RUDI DUTSCHKE 57

Riqueza y escasez, por WOLFGANG LEFÈVRE . . 165

Del movimiento antiautoritario a la oposición socialista, por BERND RABEHL 265

Apéndice 315

Índice onomástico 327

El movimiento estudiantil alcanzó carácter masivo hace aproximadamente diez años en casi toda Europa occidental. Fue, sin duda, en Alemania donde sus dirigentes ganaron prestigio más sólido y duradero. Entre ellos destacó el estudiante berlinés Rudi Dutschke, que llegó a ser víctima de un gravísimo atentado. En este libro, que constituye la aportación teórica más notable hecha hasta hoy sobre el movimiento universitario, sus autores —Bergmann, el propio Dutschke, Lefèvre y Rabehl— presentan un modelo teórico que no sólo comprende los problemas de la universidad, sino que además trata de ofrecer una interpretación global de la lucha de los estudiantes en el contexto de las contradicciones propias del capitalismo tardío. (Traducción de Manuel Sacristán.)

ariel quincenal